

**Crónica del II Congreso Arqueológico del
Sudeste Español y
Boletín Arqueológico del Sudeste Español,
números 4-7**

Edición facsimilar

Volumen II



**Crónica del II Congreso Arqueológico del
Sudeste Español y
Boletín Arqueológico del Sudeste Español,
números 4-7
Edición facsimilar
Volumen II**

Juan Manuel Abascal Palazón
José Miguel Noguera Celdrán
Francisco J. Navarro Suárez

(EDITORES CIENTÍFICOS)

Monografías 1

CRÓNICA DEL II CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL Y BOLETÍN
ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL, NÚMEROS 4-7. EDICIÓN FACSIMILAR. VOLUMEN II
MONOGRAFÍAS DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MURCIA, 1

© de esta edición:

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia
Consejería de Cultura, Juventud y Deportes
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales
Museo Arqueológico de Murcia

Edición científica:

Juan Manuel Abascal Palazón
José Miguel Noguera Celdrán
Francisco J. Navarro Suárez

Originales cedidos para su reproducción

facsimilar por:

Primer boletín del volumen I (1945):
Archivo Municipal de Cartagena
Segundo y tercer boletín del volumen I (1945):
Museo Arqueológico «Enrique Escudero de Castro» de
Cartagena
Resto de volúmenes (1946, 1947, 1948, 1949):
Museo Arqueológico de Murcia

Gestión editorial:

Ligia Comunicación y Tecnología, SL
C/ Manfredi, 6 - entresuelo
30001 Murcia
Tlf.: 868 940 433/Fax: 868 940 429
director@tabulariumlibros.com

Primera edición: julio 2007

ISBN obra completa: 978-84-606-4339-5

ISBN vol. II: 978-84-606-4343-2

Depósito legal: MU-1252-2007

Impreso en España/Printed in Spain

ÍNDICE

VOLUMEN I

El *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, por Juan Manuel Abascal Palazón.....23

EDICIÓN FACSIMILAR29

BOLETÍN ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL

NÚMERO 1

abril-junio de 1945.....31

Editorial33

ARTÍCULOS

El Nuevo Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, por Antonio Beltrán37

El Neolítico y sus problemas, por Julián San Valero47

Las falsificaciones de Totana (Murcia), por Juan Cuadrado53

Fondos del Museo Arqueológico Provincial de Albacete, por Joaquín Sánchez77

Trirremes, por Enrique Manera84

BIO-BIBLIOGRAFÍAS ARQUEOLÓGICAS

D. J. Cabré Aguiló92

VARIA Y NOTICARIO ARQUEOLÓGICO

I Congreso Arqueológico del Sudeste Español.....108

Notas sobre las antiguas monedas hispánicas de la colección Rodríguez Valdés,
por P. Beltrán110

Más de africanismo, por J. V. S.....114

Sobre una excavación del siglo XVIII en Santa Lucía (Cartagena), por A. B118

La Necrópolis romana de Bol de la Virgen, en Águilas, por A. B.....122

Notas inéditas del Archivo de Marina, por L. Lorente.....123

Un nuevo yacimiento argárico: La Almoloya, por E. C.....125

CRÓNICAS DE LOS MUSEOS Y COMISARÍAS DEL SUDESTE

Albacete. Crónica de los hallazgos monetarios en la provincia de Albacete,
por J. Sánchez127

Almería. (Primer Semestre de 1945), por J. C. R.130

Cartagena. (Trimestre Abril-Junio 1945), por A. Beltrán133

BIBLIOGRAFÍA ARQUEOLÓGICA DEL SUDESTE

Noticias sobre algunos monumentos arqueológicos de Cartagena,
transcripción y notas de A. Buendía137

Noticario bibliográfico:

I. Revistas. II. Libros y folletos, por A. B143

ANEXO

Catálogo del Museo de Cartagena, por A. Beltrán (págs. 1-16).....149

NÚMERO 2

julio-septiembre de 1945.....167

ARTÍCULOS

De Arqueología Portuguesa, por Julián San Valero169

Introducción al estudio Arqueológico del Estrecho de la Encarnación,
por Emeterio Cuadrado180

La cronología del poblado ibérico de Azaila según las monedas allí aparecidas,
por Pío Beltrán191

BIO-BIBLIOGRAFÍAS ARQUEOLÓGICAS

D. Manuel Gómez Moreno236

VARIA Y NOTICARIO ARQUEOLÓGICO

El II Congreso Arqueológico del S. E. español251

La «Bicha» de Balazote en un jardín de Albacete253

Hallazgos romanos en el Gobierno Militar de Cartagena, por A. Beltrán255

Sobre una excavación del S. XVIII en Santa Lucía, por A. B.259

CRÓNICA DE LOS MUSEOS Y COMISARÍAS DEL S. E.

1. *Albacete. Hallazgos monetarios (conclusión)*, por J. Sánchez260

2. *Alicante. La Tania báquica de Benidorm*, por J. Belda272

3. *Cartagena. Julio-Septiembre 1945*, por A. Beltrán273

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía Arqueológica del S. E.277

G. Nieto. La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, por A. B.277

Noticario: I. Revistas. II. Libros y folletos, por A. B.279

ANEXO

Catálogo del Museo Arqueológico de Cartagena, por A. Beltrán (págs. 17-20)285

NÚMERO 3

octubre-diciembre de 1945291

ARTÍCULOS

Aviación y Arqueología, por Julio Martínez Santa-Olalla295

Una nueva Estación del Bronce mediterráneo en Archena, por E. del Val Caturla.....316

<i>Cartagena en la antigüedad</i> , por Adolfo Schulten	320
<i>Las acuñaciones cantonales de Cartagena en 1873</i> , por Antonio Beltrán	332

BIO-BIBLIOGRAFÍAS ARQUEOLÓGICAS

<i>El Ilmo. Sr. D. Julián Zuazo Palacios (Necrológicas)</i> , por J. S.	346
--	-----

VARIA

<i>II Congreso Arqueológico del Sudeste Español</i>	351
<i>La Petrografía al servicio de la Prehistoria</i> , por Del Val.....	352
<i>Sobre la Edad del Bronce en Irlanda</i> , por San Valero.....	355
<i>Mastía</i> , por J. J. Jaúregui	357

CRÓNICA DE LOS MUSEOS Y COMISARÍAS DEL SUDESTE

<i>Albacete (1945)</i> , por J. Sánchez	361
<i>Alcoy</i> , por Camilo Visado	364
<i>Cartagena</i> , por A. B.	366
<i>Murcia. Comisaría</i>	367

BIBLIOGRAFÍA

<i>I. Bibliografía Arqueológica del S. E.</i>	368
<i>Cierva y Cuadrado: Los descubrimientos argáricos en La Almoloya de Mula</i> , por A. B.....	368
<i>Memoria de los Museos Arqueológicos Provinciales</i> , por A. B.	372
<i>II. Noticiario. A) Revistas. B) Libros y folletos</i>	373
<i>Índices</i>	390

ANEXO

<i>Catálogo del Museo Arqueológico de Cartagena</i> , por A. Beltrán (págs. 21-26)	395
---	-----

VOLUMEN II

CRÓNICA DEL II CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL Y

BOLETÍN ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL, NÚMEROS 4-7

enero-diciembre de 1946	425
-------------------------------	-----

EL II CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL

<i>Programa</i>	429
<i>Sesión inaugural</i>	430
<i>Salutación del Alcalde de Albacete a los Congressistas</i>	431
<i>Memoria de Secretaría</i>	431
<i>Sesión de clausura. Discurso del Exmo. Sr. Gobernador Civil de Albacete</i>	433

<i>Discurso del Excmo. Sr. Almirante, Capitán General del Departamento Marítimo de Cartagena, don Francisco Bastarreche</i>	435
<i>Primera sesión ordinaria</i>	438
<i>Resumen del Congreso</i>	439

PROBLEMAS ARQUEOLÓGICOS GENERALES

<i>La Arqueología en la Escuela Primaria, por Filomena García-Reyes</i>	443
<i>La Arqueología en la Enseñanza Media, por Mercedes G. de Heredia</i>	444
<i>Importancia de los estudios arqueológicos en las Escuelas del Magisterio, por Rosario Juncos Sáez</i>	446
<i>Los estudios de Arqueología en las Universidades Españolas, por Manuel Ballesteros Gaibrois</i>	448
<i>Reivindicación para el Estado de los objetos arqueológicos detentados por particulares, por Victoriano Velasco Rodríguez</i>	453
<i>Prestigio del Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas, por Victoriano Velasco Rodríguez</i>	454
<i>Campañas misioneras arqueológicas, por Joaquín Sánchez Jiménez</i>	455
<i>Función social del arqueólogo, por Carlos Alonso del Real</i>	459
<i>Formación de una Sección de Arqueología en los Museos de Bellas Artes, por Victoriano Velasco Rodríguez</i>	469
<i>La necesidad y las necesidades de la restauración, por José García Cernuda</i>	470
<i>Colaboración de los técnicos y la Arqueología, por Francisco Espín y Emeterio Cuadrado</i>	473
<i>La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Balance de la labor realizada, por Julio Martínez Santa-Olalla</i>	479
<i>Estudio petrográfico del material lítico, por Eduardo del Val Caturla</i>	485

PREHISTORIA

<i>Nota sobre el Paleolítico cordobés, por Samuel de los Santos Gallego</i>	493
<i>Paleolítico de la calle Serrano (Madrid), por Vicente Ruiz Argiles</i>	495
<i>La exploración de la Cueva del Montijano (Málaga), por Juan Sánchez Montes</i>	503
<i>Sobre las pretendidas hachas enmangadas, por Joaquín Espín Rael</i>	504
<i>Sobre el doble menhir de Lorca, por Joaquín Espín Rael</i>	504
<i>Consideraciones metodológicas para el estudio del Neolítico, por Julián San Valero</i>	507
<i>La raza manchega. Nuevo tipo craneal neolítico, por Luis de Hoyos Sáinz</i>	529
<i>La Cueva del Gato, por Emeterio Cuadrado</i>	541
<i>Un nuevo elemento de las relaciones mediterráneas. (El asa perforada o asa-pitorro), por Agustín Panyella</i>	551
<i>Sobre el origen almeriense del vaso campaniforme, por Ernesto Jiménez Navarro</i>	553
<i>Los enterramientos prehistóricos en urnas, por Eduardo del Val Caturla</i>	558
<i>Sobre la delimitación geográfica de la cultura del Argar, por M. Terradell</i>	565

<i>Algunos aspectos del Bronce mediterráneo</i> , por Carlos F. Posac	571
<i>Sobre algunas hachas del Bronce mediterráneo en Portugal</i> , por el Dr. Eoín Mac Wite	576
<i>La cerámica del Bronce atlántico en el Sudeste</i> , por Julio Martínez Santa-Olalla	579
<i>Nuevos elementos del Bronce atlántico en Portugal</i> , por J. Sellés Paes de Villas-Bôas	582
<i>Os caminhos do S. E. para o S. O. da Península. Caminhos peninsulares</i> , por Luis Chaves	589
<i>Almizaraque, la más antigua explotación de la plata en España</i> , por Juan Cuadrado Ruiz	594

PROTOHISTORIA HISPÁNICA

<i>Fecha histórica de España que parece reflejar el poema de Avieno</i> « <i>Ora Marítima</i> », por José Lafuente Vidal	615
<i>Las excavaciones de Alicante y su transcendencia regional</i> , por Francisco Figueras Pacheco	633
<i>Algunos restos del antiguo culto a la diosa religioso-funeraria</i> , por José Belda Domínguez	662
<i>Dos figuritas de barro del poblado ibérico de Serra de l'Espasa, de Capsanes</i> , <i>provincia de Tarragona</i> , por Salvador Vilaseca	685
« <i>Meca</i> ». <i>Una ciudad rupestre ibérica</i> , por Adolfo Schulten	691
<i>Sobre un bajo relieve que figura en el Museo de Arte de Alcoy</i> , por Camilo Visedo ..	705
<i>Notas para el estudio de la escultura ibérica del Sudeste</i> , por María Victoria Martín Rocha y Ana María Elorrieta Lacy	709
<i>En torno a la vajilla argéntea de Abengibre (Albacete)</i> , por Clarisa Millán García de Cáceres	716
<i>Orígenes de la redecilla femenina del hierro ibérico</i> , por Pilar Pérez Enciso y Josefina Marín Bonachera	718
<i>Problemas de cerámica</i> , por don Alejandro Ramos Folqués	721
<i>Dos yacimientos arqueológicos en la provincia de Murcia. El Cerro de la</i> <i>Almagra (Mula) y la Encarnación (Caravaca)</i> , por Gratiniano Nieto Gallo	726

ROMA

<i>Los arsenales de Cartagena púnico-romanos</i> , por Enrique Manera.....	729
<i>Los monumentos romanos de Cartagena, según sus series de</i> <i>monedas y lápidas romanas</i> , por Antonio Beltrán Martínez	732
<i>Restos de una necrópolis romana en Alcoy</i> , por Camilo Visedo	751
<i>Descubrimiento de un horno romano en Vall de Uxó</i> , por José Alcina Franch	755
<i>Acerca de una anclas romanas del Museo de Cartagena</i> , por Juan J. Jaúregui Gil-Delgado y Antonio Beltrán Martínez	760

EDAD MEDIA

<i>Un hallazgo de monedas de oro en la ciudad de Recópolis</i> , por Juan Cabré Aguiló	775
<i>A faca-punhal, visigótica, do Castro-da-Trepa (Fornos de Algodres)</i> , por F. Russell Cortez	782
<i>Noticias de antigüedades murcianas en un texto árabe</i> , por Augusto Fernández Avilés..	784
<i>Pinturas murales descubiertas en Sagunto</i> , por Victoriano T. Escribano Vidal	791

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

<i>Discurso de apertura: La función del Museo Provincial y del Museo Local</i> , por el Excmo. Sr. don Joaquín María de Navascués	797
<i>Las Artes Industriales en la Edad del Hierro</i> , conferencia por el Excmo. Sr. don Juan Cabré y Aguiló	810
<i>Algunas curiosas supervivencias en la provincia de Almería</i> , conferencia por don Juan Cuadrado Ruiz	811
<i>Archena ibérica</i> , conferencia por don Julián San Valero Aparisi	816
<i>Pasado y presente de la Arqueología y futuro de la Paletnología</i> , discurso de clausura por el Excmo. señor don Julio Martínez Santa-Olalla	824
<i>Miembros de honor del II Congreso Arqueológico del Sudeste Español en Albacete</i>	835
<i>Relación de señores Congressistas, según el número de su inscripción</i>	836
<i>Índice</i>	839
<i>Nota final. Correcciones y erratas</i>	845
<i>Láminas I a XXXIII. Anejo</i>	849

VOLUMEN III

CRÓNICA DEL III CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL Y BOLETÍN ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL, NÚMEROS 8-11

enero-diciembre de 1947	907
<i>Acta resumen</i> , por A. Beltrán	911
<i>Relaciones de Sres. Congressistas</i>	933

PREHISTORIA Y TÉCNICA ARQUEOLÓGICA

<i>Las pinturas rupestres de Tanganica y el arte levantino español</i> , por L. Pericot	939
<i>Las razas de las primeras edades del metal en el Sudeste de España</i> , por L. de Hoyos Sáinz	942
<i>La necrópolis de San Pedro de Estoril</i> , por A. Telles d'Abreu Nunes	954
<i>El Cabezo de la Mesa. Poblado de la Edad del Bronce en Montefrío (Granada)</i> , por J. Crespo	958
<i>Un yacimiento de la primera Edad del Bronce en Monterio, Granada</i> , por Miguel Tarradel	964

<i>Algunos yacimientos prehistóricos de la zona Totana-Lorca</i> , por J. Cuadrado	970
<i>La expansión de la Cultura de El Argar a través de Murcia</i> , por E. Cuadrado	980
<i>La cultura de El Argar en la Provincia de Albacete</i> , por J. Sánchez.....	989
<i>Minería antigua en Cabo de Palos</i> , por J. Jaúregui y E. Poblet	999
<i>Fundamentos y técnica del análisis polínico</i> , por J. Loustau	1022
<i>Problemas de la Historia antigua de España</i> , por A. Schulten	1032
<i>Exploraciones submarinas en Cartagena y San Pedro del Pinatar</i> , por J. Jaúregui	1037

CRONOLOGÍA DE LA «CERÁMICA IBÉRICA» Y TEMAS CON ELLA RELACIONADOS

<i>Deitania</i> , por J. Cabré	1053
<i>Dos cortes estratigráficos con cerámica Ibérica en Ampurias</i> , por M. Almagro....	1069
<i>Sobre la fecha romana del busto de Elche</i> , por A. García y Bellido.....	1082
<i>La Dama de Elche. Datos para su estudio</i> , por A. Ramos Folqués	1089
<i>Breves notas sobre la cerámica ibérica pintada del Museo de Cartagena</i> , por A. Beltrán	1097
<i>Sobre el uso de toberas dobles de barro por algunos pueblos primitivos actuales</i> , por S. Villaseca	1104
<i>Santa Catalina del Monte</i> , por J. Pérez Mateos	1108
<i>Algunas dudas sobre la cronología de la cerámica ibérica</i> , por M. Beltrán	1112
<i>La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro (Verdolay-Murcia)</i> , por G. Nieto	1118

PÚNICOS Y GRIEGOS EN EL SUDESTE

<i>Griegos y púnicos en el S. E. de España</i> , por F. Figueras	1155
<i>Excavaciones arqueológicas en el Puig des Mulins (Ibiza). Campaña de 1946</i> , por J. M ^a Mañá	1170
<i>El puerto de la Albufereta</i> , por F. Figueras y J. Jaúregui	1186
<i>Acuñaciones púnicas de Cartagena</i> , por A. Beltrán	1200
<i>En torno a Hemeroskopeion</i> , por J. Senent	1215

ROMA

<i>Las vías romanas en España</i> , por B. Taracena	1227
<i>Poblado iberorromano del Castillo de los Garres (Murcia)</i> , por A. Fernández-Avilés.....	1234
<i>Una cabeza de mármol, presunto retrato del Emperador Trajano</i> , por T. García de Cáceres	1241
<i>Hallazgo de una estatua romana en Cartagena</i> , por A. Beltrán	1247
<i>Ajuar funerario de la necrópolis de la Boatella (Valencia)</i> , por C. Aranda.....	1255
<i>Elementos constructivos romanos encontrados en la necrópolis de la Boatella</i> , por D. Cueves	1259
<i>Estudio de una discutible inscripción en barro</i> , por A. Arés.....	1263

LOS BIZANTINOS EN ESPAÑA

<i>El sepulcro de la Alberca</i> , por C. de Mergelina.....	1267
<i>Notas para el estudio de los Bizantinos en Cartagena</i> , por A. Beltrán	1308
<i>La moneda bizantina en España</i> , por F. Mateu	1326
<i>Las monedas suevas y godas en relación con las romanas y bizantinas</i> , por A. Beltrán	1337
<i>El arte de la época paleocristiana en el S. E. español: La sinagoga de Elche y el «martyrium» de la Alberca</i> , por H. Schlunk	1353
<i>El tesoro de monedas de Aljezares</i> , por A. Beltrán	1422
<i>Rectificaciones y falsificaciones en las monedas visigodas</i> , por P. Beltrán	1427

TEMAS GENERALES DE LA EDAD MEDIA

<i>De Arqueología Hispano-Musulmana: La alquería de Benicalap</i> , por R. Martínez Bernal y S. S. Monzó	1495
<i>Consideraciones Generales sobre el Sagunto medieval</i> , por A. Martínez Sarrión ..	1499
<i>La casa medieval en Murviedro</i> , por A. M ^a Vicent	1504
<i>Casas señoriales del Murviedro medieval</i> , por M. Hernández y M. D. Iborra.....	1507
<i>Una almazara medieval en Sagunto</i> , por María Josefa López Carbonell	1513
<i>Andanzas de Don Juan Manuel por tierras Murcianas</i> , por S. García de Pruneda	1516
<i>Índice</i>	1535

VOLUMEN IV

CRÓNICA DEL IV CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL

1948.....	1561
<i>Dedicatoria al Ilmo. Sr. D. Juan Cabré Aguiló</i>	1563
<i>Acta resumen</i> , por A. Beltrán	1567
<i>Relación de los Sres. Congresistas</i>	1599

PREHISTORIA Y CUESTIONES GENERALES

<i>Treinta años de excavaciones en Levante</i> , por L. Pericot.....	1607
<i>El sistema actual de excavaciones y su reforma</i> , por A. del Castillo	1632
<i>Estado actual de la investigación arqueológica en la Zona de Protectorado Español en Marruecos</i> , por M. Tarradell	1640
<i>Dos años de excavaciones en el Duero. Resultados</i> , por R. Rusell Cortez	1655
<i>Influencia de los vientos y corrientes de la cuenca de occidente del Mediterráneo en las relaciones iberoamericanas</i> , por J. J. Jaúregui	1662
<i>Secuencia estratigráfica del Paleolítico Levantino</i> , por F. Jordá.....	1672
<i>Los orígenes remotos de la guerra</i> , por J. Díaz de Villegas	1679
<i>Solutrense o ateriense</i> , por L. Pericot.....	1689

<i>Asas-vertederos canarias</i> , por E. Serra.....	1693
<i>Las pinturas rupestres de la Cueva Gilles (St. Marcel d'Ardeche)</i> , por M. Louis y R. Pilles	1697
<i>Dólmen con insculturas en arroyo de las Sileras (Córdoba, Espejo)</i> , por S. Santos Jener	1712
<i>Potries en su aspecto arqueológico</i> , por S. Peiró.....	1721
<i>Hallazgos arqueológicos en Elche</i> , por J. Bañón	1726
<i>La cerámica aborigen de Gran Canaria</i> , por P. Hernández.....	1728
<i>Influencia ibérica en el sur de Francia durante la época de los dólmenes</i> , por J. Arnal y H. Martín	1733

«CULTURA IBÉRICA» Y SU ÉPOCA

<i>El santuario de Entremont y las representaciones funerarias ibéricas</i> , por F. Benoit	1753
<i>Los discos-corazas en ajuares funerarios de la Edad del Hierro de la Península Ibérica</i> , por E. Cabré.....	1762
<i>El marco cultural del siglo IV a. de JC</i> , por J. Maluquer.....	1769
<i>El Culto de la Salud y sus representaciones en Elche y Cartagena</i> , por A. Beltrán	1783
<i>Unos interesantes tiestos covaltinos</i> , por I. Ballester	1789
<i>Algunas fuentes clásicas atribuibles a los iberos del SE. de Francia</i> , por D. Fletcher	1796
<i>Cuestiones sobre las acuñaciones ibéricas en relación con Cartagena</i> , por A. Beltrán	1803
<i>Las cecas ibéricas bastitanas</i> , por F. Mateu	1808
<i>Estación ibérica del Castillo de las Peñas</i> , por J. Crespo	1818
<i>Probable influencia griega en el arte de la cultura del Levante español</i> , por I. Pla ..	1825
<i>Los barros y los alfares del Sudeste</i> , por F. Figueras	1830
<i>Tetradracma del Llano de la Consolación</i> , por J. Sánchez.....	1843
<i>Arreos de montar, ibéricos, de los ex-votos del Santuario del Cigarralero</i> , por E. Cuadrado	1849
<i>La nueva piedra de Ampurias con decoración espiraliforme</i> , por A. Fernández Avilés	1870
<i>Unas notas históricas sobre Iberia y el arte ibérico</i> , por J. Lafuente	1874
<i>Un umbral de puerta zoomórfico de la Citania de Sanfins</i> , por E. Jalhay	1882
<i>Notas sobre temas ibéricos</i> , por P. Beltrán.....	1887
<i>Sistematización de la Arqueología Castreña</i> , por L. Monteagudo	1901
<i>Las ruinas de Akra Leuka</i> , por F. Figueras	1911
<i>Alebus amnis</i> , por N. Primitivo Gómez	1914
<i>Las recientes excavaciones en la necrópolis de Enserune (Languedoc)</i> , por J. Jannoray	1919
<i>Algunas observaciones sobre el arte ornamental de los castros del Noroeste de la Península Ibérica</i> , por M. Cardozo	1935
<i>El foco ibérico del Sureste Español</i> , por L. de Hoyos	1962
<i>Sobre el origen y cronología de la cerámica ibérica</i> , por M. Almagro	1978

ARQUEOLOGÍA ROMANA Y PALEOCRISTIANA

<i>Situación de la estación de Arragona de los itinerarios romanos de los primeros siglos</i> , por L. Más	1989
<i>Descubrimiento de la necrópolis romana de Eliocraca</i> , por J. Espín Rael	1996
<i>La conquista de Cartago Nova por Scipión y las mareas del Almarjal</i> , por J. Jaúregui	2000
<i>Mosaicos romanos de la Provincia de Valencia</i> , por T. García	2007
<i>Instrumentos de culto en esculturas romanas del Levante Español y Cataluña</i> , por M. Estevan y A. Sánchez	2012
<i>Las fortificaciones y la población de la España romana</i> , por B. Taracena	2019
<i>Los sarcófagos paleo-cristianos del Sudeste Español</i> , por A. Cueves	2044
<i>La cerámica estampada romano-cristiana</i> , por P. de Palol	2054
<i>Cronología de los sarcófagos de los Leones y de Cobarrubias a base del tocado femenino</i> , por M. Beltrán y V. Cortés	2075
<i>La bandeja de vidrio de Beas: su cronología</i> , por M. Arnau y G. Aulet	2088
<i>Los llamados amuletos osculatorios</i> , por C. Ros y C. Adell	2095
<i>Cronología de la inscripción Christus Magis</i> , por C. Aranda	2104

VISIGODOS

<i>La necrópolis visigoda de Duratón (Segovia). Materiales de tipo bizantino</i> , por A. Molinero	2113
<i>La primitiva iglesia de San Félix de Játiva y sus restos decorativos</i> , por C. Benito, A. García y A. Alcañiz	2125
<i>Un tesoro bizantino en la Alcudia</i> , por A. Ramos Folqués	2132
<i>Restos visigóticos en Valencia</i> , por A. M. Vincent	2138
<i>El cementerio de Estagel y los cementerios visigodos de Galia y España</i> , por R. Lantier	2146
<i>Dibujos de materiales y de pizarra escritas de Diego Álvaro (Ávila)</i> , por A. Gutiérrez Palacios	2153
<i>Índice</i>	2157

VOLUMEN V

CRÓNICA DEL V CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL Y DEL I CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

1949	2187
<i>Acta-resumen</i> , por A. Beltrán	2191

PREHISTORIA

<i>Las puntas pedunculadas del Reclau Viver</i> , por J. M. Corominas	2231
<i>El Paleolítico de los Baños de Alicún</i> , por A. Casas	2237
<i>La obra del Seminario de Historia Primitiva en el Sureste Español</i> , por C. Millán	2245
<i>La «Cova del Àguila»</i> , por F. Ponsell	2248
<i>Algunas pinturas del arte rupestre levantino atribuidas al período eneolítico</i> , por J. B. Porcar	2249

<i>El Paleolítico Superior del Sudeste</i> , por L. Pericot	2261
<i>Hallazgos de vasos campaniformes en Sabadell</i> , por L. Más.....	2267
<i>Elementos ibéricos en la civilización del vaso campaniforme en Bélgica</i> , por M. E. Marien	2268
<i>La península ibérica en la época de El Argar</i> , por M. Tarradell.....	2280
<i>Las Grutas de Cascais y los nuevos hallazgos</i> , por A. Tellez d'Abrue Nunes.....	2293
<i>Nuevas contribuciones para el conocimiento de la Edad de Bronce en el Algarbe</i> , por A. Viana, O. da Viega y J. Formosinho	2300
<i>Dos elementos almerienses en la Edad del Bronce inicial catalana</i> , por J. Maluquer	2323
<i>Útiles y armas de El Argar. Ensayo de tipología</i> , por E. Cuadrado	2331
<i>Sobre el muñón de las hachas del Bronce Atlántico</i> , por F. Bouza Brey	2375
<i>La estación de Vélez Blanco</i> , por O. Gil	2377
<i>Los nuevos tipos almerienses</i> , por L. de Hoyos	2399
<i>Nuevos materiales para el estudio de la Edad del Bronce de Tras Os Montes y Alto Duero</i> , por F. Rusell Cortez	2407
<i>La carrera del estaño en la «Ora Maritima» de Avieno</i> , por J. J. Jaúregui	2415
<i>Para una sistematización de la Edad del Bronce</i> , por L. Pericot	2446
<i>Los Bloques prehistóricos grabados de Amelie-les-Bains</i> , por M. Louis	2451

CULTURA IBÉRICA Y SU ÉPOCA

<i>La cerámica en los ritos de la necrópolis púnica de Alicante</i> , por F. Figueras.....	2461
<i>La Alcudía de Elche, antes y durante la dominación púnica</i> , por A. Ramos Folqués	2468
<i>Estela Ibérica de Ibiza</i> , por P. Beltrán	2477

CULTURAS ROMANA Y VISIGÓTICA

<i>La villa romana de Liédena y el campo español en el Bajo Imperio</i> , por B. Taracena.....	2485
<i>Notas de arqueología y numismática almeriense</i> , por A. Beltrán	2489
<i>Retratos romanos de la Península Ibérica</i> , por A. García y Bellido	2500
<i>Notas sobre construcciones hidráulicas de los Monegros</i> , por A. Beltrán.....	2508
<i>Cabeza de «Maestro» procedente de Peñaflores</i> , por A. Fernández de Avilés	2515
<i>Monedas de personajes pompeyanos en relación con Cartagena</i> , por A. Beltrán ..	2520
<i>Prácticas funerarias en la necrópolis romana de Eliocraca</i> , por J. Espín	2535
<i>Un sello de callista romano procedente de Ampurias</i> , por M. Oliva	2543
<i>El final de las acuñaciones ciudadanas en España</i> , por M. Grant	2548
<i>¿Tienen las corridas un origen antiguo?</i> , por A. Bauquier	2555
<i>Epigrafía de Cartagena. Generalidades</i> , por A. Beltrán	2558
<i>Las teorías de M. Grant sobre las monedas de Cartagena y otras españolas</i> , por A. Beltrán	2569
<i>Inscripción de San Hermenegildo del Museo Arqueológico Provincial de Sevilla</i> , por C. Fernández Chicarro	2573
<i>Vestigios romanos de los «Casais-Velhos» (Areia y Cascais)</i> , por A. do Paço	2588
<i>Algunos pozos romanos en madera</i> , por J. R. Mertens	2600
<i>Sobre unos discos púnicos de cerámica procedentes de Tamuda y sus paralelos</i> , por M. Tarradell	2626
<i>Los trabajos de Luis Siret y la cultura de Almería (Conferencia)</i> , por L. Pericot	2635
<i>Índice</i>	2647



EDICIÓN FACSIMILAR

BOLETÍN ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL (BASE)

NÚMEROS 4-7.-ENERO-DICIEMBRE 1946

CRÓNICA

DEL

II Congreso Arqueológico del Sudeste Español

ALBACETE - 1946

IMP. PROVINCIAL.-1947.

CRÓNICA
DEL
II CONGRESO ARQUEOLÓGICO
DEL SUDESTE ESPAÑOL

ALBACETE • 1946

EL II CONGRESO ARQUEOLÓGICO DEL SUDESTE ESPAÑOL, reunido en Albacete durante los días del 21 al 23 de marzo de 1946 bajo el alto patronato de la Excm. Diputación Provincial y del Excmo. Ayuntamiento de Albacete, celebró sus sesiones en el salón de actos del Palacio de la mencionada Corporación Provincial con el siguiente programa:

Día 21.—A las 12, sesión inaugural, presidida por las Autoridades. Memoria resumen de la Comisión Organizadora. Salutación a los Huéspedes de Honor y Congressistas por el señor Alcalde de la capital. Discurso del Excmo. señor don Joaquín María de Navascués, Inspector General de Museos Arqueológicos, que versará sobre «La función del Museo Provincial y del Museo Local». Visita al Museo Arqueológico Provincial. Copa de vino español ofrecida por la Excelentísima Diputación Provincial a las Autoridades, Huéspedes de Honor y Congressistas. A las 17,30, primera sesión ordinaria del Congreso. Relación por Secretaría de las comunicaciones y ponencias presentadas. Elección de Presidente de la Mesa. Distribución de comunicaciones y ponencias por sesiones, lectura y discusión de las correspondientes a este día. Nombramiento de Presidente de la Mesa para el día 22.

Día 22.—A las 11, segunda sesión ordinaria. Lectura de comunicaciones y ponencias. Discusión de las mismas. Elección de Presidente para la sesión ordinaria del día 23. A las 14,30, excursión a Minateda para visitar el abrigo de pinturas rupestres del cerro de «Cabeza Llana» y la acrópolis ibérica de

«El Tolmo», con explicaciones del Director del Museo Arqueológico Provincial, don Joaquín Sánchez Jiménez. A las 20, sesión extraordinaria: Conferencia del Excmo. señor don Juan Cabré Aguiló, Preparador del Museo Arqueológico Nacional, quien disertará sobre «Las Artes Industriales en la Edad del Hierro». A las 22, comida que el Excmo. Ayuntamiento ofrece a los Huéspedes de Honor y Congressistas.

Día 23.—A las 11, tercera sesión ordinaria, con el régimen de la anterior. A las 12,30, sesión extraordinaria: Conferencia del Ilmo. señor don Juan Cuadrado Ruiz, Comisario Provincial de Excavaciones y Director del Museo Arqueológico de Almería, con el tema «Algunas curiosas supervivencias prehistóricas en la provincia de Almería». A las 14,30, visita a la estación del Bronce Mediterráneo II en Acequión, Barrax y Casa de los Arboles, con explicaciones sobre los yacimientos del Comisario Provincial de Excavaciones de Albacete, don Joaquín Sánchez Jiménez. A las 20, sesión extraordinaria: Conferencia por el Profesor don Julián San Valero Aparisi, que tratará de la «Archena Ibérica».

Día 24.—A las 11, cuarta sesión ordinaria, según la norma de las precedentes. A las 15, quinta y última sesión ordinaria, resumen de las anteriores, conclusiones y acta del Congreso. A las 18, solemne sesión de clausura: Conferencia del Excmo. señor Profesor, don Julio Martínez Santa Olalla, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas, quien disertará sobre el «Pasado y presente de la Arqueología y futuro de la Paleontología». Cierre del Congreso, presidiendo las Autoridades.

La sesión inaugural fué presidida por el Excmo. señor don Francisco Bastarreche, Almirante y Capitán General del Departamento Marítimo de Cartagena, al que acompañaban en el estrado presidencial el Magnífico y Excmo. señor Rector de la Universidad de Murcia, los Excmos. señores Presidente y Fiscal de la Audiencia Territorial, Inspector General de Museos Arqueológicos e Ilmos. señores Gobernador militar, Presidente de la Excma. Diputación Provincial y Alcal-

de del Excmo. Ayuntamiento de la Capital. Entre las más destacadas personalidades concurrentes a este acto figuraban los Excmos. señores Comisario General de Excavaciones Arqueológicas, Gobernador Civil y Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Murcia, Alcalde de Cartagena y don Juan Cabré Aguiló; y los Ilmos. señores Delegado de Hacienda de la provincia de Albacete y Jefe del Sector Aéreo.

Abierta la sesión, el Presidente concedió la palabra al señor Alcalde de Albacete, quien dirigió un cordial saludo a las Autoridades, Huéspedes de Honor y Congressistas, haciendo resaltar, con palabras concisas, la importancia que para los estudios arqueológicos tienen estas reuniones, expresando finalmente su gratitud, como Alcalde de la ciudad, por haberse tomado a ésta como sede del actual Congreso.

A continuación el señor Secretario de la Comisión Organizadora dió lectura a la

MEMORIA DE SECRETARIA en los siguientes términos: «En el mes de junio del pasado año de 1945 se celebró en Cartagena el I Congreso Arqueológico del Sudeste, con carácter fundamentalmente de organización, asistiendo delegaciones arqueológicas de toda la zona, estando representadas las Comisarías de Excavaciones y los Museos de Albacete, Almería, Alicante, Cartagena y Murcia, enviando un delegado especial la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

En la sesión de resúmen de actividades, celebrada el día 9 del citado junio, se acordó la «celebración de congresos periódicos para impulsar la marcha de las investigaciones arqueológicas», decidiéndose que el correspondiente a 1946 se reuniera en Albacete.

A tal efecto se creó una Comisión Organizadora, bajo la Presidencia del Comisario Provincial de Excavaciones y Director del Museo de Albacete, con dos vocales representantes de la Diputación Provincial y Ayuntamiento de Albacete, honrándose el que habla con la Secretaría.

A pesar del poco tiempo disponible, por el anuncio de otros actos arqueológicos de importancia nacional en el año 1946,

fué preciso acelerar los preparativos y celebrar el Congreso en la fecha prevista, que fué el mes de marzo. Todo fué posible gracias a las facilidades y entusiasmo aportados por las Autoridades de Albacete y de las demás provincias del Sudeste, y al aliento de todos los medios arqueológicos españoles.

Es imprescindible expresar públicamente el agradecimiento de la Comisión Organizadora a todos y cada uno de los favorecedores, pero muy especialmente a alguno de ellos: en primer lugar a las Autoridades que nos han hecho el honor de aceptar un puesto en nuestras tareas; después a la Diputación y Ayuntamiento de Albacete, que han unido a su ayuda moral patrocinando este Congreso, la material, subvencionándolo con las cantidades necesarias; al señor Jefe del Sector Aéreo, que ha cedido vehículos para las excursiones, al Ilmo. señor Director del Instituto de Cartagena, que ha proporcionado el aparato de proyecciones, y a todos y cada uno de los señores Congresistas y adheridos que son, en realidad, el Congreso mismo.

La Comisión Organizadora, al tener noticia de que por las lluvias de estos días anteriores estaba intransitable el camino que conduce a la necrópolis ibero-romana de Hoya de Santa Ana, se vió precisada a introducir una pequeña modificación en el programa que acompañaba a nuestra 2.^a Circular, sustituyendo la visita a dicha necrópolis por la que se realizó a las estaciones de Acequión, Barrax y Casa de los Arboles.

No dudamos que en nuestra labor habrá muchas deficiencias; pero esperamos que con la ayuda de todos este Congreso, cuyas dificultades no se le ocultarán a nadie, sea un paso adelante en relación con el de 1945 y sirva para que el de 1947 marque un adelanto creciente en las actividades arqueológicas del Sudeste Español.»

A continuación dió lectura el mismo señor Secretario a diversos telegramas de adhesión recibidos y, seguidamente, la Presidencia concedió la palabra al Excelentísimo señor Inspector General de Museos Arqueológicos, quien pronun-

ció la conferencia que se publica en la sección correspondiente de esta Crónica. Finalizado este discurso, el Excelentísimo señor Almirante expresó su agradecimiento por habersele designado para presidir el acto; puso de relieve el interés que despierta la Arqueología, aun entre los profanos, porque dándonos a conocer el pasado nos pone en camino para preveer lo que puede ser el porvenir, y, finalmente, declaró abierto el Congreso.

Sucesivamente, y en la forma que queda antes expuesto, se desarrollaron todos los actos del Congreso sin otra variación que la de haber introducido una sesión ordinaria más por el gran número de comunicaciones presentadas. Esta sesión tuvo lugar a las 20 horas del día 23, retrasándose hasta las 21,30 la extraordinaria del expresado día. Fueron, por tanto, seis las sesiones ordinarias y sus Presidentes respectivos: don Joaquín Sánchez Jiménez, el Excmo. señor don Joaquín M.^a de Navascués y Juan, el Excmo. señor don Julio Martínez Santa Olalla, el Excmo. señor don Juan Cabré y Aguiló, don Julián San Valero Aparisi y don Juan J. Jauregui y Gil Delgado. La reseña detallada de todos estos actos se omite en gracia a la brevedad, y a fin de sistematizar la labor realizada, las comunicaciones y ponencias con las discusiones que motivaron han sido agrupadas en las siguientes secciones: PROBLEMAS ARQUEOLÓGICOS GENERALES; PREHISTORIA; PROTOHISTORIA HISPÁNICA; ROMA; EDAD MEDIA. Asimismo los discursos de carácter científico se insertan en otra sección, titulada CONFERENCIAS.

En la sesión de clausura ocupó también la presidencia el Excmo. señor Almirante Bastarreche, con el Excmo. señor Gobernador Civil de la provincia y con el Ilmo. señor Presidente de la Excma. Diputación Provincial. En ella, y una vez abierto el acto, el Excmo. señor Comisario General de Excavaciones Arqueológicas disertó sobre el tema anunciado, conferencia que se inserta en la sección correspondiente de esta publicación. Después, el Excmo. señor don Francisco Rodríguez Acosta, Gobernador Civil de Albacete, pronunció un

discurso en el que comenzó agradeciendo al Excmo. señor Almirante su presencia en este Congreso, al que ha dado tono y prestancia su persona; y a los Congressistas que han elegido esta ciudad como punto de reunión, les dice que el deseo suyo fué procurar que esta provincia fuera para ellos, en estos días, como un lugar de recogimiento, un oasis de paz y tranquilidad al margen de la melancólica preocupación del mundo, a fin de que pudieran dedicarse tranquilamente a sus estudios; y que lamentaba, al propio tiempo, que sus ocupaciones no le hayan permitido asistir, como lo hizo el Excmo. señor Almirante, a todas sus reuniones.

Expresa el alto concepto que tuvo siempre del Arqueólogo, al que envidia, por la visión que este investigador, como el teólogo y el santo, tiene de la vida, y por estar, en cierto modo, al margen de este mundo ruin, decadente y vengativo que nos ha legado la gran guerra.

Dice cuan maravillosa es la paciencia y la sabiduría de estos hombres que de las ruinas hacen resucitar civilizaciones insospechadas ante el asombro de sus contemporáneos que pisaron, con sus progenitores, durante generaciones enteras esas mismas ruinas con la mayor inconsciencia, recordando a este propósito como han sido reconstituídas las civilizaciones sumeria y asiria, gracias a la labor de la Arqueología.

Habla después del desequilibrio hoy existente entre un maravilloso adelanto material y el mundo del espíritu, minado por una propaganda falaz que se vale de todos los medios, hasta tal punto que, aunque parezca una herejía arqueológica, así como hay una edad de la piedra y otra del bronce, a esta de hoy se le debe definir como la edad de la propaganda que desquicia el mundo moral, haciéndole vivir la moral de Atila y de Tamerlán, provocando una revolución mundial en nombre del odio, en vez de tener por móvil el amor, como hace el Cristianismo.

Finalizó su discurso diciendo: «La Historia nos está demostrando constantemente que los pueblos fenecen más que

por quebrantamiento de sus leyes porque se olvidaron de su ética y sus buenas costumbres.

Y nada más, sino desearos que os llevéis un grato recuerdo de esta tierra manchega, y terminar con los dos gritos que deben unirnos a todos los españoles: ¡¡Arriba España!! ¡¡Viva Franco!!»

Por último el Excmo. señor Almirante Bastarreche pronunció el siguiente discurso:

«Antes de clausurar este II Congreso Arqueológico del S. E. de España que con extraordinaria simpatía, colaboración y entusiasmo se ha celebrado, creo de mi deber deciros unas palabras, aunque no fueran más que de agradecimiento a los que tuvieron la atención de honrarme con esta Presidencia y a vosotros que tenéis la de escucharme y que con tanta asiduidad y ayuda habéis contribuído al éxito sin precedentes de este Congreso. Como nada absolutamente puedo deciros sobre Arqueología, porque nada sé de ello, y no sería lógico hablaros de otro asunto, os contaré cómo se despertó mi afición a esta Ciencia, cómo fui poco a poco adentrándome en ella y comprendiendo la importancia en todos los órdenes de una actividad que a todos interesa. Al tomar posesión de mi cargo en Cartagena nadie, creo yo, se interesaba con verdadero afán, excepto D. Mariano Pasqual de Riquelme, D. Emerico Cuadrado, D. Antonio Beltrán y mi Jefe de E. M. don Juan J. Jauregui. Ya reunidos los cuatro con un entusiasmo inigualable, trabajando continuamente, consiguieron reunir algunos objetos interesantes, procedentes casi todos de los campos y de la misma población de Cartagena, interesando en ello al entonces Alcalde D. Manuel López Andújar, que tan grato recuerdo nos dejó de su labor administrativa al frente del Concejo, instalando todos aquellos *cacharros* en un local muy modesto, quedando con ello formado el primer Museo Arqueológico de la Ciudad.

Como mi contacto con D. Juan J. Jauregui es continuo, dado su cargo, entre los asuntos oficiales intercalábamos conversaciones arqueológicas, ya que empecé a entrar en cu-

riosidad y a dar valor a todo aquéllo. Volví al Museo y entre mis observaciones y mis preguntas fui comprendiendo algo de lo que veía y rectificando esa opinión que rueda por el mundo de la ignorancia, de que el Arqueólogo es un hombre triste, que va por los campos distraído mirando al suelo, recogiendo guijarros, piedras y toda clase de objetos hasta llenar sus bolsillos, para llegar a su casa con la chaqueta deformada y pensando solamente en el tesoro que porta.

Esta rectificación fué acentuándose cuando conocí en el primer Congreso Arqueológico del S. E. de España, celebrado en Cartagena y ya en un nuevo Museo en armonía con la importancia de lo que en él se iba acumulando, aportado por la población y otros Museos, conocí, digo, a los Congregistas Directores de los Museos de Almería, Alicante y Albacete, así como a D. Pío Beltrán, afamado numismático y a D. Julián San Valero. Entonces comprendí y he ido afirmándome en la idea de que el Arqueólogo es todo lo contrario de lo que se suele creer. Nada de triste, al contrario, buen humor, afebilidad, comprensión, buen sentido y modestia exagerada. Es el Arqueólogo además, hombre de vasta cultura, ya que ha de saber de todo lo relacionado con las distintas civilizaciones, llenando las soluciones de continuidad que la falta de escritos y datos establece entre unas y otras. Han de saber de Historia, Geografía, Geología, Química, etc.

Empecé a tener la sospecha de que todos llevamos dentro un Arqueólogo, porque a todos interesa nuestro pasado; cómo vivieron otros hombres primitivos, pre-históricos; cómo se trasladaban de unos lugares a otros; qué instrumentos usaban para vivir, para luchar, defenderse, etc.

Hoy tengo la seguridad de que ese Arqueólogo existe en cada uno de nosotros. En la gran mayoría de las personas está dormido; en unos, como ocurre con los que me escuchan, se despertó en su juventud; han tenido esa inmensa suerte porque poseen tiempo y facultades para mejorar sus conocimientos y contribuir al perfeccionamiento de la historia del hombre. En otros, nunca se despierta y mueren, no sólo sin

tener conocimiento de los distintos períodos de la civilización humana, sino con una idea errónea de la inmensa labor cultural que desarrollan los Arqueólogos; quizás sean aquéllos y no éstos, como alguien cree, los que ocuparán eternamente el Limbo; y a otros, entre los que me cuento, se les despierta después de los 60 años de sueño y ya es tarde; ni la memoria, ni la resistencia física, ni el tiempo, ni otras cualidades que ya se han perdido, permiten aprender, estudiar, contribuir a esa labor tan patriótica por cultural y por internacional que desarrollan los Arqueólogos y esa es mi pena; no poder gozar de sus conversaciones, no poder dedicarme ya, aunque fuera a llenarme los bolsillos de piedras; no saber admirar los objetos que al contemplarse abren a la imaginación un extenso campo de investigaciones y descubrimientos.

Esta es una de las razones porque acepté esta Presidencia del Congreso, pues me da ocasión de oír las comunicaciones tan interesantes que aquí se han leído y las discusiones en que tanto se aprende, intimar con distinguidos Arqueólogos, y sobre todo hacer esta propaganda que hago con verdadero gusto e interés para que vosotros la continúeis y sirva mi cargo y mi categoría, ya que no para aportar luces a esta ciencia, sí para que se hable, se comente y se vayan interesando todos los españoles en estas cosas que contribuyen por su importancia a ir mejorando la opinión del mundo sobre la cultura Española, cuya progresión ascendente es un hecho real debido en gran parte a la competencia, constancia y labor continua de los Arqueólogos, en especial aquellos que tienen la bondad de escucharme y a quienes vuelvo a agradecer las lecciones que durante estos días tan simpáticos e inolvidables del Congreso nos han dado.

Quiero también saludar y agradecer su presencia a las señoritas Congresistas que con su juventud y belleza han contribuído a hacer aun más agradable este Congreso y con sus comunicaciones demuestran sus vastos conocimientos, mas de apreciar con tan pocos años, así como la habilidad y don de enseñanza de sus maestros.

Gracias también al súbdito irlandés Eoin Mc Withe.

Con lo dicho, ya sabéis cómo se despertaron en mí estas aficiones y terminó declarando clausurado el II Congreso Arqueológico del S. E. Español.

Clausurado el Congreso con el anterior discurso, la Comisión Organizadora dirigió sendos telegramas al Excelentísimo Sr. Ministro de Educación Nacional, Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes y a la Comisaría General de Excavaciones e Inspección General de Museos, dando cuenta de la Clausura del Congreso y testimoniando la inquebrantable adhesión al Jefe del Estado.

Las sesiones ordinarias se iniciaron el día y hora señalados en el programa, comenzándose con la lectura, por el señor Beltrán Martínez, del acta resumen del I Congreso de Cartagena, relatando la forma en que se han ejecutado los acuerdos adoptados, especialmente en lo que se refiere a la revista, *Boletín Arqueológico del Sudeste Español* (B. A. S. E.) sus dificultades económicas y las necesidades que se le planteaban para el año 1946. Tras intervenciones de los Sres. San Valero, Martínez Santa-Olalla, Cuadrado Díaz, Sánchez Jiménez y Beltrán Martínez, se acuerda que no se incluya en la sección «Bio-bibliografías arqueológicas» de esta revista las relativas a arqueólogos vivientes, y se propone nuevas medidas para vigorizar económicamente B. A. S. E.

Se discute la propuesta del Sr. Ballesteros para que Valencia sea incluida en el área de los congresos del Sudeste, no siendo aceptada.

Por último, se acuerda regularizar la reunión de estos congresos con carácter anual y nombrar un Comité permanente, presidido por D. Joaquín Sánchez Jiménez, con los vocales Sres. Jauregui y San Valero y el Sr. Beltrán Martínez como Secretario, más un tercer vocal residente en el lugar donde haya de reunirse el Congreso.

Después de un descanso de quince minutos, se reanuda la sesión, dándose comienzo a la lectura de Comunicaciones y discusión de las mismas, distribuyéndolas entre ésta y las sesiones ordinarias sucesivas.

RESUMEN DEL CONGRESO

La Comisión Organizadora de este Congreso, convertida por acuerdo del mismo en Comité Permanente de los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español, está muy lejos de pretender atribuirse el éxito del reunido en Albacete. Nacidos estos congresos en el Sudeste y para las cuestiones arqueológicas que afectan al Sudeste al calor del entusiasmo de unos, muy pocos, quienes desde el primer momento se sintieron alentados por la simpatía con que miró estos nobles propósitos el Excmo. Sr. Almirante Bastarreche, no desdeñaron, sin embargo, el que se aportara a estos congresos otros temas arqueológicos de carácter general o que directamente no afectaran a la región.

Ese mecenazgo tan liberal y creciente y de todos conocidos; la calidad de los congresistas, adheridos o asistentes, en tal número que excedió con creces nuestros cálculos primeros; la altura de las conferencias pronunciadas; el volumen de comunicaciones y de ponencias que se presentaron y que, motivando animadas discusiones, dieron a estos actos verdadero tono académico, como se verá en el lugar oportuno de esta Crónica, la contribución; con sus trabajos, de destacados investigadores extranjeros, cuya presencia personal fué otra de las notas del Congreso; el apoyo de todo orden de las Autoridades de Albacete y el haberse visto asistido el Congreso no ya con la aprobación más o menos oficialmente otorgada, sino con la presencia personal de los representantes de los dos más altos organismos estatales a quienes está encomendado velar por la conservación, estudio y acrecentamiento de nuestro patrimonio arqueológico nacional, tales como la Comisaría

de Excavaciones y la Inspección General de Museos Arqueológicos cuyas actividades, aunque diferentes, se complementan recíprocamente; y la asistencia simpática, entre otros muchos, del venerable y paternal maestro de excavadores, el Excelentísimo Sr. D. Juan Cabré, fueron, de consuno las causas del resonante éxito a que antes no referíamos.

La Comisión Organizadora, con profunda satisfacción, desde aquí da la más rendidas gracias a cuantos nos alentaron al tiempo de la organización y a quienes cooperaron con sus aportaciones al mayor esplendor y fruto científico de este Congreso.



PROBLEMAS ARQUEOLÓGICOS
GENERALES

PROBLEMAS ARQUEOLÓGICOS GENERALES

LA ARQUEOLOGÍA EN LA ESCUELA PRIMARIA

Por Filomena García-Reyes García

Maestra Nacional.

Estamos en la era de lo que, pedagógicamente hablando, se llama educación integral del hombre.

Pues bien: el fundamento de todos los aspectos de la educación integral del individuo es la Escuela primaria y, por eso, a los niños se les da en ella una formación elemental, se les inculca esas nociones, pilar fundamental sobre el que han de desarrollarse sus ulteriores conocimientos y adquisiciones, tanto prácticas como especulativas.

Y así como se les educa no sólo en el amor a Dios, centro y motor de todo lo creado, sino también en el amor a la verdad, al bien y a la patria; en el respeto a las cosas, a las plantas y a los animales; así como se les pide comprensión y cariño a todo aquello de que nos servimos, no ya utilitariamente, sino como recreo creado por el hombre, ¿por qué no educarles en el respeto a todos los vestigios de nuestro pasado?

Más de una vez hemos experimentado el hecho de que a los niños lo que más les gusta del diario quehacer escolar es la Historia; pero no la Historia de las batallas y las fechas, que nada les dicen, sino la Historia de la civilización, de la cultura; la vida del hombre primitivo, su religión, sus armas, sus costumbres.

En este sentido el campo es prácticamente inagotable y el

terreno bien abonado y completamente virgen. La Escuela, en este aspecto, puede hacer, con un poco de trabajo y un mucho de buena voluntad, una gran labor. Si a los niños se les habla con entusiasmo y cariño de estas cuestiones, los niños las acogerán también con idéntico cariño y entusiasmo. La experiencia es para nosotros concluyente en este sentido.

Por ello me honro proponiendo al Congreso:

1.º—Visitas sucesivas al Museo Arqueológico por parte de los niños pertenecientes a los grados superiores de la Escuela Primaria. Estas visitas quedarán reflejadas en los cuadernos de trabajo de los escolares, incluso con algunas consideraciones personales.

2.º—Se les estimulará, no por medio de premios o recompensas, sino por la satisfacción moral de un deber patriótico cumplido, a que pongan en conocimiento de sus maestros, cuantos hallazgos, indicios o noticias de hechos arqueológicos tengan.

En defensa de la anterior ponencia hacen uso de la palabra los señores Cuadrado Ruiz, Santa-Olalla, Ballesteros y Bella, y se acuerda que sea aprobada una moción en los términos propuestos.

* * *

LA ARQUEOLOGÍA Y LA ENSEÑANZA MEDIA

Por Mercedes G. de Heredia

Catedrático de Historia del Instituto de Albacete.

Pasa el niño en el Instituto los años cruciales de su existencia, años que deben servirle para hallar el norte de su vida futura. Un desacierto en estos momentos puede dar lugar al triste espectáculo del inadaptado. Debe, pues, ser deber primordial del historiador que enseña, no reducir el estudio de su disciplina a un mero conocimiento externo y superficial de ella. Debe mostrársela en todos sus aspectos con todos sus matices y perspectivas para que no vea solo un conjunto le-

vantado a impulso ajeno, sino campo abierto a todas las iniciativas, de modo que si hay algo en él capaz de vibrar a la llamada de esta Ciencia, vibre pronto, no perdiéndose una posible vocación por falta de energía o por una defectuosa e incompleta enseñanza.

Se considera como verdadero objeto de la Historia no solo el desarrollo y actividad política de estados y naciones sino la evolución integral de la humanidad. Es la Prehistoria síntesis de dos ciencias, sobre todo la Antropología y la Arqueología, y estudia los primeros estadios de la evolución del hombre, rudimentarios y lentos avances por el camino de la civilización, más perceptibles y fáciles de captar para el estudiante de Bachillerato por tratarse de mejoras de la vida material, que las posteriores de evolución espiritual. Sirve la Arqueología para iniciar al alumno en los métodos de razonamiento y deducción histórica; pues aun cuando no pueda interpretar correctamente cualquier testimonio histórico, podrá sacar conclusiones sencillas y elementales, desde luego por todos conocidas, pero de un valor incalculable para quien las elabora como propias, y que pueden cristalizar el día de mañana en la Arqueología o en cualquier otro rincón del variado y extenso campo de la Historia. Nunca esta labor será infructuosa, pues al obligar a razonar cumple en la historia un segundo fin, general a toda pedagogía.

En justa reciprocidad puede prestar la Cátedra de Historia indudables servicios a la Arqueología haciendo de todos los que fueron sus alumnos agentes activos de ella que, aun no siendo especialistas en la materia ni aun simples aficionados, sepan apreciar en su justo valor la importancia científica de los hallazgos arqueológicos; que conozcan y sientan su deber de ciudadano y, dentro cada uno de ellos de su esfera de acción directa o indirectamente, contribuyan a que ninguno de estos restos de un pasado glorioso se pierda para el erudito y el investigador.

Hace uso de la palabra el señor Martínez Santa-Olalla para elogiar los puntos de vista expuestos en la ponencia.

IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN LAS ESCUELAS DEL MAGISTERIO

Por Rosario Juncos Sáez

Maestra Nacional

Podría llamarse esta ponencia «la importancia de los estudios Arqueológicos en las Escuelas del Magisterio» o bien «necesidad de formar a los maestros en el cariño y el conocimiento de la Arqueología», ya que el maestro ha de ser culto en todas las materias y en su función puede colaborar a despertar el interés y resaltar el valor de los vestigios del germinar de la humanidad.

Consideremos los puntos en que se apoya el asunto de esta ponencia:

1.º **EL MAESTRO.**—Es el maestro la autoridad suma en el pueblo, el lugar, en la aldea. Los niños hablan, piensan y obran como lo hace el maestro; los muchachos al pasar de la edad escolar siguen vinculados a él, valorando entonces mejor su figura; los hombres le consultan y escuchan con respeto sus opiniones. Los domingos en el paseo de la carretera o en la tertulia al amor de la lumbre se oyen con respetuosa complacencia las anécdotas que cuenta, las circunstancias, los paisajes y las vidas de otros pueblos y otros hombres. Él orienta, él dirige maquinalmente sin proponérselo, y en una palabra, es el representante genuino de la cultura y del saber en el lugar.

2.º **CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA RURAL.**—El campo, es la cantera de la subsistencia de todo el mundo y en los medios rurales es además de la cantera, la razón, el medio, la ocupación, los sinsabores, las incertidumbres y también los goces de alegría. Y es precisamente en él donde ocurren los hallazgos arqueológicos. Es un día en que el labrador al ahondar más profundamente la reja choca con un objeto extraño que se empeña en sacar a la superficie; es otro día, cuando al albergarse el pastor resguardando su rebaño, encuentra incrus-

trado en la pared el comienzo de un trozo de cerámica o a la luz de las llamas unos garabatos extraños que no están allí al acaso; es otra vez cuando en un cerro donde según la conseja popular hay unos duendes del tiempo de los moros, un atrevido muchacho, encuentra unos pedruscos toscos, pero que ha sido dispuesto por la mente humana... Cosas todas abundantísimas en estas tierras de España, tan ampliamente cruzadas por todas las razas y civilizaciones.

¿Y quien mejor que el maestro puede conocer, valorar y comunicar estos descubrimientos?; pero es necesario para ello que el maestro bien formado en estas actividades despierte su interés en el pueblo para lo que cuenta con los niños que son estupendos propagandistas de lo que pasa en clase, ya que con su autoridad docente puede sembrar amor al acervo de nuestras más añejas culturas.

Otras veces, es él mismo el que dirige excursiones a los lugares de cierta sospecha por sus nombres o por lo que de ellos se dice en el pueblo, o por lo que encontró en un amarillento manuscrito en el desván de una casa antigua.

En una palabra: puede buscar, puede encontrar, puede comunicar y puede entusiasmar evitando que se destrocen y se pierdan detalles y objetos de gran valor que suele dar pábulo a interesantes investigaciones posteriores.

3.º FORMACIÓN DEL MAESTRO.—Este problema lo vemos de forma mas palpitante en el caso concreto de maestro —y hablo basada en mi propia y particular experiencia— que con vocación y entusiasmo, carecen de una cultura mínima en este aspecto que les impide desarrollar su cometido como desearían; existiendo por otra parte otros, no ya solo ignorantes y despreocupados en estas cuestiones, sino decididamente hostiles por una torcida interpretación que les hace considerar totalmente desprovistos de valor estos vestigios que tanto nos dicen en su muda quietud.

Como solución a este problema propongo la creación en las Escuelas del Magisterio de una cátedra general de Arte en la que ocupará su sección correspondiente la Arqueología,

o bien como actividad complementaria de la Historia un Seminario de Cuestiones Arqueológicas.

Su programa podría comprender los conocimientos de los diferentes grupos y Humanidades (válganos para ello la tesis de Osvaldo Spengler), incluyendo el conocimiento de las principales estaciones de España, descripción de éstas e influencias mutuas, llevándoles al convencimiento de que la Arqueología es un monumento tangible y gigantesco lleno de realidades concretas y emotivas.

* * *

LOS ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA EN LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

Por Manuel Ballesteros Gaibrois

Director del Laboratorio de Arqueología
de la Universidad de Valencia y Catedrático de la misma.

I.—ESTADO ACTUAL DEL PROBLEMA

En líneas generales el problema de los estudios arqueológicos en España está planteado en sus mismas raíces, ya que de un modo coordinado no se había intentado nada. Se ha creado la Comisaría General de Excavaciones, se va estructurando el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, pero se deja a la discreción de la legislación la tarea de dar estructura y contenido a las enseñanzas superiores universitarias formadoras del arqueólogo facultativo.

EL CUADRO DE LAS ENSEÑANZAS UNIVERSITARIAS EN EL PRESENTE.—La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Española alberga a los estudios arqueológicos de la Antigüedad y del Medioevo. Tres son las secciones que atienden a preocupaciones de tipo arqueológico en sus cuadros de enseñanza.

Sección de Filología Clásica.—(Arqueología Clásica) nueve horas semanales en tres cuatrimestres.

Sección de Filología Semítica.—(Historia del Arte Medieval) seis horas semanales en dos cuatrimestres.

Sección de Historia.—(Pre-historia e Historia Universal Antigua, Arqueología, Epigrafía, Numismática e Historia del Arte Medioeval) veinticuatro horas semanales en dos cursos.

Queda patente que en la misma sección de Historia donde tiene su seno natural el estudio de lo Arqueológico, se ha tenido un desconocimiento fundamental de las necesidades formativas y apenas hay tiempo para la exposición de los rudimentos teóricos y, aunque se complementa con un número equivalente de prácticas, el espacio queda limitado a lo estrictamente suficiente para una simple exposición teórica, no siempre totalmente exhaustiva, de los temas imprescindibles.

Quedan fuera del plan los temas relativos a «Técnica de Excavaciones», «Arqueología Oriental», «Arqueología Medioeval», «Historia de la Escritura», «Técnica de la Restauración y Recomposición», «Museología», «Sigilografía», etcétera, etc.

LOS CONOCIMIENTOS Y SERVICIOS COMPLEMENTARIOS.—En la legislación universitaria vigente no se presupone nada para la formación práctica del futuro Arqueólogo. Es verdad que en los presupuestos figuran partidas para seminarios y laboratorios, pero dejando al arbitrio de cada Facultad el destinarlo o no en orden a la Arqueología. Ciertamente es que muchas Facultades mantienen servicios de formación práctica, como el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia, de tan gloriosa tradición; pero ello no se halla específicamente preconizado en la estructura de la enseñanza.

Los conocimientos prácticos no se encuentran encajados en ningún cuadro docente, ni se tiende a una formación teórica complementaria, con estudios de Etnología o de Historia de las Religiones. «La Arqueología Americana» solo aparece bajo el vago título de «Culturas Pre-hispánicas».

La serie de imprescindibles conocimientos complementarios no se encuentran concretados en la reglamentación de nuestras Facultades. A lo más que llega la Ley es a permitir la formación de Institutos de Investigación, a propuesta de la

Facultad, con el informe favorable del Consejo Superior, a través, en este caso, del «Instituto Diego Velázquez». Estos Institutos tienen por finalidad, según anuncia la Ley, conseguir progresos en la Ciencia en sí, no a formar especialistas.

LOS RESULTADOS FORMATIVO-CIENTÍFICOS.—La formación de nuestros arqueólogos es defectuosa y casi siempre ha de completarse post-universitariamente.

Todo especialista se forma en los años inmediatos al fin de la carrera, a través del doctorado, participando en excavaciones e investigaciones en museos o laboratorios o saliendo al campo; pero no como por infortunio sucede ahora, teniendo que empezar por los rudimentos en muchas materias de las que ni siquiera se le ha dicho el título a lo largo de sus estudios universitarios.

Con este sistema se producen daños personales al universitario y daños a la cultura que no cuenta con individuos sólidamente formados conforme a normas escolásticas que lógicamente rinden menos provecho a la Ciencia en años que, debiendo ser de madurez, han de dedicarse a la formación.

EL INTRUSISMO CIENTÍFICO.—Este triste panorama actual produce un insospechado efecto: el de el intrusismo científico, que quizá en ningún otro orden de actividades científicas se dé tanto como en las disciplinas históricas. La Universidad tiene la culpa y el remedio es la Universidad.

La falta de convenientes estudios universitarios produce un divorcio entre los que tienen un conocimiento teórico superficial —aunque sea universitario— y los que sin formación previa alcanzan un conocimiento práctico por repetidas excavaciones e investigaciones.

Lo cierto es que existe este intrusismo y que en la mayoría de los casos es incluso beneficioso al progreso científico arqueológico tal como está planteado hoy en día.

Queremos poner de relieve que existe un número muy crecido de meritísimos autodidactos y que su existencia es la mas grande y tangible comprobación de la deficiente formación universitaria.

II.—OBJETIVOS A CUBRIR

CONOCIMIENTOS PRÁCTICOS.—Lo que más huérfano queda en la planificación de la formación del arqueólogo en la Universidad es el proporcionarle conocimientos prácticos, no solo con el contacto directo de los objetos, sino también los conocimientos complementarios e instrumentales de excavación, clasificación, restauración, formación de ficheros bibliográficos, etc., etc.

Nada de esto viene orgánicamente presupuestado en los planes, según la Ley de Ordenación Universitaria y debemos pensar que lo *práctico* es todavía un objetivo por cubrir.

CONOCIMIENTOS TEÓRICOS MONOGRÁFICOS.—Un estudio de los enunciados de las asignaturas nos muestra claramente como grandísimos sectores del conocimiento teórico quedan totalmente en blanco para el que se prepara en la especialidad arqueológica. A las materias que dijimos no se incluyen en los actuales planes, pueden añadirse la «Historia de los estudios arqueológicos o de la Arqueología», «Etnología», «Paleontología», etc., etc.

Se trata de materias que no precisan en muchos casos la obligada amplitud de los nueve meses de curso, sino que pueden desarrollarse monográficamente en los dos cuatrimestres encerrados en un curso.

AMPLIACIÓN DEL CAMPO CIENTÍFICO.—La ampliación del campo científico a dominar es una ineludible necesidad de la Arqueología española, que suele ser lo menos cultivado en los estudios universitarios.

España presenta una pluralidad de posibilidades Arqueológicas, ya que incluye lo celta que es propio de Francia, lo ibero relacionado con África, lo griego, lo cartaginés, lo fenicio, lo romano, lo germano, lo paleolítico, neolítico y eneolítico y lo musulmán. Toda audición científica que no tienda a cubrir una formación en orden a estas materias será necesariamente manca.

NUEVAS POSIBILIDADES PARA LOS GRADUADOS.—Hasta la fecha el licenciado doctor solo puede tener su vista puesta en

un breve número de cátedras universitarias, en un corto número de plazas de Museos y en una problemática participación en trabajos de especialización arqueológica no suficientes —por su remuneración— al desarrollo de la vida en su aspecto económico.

III.—POSIBLES SOLUCIONES DE INDOLE PRACTICA.

LOS PLANES DE ESTUDIO UNIVERSITARIO.—Cabén dos soluciones: que se amplíen los actuales estudios o que se cree una sección de Arqueología e Historia del Arte con dos ramas. Lo único que no se debe hacer es dejar las cosas como están.

La creación de una sección encaja dentro de la tendencia general acusada en la reglamentación de la Facultad, que presupone la aparición de una sección de Geografía y ha dado vida a una de Historia de América. Siguiendo esta idea no es exagerado solicitar que nazca una nueva de Arte y Arqueología.

La ampliación de los actuales estudios permite una mayor información y capacita para una mayor base, con la cual acudir a las oposiciones de Museos e incluso de Cátedras de Universidad.

LABORATORIOS Y EXPLORACIONES.—Debe solicitarse que figuren en los planes docentes, con la misma validez que en la Facultad de Ciencias, Laboratorios de Arqueología que no deban su vida a la iniciativa eventual ni a la concesión ocasional de créditos. Todas las Universidades españolas deben gozar de los mismos privilegios de la Central en orden a expediciones, preparadores de las mismas, etc., que permitan el complemento práctico de «salir al campo» que todo arqueólogo debe tener en su formación.

EL ACOPLAMIENTO DE LOS GRADUADOS.—En orden al mejoramiento de las excavaciones, de los estudios y de la conservación de los objetos, y existiendo un Cuerpo Auxiliar de Archivos, Bibliotecas y Museos, parece necesario desglosar de él, con pruebas especiales, una sección de Auxiliares de Museos que cumpla en éstos algo más que meras misiones adminis-

trativas, de copia de fichas o —si se dedica a las arqueológicas de clasificación— que realice su labor con una base sólida de previa preparación.

Igualmente los graduados especializados en Arqueología pueden tener su acoplamiento en la Comisaría de Excavaciones y en el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, que podría así reclutar sus individuos entre personal especializado. No queremos con ello proponer un exclusivismo en estos servicios de los graduados especializados en Arqueología, pero sí darles allí una cabida preferente.

El Sr. Sobejano felicita al Sr. Ballesteros, y anuncia que la Universidad de Murcia tiene pedido a los Poderes públicos y el Consejo de Educación Nacional en estudio, la creación de estudios complementarios de Arqueología para acudir a las oposiciones al Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, especialmente en las Universidades que carecen de Sección de Historia. Pide al Congreso que se dirija al Ministerio de Educación pidiendo se lleve a la práctica tal proyecto y tras intervenciones de los Sres. Santa-Olalla y Ballesteros, se aprueba la moción, absteniéndose el Sr. Navascués.

* * *

REIVINDICACION PARA EL ESTADO DE LOS OBJETOS ARQUEOLÓGICOS DETENTADOS POR PARTICULARES

Por Victoriano Velasco Rodríguez

Comisario de Excavaciones de Zamora.

Propónese en esta comunicación, en resumen:

a) Que se declare con carácter perentorio que todos los objetos arqueológicos no sean propiedad privativa de nadie, aun habiéndose hallado en predio particular, incorporándolos al patrimonio histórico artístico nacional.

b) Que se conceda un plazo improrrogable para que los particulares que tengan en su poder objetos arqueológicos los ofrezcan al Estado.

c) Que se ofrezcan premios a los descubridores de objetos

y a los que denuncien a los Comisarios provinciales los hallazgos o las detenciones.

d) Señalar concretamente a las Autoridades municipales o provinciales la obligación inexcusable de denunciar los descubrimientos o detenciones incurriendo en responsabilidad en caso de retraso malicioso.

e) Intervención de los Comisarios provinciales de Excavaciones Arqueológicas para que por medio de las Autoridades puedan recabar la entrega de los objetos detentados.

f) Aplicación de la Ley de expropiación forzosa de 1939 a los casos de probada utilidad para las excavaciones.

g) Facultar a los Comisarios provinciales de Excavaciones Arqueológicas para suspender las que se realicen clandestinamente o que sin tal carácter se lleven a cabo en terreno de posible interés arqueológico, elevando recurso que resolverá en definitiva la Comisaría General de Excavaciones.

* * *

PRESTIGIO DE COMISARIO PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS

Por Victoriano Velasco Rodríguez

Comisario de Excavaciones de Zamora

En síntesis propone se dé a los Comisarios una autoridad real y efectiva; que se les autorice a desplazamientos con dietas y viáticos a justificar, ya que en la mayoría de los casos, aún con el mayor entusiasmo, no se dispone de medios de locomoción o económicos para dar efectividad al cargo, autorizando a los Comisarios a elevar propuesta de gastos con inclusión de jornales necesarios para la excavación o exploración que se proponga.

Sr. Santa Olalla: Hay en la Comisaría Provincial de Excavaciones de Zamora, desde luego, sobra de razón puesto que la Comisaría General no está en condiciones, dada la limitación de fondos, de subvenir a todas estas obligaciones rápidas e imperiosas. Reiteradamente solicitó la Comisa-

ría de la Superioridad cantidades para estos viajes. Sería altamente conveniente e imprescindible el que, efectivamente, fuese posible que los Comisarios, bien provinciales, insulares o locales, o la Comisaría General, pudiesen personarse inmediatamente en los lugares de los hallazgos. Así se evitarían esas pérdidas de que casi semanalmente tenemos notificación en la Comisaría. Termina diciendo que sería conveniente que el II Congreso Arqueológico del Sudeste se pronunciase en favor de elevar una ponencia a la Superioridad, haciéndole ver, una vez más, esta necesidad.

El Congreso acepta la propuesta del Sr. Velasco, y se encarga al señor Santa Olalla concrete la que se ha de elevar a la Superioridad.

* * *

CAMPAÑAS MISIONERAS ARQUEOLÓGICAS

Por Joaquín Sánchez Jiménez

Director del Museo Arqueológico Provincial de Albacete

Los Comisarios Provinciales de Excavaciones Arqueológicas tienen que actuar, por lo común, fuera y, a veces, lejos de los grandes centros urbanos, lo que equivale a decir donde no hay ambiente cultural y en medio de la mayor incomprensión; pero sin hostilidad. Téngase en cuenta que hablamos desde un punto de vista provincial y que esta afirmación nuestra no es aplicable a los colegas, Comisarios locales de Excavaciones, que tienen un círculo de acción más reducido y dentro del cual ha de sentirse, por fuerza, de manera más continuada su influencia.

Estamos convencidos, por propia experiencia, que con la legislación, por persuasiva o por conminatoria que sea, nada se consigue; y vamos a probar nuestro aserto: Repetidas veces, a instancias de la Comisaría General, el Gobierno Civil de Albacete ha recordado a los alcaldes de la provincia la obligación que tienen de velar por el patrimonio arqueológico en su término municipal, de impedir las excavaciones clandestinas, de intervenir y dar cuenta de los hallazgos casuales, etc., etc. La misma Comisaría General, por orden cir-

cular número 8 de 19 de Julio de 1945, nos recordaba a las Provinciales la condición legal de esos hallazgos.

En esta provincia —y vuelvo a repetir que cuanto decimos es personal— lo legislado y recordado tan insistentemente, es, por desgracia, letra muerta. Desde 1941 en que venimos actuando como Comisario Provincial de Excavaciones, han ocurrido diferentes hallazgos casuales y se han hecho algunas excavaciones clandestinas, aunque no con intento científico, sino influídos por la vulgar codicia en busca de tesoros; pues de todos estos casos tan solo de uno se ha dado cuenta por el alcalde, comunicándolo al Gobierno Civil y a la Comisaría. De los demás hechos tuvimos conocimiento, casi inmediato, gracias a informaciones privadas recibidas de particulares amigos conocedores de nuestras actividades.

Los hallazgos casuales se realizan, casi siempre, al tiempo de las faenas agrícolas, o de los desmontes y demás operaciones que lleva consigo la apertura de caminos, no escaseando tampoco estos hallazgos al practicarse las obras de cimentación de edificios. Casi siempre estos hechos quedan ignorados para nosotros, si una circunstancia feliz no sale al paso; y, aun así, cuando más, llegamos a ver lo que se halló, pero desplazado del yacimiento y consiguientemente sin estratificación, sin que podamos coordinar el objeto con sus accidentes.

Para que no ocurra así tenemos solicitada colaboración, entre otros organismos, de la Jefatura Provincial de Obras Públicas y Colegio de Arquitectos y Aparejadores de esta Capital. Hemos de confesar que casi nunca hay malicia, sino ignorancia, por parte de los que intervienen en los hallazgos, salvo cuando se interpone la codicia o deseo de lucro. Tenemos comprobado con cuanta facilidad se despierta el interés en estas gentes una vez que se les habla, que se les explica el por qué de nuestro afán por conservar los vestigios del pasado y el para qué de su estudio.

No vamos a extendernos dando a conocer cómo llegamos a esto; el procedimiento es sencillo y, seguramente, conocido y practicado por todos los Comisarios de Excavaciones: conser-

var, en cuanto es posible, sin variaciones en su composición, nuestras brigadas de obreros que vienen a ser la solera de las sucesivas campañas, de una parte; y de otra, que nos ayudan en la labor divulgadora, aparte otras innumerables ventajas para las excavaciones, que todos habrán comprobado.

Habrán observado también mis colegas cómo se hace ambiente arqueológico cuando visitamos cualquier paraje desde nuestro punto de vista, y cómo enseguida se nos da informes de hallazgos, de estaciones, etc., etc.; cunde el interés y se nos hace ofrecimiento de ayuda.

Y aquí llegamos al propósito que informa esta ponencia:

Es preciso que las Comisarías de Excavaciones se pongan en contacto con los pequeños núcleos urbanos y con la población rural, en verdaderas misiones o campañas de divulgación arqueológica.

Sin propósito de singularizarnos hemos de comunicar a los señores congresistas cómo hemos iniciado nuestra labor en este respecto. Con la aprobación de la Comisaría General, el pasado año dirigimos una circular a todos los maestros nacionales de esta provincia (más de seiscientos), pidiéndoles una colaboración que habrían de prestarnos en su ministerio docente con los escolares. La Inspección de 1.^a Enseñanza, a quien pedimos también su apoyo, nos lo prestó recomendando a los maestros que atendiesen nuestra demanda.

Este II Congreso Arqueológico será también otro factor importante para nuestra propaganda, puesto que de su reunión se tiene noticia difundida por Prensa y Radio, demostrando el interés que por estas actividades se tiene en toda España y la protección que les dispensan las autoridades de todo orden patentizada con su presencia en estos actos.

Pero todo esto no es suficiente; se precisa que seamos nosotros, personalmente, quienes nos movilicemos infatigables, yendo de unos a otros puntos, dando conferencias con proyecciones, siempre que sea esto posible; pero se nos debe proporcionar los medios necesarios de locomoción y el material científico preciso.

La forma y cuantía de estos medios, la Superioridad es quien ha de determinarlos; pero teniendo en cuenta que, por la circunstancia de que la mayoría de los Comisarios tenemos obligaciones al margen, o mejor dicho, fuera de este cometido al que con tanto entusiasmo nos entregamos, habríamos de efectuar esos desplazamientos en días festivos, en los que los otros deberes cotidianos nuestros nos lo permitirían; lo que quiere decir que habrían de ser viajes rápidos y por lo general en coche automóvil. Para esto hay graves dificultades, y una de ellas es la falta de esencia para tales vehículos. Hablamos por nosotros mismos, que en este respecto vivimos en precario. Creemos que podría obviarse este obstáculo gestionándose por la Superioridad, ante quien corresponda, la asignación a las Comisarías Provinciales de un cupo mensual de carburante líquido que habríamos de emplear indistintamente en cualquier vehículo, según las circunstancias favorables en cada caso. El coste del carburante habría de satisfacerse por las Diputaciones Provinciales o Corporaciones que tienen consignadas cantidades en sus presupuestos, o que habrían de consignar en los mismos, para gastos de las Comisarías.

Otro medio que creemos podría sernos eficaz es el de que en algunas localidades, en aquellas que se estime oportuno, se nombrasen colaboradores, cooperadores o delegados de los Comisarios que podrían estar vigilantes a los hechos arqueológicos e informarnos rápidamente de su aparición. Sin este carácter, que podríamos llamar oficial, y sólo por lazos de amistad, en algunos puntos de nuestra provincia tenemos personas encargadas de esa vigilancia y con su auxilio hemos hecho reconocimientos, hallazgos superficiales y adquirido noticias muy provechosas.

Pido al Congreso que si estima acertada esta sugerencia la recoja y orientándola en la forma debida, se eleve a la Superioridad con las conclusiones de esta Asamblea.

El Sr. San Valero propone que se una esta ponencia a la del Sr. Velasco, acordándose así, ya que ambas son de análogo contenido.

FUNCIÓN SOCIAL DEL ARQUEÓLOGO

Por Carlos Alonso del Real

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre (Madrid).

I.—SENTIDO DE LA ARQUEOLOGÍA

¡Cuántas veces nos hallamos con gente que no entiende el por qué del quehacer arqueológico! Desde quien, con desembarazo bien mediterráneo, se limita a calificar al arqueólogo como demente o cosa parecida, hasta el que, humildemente, piensa en cierta especie de saber misterioso y para él inaccesible, son muchos los que no comprenden por qué y para qué se excava, o se escribe, habla, discute en torno a lo excavado. Y frente a esta actitud, en vez de repetir pedantemente la «importancia de esta asignatura», vale la pena de que nos preguntemos nosotros mismos: ¿Por qué y para qué se hace Arqueología? Y no vale responder que se trata del servicio a una intransferible afición, o a una vocación individual; pues desde el momento en que la colectividad —el Estado, la Prensa, las Editoriales, etc.— se ocupan de una cosa no suele ser por pura generosidad hacia unos cuantos individuos aficionados o vocados a una actuación determinada, sino porque «eso», lo que ellos hacen, se cree, mas o menos distintamente, que sirve «a algo» o «para algo». La Arqueología ha de tener un sentido; el arqueólogo una misión. Tratemos —para nuestra propia tranquilidad de conciencia y algo mas— de ponerlo en claro.

A veces conviene volver a los textos mas elementales, a cualquier manual del Bachillerato, por ejemplo, y entonces hallaremos que la Arqueología es una disciplina auxiliar de la Historia. Es decir: que nosotros podemos —elementalmente— responder al hombre elemental que nos pregunta ¿para qué hace V. Arqueología? diciendo que la hacemos para que se sepa más Historia. Bien: ¿y para qué interesa saber Historia?

No hay aquí tiempo ni espacio para tratar este tema —uno

de los de mayor interés y *no sólo académico*— de nuestros días. Me basta hacer constar que esta necesidad es tan vivamente sentida por todos los que de cerca o de lejos ejercen algún trabajo intelectual con un mínimo de conciencia y de honradez profesional (y no solo por los «historiadores» sino por todos; por los médicos y los juristas, por los científico-naturales y los técnicos, por los militares y conductores políticos, por los teólogos y filósofos) que no parece necesario ni urgente el discutirlo. Parece que todos nos damos cuenta de que tiene razón Ortega cuando escribe: «Es preciso que el hombre occidental se ponga hoy a hacer «Ciencia Histórica» *en serio*, como hace tres siglos se puso a hacer «Ciencia Física». Hay que hacer Ciencia Histórica y para ello hay que hacer Arqueología.

«Aunque la Historia pudiera callar —miles de piedras lo atestiguarían» (1) dijo Schiller, contraponiendo, aún, el «documento» al «monumento»; la vieja «Historiografía» a la entonces aun joven Arqueología.

Vaya como primera respuesta, ésta: Hacemos Arqueología para conocer el pasado humano. Y ello basta. Pero entonces se nos presenta una segunda interrogante: ¿Cuál es el modo peculiar que el arqueólogo tiene de enfrentarse con ese pasado? No me refiero a su «técnica» —este es otro asunto— sino a su actitud espiritual. ¿Cómo —a través de ese modo de conocer y entender el pasado— sirve a los fines comunes que hacen que, en efecto, el arqueólogo no sea un solitario, sino alguien que cumple una función —en cierto modo, pues, y a veces del mas literal y riguroso— un funcionario?

Lo característico del arqueólogo es lo que ha llamado Buscher (2) un «golpe de vista arqueológico, un tacto». Es decir el «saber oír en los objetos de otro tiempo la voz de los hombres que los hicieron» y el saber claro, —cosa grave y a menudo olvidada— descifrar a los demás hombres este lenguaje.

1. Schiller «An die Freunden» 4-5.

2. Buscher en la parte general del tomo de «Arqueología» del «Handbuch» de Müller-Otto.

Una actitud que no es sino un modo especial de «sentido histórico»; una misión —y con esto tocamos el núcleo de nuestro problema— de investigador, si; pero también de educador (1). Mas en esa actitud del arqueólogo hay varios peligros que en nuestra experiencia y en nuestra propia conciencia los hallaremos a poco que busquemos.

El «objeto» puede —y por ahí empezó la Arqueología— tener o un valor de belleza (la «obra de arte») o un valor de rareza («antigüedades»). Por una u otra banda la investigación puede quedar en coleccionismo, la educación en exhibicionismo. Todos sabemos que, de hecho, por ahí empezó la Arqueología, y de ahí procede aún en no escasa medida su fuerza —vocaciones individuales, mecenazgo— y su debilidad —manía coleccionista, mercantilización, falsificación—. Y sin embargo, ahí reside también una gran capacidad de entender el pasado. El lenguaje del arte es a menudo el único modo de comunicar con el pasado: la «rareza» es el testimonio de la singularidad o de la lejanía de una situación histórica, acaso de la novedad de un hallazgo. Por todas partes se va a la Historia.

Pero, cuando de personas dotadas de verdadero sentido histórico o de verdadera honestidad intelectual se trata, no son graves estos peligros; mas graves son, en quienes tienen mucho de lo primero pero escasa prudencia intelectual, el riesgo de las «construcciones históricas» apresuradas, acaso arbitrarias, sin base fáctica; y, por el contrario, en quienes son ricos en la segunda virtud profesional citada pero no en la primera, —una excesiva cautela ante el dato— una incapacidad para descifrar la secreta palabra que el objeto encierra. De lo primero es preciso librarse; pero sin caer en lo segundo.

Toda meditación histórica vaya acompañada del dato; pe-

1. No hablo solo de «enseñar» sino de educar. Creo que el valor «educativo» de la Historia y de la contemplación de las ruinas y monumentos (aspecto hoy demasiado olvidado) es innegable. v. por ejemplo: Huiizinga, «Sobre el estado actual de las Ciencias Históricas». Madrid, Revista de Occidente, 1935.

ro ¿para qué nos sirve el «dato» sino para entender el pasado? Evitémos la arbitrariedad, pero no la resolución:

Bescheidenheit ist eine Zier
Doch Weiter kommt man ohne ihr,

o, en romance, «el que no se arriesga no pasa el mar». Pero, amigos, también la Prudencia es virtud cardinal.

II.—UN POCO DE SOCIOLOGÍA

Supongamos que, vencidos todos esos peligros, el arqueólogo ejercita su modo peculiar de «sentido histórico», su «tacto» y «vista» de arqueólogo. Supongamos —y si lo hace no hay duda que será así— que su esfuerzo conduce realmente a conocer mejor el pasado. ¿Este ¿le interesa sólo a él?; ¿interesa a otros?; ¿interesa a todos? La «importancia» —quiero decir la real valoración en el conjunto de su tiempo y su pueblo— de la Arqueología ¿es siempre la misma? La comunidad histórica y sus órganos expresivos —entidades económicas, centros oficiales de saber y enseñanza, Estado—, ¿se interesan siempre igualmente por la Arqueología y por los arqueólogos?

Reduciendo la cosa a sus líneas más esenciales y, claro, a nuestro mundo (1), vemos que la Arqueología empezó por ser ocupación de unos cuantos hombres, sueltos o reunidos en mínimos grupos, movidos por el fervor humanista o cristiano, allá en los días aureos del Renacimiento, que pasó luego a ser función de graves entidades científicas —Academias o Sociedades— con mayor o menor mecenazgo de la realeza europea, allá por los tiempos de la Ilustración y que fué «socializada» (Escuelas, Institutos, Cátedras) a lo largo de la época burguesa. ¿Se ha llegado a la fase que, desde Max Weber, se considera como extremo de la socialización, a la

1. En cuanto a otros «mundos» (Antigüedad. Culturas orientales, etc.) hay poco hecho. v. por ejemplo mi comunicación «Tucídides y la Arqueología Prehistórica». Trabajo presentado al Congreso de Córdoba de la «Asociación para el Progreso de las Ciencias».

«militarización»? Sin duda. La acción de determinados organismos militares durante las dos guerras mundiales (1), las excavaciones de la SS, en el tercer Imperio Alemán, lo que sabemos del *modus operandi* de la Arqueología Soviética, nos indican que así es (2). Ahora bien: esta creciente socialización de la Arqueología —desde Flavio Biendo, por ejemplo, hasta la férrea disciplina alemana y soviética— indica claramente algo muy importante. La «Sociedad» (dése a esto el sentido más general) se ocupa, cada vez más, de conocer su propio pasado y exige que este conocimiento se haga en su nombre, bajo su disciplina, con su poder. Es perfectamente indiferente, para esto que yo digo ahora, el que se obligue a dar a la «doctrina científica» una dirección determinada o no. Esto ya dependerá de los objetivos y normas de la «Sociedad» respectiva; pero la «socialización» está presente en todos los casos.

Naturalmente, esto hace que el arqueólogo ya no investigue, primariamente, para satisfacer una vocación individual, y no se limita a comunicar su saber a tal selecto grupo de amigos («museo del curioso» de la época barroca) sino que es un «funcionario» —dése a esta palabra su sentido mas amplio— y lo es no sólo en tanto que investigador, sino en tanto que «educador». Todo lo cual, claro está, tiene sus peligros —por ejemplo— en cuanto a la investigación, los aprioris doctrinales; así en el caso soviético; y en cuanto a la educación el sensacionalismo periodístico; así por ejemplo, en los países de lengua inglesa (a veces también, ¡ay!, en la modesta medida que nuestra vida consiente, en España).

Resulta pues, que a la «Sociedad» le importa la Arqueología, más de lo que nosotros mismos solemos creernos, ya como «que hacer» —el arqueólogo como «funcionario»— ya como «resultado» (Museos publicaciones) ya —entre noso-

1. v. Julio Martínez Santa-Otalla «Arqueología y Aviación».

2. Alemania y la URSS dan expresión extremada a algo que, sin duda, es general de nuestro tiempo. Luego veremos como el sentido «político» de esta excavaciones podrá variar, no el «significado de profunda socialización».

tros en menor grado— como «tema», por ejemplo, literario. Que yo recuerde ahora, esto empieza en forma de «caricatura», con los tipos de anticuario del teatro del XVIII —por ejemplo en Goldoni— y no ha parado desde entonces.

Dejando aparte esto último, no hay duda que lo que realmente le interesa a la «Sociedad» —que es siempre terriblemente voraz de resultados y muy poco interesada por el puro esfuerzo— son los «resultados». Se ayuda al «esfuerzo», sólo porque la contextura de la realidad es tal que, no hay más remedio; los «resultados» sólo «resultan» si alguien se toma el trabajo de buscarlos.

Y ¿para qué interesan esos resultados? Creo que en tres sentidos fundamentales: primero, para la «Ciencia» —no hay duda que esa actividad desinteresada llamada «Ciencia» le interesa *aun*— digo, no sin temor y angustia, *aun* y agradeceré a todos que reflexionen sobre este modesto adverbio de tiempo, a la «Sociedad». Segundo, y acaso en mayor grado, como «educación», se cree mas o menos, que es necesario enseñarle Historia a la «gente» (la «Sociedad») la «gente» —¡qué lejos estamos de los reducidos círculos renacentistas, de las Academias del XVIII!— y que la Arqueología, en una u otra forma, es un buen instrumento para ello. Y por último, como propaganda; ya alta propaganda política o religiosa (esa «apologética» bíblico-arqueológica a que tan aficionados son los protestantes conservadores y algunos católicos y contra la que hombres de acerada ortodoxia y científica autoridad, como Coppens o nuestro P. Celada, han tenido que alzar su voz) hasta la mas modesta propaganda turística. Todo esto parece ser la función social de la Arqueología: saber enseñar, propagar. Todo esto exige la «Sociedad» a la Arqueología y, a cambio de ello, le da unos medios como en otros tiempos nadie habría soñado. ¡Si Roma llega a tener un Prefecto de Excavaciones! Pero, la Arqueología la hacen unos hombres, los arqueólogos. ¿Quiénes son los arqueólogos? ¿Cómo cumplen —cada uno en su nivel— estas misiones?

III.—EL ARQUEÓLOGO EN SU TRABAJO

Hemos hablado de tres tipos de función que el mundo histórico actual exige del arqueólogo: investigación, enseñanza, propaganda. (Esta última será lícita con una sola, si bien vidriosa y delicada condición «técnica»: que venga *detrás* de los resultados de la investigación y *no se anteponga apriorísticamente a ellos* y con otra, sola y aún más difícil, exigencia moral: no mentir. Comprendo que así es difícil hacer propaganda; pero si no es así ya no será «Arqueología como propaganda», sino «mentira propagandística sub specie archeologiae»).

Al llegar al hombre que ha de ejecutar estas funciones es preciso dar un pequeño rodeo.

Por tres móviles lícitos fundamentales, en cada uno de los cuales se resume a su vez toda una pluralidad de causas diversas, puede ejercer el hombre una actividad; y, a menudo, dos o los tres se entrecruzan en una misma persona. Es el primero la pura inclinación y gusto personal —desde la afición a la vocación— y este tipo dará como forma plena el hombre entregado, contra todo género de resistencia, a su vocación. ¿Por qué no el Héroe? Es la segunda el deseo de procurarse el propio sustento —pongamos la «profesión»— modo digno sin duda y, a menudo, tan ligado al anterior que es difícil distinguirlo (caso del «buen profesional», único a que nos referimos aquí cuando empleamos esta palabra). Es el tercero la «obligación» coactivamente expuesta (el soldado movilizado por ejemplo). Dejemos esta última forma —aun no ha llegado a tanto la «militarización» en la Arqueología, aunque no me extrañaría que llegase algún día— y veamos hasta qué punto dan los dos primeros modos suficientes y deficientes de Arqueología.

Por suerte es aun en nuestra tierra más cuestión de vocación que de pura «profesión» el quehacer arqueológico. Por razón del cargo, que desde hace años vengo ocupando, puedo comprobar esto tan a menudo que ya casi no suelo recordarlo. Pero, si esto tiene grandes ventajas —lo que se hace por gus-

to suele hacerse bien— tiene en cambio varias desventajas. Una, en orden a lo que hemos llamado investigación, no suele residir en los mismos arqueólogos. Pero otras —en lo referente a educación y propaganda— sí.

La primera limitación aludida es la siguiente: Como en España la Arqueología no ha llegado al grado de profesionalización e importancia social de otros países, la enseñanza arqueológica suele ocupar en nuestras Universidades un lugar secundario. Consecuencia: el arqueólogo por inclinación nativa suele tener una formación dispersa y a veces —sin culpa alguna por su parte— deficiente. Y, además, mucha gente que tendría inclinación y tiene aptitud arqueológica, ni siquiera llega a saber que la tiene.

Las otras dos se hallan en el nivel de la educación y de la propaganda. El arqueólogo por afición y vocación suele hallar en torno suyo una enseñanza arqueológica que a menudo —no siempre, pero a menudo— carece de toda gracia expresiva y él mismo llega a creer que la educación arqueológica —el difundir los hallazgos de interés, el despertar en otros la afición arqueológica, etc.— carece de interés. Y aun llega a hacerse antipática a muchos la Arqueología; (pues qué ¿no hay quien piensa que la calidad literaria es incompatible con el saber? ¿No hemos conocido todos arqueólogos que se esforzaban en escribir lo peor posible?); y la misión educadora del arqueólogo queda esterilizada. Otro tanto —aun más— ocurre con la propaganda. Pero esto es ya un asunto tan triste, (y la experiencia de seis años me lo confirma) que más vale no hablar de ello.

Viene luego el arqueólogo profesional, el «buen profesional» claro, es decir: el que lo es por inclinación y por «oficio» al tiempo. Aparte de los respetabilísimos problemas económicos que a éste se presentan, hay aquí una mayor posibilidad de medios de trabajo (Museos, Cátedras); pero también un peligro patente por los tres lados: en cuanto a la investigación, la burocratización y el estancamiento; en cuanto a la educación —para la que las Cátedras dan al profesional

un puesto utilizable aunque, digamos la verdad, a menudo no en las condiciones que debiera— la repetición, la «fosilización»; en cuanto a la propaganda —tan desatendida, por lo general, entre nosotros— o el desentenderse de ella o el confundir la difusión y el valor formativo nacional de nuestra riqueza arqueológica con la anécdota política o con el optimismo oficial.

He acentuado, quizá en exceso, los peligros y limitaciones que rodean al arqueólogo en su misión. Se me puede exigir ahora que diga algo sobre cómo creo que es posible librarse de ellos y cuál el modo suficiente y pleno con que el arqueólogo de una u otra especie puede cumplir sus misiones.

En cuanto a la investigación no hay duda que —grosísimo modo— podemos distinguir dos fases: el mero acopio de «datos» —donde puede y suele ser útil el mero «aficionado», el «espontáneo» y, aun creo que podría, en ciertos casos, hacerse algo así como una movilización— y la «interpretación» o «construcción», para la cual, salvo casos excepcionalmente bien dotados a nativitate, haría falta una mayor capacitación técnica. Sólo una enseñanza arqueológica bien dada y bien recibida —(aquí el problema de la educación en su aspecto superior, «hacer arqueólogos»)— puede, repito, que salvo casos excepcionales, dar esa capacitación. Aquí tiene su lugar el buen profesional con ánimo investigador —no han de ser todos; se puede ser un buen docente y no un buen investigador— y el «vocacional» (sospecho que algo más que mero aficionado) tiene también un puesto. No creo que aquí valiesen de nada movilizaciones forzosas.

Es evidente que en el primer nivel hay relativa abundancia —en la vida española ¡qué pocas cosas son realmente abundantes!— y a menudo una eficacia aceptable. Por desgracia —y siendo absolutamente sinceros— no podemos decir lo mismo del segundo.

Viene luego el problema de la transmisión del saber arqueológico y del interés por ésta. De la enseñanza o educación arqueológicas (1). Hay aquí, a su vez, que distinguir dos nive-

1. v. nota (1), pág. 35.

les. O formar arqueólogos --nivel profesoral-profesional— o bien dar a conocer los datos y resultados de más interés, las construcciones cuyo valor puede atraer a los no interesados específicamente por la Arqueología, etc. En este segundo nivel los problemas son realmente muy parecidos a lo que hemos llamado propaganda. No hay duda que el nivel superior debe ser y permanecer fuertemente «socializado», «profesionalizado», «oficializado». La Universidad es su lugar natural, y quien llegue a ejercer, por vocación auténtica, esta profesión, deben la «Sociedad» y el Estado darle una base económica y una figura social respetable. A esto llamo «profesionalización»; no, claro, a la pérdida del inicial ímpetu de la vocación. Con las salvedades y limitaciones habidas, creo que en general la Universidad actual, ni en su planteamiento ni en sus soluciones, no responde debidamente a esto. En el segundo nivel es, quizá, donde cierto tipo de aficionado dotado de un mínimo de conocimientos y de cierta gracia expresiva tendría más que hacer, también el buen «profesional» que tuviese estas condiciones. En este terreno —es la triste verdad— está casi todo por hacer. Más aún en el de la propaganda.

Por último, como en todo, «en la Casa del Señor, hay muchas moradas». Grave daño de la Arqueología es el que todos nos empeñemos en ser investigadores constructivos. Habrá quien valga para acopiar datos y nada más. Habrá quien sirva para popularizar ciertos resultados o para —con la rigurosa limitación moral y técnica antes dicha— usarlos para fines de lícita propaganda. Creo que, aun sólo los que ahora andamos más o menos en estos menesteres, ocupándonos cada cual en aquello para lo que sirve, rendiríamos mucho más. Exempla patent.

IV.—CONCLUSIONES

De todo lo larga —y temo que algo excesiva— reflexión anterior, creo que podemos extraer las siguientes consecuencias:

1.^a La Arqueología es un instrumento de saber histórico. Por tanto ofrece un interés social reconocido y manifiesto en

el hecho de la creciente socialización de la actividad arqueológica —en la triple dimensión de investigación, enseñanza y propaganda—.

2.^a Salvo casos muy concretos de mera recolección de material *no* es deseable que nadie trabaje por «obligación» en Arqueología. La vocación individual, ya «profesionalizada», ya en forma libre y espontánea, pero no sin cierta base de saber y disciplinada por ciertos límites, puede y debe actuar en los otros aspectos.

3.^a Según la inclinación y capacidad de cada uno se puede y debe actuar en un aspecto-nivel «recolector» o nivel «constructor» de la investigación «formación profesional arqueológica» o «educación arqueológica para especialistas», «propaganda de base arqueológica» (ésta dentro de límites técnicos y morales muy marcados).

* * *

FORMACIÓN DE UNA SECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA EN LOS MUSEOS DE BELLAS ARTES

Por Victoriano Velasco Rodríguez

Comisario de Excavaciones de Zamora.

Propúgnase en esta comunicación que en aquellas localidades donde solo existe Museo de Bellas Artes y en tanto se crea y organiza un Museo Arqueológico, se forme en aquéllos una sección que recoja los objetos de interés arqueológico que se descubran en la provincia o zona de su demarcación, por las ventajas que se obtendrían para la salvaguardia del Patrimonio Arqueológico Nacional.

LA NECESIDAD Y LAS NECESIDADES DE LA RESTAURACIÓN

Por José García Cernuda

Restaurador del Museo Arqueológico Nacional.

No ignoro que ningún arqueólogo precisa ver restaurado un objeto para conocer su forma, época y estilo, clase o uso; pero tampoco ignoro que para darlo a conocer al gran público o hacer presentable al mismo dicha pieza, bien en museo, publicación o de otra forma cualquiera, la restauración, más que precisa, es necesaria. No hay forma alguna de hacer ver a los demás lo que el arqueólogo sabe ver en unos fragmentos si no es reconstruyendo el objeto.

Y entre la reconstrucción ideal en un dibujo y una restauración acertada y comprendida no hay comparación; pues al dibujo puede achacársele exceso de imaginación o fantasía y la restauración permite el estudio del ejemplar, aun en fotografía.

El restaurador debe serlo completo, y no solo restaurar; el limpiar y conservar es misión suya y muchos cacharros, aún saliendo enteros de las excavaciones, necesitan la labor del restaurador o de alguien que conozca el procedimiento de limpieza del objeto. Por ejemplo: la cerámica suele salir recubierta de una capa de concreción calcárea que cubre la superficie, muchas veces decorada, y que por medio de un tratamiento especial, y muchas veces sencillo, queda al descubierto.

Otra veces es la moneda, que aparece confusa por su oxidación y que tal como se encuentra es indescifrable. Otra prueba de la necesidad de la restauración la dá la cantidad de esculturas de metal, piedras y otras materias, que en fragmentos nada dice y sí reconstruídas.

Estas y muchas más razones podía aducir para convencer de la necesidad de la restauración en la Arqueología.

Como pruebas gráficas de la necesidad de la restauración está el casco de bronce, procedente de la Hoya de Santa Ana,

excavación hecha por la Excma. Diputación de Albacete y perteneciente a una sepultura, hallado fragmentado en 177 trozos, ¿cómo darle a conocer al público de no haber sido restaurado? Otro ejemplo: la maravillosa muñeca articulada de marfil, procedente de las excavaciones de Tarragona y que según puede verse en la fotografía hecha antes de su restauración nada dice de su forma y menos de su valor.

Lo necesario que la restauración es en la Arqueología lo confirma el acuerdo de que hagan prácticas de restauración todos los que aspiran a dirigir un Museo Arqueológico o Sección del mismo, como se hace hoy en el Museo Arqueológico Nacional.

Sentado con estos datos la necesidad de la restauración hablaré de sus necesidades.

Pasaron aquellos tiempos en que en nuestra Patria las excavaciones eran distracción de aristócratas ilustres, que por su depurado buen gusto se adelantaban en esto a sus compatriotas, y las hacían a su placer y a su costa.

Pasaron aquellos tiempos también en que unas excavaciones eran pretexto para pasar el veraneo o las vacaciones. Hoy las excavaciones se hacen en España científicamente, para estudiar en ellas y pueden codearse con las mejores hechas en el extranjero; dígalos si no Mérida, Azaila, Medina Azzahara, Ampurias y tantas otras. Pues lo mismo que pasaron estos tiempos para la excavación deben pasar para la restauración. Para ser restaurador hay que haber aprendido a restaurar; hay que obligar al restaurador a ser algo más que conocido de alguien que le proporcione una colocación y también ha de ponerse al restaurador en una condición y categoría que no le haga pasar de esta profesión a otra. Pues lo mismo que el pintor, el escultor o el decorador, el restaurador ha de sentirse artista, pues no es menos arte el restaurar que el crear.

Hoy la restauración, como muchas cosas en la vida, ha evolucionado y existen procedimientos científicos que por desgracia en España aún no usamos, unos por desconocimiento y otros por no contar con medios para ello.

De todos es conocido lo que cuesta a un director de Museo de provincia el tener restaurada la colección del que dirige: falta de medios, de restauradores y sobre todo de consignación para ello.

No ignoro la buena voluntad y acuerdo que sobre esto tiene el Excmo. Sr. Director de Bellas Artes, el Comisario General de Excavaciones, el Inspector General de Museos, el Director del Centro donde presto mis servicios; pero lo cierto es que la restauración tiene sus necesidades, y la primera es un buen restaurador, un restaurador con sentido científico y no comercial; que restaure para la Arqueología; que no sienta la nostalgia de no haber sido escultor, que da más nombre, o decorador, que da más dinero; que sienta el orgullo de ser restaurador porque «lo siente», y no porque habiendo fracasado como pintor se acoja a la restauración. Como restaurador hablo, no solo por mí, sino por todos los demás; pero más que el restaurador habla el amante de la Arqueología, que quisiera para su Patria el mejor cuerpo de restauradores del mundo; que los restauradores españoles conozcan en el extranjero los procedimientos que usan para aplicar el que más convenga; que se creasen cursos de restauradores para no escasear de ellos; que se pusiera económicamente al restaurador en condiciones de no envidiar a otros artistas y las necesidades de la restauración mejorarán, sobre todo, si van acompañadas de la instalación de buenos laboratorios para poder realizar en condiciones aceptables el trabajo.

D. Antonio Beltrán apoya la ponencia del Sr. García Cernuda porque, dice, que tales problemas se le han planteado en el Museo que dirige, problemas de difícil solución. El Sr. Martínez Santa-Olalla ruega a la Presidencia que no deje de presentarse esta ponencia con el mayor lujo de detalles, pues se trata de una cuestión sumamente interesante. El señor Cabré anuncia que hay otra ponencia solicitando la creación de un Laboratorio Central de Reconstrucciones y que conviene reunir en una todas las ponencias.

COLABORACIÓN DE LOS TÉCNICOS Y LA ARQUEOLOGÍA

Por Francisco Espín

Arquitecto Municipal de Cartagena, y

Emeterio Cuadrado

Ingeniero de Caminos.

En el extenso campo de las disciplinas científicas, la Arqueología es lo que pudiéramos llamar la hermana pobre. En estos tiempos materialistas que corremos obtenemos el apoyo económico aquellas actividades de las que se haya de derivar una ganancia o una prosperidad material. Las que solo reportan beneficio al espíritu, ya se ha dicho en este Congreso, están condenadas a una vida lánguida y llena de dificultades, pese al momento actual de nuestra Patria, que con tanto denuedo se debate por conservar cuanto de elevado y espiritual debemos a nuestras gloriosas tradiciones.

La Arqueología es, como decimos, ciencia que cuenta con muchos amigos pobres y muy pocos millonarios. El apoyo oficial es muy grande en lo moral pero escaso en lo económico, y la Arqueología ha de valerse siempre de cuantos recursos se le ocurren para allegarse amigos que la beneficien y que no pisen obtener de ella ninguna ganancia material.

Entre estos amigos, que pueden serle de gran utilidad, debemos incluir en lugar destacado a los técnicos de diversas especialidades, en la inteligencia de que con este nombre entendemos a aquellos que se preparan en las Escuelas Especiales del Estado, o constituyen sus profesiones auxiliares.

No podemos silenciar la ayuda importantísima que a la Arqueología pueden prestar las fuerzas armadas en el ejercicio de su misión, tanto por mar como por tierra y aire. De todos son conocidas sus posibilidades de hallazgos arqueológicos, con el estudio de las costas, prospecciones submarinas, ejecución de fortificaciones, fotografías aéreas, etc. Pero la posible organización de la ayuda que de este lado puede obte-

nerse, no somos nosotros los llamados a estudiarla. La ayuda que nosotros tratamos de examinar es concretamente la que puede obtenerse en la práctica profesional de aquellos que se formaron en las Escuelas de Arquitectura y en las de Ingenieros de Caminos, Minas y Montes. Las otras especialidades de la ingeniería, por sus actividades restringidas a la industria, el taller o a la agricultura, solo en determinados casos pueden tener interés, sobre todo comparadas con las ayudas que pueden obtenerse de las otras citadas.

En las zonas urbanas, nadie como los Arquitectos en la construcción de cimentaciones para nuevos edificios, pueden poner mayor atención en la recogida de los hallazgos de objetos o construcciones enterradas de interés arqueológico. En la apertura de nuevas vías, en la construcción de pavimentaciones, en el derribo o reparación de viejos edificios, pueden en cualquier momento aparecer los restos de un glorioso pasado.

En el campo, la construcción de las grandes obras públicas: ferrocarriles, carreteras, canales, etc., son como grandes calicatas de exploración, que atravesando el país en todas direcciones y llevando un interés arqueológico, aunque no sea mas que de conocimiento y respeto a las disposiciones oficiales, pueden representar la base para estudios de las zonas que pudieran contener un interés arqueológico.

El Ingeniero de Minas, en la exploración de nuevos pozos y galerías abiertos desde tiempos que van desde la Prehistoria hasta la invasión de los pueblos germanos; en la beneficiación de viejas escombreras mal aprovechadas por aquellos incipientes mineros; en la exploración superficial en busca de nuevos filones, puede hallar objetos y yacimientos de gran interés arqueológico. Igualmente ocurre con los servicios forestales, donde en las grandes repoblaciones en que se cubren de hoyos montes enteros dedicados a las plantaciones de pinos; en que se abren caminos para los aprovechamientos madereros, puede el Ingeniero de Montes hacer un gran servicio a la Arqueología.

La propia experiencia en la provincia de Murcia nos permite poner un ejemplo de lo que esta ayuda posible bien organizada representaría en nuestra Patria.

De obras públicas citaremos: los frecuentes dragados del puerto de Cartagena, en que siempre se sacan ánforas, vasijas de diversas épocas, lingotes de plomo, etc.; las obras que realiza el Consejo Ordenador de las Construcciones Navales Militares, que han permitido descubrir restos de enterramientos romanos al hacer unos desmontes en el Espalmador, para construcción de un dique seco; interesantes vasijas y ánforas al excavar dentro de unos cajones de aire comprimido para construcción del muelle de Cabana; y un poblado completo romano con su necrópolis, al hacer un tendido de vía para explotar las canteras precisas a la construcción del puerto de la Base Naval de Escombreras; y por último, en la construcción del canal principal del Taibilla, que tiene un recorrido de más de 200 kilómetros desde Nerpio (Albacete) a Cartagena, con sus instalaciones accesorias, se tienen noticias de hallazgos de enterramientos prehistóricos en Vizcable y Cehegín al hacer obras de desmonte; una pequeña necrópolis romana en este último pueblo al hacer un camino de servicio; hachas neolíticas en varios puntos del trazado del canal; y, aparte, en las proximidades de éste, infinidad de yacimientos argáricos, ibéricos y romanos, de muchos de los cuales ya hemos dado cuenta en diversos lugares.

De las posibilidades arqueológicas, en materia de minas, el Museo Municipal de Cartagena es prueba elocuente de lo que se puede hacer y los trabajos histórico-arqueológicos publicados por ilustres Ingenieros de esta especialidad referentes a las minas de Cartagena, Mazarrón y Río Tinto, son el compendio de todo lo que en arqueología minera se ha hecho en España.

De las posibilidades de los servicios forestales, sirva de índice que los yacimientos ibéricos de la sierra de Murcia están enclavados o próximos a los montes del Estado, y que en to-

das partes éstos se encuentran llenos de yacimientos inexplorados o desconocidos.

En cuanto a la Arquitectura, es clásico el caso de Cartagena, de que es rara la apertura de zanjas en los solares y calles de la ciudad, en que no se haga el hallazgo de algún objeto o se encuentren restos de edificios romanos. En la actualidad esperamos el comienzo de las obras de distribución de aguas y alcantarillado que han de constituir la retícula de una extensa exploración de toda la ciudad.

Queda sentado pues, que una colaboración de los técnicos y subalternos que construyen este vasto cúmulo de obras, en el terreno arqueológico sería de un interés extraordinario.

Bajo este punto de vista ¿qué ocurre en la actualidad? Desgraciadamente, igual que en las demás profesiones, el número de técnicos aficionados a las viejas cosas es reducidísimo. Pero no es ello lo malo; lo peor es que frecuentemente se encuentra en ellos no sólo desinterés por estas cosas, sino a veces una fría indiferencia a la destrucción de los vestigios del pasado con que han dado casualmente. Es indudable que disponemos de una legislación oficial destinada a salvar y conservar los hallazgos arqueológicos; que obliga a dar conocimiento de ellos y esperar a conocer la determinación de las autoridades en la materia, sobre la forma de proceder en cada caso. Pero contra eso, la incultura de algunos propietarios o contratistas de obras, temiendo retrasos en sus trabajos, con el consiguiente perjuicio económico, les apresura a destruir, enterrar o emplear como material de construcción aquellos basamentos, aquellas columnas que tal vez encontraron en sus obras. Frecuentes son los casos de esta clase de crímenes arqueológicos, como el de cierto megalito almeriense convertido en mampuestas para las obras de un camino inmediato.

Vemos, pues, que el problema tiene dos aspectos: Luchar contra esta clase de atentados a la cultura y conseguir la colaboración de los técnicos directores de todas estas obras.

Es indudable que si el técnico encargado de la realización de un proyecto constructivo, si no ya amante, es al menos

respetuoso con los objetos antiguos, y se preocupa de ordenar a sus subordinados se ponga en su conocimiento la obtención de cualquier hallazgo por el solo hecho de dar satisfacción a su jefe, esos subordinados se esmerarán en cumplir el encargo, mucho más si se les advierte el interés histórico que pueden tener los objetos que se encuentren. El director encargado de la obra, conector de sus deberes para con la cultura, se preocupará de poner el hecho en conocimiento de quien en cada caso proceda, quien a su vez tomará las medidas oportunas para salvar el monumento, o si ello no es posible, anotar y croquizar en forma y situación los restos o ruinas que han de perderse, en el más breve espacio de tiempo para no perjudicar a la obra.

Estriba pues, el problema en conseguir que antes de salir el técnico de su Escuela se le inculque afición, interés y respeto por la Arqueología.

De todas las Escuelas Especiales, es en las de Arquitectura en las que más se estudian las disciplinas artísticas, como son: la Historia del Arte, Historia de Arquitectura y Teoría del Arte. Es, por tanto, la que produce técnicos más propensos a las aficiones arqueológicas, y de los que tal vez pueda obtenerse mayor colaboración. En las de Ingenieros de Caminos se explica un curso de Historia del Arte; pero en cambio, en la preparación se exigen sólidos conocimientos de cultura general y al igual que en las otras Escuelas, se obtiene personal lo suficientemente instruido para comprender cual debe ser su comportamiento al toparse en sus obras con un yacimiento arqueológico. Ahora bien, en general, no se enteran. Los obreros que casualmente encuentran algo suelen romperlo apresuradamente en busca del codiciado tesoro, sobre todo si se trata de alguna «Olla» clásica. Si al técnico inspector de la obra, que suponemos desprovisto de aficiones arqueológicas, no se le da aviso del hallazgo, nada podría hacer. Excluimos, naturalmente, al aficionado, que no ha de perder ocasión en sus salidas al campo de examinar los lugares que estime de algún interés.

Creemos, después de lo dicho, que dos cosas deben conseguirse del técnico: 1.º Que si no es aficionado, al menos sea consecuente con los descubrimientos arqueológicos que fortuitamente puedan hacerse en sus obras, y 2.º que demuestren interés y adviertan insistentemente a sus obreros y subordinados se le dé aviso de cualquier hallazgo.

Para estas dos cosas sería conveniente:

1.º Solicitar de la Dirección General correspondiente informe a los Directores de las citadas Escuelas Especiales, lo que esperamos de sus alumnos, a cuyo objeto deben encarecerseles, como a personas cultas, las obligaciones que la legislación vigente les impone en materia arqueológica.

2.º Que los Gobernadores Civiles se dirijan a los Organismos técnicos oficiales de su provincia, recordándoles las disposiciones vigentes y solicitando la colaboración de su personal en materia arqueológica en el ejercicio de su profesión.

3.º En el caso de los Arquitectos, el Gobernador civil podrá recabar de los residentes en su provincia iguales ayudas.

4.º En las ciudades y provincias donde hubiese Comisario Local o Provincial de Excavaciones será éste el que establezca relaciones personales de colaboración en la forma que se estime conveniente para el logro de los fines que persigue esta ponencia.

5.º En las poblaciones de interés arqueológico llegar a la formación de un plano donde se señalen aquellas zonas donde es de presumir la presencia de objetos o restos de construcciones y que por los técnicos municipales, ante casos de obras en aquellas zonas, pasen comunicaciones a los señores Comisarios Locales o Provinciales avisándoles su iniciación, al objeto de que éstos puedan seguir atentamente los trabajos para intervenir oportunamente.

LA COMISARÍA GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS.—BALANCE DE LA LABOR REALIZADA (1)

Por Julio Martínez Santa-Olalla

Comisario General de Excavaciones Arqueológicas.

Si yo pretendiera el dar una referencia y un balance claro de la labor realizada por la Comisaría General de Excavaciones desde su creación en el mes de marzo de 1939, habría de ocupar un tiempo mucho mayor del que cabe suponer, puesto que la Comisaría, a pesar del silencio en que trabaja, de la modestia de los medios económicos de que dispone, ha realizado una labor —sentiría el que se pudiera interpretar como inmodestia— realmente trascendental y revolucionaria en la vida arqueológica española.

Vino la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas a recoger una herencia brillante, la de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, organizada a raíz de la promulgación de nuestra Ley de Excavaciones y Antigüedades. Interrumpida por nuestra guerra, se piensa en remozarla, sobre todo, salvando ciertos inconvenientes de lentitud que tiene la vieja Junta, entregando todas las riendas y directrices del trabajo arqueológico de campo y de salvación y acrecentamiento del Patrimonio Arqueológico Nacional a una Comisaría, como se ha hecho en todos los sectores del Ministerio de Educación Nacional, que tiene numerosas de éstas.

Digo que revolucionaría en la vida arqueológica española, porque la Comisaría se propone, desde un principio, ver de incorporar a la vida arqueológica activa a todos los españoles dispuestos, con buena voluntad y honestidad, a trabajar en la defensa y acrecentamiento del Patrimonio Arqueológico. Pensó que todos, absolutamente todos los españoles, por muy altos y perfectos en su formación científica o por muy modestos que fueran, tenían un papel y un papel importante y trascendental en este quehacer arqueológico de cada día.

(1) (Texto tomado taquígráficamente.)

Para ello, nuestra Comisaría —y en esto tiene unas características que le hacen diferir bastante de las otras Comisarías del Ministerio de Educación— trató de conseguir una gran red, cuanto más tupida mejor, con las Comisarías Provinciales, Insulares y Locales que vigilara los campos de España y que fuera salvándolos.

Por otro lado, nuestra Comisaría se propuso también una tarea que no se habían propuesto nuestros antecesores. Posiblemente no tiene que envanecerse el Ministerio de Educación de haber logrado estos objetivos; es posible que sea necesario un clima nacional más adecuado, más apto y más sensible a todo lo que sea historia, tradición y respeto a nuestra brillante historia multimilenaria. Esto ha dado como resultado revolucionario el que hoy sean legión, en primer lugar, los Gobernadores Civiles de España que se interesan por estos temas. Yo he sufrido reiteradamente la experiencia de que, al presentarnos a estas Autoridades con motivo de trabajos de campo, acostumbraban a recibirnos con el máximo desden, cuando no con cierta chacota, y únicamente se *interesaban*, —como me ocurrió a mí antes de la guerra— por nuestras investigaciones, si la visita a estas primeras Autoridades provinciales se hacían en vísperas de elecciones. Hoy día son muchísimos los Gobernadores de España que se interesan en nuestra labor, que toman la iniciativa de provocar el que Diputaciones, Ayuntamientos y Organismos de todo género, e incluso particulares, cooperen, no sólo moral, sino económicamente a la labor arqueológica nacional.

Este es un resultado del que puede envanecerse el Ministerio de Educación Nacional a través de la Comisaría de Excavaciones, y sobre todo, es algo de que pueden muy lícitamente envanecerse nuestros Gobernadores Civiles actuales. Hoy el capítulo de Diputaciones y Ayuntamientos interesados es sumamente notable, ya que en España no existieron antes mas que esporádicamente Diputaciones —algunas como la de Barcelona en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad, que organizó un gran servicio de investigaciones ar-

queológicas— que realizaran, como hoy, una labor brillantísima y sin precedentes por gran parte del territorio.

Pero una actividad de trabajos de campo que fué excepcional, la hemos tenido que reavivar nosotros al emprender en las provincias de Tarragona, Gerona y Barcelona las excavaciones que habían sido abandonadas durante muchos años, sin causa justificada, y que hoy han adquirido un ritmo que es muy superior en volumen y en red de colaboradores al que tuvieron antaño.

Otra empresa en que la Comisaría General ha implicado a muchos españoles es la de la contribución particular, y así hoy tenemos que a las excavaciones de Mérida un español ejemplar se suma económicamente y con bastante cuantía a la obra de excavación y consolidación de sus monumentos arqueológicos. En Antequera es una compañía industrial, una Azucarera, —hecho notabilísimo en los anales de la Arqueología española— quien nos ofrece su apoyo para que ese monumento señero, realmente simbólico de la grandeza y del esplendor de una de las épocas más brillantes de nuestra historia nacional, el sepulcro de cúpula del Romeral, se restaure, se haga un camino para llegar a él y hasta se le dote de una iluminación eléctrica especial. Y es de resaltar también un industrial menorquín, el Sr. Codina, quien al ver que su tierra era incapaz, porque las arcas municipales estaban vacías, adquiere una de las casas de más prestancia de Mahón, una casa dieciochesca, para ofrecerla a la ciudad y que Mahón pudiera tener un Museo Arqueológico digno del pasado esplendoroso de la isla.

Es fácil caer, en materia de excavaciones arqueológicas, en algo sumamente grave y contra lo que tenemos que luchar: en lo estrictamente arqueológico, en el coleccionismo y en el interés por la pieza de Museo. Científicamente no interesan las piezas de Museo ni las maravillas. Nos interesa el objeto arqueológico con todo su valor establecido. A nosotros, como documento histórico, no nos deslumbran ni bellas pinturas ni productos maravillosos de la metalistería. Nos dice más un

fragmento insignificante de cerámica perfectamente documentado en sus orígenes.

Y así se realiza ese Plan de excavaciones, en que hemos tenido también una preocupación nueva; y es facilitar los medios de excavaciones no sólo a los veteranos de los trabajos de campo, a los maestros que se sientan en cátedras universitarias, sino que nos hemos preocupado también de abrir, de par en par y en forma creciente, las puertas de estos trabajos a la juventud universitaria, que será la que lleve a cabo la redención de que estamos tan necesitados en la vida arqueológica española.

Antiguamente no se permitía a los jóvenes introducirse en estas cuestiones, y por eso se ha procurado que tengan entrada en los trabajos de excavación los jóvenes estudiosos.

Antes hubo algunas desidias, por ejemplo: no se había tocado nunca el problema de las Canarias, y eso era una vergüenza que se ha procurado remediar, así como también se tiene que atender, aunque no sea misión específica de la Comisaría, a la conservación y restauración de monumentos, cosa que se hace incluyendo en las campañas de excavaciones la consolidación y conservación.

Las excavaciones arqueológicas del Plan Nacional ofrecen una serie de ellas como las importantísimas de Medina Azahara (Córdoba), Azaila y Chamartín de la Sierra (Ávila); Pazo de Meirás, propiedad de S. E. el Jefe del Estado; sepulcros megalíticos y castros de Orense y Pontevedra; cementerio visigodo de Duratón y otros lugares de las provincias de Segovia, Huelva, Burgos, León y Almería. Ruinas de Juliobriga (Santander); poblado ibérico de Tivisa; Jerez, Elche, Sagunto, Játiva y diversos lugares de las provincias de Gerona y Barcelona. Necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro, (inmediaciones de Murcia). Ontur (Albacete), y en las Islas Canarias (Tenerife y Gran Canaria).

Muchas excavaciones se han hecho fuera del Plan Nacional, subvencionadas por Ayuntamientos, Diputaciones y particulares, de los que la Comisaría General, con la colabora-

ción de las Provinciales, Insulares y Locales, ha logrado estas ayudas; tales son: las termas romanas de Gijón; una serie de mosaicos en Zaragoza; Asturias, León y Lérica; en Badajoz se realizan excavaciones, sumamente extensas, de yacimientos romanos; Murcia está haciendo un esfuerzo realmente notable con el que ha venido a poner término a una situación intolerable, y así se excava en Archena, Totana y otras localidades. En Huelva la labor ha sido también importante, como en Jerez de la Frontera, Sanlúcar de Barrameda, La Coruña y Pontevedra.

De Albacete no cabe decir sino que ésta es la provincia que con frecuencia, en todos los terrenos y en todos los aspectos, se puede poner como ejemplo de lo que debe ser una provincia arqueológicamente. A este respecto sería de desear que tanto el Ayuntamiento como la Diputación de Albacete no cesasen en el empeño y cierta debilidad que se ha hecho sentir lamentablemente en los últimos tiempos no sea más que una recuperación, un cobrar nuevos ímpetus para que continúe la tarea que con tan gran brillantez lleva hecha la Comisaría Provincial colocándola en lugar destacado de la Arqueología española.

Las Islas Canarias ponen a disposición de los Comisarios de Excavaciones una serie de medios preciosos para la labor de salvamento del Patrimonio Arqueológico y en las Baleares existe también una preocupación grande gracias a la cual se ha podido emprender la exploración de Ibiza.

De las excavaciones o trabajos arqueológicos subvencionados por particulares tenemos casos, además de los citados anteriormente, como la cooperación de D. José Fernández López, Jefe de los Mataderos de Mérida, que contribuye con sus aportaciones al arranque y consolidación de mosaicos de la localidad y D. Julián Zuazo Palacios, recientemente fallecido, quien donó sus colecciones al Museo de Albacete y subvencionó excavaciones que realizó el Comisario Provincial de Albacete Sr. Sánchez Jiménez, en la estación del bronce mediterráneo del Cerrico Redondo (Santa Isabel, Montealegre del Castillo).

Con su consignación propia la Comisaría hizo trabajos de consolidación y restauración en Numancia, Mérida y Azaila, siendo su preocupación —tarea a la que aún no ha podido dar cima— la creación de un Laboratorio Central que cubra las ingentes necesidades y responsabilidad para la Comisaría que imponen los hallazgos casuales y las excavaciones de todo orden.

No hay modo de restaurar la cerámica. Por tanto, la lección histórica será fragmentaria e incompleta. Los objetos metálicos se pierden irremisiblemente. Esto es muy grave y la propia Superioridad decidió dar una norma de restricción de excavaciones ya que no se puede ir almacenando material que no se va a estudiar.

Tampoco es objetivo nuestro todo el problema museístico; pero sí que el documento histórico de tipo arqueológico no disminuya de valor; y todo objeto arrancado a la tierra pierda, con progresión geométrica, cuanto más alejado está de la tierra que durante milenios albergó aquellas piezas. Y no podemos consentir, como enormidad histórica y daño grave a la Arqueología Nacional, el que los objetos sigan el éxodo que ha sido norma en toda nuestra vida arqueológica durante lo que va de siglo, éxodo que las lleva a los sótanos del Museo Arqueológico, en Madrid, o que acapara la potencia económica de Barcelona. Lo que nos interesa es crear Museos provinciales y locales. En Guadalajara, el hallazgo de un tesoro argenteo celta, gracias a las gestiones del Comisario, —y donde no hay Museo— ha motivado el proyecto de su creación, subvencionado por el Estado. Casos análogos se dan en Cuenca, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas. A la Comisaría Provincial de Albacete se debe la creación, con el apoyo de la Diputación Provincial, de un Museo modelo, de carácter regional, y que deseáramos para todas las provincias españolas. África ha sido también un objetivo de la Comisaría, que intervino en los planos del Museo de Tetuán y en la incorporación a dicha ciudad de una serie de colecciones dispersas, etc., etc.

Con sus aportaciones a los Museos también ha puesto jalones brillantes la Comisaría, entre las que destacan los tesoros de Tivisa, Salvacañete, Caldas de Reyes —compuesto de 32 kilos de oro de los que no se pudieron salvar más que 17—; los numismáticos de Palenzuela con casi tres millares de monedas de plata ibéricas; Nerpio, (Albacete) de moneda consular romana y de Bonete (Albacete) de dirhemes árabes.

Es de sumo interés el que los arqueólogos publiquen y den la correspondiente Memoria de cada yacimiento que exploten, siendo lamentable que sean muchas las excavaciones que se deja de publicar y se pierden por esta causa.

La Comisaría General, dentro de lo precario de sus consignaciones, va dando a luz dos series de publicaciones, bifurcación de las Memorias que en número de 136 publicó la Junta Superior de Excavaciones: una, INFORMES Y MEMORIAS con los trabajos de los Comisarios; y otra, ACTA ARQUEOLÓGICA HISPÁNICA en que van apareciendo trabajos arqueológicos completos. Separadamente de estas dos series se ha publicado una síntesis de la Legislación arqueológica y en breve aparecerá una tercera serie con pequeñas guías orientadas a fines prácticos.

* * *

ESTUDIO PETROGRÁFICO DEL MATERIAL LÍTICO (1)

Por Eduardo del Val Caturla

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
(Madrid).

Las hachas y azuelas de piedra pulimentada, numerosas y de función importante en el Neolítico y en el Bronce antiguo, constituyen uno de los grupos de objetos que más resiste al análisis tipológico, ya que es en extremo hipotética la forma-

(1) No habiéndose entregado por su autor el texto mecanografiado de esta comunicación, que, por haber sido leída por aquél en la sesión del Congreso el día 24 de marzo, no se tomó taquigráficamente, se publica solo una síntesis, y a continuación de ella las intervenciones a que dió lugar.

ción de ciclos de cultura tomando como base las formas del hacha; y sienta la afirmación de que, por manera general, salvo áreas culturales de excepción —como el círculo danubiano en que el hacha de forma de calzador («Schuhleistenkeil») es típica de la civilización de los campesinos fabricantes de la cerámica de bandas— la confusión de los tipos es tan grande, coexistiendo en un mismo estrato cultural útiles con secciones cilíndricas y ovaladas, o rectangulares, o muy planas y con diversidad de formas, que no es posible reconstruir un cuadro coherente.

Este problema, general, hizo que por los investigadores ingleses se intentara solucionarlo por la determinación exacta del material lítico, de su procedencia original y de la localidad donde se haya encontrado el instrumento pétreo. Con esto se llegaría a fijar las rutas comerciales y otros factores de las culturas prehistóricas en el orden económico y social; y como el material lítico en cuestión no se puede identificar por sus rasgos exteriores, macroscópicos, por hallarse alterado frecuentemente y por otras diversas causas, un comité constituido en las Islas Británicas en 1941, dependiente del grupo Sub-occidental de Museos y Galerías de Arte de Inglaterra, en su informe, que contiene entre los resultados obtenidos verdaderas «sorpresas arqueológicas», llegó a la conclusión de que el único método satisfactorio era el examen microscópico.

El comunicante explica el procedimiento seguido —laminación— para este examen y el resultado obtenido, que ha demostrado la emigración a larga distancia de los productos de diversos talleres, habiéndose comprobado, por ejemplo, la existencia de relaciones comerciales entre Irlanda y el Sur de Inglaterra durante el Neolítico. Cita a continuación diferentes casos concretos de aplicación en Inglaterra de la Petrografía en Prehistoria; y termina con la afirmación de que aplicando este método en nuestra Península, se esclarecería multitud de problemas, entre ellos los relativos a la cultura de El Argar, tanto en lo que respecta a rutas comercia-

les, como a posibles simbiosis entre los hombres argáricos y los supervivientes de una cultura más antigua, como los del Bronce I, toda vez que en los conjuntos argáricos salen, con frecuencia, hachas pulimentadas en concurrencia con instrumentos de bronce, sin que sepamos aún si estas hachas pulimentadas argáricas las fabricaron los hombres del Bronce II, o si las recogieron en estaciones ya abandonadas del Bronce I, o si restos de estos últimos, especialistas de esta industria seguirían la fabricación cambiando sus productos con los de metal de los argáricos.

Señor Martínez Santa-Olalla: «Creo que la ponencia del señor del Val, si, efectivamente, el Congreso la acepta y, sobre todo, si hay quien se encargue de realizarla, puede aportar uno de los mayores servicios a nuestra Paletnología.

Se ha hecho característico de toda nuestra bibliografía arqueológica el que una sola persona se ocupe de cuantos problemas plantea una excavación, un descubrimiento, un hallazgo. Lo que suele ocurrir, en general, es que no se ocupa de casi nada, o, si lo hace, es de una forma incompleta. Metodológicamente es imprescindible el que se rompa ya con esa lamentabilísima costumbre.

Creo que el orgullo de todo arqueólogo se puede dar por ampliamente satisfecho si para el estudio y las conclusiones que requiere el resultado de sus trabajos de campo llama en su auxilio a toda una serie de colegas del campo de la Arqueología, y, sobre todo, a una serie de técnicos del campo de las Ciencias Químicas y Naturales; pero si no, ocurre lo que ocurre sin excepción con todas nuestras publicaciones y excavaciones: no hay una sola excavación ni un solo conjunto publicado en España de una manera completa.

Creo que esta propuesta del señor del Val debe ser aprobada y, además, de tratarse de llevarla inmediatamente a la práctica. Aunque, desde luego, creo ha de tropezar con graves dificultades, puesto que el propio señor del Val sabe que hace bastantes años que estamos tratando de incorporar o nuestros trabajos a todos los laboratorios de Ciencias Químicas y Naturales, sin conseguirlo. No encontramos, salvo rarísimas excepciones más colaboración que la de los extranjeros. Y es lamentable que tengamos que acudir a colegas de Alemania o de Dinamarca para conocer la sustancia de algún objeto arqueológico. Cita seguidamente el caso

ocurrido con una investigación que hizo en el Sahara español, para la cual no encontró colaboración de los naturalistas.

Como de buenos deseos y de comisiones —sigue diciendo— creo que está lleno el Universo, me parece debiera pensarse si la propuesta del señor del Val merece preocuparse por ella, y que se piense también que aquellas personas que se designen para formar parte de la Comisión, no vayan a tomar a título honorífico el formar parte de ella, y, a ser posible, debe procurarse sean hombres jóvenes, que no rebasen en mucho la treintena; porque, indudablemente, ellos tendrán una mayor sensibilidad para estas cosas que son de su tiempo y no de los nuestros».

Señor San Valero: «Tal vez en el Sudeste mismo se pueda hacer algo, porque precisamente se trata de conocedores del país, conocedores directos y que pueden fijar los yacimientos. Agradeceríamos que por los señores congresistas se viera la posibilidad de formar inmediatamente esta Comisión».

Señor Cuadrado Díaz: «Creo fundamental la colaboración de los laboratorios. Para eso hace falta alguien que pueda y quiera colaborar en este punto con nosotros».

Señor San Valero: «Estimo que se puede buscar y solicitar esta colaboración, extendiéndola también a análisis arqueológicos en general».

El señor Santa-Olalla dice que para materias orgánicas tiene resuelto el problema, gracias al Laboratorio de Intendencia del Ejército, en Madrid, en donde hacen todos los estudios de esta rama; pero se lamenta de que este laboratorio no pueda hacer nada en el aspecto petrográfico, apuntando que acaso pudiera conseguirse algo en el Instituto Geológico y Minero.

El señor San Valero dice que cree oportuno que se nombre quien pueda encargarse de estas cuestiones.

Señor Cuadrado Díaz: «Aprovechando que está presente el señor Almirante de Cartagena, tengo que decir que hay un laboratorio en Cartagena —el del Arsenal, que se está preparando principalmente con fines de observación de suministros a la Armada— que va consiguiendo una gran importancia y que nos podría ser de gran ayuda.»

Señor Jauregui: «Creo sinceramente que es la Universidad la que puede abarcar todos los extremos, puesto que tiene una rama especialmente dedicada a Ciencias Físicas y Químicas, cuyo laboratorio abarcaría todas las cuestiones que nos interesan. Aparte de eso, con cualquiera de nuestros laboratorios se puede contar, que ofrezco en nombre del Excelentísimo señor Almirante, dentro de la determinada y limitada posibili-

dad funcional de los mismos, como el Laboratorio de Química y Metalografía del ramo de Artillería del Arsenal de Cartagena, especializado en aceros, pólvoras, aceites, etc.

Creo, salvo el mejor parecer de los señores Congressistas, que debería recogerse una moción para elevar al Ministerio o a quien corresponda, en el sentido de que, donde sea, exista un laboratorio que pueda servir a estas actividades».

Señor Ballesteros: «A mi juicio, este tipo de estudios de laboratorio, de un modo oficial, a través de la Universidad, sería lo mejor, puesto que ya existen algunas Universidades que, de un modo privado, tienen el museo con laboratorio, el cual ha sido puesto siempre al servicio de las excavaciones». Termina sumándose a la propuesta.

La Presidencia (señor San Valero) propone que se agradezca y se acepte el que tan amablemente ha ofrecido el señor Almirante de Cartagena, y que se haga propuesta a la Superioridad, en el sentido ya expresado. Pide a los Congressistas que se nombre la Comisión que remita los materiales que han de examinarse, en su caso.

El señor Santa-Olalla sugiere el que alguien de los que formen esta Comisión sea persona absolutamente vinculada al Sudeste, a fin de que no falte alguna persona de las que periódicamente realiza trabajos de campo en esta provincia.

El Congreso designa al señor del Val para formar parte de ella.

El señor Ballesteros indica que los señores Cuadrado Díaz, de Cartagena, y Cuadrado Ruiz, de Almería, formen también en esta Comisión, y queda ésta integrada por los señores Cuadrado Díaz (don Emeterio), del Val y Cuadrado Ruiz (don Juan).

PREHISTORIA

PREHISTORIA

NOTA SOBRE EL PALEOLÍTICO CORDOBÉS

Por Samuel de los Santos Gallego

El suelo de Córdoba y su provincia, tan rico en yacimientos arqueológicos de épocas históricas, (sobre todo romanos, visigodos y árabes), está por lo general poco excavado, de manera especial en lo que se refiere a un período importante de la Historia: el Paleolítico.

Hasta ahora solo tenemos noticia de escasos hallazgos, la mayor parte casuales, efectuados en distintos lugares de esta provincia. Citemos algunos de ellos.

En uno de los artículos de la serie que bajo el título general de «Contribución al estudio de la Prehistoria cordobesa» publica en el Boletín de la Academia de Ciencias de Córdoba el Ingeniero de Minas, D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, se registra el hallazgo de un lote de piezas que por su talla tosca y retoque imperfecto clasifica como prechelenses; fueron recogidas en el Cortijo de la Harina, cerca de la aldea de Santa Cruz, en una terraza del río Guadajoz, situada a 20 metros sobre el nivel actual del río. (1)

En otros trabajos (2 y 3), también publicados en el citado Boletín, el Sr. Carbonell hace referencia a otras piezas pertenecientes a la industria lítica chelense halladas por el Sr. Calderón en Posadas; junto a ellas se encontraron restos de elefante. Como sabemos, al Este de la Estación del ferrocarril de Almodóvar del Río, fueron hallados restos de *Elephas antiquus* Falc., que Obermaier consideró chelenses.

(1) A. Carbonell. «Indicios de una estación paleolítica en Santa Cruz». Boletín Acad. Ciencias de Córdoba. Julio a sepbre. 1931. Año X. n.º 32.

(2) «Valores prehistóricos de la Cuenca Alta del Guadiato». Conferencia publ. en el Bol. Acad. Córdoba. n.º 19.

(3) «La zona de Posadas». Separata del Bol. Acad. Córdoba 1928.

Recientemente el repetido Sr. Carbonell regaló al Museo Arqueológico de Córdoba una colección de objetos prehistóricos, entre los cuales se cuentan algunas piezas paleolíticas, aunque sin indicación exacta de procedencia; sólo se sabe con certeza que fueron halladas en la provincia de Córdoba.

Hasta aquí las noticias recogidas de descubrimientos anteriores; a continuación daremos cuenta de los últimos hallazgos por nosotros conocidos.

Con ocasión de la asistencia del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid al XVIIIº Congreso luso-español para el Progreso de las Ciencias, el Catedrático Dr. Martínez Santa-Olalla y los alumnos de dicho Seminario efectuaron una inspección de las terrazas fluviales del Guadalquivir. Al examinar las de la orilla izquierda fué comprobada la existencia de material paleolítico en la tirreniense, recogién dose algunos ejemplares en las proximidades de la carretera general de Madrid a Sevilla.

Otro yacimiento fué registrado en la orilla derecha, en el Carril de la Huerta de los Arcos; también se recogieron algunas piezas que como las anteriormente citadas están actualmente en estudio, del que estoy encargado. Sirva esta nota como anuncio de su publicación con los demás trabajos efectuados por el Seminario de Historia Primitiva del Hombre.

Por su parte, el profesor portugués D. Abel Viana, que también asistió al mencionado Congreso, recogió algunos instrumentos líticos en la orilla derecha, en la finca denominada «Córdoba la Vieja», situada en las inmediaciones de las ruinas de Medina Az-Zhara. Dichas piezas, que en breve serán publicadas por el Sr. Viana, fueron clasificadas por el profesor Martínez Santa-Olalla como pertenecientes al Acheulense superior.

Todas estas noticias nos confirman la existencia de una rica industria paleolítica en las terrazas del Guadalquivir que tenemos el propósito de estudiar próximamente con detenimiento.

PALEOLÍTICO EN LA CALLE DE SERRANO (MADRID)

Por Vicente Ruiz Argiles

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
(Madrid).

Es indudable que la calle de Serrano, la de Alcalá, que todo Madrid en suma se halla cimentado sobre un enorme yacimiento Paleolítico. El Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid ha localizado en distintos lugares del casco urbano del Madrid actual, *in situ*, útiles humanos paleolíticos; pero tanto éstos como los que yo presento y los recogidos en los areneros del valle del Manzanares pertenecen al inmenso Madrid Prehistórico que puede dar envidia a la más populosa ciudad actual del mundo, por lo menos si les comparamos en extensión.

Las piezas que voy a presentar han sido recogidas en la calle de Serrano; pero proceden de uno de los numerosos areneros de Villaverde. No es el primer hallazgo de este tipo que se hace. Nuestro Director, el profesor Sr. Martínez Santa-Olalla, hace ya años que recogió algunas de excepción en la calle de Goya. En realidad en cualquier edificio en construcción pueden darse casos de esta naturaleza aunque, creo yo, es la primera vez que en tal cantidad y calidad se dan a conocer. Es indudable que con lo que hay enterrado en los cimientos y hormigones de las casas madrileñas podrían hacerse numerosas y magníficas colecciones. En un solo año podríamos recoger con poco gasto, piezas suficientes para intercambiar o simplemente obsequiar a cientos de peticionarios. Personalmente creo que sería ésta una labor de gran utilidad nacional, y para llevarla a cabo bastaría una pequeña subvención al Seminario de Historia Primitiva del Hombre o a cualquier otra entidad análoga que con afición, interés y conocimientos deseara dedicarse a esta tarea. Cito en primer lugar al Seminario porque, dado el número de jóvenes que en él intervienen, la voluntad e interés ya demost-

dos y la posibilidad de renovarse, es a quien mejor podría encargársele esta misión. Prueba de ello son las 30.000 piezas recogidas y clasificadas en estos últimos años sin consignación económica alguna, si exceptuamos la que personalmente aportó nuestro Director. Pero dejemos aparte estas consideraciones y pasemos a exponer la cuestión que nos ocupa esta breve comunicación.

Salía yo del Museo Arqueológico, hace escasamente treinta o cuarenta días, cuando observé en la acera de enfrente, en la esquina a la calle de Villanueva un montón de piedras destinadas al hormigón de un edificio en reforma. No es de extrañar que me encaminara hacia él si se tiene en cuenta el hábito adquirido en varios años de pertenecer al Seminario. Al momento advertí que había sido transportado de las márgenes del Manzanares y en unos momentos recogí varias piezas sin darle mayor importancia al caso. Los obreros, al ver que buscaba piedras para «mechero» me presentaron algunas. Aproveché la ocasión para rogarles, si no había inconveniente y no les servía de molestia, me apartaran las que aparecieran. Deseo agradecer en este momento las facilidades que D. Pablo Gómez Hidalgo, D. Joaquín Molinero Ungo y D. Sinesio Zornoza, contratistas y encargado, respectivamente, de la construcción a donde se destinaba la almendrilla, edificio de la Compañía de Seguros «La Polar», me dieron desde el primer momento. En días sucesivos recogí las piezas que me guardaban, agradeciéndoselo de la mejor manera que me fué posible. Llegué en una ocasión cuando el camión estaba comenzando a descargar y sólo tuve que ir apartando pieza tras pieza para lograr una pequeña pero interesante y bastante completa colección. Entre ellas encontré un hacha lanceolada de cuarcita, de talla tan perfecta como ninguna conozco en este material; la punta presentaba rotura reciente. Con afán la busqué entre las piedras y arena y tuve la suerte de encontrarla.

Dándome cuenta de que el yacimiento podía tener interés

acepté la invitación de los citados señores para visitar la «cantera» en el camión que realizaba el transporte del material.

El arenero había sido abierto para abastecer el hormigón de la construcción mencionada y tiene la particularidad de utilizarse solamente el estrato superior hasta unos dos metros de profundidad, sin tener que recurrir a pozos como ocurre en la mayoría. Es decir: que, sin proponérmelo, he localizado un nuevo yacimiento y, por el momento, creo que las piezas recogidas pertenecen a un mismo nivel, lo que les da indudable importancia.

En estas ocupaciones me hallaba cuando recibí la amable invitación de los organizadores de este Congreso y decidí presentar una breve notificación del asunto que me entretenía, dejando para otra ocasión intentar un estudio completo del yacimiento; considerando que los problemas del arqueolítico en el Sudeste Español no pueden desligarse de los del resto de la Península.

Se encuentra el arenero a unos 14 kms. de Madrid, a la derecha de la carretera a San Martín de la Vega, al pie del Cerro de los Angeles. Es el más alejado de los areneros de Villaverde que conozco. Pertenece a la viuda de José Martínez, que tiene otro en el km. 9 de la carretera a Andalucía y del cual el Seminario guarda gran cantidad de piezas, huesos y algunos colmillos de elefantes, por desgracia en mal estado de conservación.

Como he dicho anteriormente, me atrevo, por el momento, a asegurar que las piezas aparecidas pertenecen a un mismo nivel y son la mayoría las típicas que se dieron como pertenecientes al musteriense y auriñaciense. La conjugación de industrias de lascas y talla bifacial que vemos en España desde las primeras fases del arqueolítico está aquí perfectamente manifestada; lascas clactonienses y levalloisienses junto a piezas de perfecta talla bifacial y otras en las que intervienen las diferentes técnicas aunadas. Estas lascas talladas, que

muy bien se pueden denominar clactoabevillienses o abevilliolevaloisenses, según la técnica de lascado que se utilice, son las que caracterizan la industria arqueológica madrileña, como por primera vez se observó en el Seminario de Historia Primitiva del Hombre. A este tipo pertenecen las que M. Antoine encontró en el Marruecos Atlántico y denominó pseudo-amigdaloides, A. Ruhlmann y M. Santa-Olalla en el extremo Sur Marroquí y Sahara Español, respectivamente, y ha poco han sido señaladas en el litoral Atlántico portugués.

Hasta el momento llevo recogidos los tipos siguientes, con la particularidad de encontrarse muy repetidos. En total unas 2.000 piezas.

PUNTAS: Sobre lasca clactoniense; sobre lasca clactoniense con pedúnculo (bulbo lateral); sobre lasca levaloi; y sobre lasca levaloi con pedúnculo.

RAEDERAS: Sobre lasca clactoniense, triangulares (bulbo lateral); sobre lasca levaloi, prismáticas con escotaduras; y sobre lasca levaloi, rectangulares con retoques marginales.

PERFORADORES: En las dos técnicas de lascas.

BURILES: Poliedricos (tetraburiles) sobre lasca, en distintos tamaños; sobre lasca de sección triangular; y sobre lasca en las dos técnicas y bifaces, grandes y pequeños.

RASPADORES: Aquillados sobre lasca; poliedricos sobre lasca; discoides sobre lasca, y cónicos sobre lasca.

HACHAS: Cordiformes y triangulares; sobre lasca clactoniense; bifaz de cuarcita lanceolada; bifaces de corte transversal; bifaces pequeñas de sección rectangular, y bifaces pequeñas de sección semicircular (una cara aplanada).

Todo esto encontrado en medio de una calle de Madrid y precisamente frente al Museo Arqueológico Nacional. Piezas con voluntad de vitrina.

Si tuviéramos que denominar, utilizando la nomenclatura usual, la cultura que representa esta industria, tendríamos que hacer mención del clactoniense, abevilliense, levaloisense, esbaiquiense, ateriense, micoquiense, auriñaciense, etc., y

no quedaría perfectamente identificada. Su misma variedad y las piezas típicas, como las hachas bifaces de sección semicircular y otras talladas sobre lasca (isidrenses) de tradición más antigua en las que se nos presenta idéntico problema, le caracteriza. Está pues sobradamente justificada la nueva nomenclatura del Arqueolítico o Paleolítico inferior español que el profesor Sr. Martínez Santa-Olalla propone en su Esquema Paleolítico de la Península Hispánica. Esta industria corresponde a la que él denomina *matritense*.

Ha de situarse el *matritense* en la 4.^a terraza fluvial, lusitaniense o grimaldiense (+ — 10 m.) correspondiente al interglaciar 3.^o RISS-SAALE y WURM-VISTULA y comienzos del glaciar WURM-VISTULA, en el Paleolítico inferior o Arqueolítico, ya que, aceptando la existencia en Madrid de las culturas posteriores auriñaciense, solutrense y magdalenense del Paleolítico, por ser escasas sus muestras y por aparecer el neolítico —como demuestra este yacimiento y otros que he estudiado, Marcos Plaza por ejemplo— en nivel inmediatamente superior, es de suponer que no debieron utilizarse las márgenes del río Manzanares como habitación, con la misma intensidad que en el período interglaciar o interpluvial. Los factores climáticos desfavorables obligaron a estos pueblos cazadores con organización patriarcal a buscar lugares más acogedores aunque debe suponerse que inmediatos.

Señor Cabré: «Llamo la atención del señor Ruiz Argiles sobre un pequeño detalle. No recuerdo haber oído la altura de la terraza. Esto es importantísimo sobre el nivel del Manzanares. Otra cosa debía haber tenido presente: la cuestión de las pátinas».

Señor Ruiz Argiles: «Si examina las piezas, verá que las pátinas todas son idénticas, poco más o menos».

Señor Cabré: «Lo digo, porque el estudio del Paleolítico superior sigue hoy nuevos derroteros. Hoy debe hacerse la clasificación de los útiles paleolíticos por sus pátinas, independientemente de la técnica y de las formas. Se llega a conclusiones firmes en todo el Paleolítico inferior, y se establecen diversos períodos en los que actúan todos los agentes externos —frío, calor, hielo, nieve, arrastres, etc. ...—, que dan pátinas muy distintas.

Uno de los estudios que tengo en proyecto es la división del Paleolítico inferior por pátinas. En él pueden establecerse hasta siete divisiones, en las que se desarrollan todos los períodos glaciares e inter-glaciares. Lo mismo pueden hacerse estos estudios sobre yacimientos de arrastre, fluviales, como de yacimientos al aire libre. Por ejemplo: en mis excavaciones de la Edad del Hierro de Chamartín de la Sierra (Ávila) me encuentro con que en muchos túmulos había hachas del período Achelense y Musteriense, valiosísimas, como las más bellas que se puedan encontrar. Y luego en vista de ello, me puse a recoger todo el material en que está enclavada la necrópolis, y, desde unos mil doscientos metros, se ha llegado hasta establecer esta misma división. Estas son las teorías últimas del abate Breuil, que las ha aplicado a las costas de Portugal, y son de una altísima novedad. Creo que se puede llegar a unas conclusiones todavía más firmes en las terrazas del Manzanares. Por ello recomiendo al señor Argiles no olvide el estudio de las pátinas. De ello sacará bastantes conclusiones.

Señor Santa-Olalla: «La interesante intervención del señor Cabré, me movería, sino fuese por lo apremiante del tiempo, a hacer algunas observaciones, que sería sumamente beneficioso poder hacer, ya que el señor Cabré tiene una práctica que todos hemos de envidiarle; pero deseo insistir únicamente en un punto: La cuestión de las pátinas.

Esta cuestión, en Prehistoria, dispone ya de una bibliografía muy abundante, puesto que este criterio de pátinas, hoy practicado con una intensidad realmente extraordinaria gracias a los últimos trabajos del abate Breuil, que todos admiramos, ha llevado, indudablemente, a este señor a unas exageraciones teóricas que nada justifican en el terreno, ni la Geocronología ni la Paleontología, ni tampoco la Tipología. En un verdadero virtuosismo, después de las técnicas, por las pátinas se ha llegado a determinar una serie de etapas y «etapillas», pura y absolutamente teóricas, en la evolución de las industrias humanas del Arqueolítico.

Y esto lo puedo decir, porque en los últimos años, el 1941 concretamente, después de estar entre nosotros una temporada de paso de Francia, ha realizado unos trabajos de interés excepcional, de mayor interés todavía que por su cantidad y calidad, por haber provocado en Portugal un ambiente extraordinariamente favorable a los estudios del Cuaternario.

En Portugal, en las terrazas, tanto marinas como fluviales, sobre todo en las fluviales del Tajo y en muchas de las marinas desde el Duero al Tajo, han descubierto decenas y decenas de yacimientos. Y ha llegado Breuil a unas conclusiones que en nada justifica la realidad. El ha pera-

do sobre hallazgos de terrazas marinas y fluviales, y, recurriendo a un fenómeno que pudiera tener mucho de «camelístico», ha clasificado las estratigrafías. Pero es que hay que tener en cuenta el clima atlántico, donde las glaciaciones, igual que en toda la Península, no han tenido ninguna influencia sobre localidades altas. El abate ha establecido toda una serie de pátinas y técnicas. Pero ocurre que cuando se descubren unos yacimientos del interés excepcional que tiene para la historia humana el de los alrededores de Casablanca, donde hay una estratigrafía con toda precisión y hay que sacar a punta de pico todos los útiles cuaternarios, resulta que todas esas clasificaciones que se han hecho por pátinas son una verdadera fantasía.

Creo que sería mucho más eficiente el que, en lugar de fijarnos en las pátinas, nos fijásemos en las pátinas y en la técnica, y después en las condiciones geológicas del suelo. Entonces sí; todo unido lleva a un resultado que si no es así, no sirve de modo alguno.

Les daré un ejemplo, que no tiene carácter general; pero que demuestra el error. En mi segunda expedición al Sahara español descubrí en 1943, en el Río de Oro, una industria arqueológica de la que tradicionalmente se llamaba Achelense, con piezas en una estratigrafía de doce hasta veinte metros, con unas pátinas exactas. Y entre las muchas piezas que encontré, todas patinadas con bastante uniformidad, en aquel conjunto de más de dos centenares de piezas me encontré con un bifaz sobre núcleo de pedernal partido. Continuamos nuestros trabajos, de momento. Yo estaba realmente apenado, porque aquella pieza, tan espléndidamente patinada, estuviera partida. Cuando íbamos a terminar nuestros trabajos aparece, impecable, casando perfectamente, con una blancura de porcelana, sin la menor mancha ni la menor alteración, la otra mitad. ¿Tengo yo derecho a utilizar, a seguir con una exclusión casi completa de otros datos, a las pátinas para estos fines?

Y esta experiencia que he podido hacer y he hecho en otros sitios, la han hecho también multitud de arqueólogos de todos los países. Y no sólo esto, sino que se ha demostrado que cabe encontrar con frecuencia piezas con una cara perfectamente patinada y la otra no.

De modo que yo, aun reconociendo efectivamente el interés grande que tienen las pátinas, que muchas veces pueden ser decisivas, recomendaría a mi vez que no tuviésemos nosotros una fe tan excesiva y tan ciega, teniendo en cuenta muchos de los resultados que han tirado por tierra el sistema que edificara el abate Breuil.

Señor Cabré: «Esto no es teórico, ni mucho menos. Esto de las pátinas»

nas es una cosa definitiva. Se pueden oponer algunas objeciones en cuanto no dan una estratigrafía definida, cuando es de aluvión; pero cuando estas pátinas son producidas unas por la intensidad de los hielos, otras por el arrastre de las arenas en las épocas frías de los glaciares, y otras patinadas por el arrastre de las aguas, aquí no se tiene ya en cuenta la coloración; es la erosión que produce sobre la superficie, que es distinto a lo que dice el señor Martínez Santa-Olalla.

Así que hay que tener presente y no olvidar que las pátinas, en algunos casos, son definitivas. En una palabra: Si cuando se han producido estas pátinas era en tiempo de mucho frío, al empezar un glaciar y al terminar, en los deshielos grandes y en las grandes corrientes, como sucede en el Manzanares, todo dá conclusiones muy firmes.»

Señor Santa-Olalla: «Insisto sobre la cuestión de las pátinas, haciendo hincapié en que no aquí, pero sí en el Seminario, puedo presentar setenta mil piezas de un yacimiento neolítico, estudiado por mí en el Río de Oro, de las cuales se encuentran posiblemente cuarenta o cincuenta con pátinas de viento muy interesantes. En el simplismo con que frecuentemente se razona ante la historia, nos encontraríamos con que hay un viento dominante, un alisio que sopla eterna y constantemente. Si hay unas piezas que tienen pátinas de viento, las otras la deben tener; pero las otras, en cambio son purísimas; porque la pieza está puesta con un sentido aerodinámico realmente maravilloso, y ésto se da en millares de piezas que el viento no ha erosionado en lo más mínimo. Y esta demostración puede hacerse en otros yacimientos.

Si se consiguen poner de acuerdo las pátinas, la técnica, y, sobre todo, la estratigrafía, entonces puede conseguirse algo práctico y aceptable».

Señor Cabré: «Todos estos fenómenos en una sola pieza se pueden observar; porque pueden haber sido reutilizadas y haber tenido tallas en diferentes épocas, habiendo actuado estos mismos fenómenos en los distintos períodos, sufriendo tallas distintas. Si a estas tallas se unen las pátinas, es terminante».

LA EXPLORACION DE LA CUEVA DEL MONTIJANO (MÁLAGA)

Por Juan Sánchez Montes

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
(Madrid).

La exploración de la Cueva del Montijano, en el promontorio del Higuerón (Málaga), responde a los propósitos del Seminario en cuanto a la conveniencia de conocer los yacimientos del litoral mediterráneo. Si este proyecto, en conjunto, persigue como fin principal la revisión de las conclusiones de Mencke y Vaufrey, ya que hoy se admite la inexistencia del llamado capsense en sincronidad con el paleolítico superior europeo, las costas de Málaga son particularmente interesantes para los problemas de playas fósiles, pues son perfectamente visibles las terrazas que el mar va dejando al retirarse.

Existen en el Higuerón ocho cuevas y se formaron en la terraza tirreniense. Una de ellas es la del Montijano, que está en estudio por el Seminario de Historia Primitiva del Hombre.

En esta cueva la terraza lusitaniense tiene sólo unos tres o cuatro metros y casi a ras de ella termina el fondo del depósito. Tiene forma de embudo. A consecuencia de un corrimiento de tierras se rellenó el espacio inferior de la cavidad, dándole aspecto de falso estrato.

Los hallazgos de sílex son muy abundantes y se procede a su clasificación y labores de estadística. Los instrumentos son de todas clases, de una tipología si no auriñaciense muy pobre, sí auriñazoide. Faltan tipos magdalenienses. La fauna está ya clasificada. El aspecto de pobreza que presentan las piezas tal vez sea casual, pero es europeo desde luego.

Es sabido que el auriñaciense no existe en África. El interés de la Cueva del Montijano es innegable, si se tiene en

cuenta la teoría de Miss. Garrod y el Prof. Obermaier, quienes asignan como origen del auriñaciense el Kurdistán y le hacen luego derivar en dos brazos, atlántico y mediterráneo, que confluyen en Gandía.

Sirvan estas breves líneas para dar noticia de uno de los trabajos en que hoy se ocupa el Seminario de Historia Primitiva del Hombre, que publicará en su día las conclusiones sobre la Cueva del Montijano, que tenemos encomendada.

* * *

SOBRE LAS PRETENDIDAS HACHAS ENMANGADAS

Por Joaquín Espín Rael

Cronista de Lorca

Solicítase en esta comunicación que el Congreso de 1947 se preocupe de cómo se verificaba el enmangue de las hachas y se analicen los supuestos mangos.

El señor San Valero pone de relieve los numerosos hechos que van en contra de esta ponencia, por lo que es difícil tomarla en consideración; y tras otras intervenciones se acuerda no aceptar la propuesta.

* * *

SOBRE EL DOBLE MENHIR DE LORCA

Por Joaquín Espín Rael

Cronista de la ciudad de Lorca

Al oeste del histórico Castillo de Lorca, a unos tres kilómetros, en lo más oculto de la Sierra del Caño, en un rellano de 200 metros de diámetro, en su centro, se eleva imponente-

te y misteriosa la negruzca y doble mole de un aislado *menhir*, cuyas dos enormes piedras están separadas la una de la otra por una abertura de 40 centímetros en su parte media, que aumenta hasta la cima por el notable desplome de la piedra que corresponde a la izquierda del espectador. Se alza sobre el terreno este monumento prehistórico a la altura de algo más de 4 metros; elevación de las mayores que alcanzan estas moles en España; pues aunque en el extranjero se hallan algunas de más de 20 metros de altura, aquí se puede decir que este es de los de mayor elevación de nuestro país; solamente en Cataluña, el de Cardona, tiene 4 metros, y menos el de Espolla, llamado por los naturales *La Piedra Murta*, que solo llega a la altura de 3,25 metros. Hay que hacer la excepción del *menhir* o piedra aislada de Albuñol, de 7 metros de altura y terminado en ápice, al contrario del que describo, cuya base es poco más estrecha en ambas piedras que la cúspide, más ancha y voluminosa.

Presenta éste de Lorca la interesante particularidad de estar formado por dos enormes moles de oscura piedra, como se ha dicho, estando una de ellas calzada con grandes piedras, y como si hubiese sido elevada allí junto a la compañera, trasladando su pesadísima mole desde otro punto que, aunque cercano, demuestra los inmensos esfuerzos necesarios para tal emparejo, dado los ningunos medios de que el hombre neolítico pudo disponer; solo los muchos brazos, la tierra y piedras acumuladas para apoyada en ella elevarla y, como útiles y artefactos, grandes maderos que actuasen a modo de palancas.

No hay duda alguna de que se trata de un *menhir* levantado por el hombre prehistórico, pues además de su forma y emplazamiento en un llano rodeado de la sierra escarpada, al cavar al pie de la cara correspondiente al Mediodía, se halló una losa de pizarra, de regulares dimensiones, varios fragmentos de vasijas de barro negro, cocido con fuego al aire libre sin horno, y además, en las proximidades de este *menhir*, que los campesinos denominan *La Piedra Rajá*, se encuen-

tran con relativa frecuencia hachas de piedra negra pulimentada que llaman aquellos labradores *pedras de rayo*.

A unos cincuenta pasos de radio, y como formando círculo cuyo centro sea el doble *menhir*, se encuentran diseminados, tendidos en tierra, varios peñascos y entre ellos uno de como de dos metros de altura, enhiesto a manera de pequeño *menhir*, lo que denota la existencia de un *cromlech*, y que esta piedra aun erguida sea la única que ha quedado ocupando el lugar en que por el hombre primitivo fué colocada en torno del monumento central y circunvalando el sitio, quizá sagrado, guardador de las cenizas de un gran jefe, o monumento conmemorativo de un acontecimiento que jamás se sabrá, pero de cierto templo y altar de la religión rudimentaria de aquellos hombres que en su salvaje ignorancia presentían la existencia de Dios.

Finalmente, en la próxima eminencia, cresta de la sierra que domina el lugar del monumento, se encuentra y divisa desde él una alineación de peñascos, que destacan ante el cielo como fondo, con cierta simetría, a los que llaman *Cerro del Coro*, cuyo aspecto ha sugerido en la mente del vulgo la visión de las sillas de un coro de monjes. También se encuentran entre las peñas del *Coro* tres o cuatro grutas, probable habitación de la tribu troglodita que elevó este notable *menhir*.

Se acuerda que la piedra, objeto de esta comunicación, sea estudiada por los señores Cuadrado Díaz y Cuadrado Ruiz, quienes aceptan esta designación.

CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DEL NEOLÍTICO

Por Julián S. Valero

«Una ciencia progresa cuando adquiere
método propio.»—Roustan: (Psicología).

En el ámbito de la Arqueología prehistórica van iluminándose los contornos de las culturas cuyo enlace y sucesión, objeto a veces de rectificaciones, adquiere paulatinamente más elementos de seguridad y mayor fijeza. Cada día, no obstante, el auténtico prehistoriador es más parco en sus conclusiones y más cauto en la solución de los problemas de su estudio, ya que cuando no se poseen todos los elementos de juicio —y todavía la tierra custodia muchos— lo más científico no es la afirmación categórica, sino el planteamiento de la duda incitante. Lógica posición mental además, porque la posesión de los medios necesarios a la argumentación arqueológica solo se da en la medida en que se pretendan las conclusiones.

Entre los problemas más acuciadores de la Prehistoria española, precisamente, está el del período Neolítico.

Sin planteamiento de primacías, que nada resuelven ni sirven a fines científicos, no cabe ignorar la trascendencia de la edad de la Piedra Nueva. Geológicamente comprende el paso del Pleistoceno al Oligoceno. De las glaciaciones al clima actual. De la estepa al bosque en unas zonas; del bosque al matorral en otras. Los continentes adquieren casi —el transformarse geográfico es perenne— su forma presente. Con el clima y la vegetación varía la fauna. Y el hombre, tras una crisis, total, aunque no catastrófica, cambia su vida sobre la tierra con un alcance en lo material que la Arqueología ha puntualizado suficientemente y cuyos hitos pudieran ser: la economía agrícola y por ende el sedentarismo; la domesti-

cación de animales; la vida social; el invento de la cerámica, etc., etc. (1)

Más la solución de esta crisis tiene un «plus ultra» —culturas y cronología neolíticas— que preocupa a los prehistoriadores y debe ocupar la investigación futura. Ahora bien, una ciencia lo es en cuanto posee método propio y la investigación del Neolítico presenta unas particularidades que por no haber sido atendidas, en conjunto, en lo ya investigado, son obstáculo al estudio de lo conocido y nos mueven a enhebrar el presente ensayo. (2)

La pobreza cultural que tras el paleolítico muestran el asturiense, tardenoisiense, campiñense, etcétera y la penuria de restos neolíticos en comparación con las culturas metalíferas posteriores, obliga a extremar el cuidado general de la investigación, sin olvidar rasgo alguno, que aún siendo indiferente en algún caso al arqueólogo, puede ser revelador para el antropólogo, geógrafo, fitólogo o químico.

Y por último, las características del Neolítico hacen válidas estas notas, si algo tienen de útiles, para el círculo occidental europeo a que aquél se extiende: España, Francia, Inglaterra, W. de Alemania, Italia y Mauritania, (3) territorios donde habrá de buscarse la solución a muchos de los problemas peninsulares.

Para el completo estudio arqueológico nos referiríamos, como Randall MacIver (4) a los problemas de recolección del

(1) Seguimos considerando la cerámica como invento —en sentido etimológico al menos— del período neolítico, porque los hallazgos del Paleolítico superior a que aluden Gordon Childe y Pericot, por ejemplo, se refieren en todo caso a distintas zonas de nuestro ámbito de estudio y se trata ciertamente de un retraso industrial.

(2) Debemos a nuestros profesores, a los métodos de trabajo del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia y Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid una orientación que tal vez sirva de guía a los neófitos e impulse publicaciones más autorizadas sobre metodología que unifiquen la dispersa y entusiasta investigación arqueológica.

(3) O. Menghin. «Egipto y la Península Hispánica», tirada aparte de «Corona de Estudios», Madrid, 1941, págs. 167-183.

(4) David Randall MacIver. «Archæology as Science», *Antiquity*, 25, 1933.

material en el campo, a su publicación, a su organización museística y a los estudios comparativos, de síntesis y de popularización. Pero a nuestros presentes fines y tratando del Neolítico, sólo el primer momento ocupará nuestra atención, porque los otros temas son genéricos a toda la Arqueología.

Como objetivos imprescindibles para la recta investigación de una estación neolítica estimamos: I.—Exploración.—II. Situación.—III. Excavación.—IV. Vegetación.—V. Fauna.—VI. Restos humanos.—VII. Ergología.—VIII. Sociología y Animología.

Y a tales datos ceñimos nuestro plan. Antes, sin embargo, de comenzar su examen, hacemos nuestros los axiomas que presenta el citado arqueólogo inglés, que son: a) ninguna persona no calificada por su especial ciencia y estudio debe ser dejada excavar y b) el privilegio de excavación debe llevar consigo la obligación de publicar los resultados, rápida y completamente. Nuestra legislación arqueológica (1) recoge estos principios, mas no es del todo inútil la consideración teórica de los mismos. No se trata de impedir las ocasionales y fructíferas colaboraciones que prestan a la Arqueología numerosas personas que por su situación tienen posibilidad de realizar frecuentes exploraciones; pero la superficial prospección o la cata ligera no estropean un yacimiento, mientras que una excavación no científica lo pierde definitivamente. «Han pasado hace tiempo los días en que se podía tolerar la devastación de yacimientos arqueológicos para diversión o provecho personal de un individuo, y ningún Gobierno con pretensiones de ilustración lo tolerará de nuevo». (2)

En efecto: los anticuarios del siglo XVIII fueron superados por los coleccionistas del siglo XIX; pero este siglo debe esperar que los restos arqueológicos sean aprovechados como documentos históricos.

(5) Legislación vigente publicada por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. 1943.

(6) Randall MacIver, lugar cit. p. 5.

I.—EXPLORACION

Previo al estudio mediante excavación de un establecimiento neolítico es su clara localización. La determinación de aquél es unas veces tarea de investigación libresca, otras de pura tradición oral y otras por último de personal prospección.

Muchas son las publicaciones en que se dan noticias de estaciones prehistóricas, determinando en ocasiones el período a que pertenece y otras como dudosas o indeterminadas. Y estas noticias dispersas, periódicas en los noticiarios de las revistas actuales, deben incorporarse a un fichero del que se van eliminando una vez conocidas.

Para el arqueólogo que frecuenta el campo es habitual el interrogatorio de los agricultores, pastores, cazadores, etc., como conocedores de la localidad en que se encuentra para allegar referencias de hallazgos casuales o restos «in situ». Dichos datos orales, así como las comunicaciones de particulares que una buena política arqueológica puede suscitar, deben incorporarse a la lista de estaciones a comprobar y, comprobadas, a excavar.

Por último, queda la personal exploración. Es la mas laboriosa y dura a veces, pero la mas fructífera. El habito de realizar prospecciones educa, por así decirlo, el instinto de localización, que no es otra cosa que la compenetración con el «habitat» del hombre neolítico, que permite limitar el campo exploratorio a la proximidad de vaguadas o fuentes, ríos o cuevas de una región determinada. En realidad esta tarea exige auténtica afición al campo por el campo mismo, pues no pocas veces tal es la única recompensa de infructuosas rebuscas, aunque por la riqueza arqueológica de nuestro país puede serlo respecto de un período determinado, pero será difícil no tropezar con otros, si se tienen en cuenta las condiciones de habitabilidad.

Estas tareas preliminares, comunes a la investigación de cualquier período prehistórico, facilitan la principal faena, la excavación, que depende luego de la riqueza que se supon-

ga, acertadamente o no, al yacimiento. El posible fracaso puede obviarlo la calicata realizada por el técnico, que con remoción de la tierra en un lugar a propósito del yacimiento puede comprobar la profundidad del estrato arqueológico, la uniformidad o pluralidad de industrias y la importancia de los trabajos a emprender y medios a emplear.

I I.—SITUACION

Decidida la excavación de un establecimiento neolítico, interesa precisar a los ulteriores fines de publicación, y sobre todo de ayuda a quien en su día realice la síntesis, los siguientes datos:

a) Determinación geográfica exacta en el mapa, con referencia a los elementos de paisaje geográfico (geología, ríos, cordilleras, valles, fuentes, etc.)

b) Indicación de la altura sobre el mar, así como de la índole del establecimiento, (montículo, ladera, meseta, valle, cueva, etc.).

c) Estudio del contorno respecto a la proximidad al mar, fuentes, ríos, lagos o vaguadas como posibles caminos naturales.

d) Características del yacimiento como reliquia de un establecimiento humano. Los Museos se hallan abastecidos, si no con exceso sí lo suficiente, al conocimiento del utillaje neolítico. Las novedades a descubrir en lo material no justificaría casi excavaciones costosas; pero el estudio científico de la cultura neolítica, sus variaciones regionales y su gradación cronológica, merece diferenciar las estaciones al aire libre de la habitación en cuevas o abrigos, así como los fondos de cabaña, los poblados, las fortificaciones o los enterramientos, que muchas veces no son determinables por el material, sino por la misma excavación cuidadosa; y

e) Trabajo cartográfico. Todas estas características de situación exigen el croquis gráfico, simple bosquejo en el campo, fácilmente convertible por trabajo de laboratorio en los planos geográficos, plantas y secciones que, si en una esta-

ción aislada pueden ser de valor relativo, en una masa de localidades habrán de presentar analogías atrayentes, permitiendo deducciones paleontológicas de interés (1).

En el estudio de Fox «The Personality of Britain» podrá verse el valor relevante del estudio de la Geografía en correlación con la investigación arqueológica.

III.—EXCAVACION

La técnica de excavación ha sido tema de abundante bibliografía; a la excavación de recogida de objetos ha sucedido la de investigación científica (2) y nada podemos añadir de nuestra parte. Aunque referido a otro período es aleccionador el estudio del método seguido por el Profesor Pericot en sus campañas en la Cueva del Parpalló (3).

Si bien no es un modelo fácil de seguir por la riqueza de los medios empleados, es instructivo el método seguido en Fayum, Egipto, (4) donde un montículo fué primeramente aplanado a un pie de altitud, estableciendo bases fijas de referencia; luego, se procedió a la limpieza de la superficie en fajas de unos 50 metros de largo por 6,5 de ancho, separadas entre sí 1,5 metros. Cada faja fué trabajada en capas hasta alcanzar el fondo auténtico y cada objeto tuvo una sección literada, latitud, longitud, figura y profundidad y su posición fué señalada en papel cuadriculado y en el libro de campo. Cuando cada sección o faja fué terminada, nivelado el fondo de todas ellas se cruzó de N. a S. con zanjas a 6,50 metros una de otra. Con esta excavación cuadriculada se consiguió que los objetos hayan sido considerados en su posición rela-

(1) Sería muy útil el estudio y unificación de los signos convencionales para la expresión arqueológica, como se llegó a ello en lo geográfico.

(2) Mesnil du Buisson. «La technique des fouilles archeologiques. Les principes generaux». París, Genther, 1934, (cfr. Rev. Synthese, december, 1935, p. 279).

(3) L. Pericot. «La Cueva del Parpalló». Madrid, MCMXLII, cap. segundo.

(4) Miss E. W. Gardner and Miss Thompson. «The Geology and Neolithic Industry of the Northern Fayum Desert». Journal of the Roy. Anthr. Institute, vol. LVI, 1936, p. 311.

tiva sobre el fondo, que mejor que la profundidad desde la superficie pareció a la excavadora «the desideratum in stratigraphical work».

Más minuciosa todavía parece ser la técnica seguida en Koln-Lindenthal donde se fué materialmente haciendo un afeitado del suelo por capas de muy poco espesor.

Desde luego, ningún cuidado será excesivo en la excavación del Neolítico, en que junto a características semejantes al Paleolítico, por la concurrencia de facies regionales, presenta una analogía fundamental con los períodos siguientes como es la menor duración en el tiempo y por tanto la existencia de capas o niveles de muy poca profundidad, con diferencias indicadoras de variaciones culturales locales que pueden perderse en una excavación precipitada.

La cata reducida o la zanja exploratoria pueden, bien realizadas, permitir una estratigrafía provisional a que sujetar los trabajos, sobre todo teniendo en cuenta que aquí pocas veces se cuenta con fondos económicos suficientes para realizar en una sola campaña toda la excavación; (hace poco anotamos la excavación de un túmulo funerario irlandés que había sido labor de una docena de obreros durante 18 semanas). Luego, la cuadriculación del yacimiento y la determinación de profundidades permitirá la referencia vertical y horizontal de los hallazgos en gráficos apropiados y con fotografías «in situ» a ser posible, en cuanto la importancia del objeto lo demande.

Téngase en cuenta que, si estratigráficamente aparecen determinados en la excavación momentos culturales diferentes del Neolítico, la sucesión cronológica es obligada y su importancia suma, porque así en yacimientos con nivel único, el paralelismo con otras estaciones de estratigrafía segura permitirá la situación concreta de éstos.

Ahora bien: por esto mismo y en relación con lo anteriormente expuesto sobre exploración, deben realizarse prospecciones y catas por la misma región geográfica en que se halle el yacimiento principal, ya que con ello se facilita la clasifi-

cación de las diferentes culturas no simultáneas (1); porque si en una reducida zona aparecen tres culturas, es porque no coexistieron en el tiempo, lo que no puede afirmarse, en cambio, si estuviesen muy distantes. Observación registrada igualmente por los hermanos Siret a propósito de El Garcel y La Gerundia (2).

Siempre que sea posible por la índole del yacimiento y sus condiciones de conservación debe quedar sin excavar una parte de aquél, no sólo como garantía de la estratigrafía alcanzada en la excavación, sino porque dada la naturaleza de nuestra Ciencia y la rápida evolución de sus postulados puede ser al poco tiempo interesantísima la comprobación de estos testigos arqueológicos.

I V.—VEGETACION

El anotar la vegetación actual que ambienta el lugar del yacimiento neolítico en estudio es conveniente, porque las variaciones de la flora deben haber sido de poca consideración y la relación que guarden los establecimientos arqueológicos con un tipo de vegetación determinado puede ser útil para investigaciones posteriores.

Ahora que, habiéndose producido en el período Neolítico indudablemente un cambio fundamental en la vegetación como consecuencia de la alteración climática que implicó el tránsito a los tiempos actuales, ha de buscarse este cambio en la excavación del yacimiento, en los restos de madera por minúsculos que sean, en las semillas o cereales y en el mismo «humus» del que pueden desprenderse los fructíferos análisis de polen a que nos referíamos dando cuenta de las investigaciones del Mesolítico norteeuropeo (3). Sin embargo creemos difícil para nuestra Arqueología el poder obtener resultados

(1) B. Joukov. «Les modifications chronologiques et locales de la ceramique de certaines cultures...., Europa septentrionals antiqua». IV, 1929, p. 61 y ss.

(2) E. y L. Siret. «Las primeras edades ...», Barcelona, 1890, p. 15.

(3) J. San Valero. «Mesolítico Norte Europeo», Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Antr., Etn. y Ph^a. 1941.

tan sorprendentes como los obtenidos en los países nórdicos, por no contar con turberas o lugares apropiados a la conservación de la historia de la vegetación y ser imprescindibles para nuestro uso la posesión de diagramas completos de sucesión. En los análisis de carbones y semillas hay que tener en cuenta que para la construcción de sus cabañas el primitivo utilizaría las maderas más útiles, no las más típicas.

V.—FAUNA

Con el clima y la vegetación registra el Neolítico una variación en la fauna que conviene delimitar. Hay una tarea de naturalista que se cuidan de realizar los especialistas; pero también al arqueólogo corresponden ciertas tareas, que en conjunto puede decirse que se trata de facilitar a aquellos materiales de estudio.

En el Neolítico aparece la fauna actual; pero la pervivencia de alguna especie pleistocena, cuya desaparición no sería inmediata, puede ser elemento indicador para una exacta datación, lo mismo que la aparición de nuevas especies que sirven, no solo a la cronología, sino a la fijación de relaciones culturales o corrientes de pueblos. Véase por ejemplo el interés que presenta la aparición del cerdo, para Menghin en sus trabajos sobre el Neolítico mediterráneo (1).

Pero el hallazgo de restos óseos de fauna neolítica con estratigrafía exacta no es bastante ni justifica el olvido de moluscos fósiles, conchas, etc., de los que es posible la deducción de orientaciones tan sugestivas como las de Joleaud (2) que resalta su importancia desde el punto de vista de la Etnografía, con el dominio de la magia y en lo puramente arqueológico, pues salvo algunas conchas de tamaño descomunal, la mayoría han debido servir como cuentas de collar, como monedas o como colgantes dotados de propiedades mágicas.

(1) O. cit. y «Origen del antiguo Egipto». Ampurias, IV, 1942. p. 25.

(2) L. Joleaud. «Le rôle des coquillages...» H. a Martins Sarmiento, Guimaraes 1933 p. 150.

VI—RESTOS HUMANOS

Renunciamos a destacar la importancia y cuidado que merecen los restos humanos, ya que en definitiva, por ser los sujetos del Neolítico, son el objeto máximo de nuestro estudio.

La fotografía «in situ» del esqueleto para establecer comparaciones con otros respecto a orientación, posición de los huesos, etc., indicadores a la larga de creencias funerarias, es obligada. También el estudio antropológico requerirá la ayuda del antropólogo; pero las ciencias cuando más altas, son menos independientes y más precisas son para el especialista las colaboraciones.

Señalamos como bases de qué partir que no siempre encontraremos una clara unidad racial correspondiendo a una determinada tipología material. En el mesolítico norte europeo señala Clark la existencia de cuatro cráneos de los que dos son dolicocefalos y dos braquicefalos (1); I. Ballester (2) aún indicando la dolicocefalia del hombre neo-eneolítico, recoge en su cuadro numerosos tipos braqui y mesocefalos. Por ello aceptamos la crítica metodológica que formuló de reciente Tallgren al decir que es una debilidad de la Arqueología prehistórica el querer ver tras de cada cultura material un «etnos», un pueblo uniforme, ya que hay grupos geográficos y culturales que no lo son etnográficamente (3).

Las consecuencias de este principio, que no es ciertamente apriorístico, puesto que los restos étnicos confirman la mezcla racial, son importantes. Hemos, en efecto, de admitir que la población del paleolítico superior no desaparece por completo al ocurrir el cambio climático de la nueva era y por tanto, los hombres del mesolítico o del neolítico coexistirían con

(1) Clark. J. G. D. «The mesolithic settlement of Northern Europe». Cambridge, 1936.

(2) I. Ballester «La covacha sepulcral de *Camí Real*», Archivo de Prehistoria Levantina, 1928, tomo I.

(3) A. H. Tallgren «Sobre el método de la Arqueología prehistórica». Actas y Memorias de la SEAEP. 1941. p. 68 y ss.

aquéllos, y con todos éstos las sucesivas nuevas oleadas que introducirían elementos neolíticos. Otras veces, muchas, los cambios culturales no supondrían siquiera ni modificaciones étnicas sino fenómenos de «colonización», por así decirlo con Vaufrey, de influencia lateral de la cultura base o de residuo de ruta, en que un pueblo emigrante deja su influencia cultural sobre los establecidos a lo largo del camino, con los que entraría en contacto por comercio o por guerra.

De ahí la no uniformidad racial que es de suponer en la definitiva sistematización de nuestro período. La llegada del Neolítico, con animales domésticos y agricultura —decía Preuil (1)— se puede comparar a la llegada de los españoles a México, ya que habría continuidad no sólo industrial sino racial, aunque hubiese importante aportación de tipos humanos y de tipos culturales.

VII.—ERGOLOGIA

Influencia lateral, decíamos, de culturas básicas. Tallgren, el investigador finlandés, afirma que ningún estudio cultural, ningún grado de evolución es ni ha sido uniforme. En cada cultura se encuentran muchos rudimentos, supervivencias, arcaísmos, periferias, influencias laterales o «dialectos», sea la que sea la palabra que se quiera emplear (2).

Tal es a nuestro entender el fenómeno principal del Neolítico, nueva era histórica —en su más amplio sentido— de la Humanidad que quizás en algún momento coexista con avances que, posteriores lógicamente, coincidirían cronológicamente. Por no verlo así, se llegó a la casi negación del período sin tener en cuenta su extensión espacial y temporal, a la que se refería Vayson de Pradenne aludiendo al neolítico precolombino y al todavía en uso entre los indígenas de las Islas de la Sociedad, las Marquesas y Alaska. (3) Y por la

(1) Véase en «Atti dell' Instituto Italiano di Paleontologie Umana», Firenze, 1930 durante la discusión de una comunicación de Ald Mochi.

(2) Tallgren, loc. cit.

(3) A. Vayson de Pradenne. «The World-wide Expansion of Neolithic Culture». *Antiquity* 1933. 35 p. 305.

aparición inmediata del metal se creó el mestizaje culturológico del «neo-eneolítico». Hoy, asociado el cobre al bronce en tiempo y espacio —Childe lo ha hecho en la teoría en su *The Bronze Age*—, contaríamos solo, con criterio cronológico puro, con un neolítico final raquíutico entre una serie de nebulosos particularismos epipaleolíticos, protoneolíticos y preneolíticos que, sin aclarar nada, confunden. Cualquier período histórico, aislado en la teoría, puede merecer períodos «epiproto, pre o post»; pero cada uno de estos, de por sí, convierte al período desorbitado en pre o post de otro.

Del Neolítico se ha podido decir: «la plus grande révolution sociale de tous les temps s'accomplit. Pour la première fois s'organise d'une manière étendue la vie collective» (1). Y en esto reside la grandeza del momento que no debe empequeñecerse con cuestiones terminológicas, aunque en las aguas del tiempo de transición, ya agitadas de por sí, vengán a entrecruzarse las ondas culturales que irradian los primeros centros agricultores y metalíferos.

En realidad las nuevas condiciones de vida que siguieron al paleolítico superior, al pleistoceno, imponen cambios profundos en la cultura material. Hay predominio de supervivencias; pero se inicia el germen de la nueva edad y éste y no aquéllas debe dar el nombre al nuevo período. Pero como la transición al Neolítico no se produce como desarrollo evolutivo —al menos por lo conocido en nuestro país— que explique todos los cambios, debemos comprender bajo la denominación de Mesolítico todas aquellas culturas que aparecen después del Paleolítico y antes del Neolítico pleno, en donde los inventos de la nueva edad adquirieron total desarrollo. Esta situación intermedia —el Mesolítico— no se debe entender como enlace cultural que por evolución conduzca a los nuevos estadios, sino como etapa con individualidad propia en que las nuevas necesidades de un ambiente diferente imponen tipos de vida distintos que, como es natural, no han

(1) E. Pitard. «L'arrivé des Brachycephales en Europa Central et Occidental» *Atti dell'I. Ital. di Paleot. Umana* 1927, Firenze 1930, p. 107.

perdido del todo la herencia del pasado; pero que están ya preparados para recibir la influencia del Neolítico, que se acerca por todos los caminos desde su país o países de origen..... Como consecuencia de la inadaptación a la nueva situación climatológica, la vida de los hombres mesolíticos sería un puro «*primum vivere*», por lo que se les conoce (Childe, Clark) como *food gathering peoples*, esto es: pueblos recolectores de alimento (patellas, caza, miel, frutos naturales, raíces, etcétera).

Cuando los hombres aprenden a *producir* el alimento entramos de lleno en el pleno neolítico. La cerámica será un signo distintivo pero no infalible. Aludida queda la cuestión de la cerámica paleolítica y cabe citar asimismo la de los concheros asturienses, en sus niveles tardíos, y la de la cultura de Ertebolle, consideradas mesolítico —no nos complacen del todo las razones— a pesar de su cerámica; pero que indican que en el área occidental europea coincidirían pueblos en estado mesolítico, gentes en pleno neolitismo y grupos humanos en los primeros estadios metalíferos. Aunque expuesto con distinto motivo, podríamos utilizar el símil de Huxley-Aldane (1) sobre la coexistencia de los medios de locomoción, ya que ni el ferrocarril eliminó al carro, ni el automóvil al tren, ni el avión al automóvil.

Y junto con estas consideraciones de tipo general no ha de perderse de vista la individualidad colectiva del grupo que se estudie, que puede en un caso determinado dar origen a una variación local o regional; por lo que la función de ensamblaje del conjunto cultural en el cuadro total del período no debe forzarse, antes bien, resaltar las diferencias apreciables.

Resumiendo, pues, estas generalidades metodológicas para el estudio de la cultura material Neolítica, diremos: a) no se deben buscar culturas puras; b) en el neolítico, como en cualquier otro período histórico, hay vivencias del pasado, atis-

(1) Haldane y Huxley. «*Biología Animal*», Madrid 1929.

bos de futuro e influencias coetáneas; c) no hay que dar valor absoluto al cronologismo, sino que debe admitirse hasta la coexistencia de diversos grados de civilización; d) debe admitirse la personalidad tribal, capaz de originar la variación local o regional; y e) no todo cambio en la cultura material implica cambio étnico.

Y vamos a ocuparnos de la cultura material misma o ergología.

Ha venido siendo tradicional —como en otros ámbitos prehistóricos— agrupar los objetos en atención a la materia de que están confeccionados y dentro de ésta, por su forma. Así se refieren casi todos los trabajos monográficos a los objetos en sílex, piedra, hueso, barro, metal, etc.

Dentro del capítulo dedicado al sílex, se estudian las hojas, raspadores, buriles, puntas de flecha, microlitos, (escalenos, trapecios, crecientes, microburiles, etc.) En la piedra se comprenden las hachas, azuelas, mazas, afiladeras, cinceles, molinos de mano, brazaletes, anillos, etc. Como de hueso, los punzones, agujas, espátulas, cucharas, arpones, brazaletes, sortijas, cuentas de collar, colgantes. En la cerámica, la forma y decoración de las vasijas. Y en el metal, cuando lo hay, también se particularizan las armas, herramientas y objetos de adorno.

Pero este sistema, «considerado exactamente, no ha conducido ni conduce a explicar el organismo y la estructura de toda la vida del período a estudiar, es decir: a comprender la sociedad, la historia económica y social, la historia de las concepciones religiosas» (1). En verdad, el método formal que hemos compendiado en extremo por ser él todavía en uso, es cómodo, fácil y seguro, si no se fuerza la fantasía en la comparación tipológica; pero la seguridad que proporciona nos lleva a un desconsolador *¿y ahora qué?* cuya superación debe buscarse. Porque como dice Tallgren: —y eso tratamos de evitar en el estudio del Neolítico español— seguir tal camino

(1) Tallgren, loc. cit p. 71.

equivale a considerar como vivas formas y tipos, o sea productos, y no la sociedad que los ha creado y cuyas necesidades materiales y espirituales determinaron las manifestaciones de su vida.

Con un cierto criterio etnológico y entendiendo por cultura material la materializada, de forma que dejara reliquias sensibles, podría enfocarse su estudio con los siguientes capítulos: 1.º La vida doméstica.—2.º El trabajo.—3.º La guerra.—4.º Vestido y adornos, dejando aparte lo que afecta a su Sociología y Animología.

La razón de este sistema está en la naturaleza misma de los seres humanos, que, nacidos en el seno de la familia, tienen que atender mediante su trabajo a la satisfacción de sus necesidades materiales; han de ejercitar la guerra frente a quienes traten de perturbar su vida; visten y adornan su cuerpo, no solo en defensa contra el ambiente, sino por razones de orden mágico; y viven, por último, en un mundo metafísico de creencias que han heredado, adquieren de otros pueblos o crean por su propia espiritualidad. Si se tratase de otros períodos incluiríamos otros capítulos referentes a las industrias (minería, metalurgia, ganadería), al comercio o a la vida política y social; pero durante el neolítico los atisbos de estos extremos son insuficientes a su individualización y mas pronto podrían ser motivo de confusión.

1.º—LA VIDA DOMÉSTICA Y LA CERÁMICA

Tanto en la excavación como en el estudio de un yacimiento neolítico ha de tenerse en cuenta este aspecto, cuyo conocimiento aumentaría teniendo presente la determinación de cuanto afecta a: a) la casa: datos respecto a la habitación, cueva o fondo de cabaña, con su planta, restos de enlucido, de muro o de maderas, lugar de los hogares, etc. Ajuar completo, afiladores, mazas, molinos de mano, etc.—b) la comida: restos de animales, de condimento en las vasijas, cucharas, etc.—c) la vajilla: la especial consideración que en el estudio de nuestro período ha merecido de siempre la cerámica nos

induce a incluir al fin un esquema para su estudio.—d) animales domésticos.

2.º—EL TRABAJO

Bajo este título deberán agruparse cuantos objetos hagan referencia a las actividades humanas para procurarse el sustento o satisfacer otras necesidades primarias, agobiantes como indicábamos por la crisis climática y transformación del paisaje geográfico.

A.—Consecuentemente estudiaremos los escalenos, trapecios y crecientes microlíticos; las puntas de flecha, los arcos, los enmangamientos, los huesos para conocer los animales objetivo de la caza, etc.

Por las características de nuestro clima, destrucción de los yacimientos, desaparición de la madera, el estudio de alguno de los aspectos enumerados podría completarse por comparación con otras culturas (Ertebolla, Maglemose, Palafitos), con las pinturas rupestres y con los primitivos actuales. Tal extensión de estudio será desde luego innecesaria en una monografía concreta sobre una estación; pero nunca será ociosa la referencia, o al menos en el investigador la posición mental necesaria para no buscar un fin tipológico sino funcional en sus hallazgos.

B.—La pesca. Con análogas consideraciones a las expresadas, no es de concebir y así lo indican algunos concheros, una vida neolítica de espaldas al mar y así conviene estudiar los arpones, los microlitos utilizables para dentarlos, las redes, las conchas, las espinas y los restos de comida que puedan indicar las actividades marineras.

C.—La agricultura y las tareas forestales. Las actividades anteriores con la recolección de los frutos naturales, son propias ya del paleolítico. Con la agricultura, el hombre neolítico no solo adquiere una base económica más estable, sino que inicia el trascendente fenómeno geográfico de la modificación del paisaje.

De ahí el interés de las hachas, azuelas, hoces y arados; restos de cereales, maderas, carbones, polen, etc.; animales domésticos de posible utilización, etc., etc.

D.—Metalurgia. Hemos indicado el problema del metal en el Neolítico; pero si los poblados de la edad de cobre —casi nunca puro, casi bronce— se incluyen ahora en la edad metalífera inicial del Bronce, hay muchos poblados puramente neolíticos por su cultura en los que hay atisbos metalúrgicos que no conviene olvidar, ni mucho menos malentender, estimándolos de distinto estrato arqueológico.

3.º—LA GUERRA

La consideración de las armas —los mismos útiles de caza serían empleados—, puntas de flecha y arco, puñal, alabarda, etc., cuyos tipos acompañan a otras expansiones culturales, completará el estudio de este capítulo, iniciado al referirnos a los poblados y sus fortificaciones.

4.º—EL VESTIDO Y LOS ADORNOS

En este aspecto, como no será posible el hallazgo de vestidos o trozos de tejido sino en circunstancias excepcionales como las palafíticas, habremos de contentarnos con la agrupación de los objetos de fabricación, sujeción o adorno: raederas, punzones, agujas, fusayolas; botones, alfileres; brazaletes, sortijas, collares, restos de pintura, peines, etc., etc.

VIII.—SOCIOLOGIA Y ANIMOLOGIA

El mundo de las creencias del hombre neolítico tiene al presente una complejidad y ensamblaje tan íntimos que la consideración de divisiones es ciertamente una creación teórica, que solo por su generalidad puede presentar alguna independencia en los hallazgos. Así estimamos que puede estudiarse este capítulo en lo que respecta al culto de los muertos, a las ideas religiosas y al arte, sin implicar con ello el que estos extremos estén desconectados.

En el culto de los muertos hay que tener en cuenta cuanto afecta a las formas de enterramiento: inhumación o incineración, posición de los esqueletos, vasijas acompañantes, rotura de vasos, ajuares completos, monumentos de finalidad funeraria, dólmenes, cistas, sepulcros de cúpula, etc.; grabados o pinturas en lugares de enterramiento, etc. La religión parece estar indicada por ídolos, vasijas y ofrendas rituales, monumentos no funerarios, etc. En cuanto al arte, aunque su finalidad mágica, religiosa o funeraria parece ser dominante, su valor indicador en cuanto a costumbres, armas, adornos, etc., le dan personalidad suficiente a su estudio destacado, como se ha venido haciendo, pero no tanto que resulte desarraigado de la vida material e ideológica de la sociedad que lo creó.

IX.—CONSIDERACION METODOLÓGICA ESPECIAL DE LA CERÁMICA.

La cerámica neolítica merece destacada atención por la profusión y extensión de su empleo; por reflejar en su pasta, forma, modelado y ornamentación influencias de otros tipos culturales y por las conexiones que la enlazan con las creencias y el arte.

La comparación y los paralelismos entre las distintas creaciones cerámicas resultarían evidentes sin el natural peligro del subjetivismo del investigador con su estudio a base de una tabla de datos uniformes para los centros españoles y tal vez extranjeros, cuya formulación podría ser objeto en su día de un Congreso arqueológico.

Sin perjuicio de las conclusiones de conjunto a que pueda dar lugar cada estación estudiada, he aquí unos posibles índices a que atender en el estudio concreto de un conjunto cerámico, (1); 1) Barro y cocción; 2) Formas; 3) Espesor; 4) Modelado, y 5) Ornamentación.

(1) Aunque la enumeración es engorrosa, su complicación no es afán clasificatorio, sino realidad cultural del período neolítico, ya que muchas de las subdivisiones son estratos reales, aunque ya en el propio período aparecen fundidos en espacio y

1) El barro. Como materia prima de un arte que comienza hay que considerarlo en su masa y en su color. La primera porque no es constante ni frecuente la arcilla pura, sino que se le da consistencia con mica, concha molida, etc. El segundo por ser indicador de buena o mala cocción, uniforme o defectuosa.

2) La forma. Tiene una parte terminológica —cuencos, ovoides, con cuello inicial o desarrollado, acampanados, de solero plano, vasos cónicos, gemelos, cilíndricos, copa, etc.—; otra matemática —altura, largo de las paredes, diámetros de boca, panza y fondo— y otra gráfica a que deben traducirse las anteriores.

3) El espesor. Como en nuestro neolítico es constante la aparición de dos clases de cerámicas, una tosca y otra fina, debe indicarse el espesor medio de cada clase en boca, pared y fondo. Estudios completos han demostrado que el espesor medio de la cerámica de una cultura determinada es uniforme.

4) El modelado. Aunque siempre a lo que parece es manual presenta particularidades atendibles ya que puede ser sobre cesto, bolsa de cuero o calabaza; hecho con bandas o tiras de barro que se superponen en espiral desde el fondo y alisado luego, modelado libremente sobre la masa, etc. Debe además indicarse el modelado de la superficie: si es rugosa, lisa y bruñida, etc.

5) La ornamentación. Debe atenderse en ésta: a) La colocación; b) La técnica; c) El estilo, y d) Los motivos.

La colocación puede ser en el borde, en la mitad superior, en la inferior, en toda la superficie, en el interior y sobre relieve.

La técnica: lisa, bruñida o no, incisa unguilar, de relieves,

tiempo. Esta metodización de datos no evita, sino que exige mayor y mejor parte gráfica de las publicaciones; pero, si no totalmente, en parte podría evitar la actual dificultad, imposibilidad más bien, de los estudios de síntesis, si no se analiza directamente y en cada museo o colección particular los tuestos o vasijas, múltiples veces publicadas, pero siempre fragmentariamente y atendiendo al solo interés del trabajo en que se incluyen. Estimo que no es precisa la indicación de los casos concretos.

con digitaciones, incisa a punzón, puntillada, pintada, cardial, de «Boquique», con ruedecilla, peine o cincel dentado, de cuerdas, de impresión textil

El estilo: espontáneo, de zonas, complejo, campaniforme, espiraliforme, etc. Separamos en este capítulo lo puramente estilístico de lo técnico, pues la frecuente agrupación cerámica de cuerdas de los arqueólogos europeos es en realidad una técnica que no debe igualarse en consideración a lo campaniforme, pues cerámica de cuerda la hay en zonas, campaniforme, espiraliforme. Las denominaciones de espontáneo y complejo son las mismas que Sophus Müller denominaba sin modelo, con modelo y gran estilo; pero las estimamos más apropiadas a la realidad en nuestro país donde no es patente el empleo de modelos textiles en los alfares.

Los motivos son aislados y sin sistema en el estilo que denominamos espontáneo o se presentan en líneas o zonas verticales u horizontales, metopas, series de líneas o zonas, ajedrezados, zigzags, dientes de lobo, etc., cuya mejor descripción será la representación gráfica en forma de tablas.

Todas estas orientaciones no las creemos, en absoluto, desconocidas para los investigadores; pero aplicadas como método de trabajo darían mayor eficacia al estudio del Neolítico. Creemos igualmente que su no aplicación general depende de que no son en parte tareas individuales, sino colectivas, especialmente para lo ya excavado; pero realizables por los organismos existentes.

En conexión con lo expuesto es un problema a resolver la unificación de los signos convencionales de representación para los mapas. Debe asimismo tenerse en cuenta la legislación española arqueológica vigente (1).

Incluimos el cuadro sinóptico a que se reduce el presente ensayo y la tabla analítica de la cerámica neolítica.

(1) Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias, 1943.

La aplicación científica de un método a las tareas de excavación —el que proponemos o el que resulte de aportaciones mejores— permitirá que la Prehistoria no deje resquicios a la duda de su carácter científico y de su gran valía histórico-etnológica. A nadie hace falta explicar la diferencia entre un cazador de mariposas y un naturalista y es preciso que lo mismo ocurra entre un coleccionador de antigüedades y un historiador de las etapas primitivas de la Humanidad.

Estudio del neolítico.	Exploración.	Situación. . . .	} Localización en el mapa Nivel e índole del «habitat» Contorno geográfico Características del establecimiento Trabajo cartográfico	
	Excavación. . . .			} Calicata preliminar Excavación propiamente dicha Testigo arqueológico
	Vegetación			
	Fauna			
	Restos humanos			
	Ergología. . . .	Vida doméstica. . . .	} Casa Comida Vajilla Animales domésticos	
				Trabajo. . . .
		Guerra. . . .	} Armas Defensa del poblado	
				Vestido y adornos.
	Sociología y Animología. . . .	} Culto a los muertos Ideas religiosas Arte neolítico		

Cerámica . . .	I Barro. . . .	{ 1-masa 2-color	
	II Forma.. . .	{ 1-formas 2-medidas 3-gráficos	
	III Espesor.. .	{ 1-boca 2-pared 3-fondo	
	IV Modelado.. .	{ 1-de forma 2-de superficie	
	V Ornamentación	{ 1 coloración	{ a) borde b) mitad superior c) mitad inferior d) toda la superficie e) interior f) sobre relieve
	{ 2 técnica. .	{ a) lisa b) incisa unguilar o a punzón c) de relieves d) digitaciones e) puntillada f) pintada g) cardial, etc., etc.	
	{ 3 estilo. .	{ a) espontáneo b) de zonas c) complejo d) campaniforme, etc.	
	{ 4 motivos.	{ a) líneas o zonas b) metopas c) series de zonas d) ajedrezados o reticulares e) zigzags f) dientes de lobo, etc.	

LA RAZA MANCHEGA. NUEVO TIPO CRANEAL NEOLÍTICO

Por Luis de Hoyos Sáinz

De la Real Academia de Ciencias

EL YACIMIENTO Y SU FIJACIÓN CRONOLÓGICA

Para contribuir a los trabajos del «I I Congreso Arqueológico del Sudeste español», he redactado, con las notas, cuadros numéricos y fotografías que hace muchos años tenía reunidos, este trabajo acerca de uno de los más antiguos grupos humanos que poblaron la Mancha, que representa evidentemente un destacado tipo craneal y que me permite, sin gran temeridad científica, estimarle como tipo racial, es decir, darle nombre o bautismo geográfico denominándole, «raza manchega».

Hay que incluir este tipo craneal en los que habitaron una de las dos regiones en que se divide la extensa zona castellana de las dos mesetas del Duero y del Tajo, y aunque con una cierta unidad antropológica, son sin embargo fácilmente separables. Aceptado el clásico y general nombre de Mancha, que es realmente el «interland» de las tierras del Sudeste de España, fundamentalmente de las levantinas, y a las que unas veces se separa y otras se une, según los caracteres estudiados desde hace ya muchos años por aquel eminente antropólogo, recientemente fallecido, T. de Aranzadi y por mí, a los que han de unirse los estudiados sobre el hombre vivo por el catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, don Federico Olóriz, acerca de la talla, y más fundamentalmente sobre el índice cefalométrico, y los del Coronel de Sanidad, don Luis Sánchez y Fernández, meritísimo compilador de los datos tomados en el Ejército.

La parte llanera de esta región manchega, de la que no pueden separarse sus bordes montañosos, solo es conocida

craneológicamente por los restos, que pudiéramos llamar clásicos y tal vez excesivamente supervalorados, de los yacimientos de Ciempozuelos y el menos importante del ribeño del Jarama, Tielmes. Esta zona se pierde al Oeste y Suroeste por una región extremeña hasta hoy estéril craneológicamente.

Hállase situado este interesante yacimiento en la pequeña villa de Alcázar del Rey en la ribera del Riánsares, cercana al ferrocarril que va de Aranjuez a Cuenca y perteneciente al partido judicial de Tarancón.

Descubierto el yacimiento en 1881 y traídos los cráneos de 1885 a 1888, forman la más numerosa colección prehistórica de este Museo, ya que se aproximan a 70 los cráneos estudiados y fotografiados por nosotros, y publicada su craneometría 30 años después por el señor Barras de Aragón, admitiendo, como lo hacemos nosotros, su inclusión en el período neolítico hecha por el Profesor Antón, y cuya comprobación o negación no hemos podido realizar a pesar de las muchas noticias de la región publicadas por Vilanova, el P. Capelle, y el señor Pelayo Quintero, y las a nosotros comunicadas en una verdadera inquisición realizada por el señor Jiménez Aguilar, naturalista y catedrático del Instituto de Cuenca, y el actual Alcalde de Alcázar del Rey, señor López Pérez, coincidentes todas en concretar la multitud de yacimientos de la región y aún del pueblo en cronologías más fijas, pero ninguna de las informaciones niega la posibilidad del carácter neolítico del yacimiento, que aparte de otras razones tiene el muy interesante de las trepanaciones que presentan varios de sus cráneos, y la abundancia de hachas y otros objetos del período en aquella comarca.

En todo caso la variación cronológica no llevaría jamás consigo el rebajamiento de la típica morfología y craneometría de esta interesantísima colección, ni modificaría la situación topológica que son las dos bases en que asentamos la designación del tipo craneal manchego.

LAS CALAVERAS ESTUDIADAS

La serie es de las más homogéneas que pueden presentarse, por sus caracteres exteriores, principio de fosilización y morfología general y desde luego se destaca por su contorno transversal que tanto en sus normas anteriores como posteriores se caracteriza por su forma en arco de herradura, y en las laterales por un alargamiento antero-posterior y bóveda y base que anticipan su poca altura en contraste con todos los tipos levantinos, andaluces y ribereños del Ebro de la misma época. La gran analogía de los dos sexos es solo rota por el natural acortamiento y es más alta la mujer, que eleva un poco el índice verticolongitudinal, pudiendo señalarse como general el perímetro de la norma vertical, tendiendo a ovoideo y por ello con manifiestas arcadas cigomáticas visibles y algo el maxilar inferior, lo que permite explicar en la norma inferior de la mujer la apariencia braquioidea y ensanchada de la parte anterior.

Aprovechamos la exposición de los valores absolutos de las calaveras de esta colección para consignar un dato que pueda explicar la coincidencia de los procedimientos métricos entre los tres autores que hemos realizado las mediciones; Aranzadi que suele presentar cifras un poco inferiores en las determinadas con el compás; Barras algunas veces superiores y Hoyos, generalmente intermedias, como lo son también las del maestro común de los tres, el Profesor Antón. Estas diferencias son en general más apreciables en los estrechamientos y valores mínimos. La variación personal no altera los resultados por estar siempre dentro del valor probable en las medidas tomadas con el calibre, pero sí alguna vez en las grandes curvas y sus segmentos valoradas con la cinta métrica. En este caso, a pesar de ser comprobadas con un metro inextensible, las diferencias se deben a la extensibilidad de la cinta y a la no correspondencia entre las unidades milimétricas. Estas diferencias en la serie que ahora estudiamos no llegan a variar los índices calculados por el Profesor Barras y por mí mas que en nueve casos, y la primera cifra decimal

en catorce. Indiquemos ya que hay una verdadera retracción en las calaveras de hospital recién preparadas, con relación a las mismas medidas doce o quince años después, pero como es general y uniforme, no afecta a los resultados, salvo un cierto acortamiento del diámetro anteroposterior del cráneo y las anchuras biobitarias y maxilares. Estas mínimas alteraciones no exigen la publicación de lo que pudiéramos llamar error personal y no tomamos en cuenta los que auxiliamos al meritísimo Profesor Olóriz en que las diferencias son más apreciables y muy principalmente cuando en la determinación de la estatura se trata, como hemos comprobado nosotros en las mediciones realizadas por nuestros discípulos sobre los niños en edades escolares para la investigación del crecimiento y los tipos morfológicos.

Por no multiplicar las fotografías manifestaremos que la del varón trapanado, (figura 1 en sus tres normas, anterior, lateral y superior) es un poco estilización extrema del tipo, ya que su índice cefálico baja a 68. La calavera representada en esta figura, presenta como caracteres determinativos, un índice vértico longitudinal de 69,6, es decir, de gran rebajamiento craneal. El vértico-transversal es, por el contrario, elevado, pues llega a 101,5, fundamentalmente por estrechamiento del cráneo. Se completan estos datos con las relaciones modulares, según nuestro método publicado en la Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1917, que nos ha permitido romper el simplicísimo de la agrupación por el índice cefálico, ya que las alturas del cráneo son en nuestra Península tan interesante como él para la formación de los grupos. La relación longitudinal llega a 125,8, es decir, uno de los extremos máximos peninsulares en este caso individual. La vertical queda en el grupo medio con la cifra de 87,6; la transversal redúcese a una de las más estrechas con el valor de 86,5. Esta estrechez aún se exagera más en la región frontal, puesto que su índice frontoparietal que expresa la relación de su índice con la máxima del cráneo se fija en 62,1 que le hace aparecer como uno de los tipos más estenocé-

falos. Por la cara se caracteriza esta estilización de la raza por un índice de 64,2 que la determina como alta; del mismo modo lo es la órbita con su valor de 86,5, y aún exageran estas alturas y estrechamientos porque la nariz al grupo de la ultraleptorrinia, datos todos éstos que se confirmarán cuando posteriormente expongamos las características del triángulo facial.

Por el índice cefálico la media central de la serie sube a 73, quedando el máximo de casos en 72 al que corresponden 11 cráneos (como se ve en el gráfico serial, figura 2, construido para poder comparar esta serie con la de los primeros hombres del metal procedentes del yacimiento del Argar en Almería; la circunferencia representa los cráneos masculinos y el círculo los femeninos de Alcázar y el cuadrado los de los hombres del Argar y la cruz sus mujeres). La serie presenta bastante desarrollo hacia los índices mas bajos hasta el ultradolicocéfalo de 66, pero con solo ocho casos muy dispersos. Preséntase otra cumbre un poco aislada en 78 con seis casos y con valores superiores a él solo en cuatro casos. Esta mesocefalia está dada por los cráneos femeninos en oposición a su falta en la verdadera dolicocefalia y por contraste iníciase una sub-braquicefalia varonil que se destaca en un cráneo aislado plenamente braquicéfalo con índice de 82, precedido de tres hombres y una mujer con índice de 79. El total de los 57 cráneos está caracterizado por el predominio de 32 plenamente dolicocefalos, inferiores a 75, —valor que para España admitimos como límite—, y que llegarían a 43 según la clásica división de Broca, alcanzando los seis octavos del total.

Como se ve en el gráfico serial del índice vértico-transversal (figura 3) la amplitud de oscilación es enorme, ya que baja a 86 en la tapinocrania, y se eleva a 102 en una verdadera acrocefalia, prescindiendo de dos casos verdaderamente aislados a 82 y 106. Por lo tanto, de los 32 casos que por conservar el basio han permitido tomar el índice, 21 son metriocranios, es decir, de altura media; 8 son los acrocéfalos o altos que indican la tendencia por su predominio sobre los bajos. A la falta de los

que no se ha determinado la altura, se une lo poco destacadas de las cumbres, ya que solo hay una en 95 con cinco casos, y por representar el promedio de los metriocéfalos, corrobora algo este calificativo, si bien atenuadamente porque hay otras tres cumbres en diferentes valores, lo que rebaja el valor analítico de este gran índice.

Los cráneos medios en la representación del tipo son un poco subpentagonales con menor salida en el occipital inferior que el fotografiado, bóveda más plana así como la base, lo que baja bastante los índices de alturas, que están mejor representados en la fotografía femenina, (figura 4) en relación con su índice cefálico de 73. Las tres normas de esta figura dan perfecta idea del tipo general morfológico de la raza manchega, pues precisamente por ser la fotografía de un cráneo femenino muy bien conservado, puede estimársele como más representativo aún que los masculinos, porque ya es sabida la mayor homogeneidad o tipismo de la mujer que del hombre, que presenta siempre formas extremas por muy diversas causas que no existen en aquélla.

A la característica dolicoide de este cráneo, atenuada como siempre en la mujer, corresponde por su relación modular longitudinal que llega al límite máximo provincial de los actuales, el concepto de largo, que por esta elongación le lleva al grupo de los camecéfalos o aplastados al compararla con el diámetro vertical y que se reitera por la relación modular vertical que queda en 83,9, en el grupo de la nomenclatura correspondiente a los platicéfalos y que coincide con la intrusión en el grupo de los tapinocráneos o aplastados expresado por su índice vértico-transversal con el valor de 91,6, debido fundamentalmente a su anchura en los parietales que llega a 92,3, dando una morfología muy característica que se ve en la norma lateral y aún en la norma frontal.

Las otras características de esta calavera están dadas en la relación cráneo en su anchura máxima y el frontal en la mínima, llevando al grupo de los estenocéfalos o estrechos a esta mujer. Complétase con la morfología facial, por cara de altu-

ra media, elevándose el índice de la órbita a una alta hipsiconquia de igual modo que esta morfología alargada y alta es leptorrina por su nariz.

A este tipo normal agrégase uno que estimamos un poco aberrante por presentar marcado entrecejo y mayor aplanaamiento en el basio occipital, casi platirrino, en contraste con su cara alta.

Por las relaciones de anchura aparecen todos estrechos, y un pequeño resto en el que solo tres son anchos, y formando un diagrama de correlación del índice cefálico con el vértico-transversal, destaca un grupo típico y mayoritario de dolicocefalos y metriocéfalos, con un pequeño subgrupo de igual altura media coincidente con los braquicéfalos, y separándose los altos acrocéfalos de más de 98 en los cráneos dolicoideos e hiperdolicoideos, y esta relación de dolico-metrios se confirma por la coincidencia por el diagrama del cefálico con el vértico-longitudinal, quedando como separados de los cráneos característicos de Alcázar un resto de mesocéfalos altos. Confírmase la característica cefálica típica de esta serie por la relación fronto-transversal, que destaca su homogeneidad al reducir la gran variación total de todos los cráneos prehistóricos a 14 escalones entre los índices de 60 a 74, que evidencian un tipo frontal medio y ancho, coincidente con la forma subpentagonal ya indicada, separándose bastante éstos de sus vecinos los cráneos de Levante.

La típica cara de estos neolíticos manchegos se destaca por coincidir el actual valor medio de su altura —que en el cráneo corresponde a la separación del borde alveolar interincisivo hasta la sutura nasofrontal o raíz de la nariz debajo del entrecejo— con el de toda la serie total individual de la crania española en 71 mm, aunque reduce la variación de su tamaño por el lado de las caras bajas, de modo análogo a su anchura bicigomática, cuyo medio es de 125 mm, y en el sexo femenino casi se iguala en 117 mm.

Con los anteriores datos resulta que la mayoría de los casos se agrupan en los índices de 52 a 57, coincidentes tal vez

por azar con los promedios generales de la España actual, aunque esto pudiera indicar el nacimiento de la cara ibérica dominante, pero hay que destacar que aunque de cara alta, falta el grupo que exagera este carácter de los hiperleptenos, que en cambio es el predominante en la otra gran serie de cráneos del Argar que cambia la morfología desde el principio de las edades del metal.

De los varios detalles de la cara que tipifican esta serie, por la *nariz*, se evidencia el predominio de la leptorrinia coincidente con la dolicocefalia y aún con los cráneos medios de longitud por reducirse a un mínimo muy marcado los de nariz baja y ancha, siendo muy homogénea la serie femenina con gran predominio de la nariz media; otro carácter que también le excluye del parentesco directo con los libio-ibéricos.

Por la órbita agrúpanse la casi totalidad de los dos sexos en plena hipsiconquia reforzada por el extremo de las órbitas altísimas y quedando aislado algún caso cameconquio o de órbita muy baja exclusivamente masculino, que coincidiendo con las cabezas de máximo alargamiento pueden establecer la única relación existente con los levantinos.

Debemos advertir que no es extraño la coincidencia en algunas formas y valores de este tipo manchego con los promedios de las calaveras de los hombres hoy vivientes en otras regiones, pues precisamente en un estudio de seroantropología, o sea de la distribución de los grupos sanguíneos en España, que completará con estos caracteres fisiológicos las antiguas investigaciones osteológicas y aún morfológicas, hemos hallado que con Castilla la Vieja y Extremadura, es la Mancha una de las regiones que más se acercan a la característica promedio general, y aunque no podemos asentarlo como definitivo en esta región por no tener de ella tan gran número de determinaciones de grupos sanguíneos como de las otras dos, lo apuntamos como probable y esperamos que en las clínicas, hospitales y laboratorios en los que se realizan análisis de sangre, especialmente para transfusiones, se reúnan pronta-

mente datos que permitan dar la característica de la sangre concretamente manchega, pues no podemos admitir como representación suya, la de la villa de Madrid, pues aunque por muchos conceptos sea llamada la capital de la región, por este de la constitución hemática de su población, lo es realmente de toda la nación, ya que en ella se funden todos los elementos regionales.

EL TRIÁNGULO FACIAL

Por el gran valor analítico que el empleo de los datos del triángulo facial nos ha dado en los cráneos prehistóricos de toda España, presentamos triángulos de los tres grupos en parejas de los diversos tipos de la serie de Alcázar del Rey.

En la figura 5, los triángulos faciales correspondientes, el de trazo continuo al hombre descrito y fotografiado como ultradolicocéfalo, y el de línea discontinua a otro hombre típicamente doliocéfalo con índice de 72,9, que es, pudiéramos decir, más representativo que el trepanado de máximo alargamiento y cuya altura está rebajada en once unidades, pues por el índice vértico-transversal queda en tapinocráneo, continuando este rebajamiento por el índice vértico-longitudinal apesar de ser una calavera mucho más corta anteroposteriormente.

Continuando las deducciones de los respectivos valores de los dos cráneos de esta figura, señalamos como diferencias faciales por ser las más extremas, las del índice llamado de la cara superior, que en este cráneo queda, según la nomenclatura actualmente adoptada, en el grupo llamado de las eurias o caras bajas, en tanto que el otro con el índice ya dicho, subía al de los hiperleptenod o caras muy altas, siendo precisamente los dos los que exageran la altura y el aplastamiento de la cara, pues todos los restantes quedan en los dos grupos medios de leptenos y mesenos. Rebaja este cráneo la altura de la órbita quedando como la generalidad, ya dicha, de la serie y terminando esta reiteración comprobatoria de los ya dicho, que este caso, como extremo, baja a la mesorrinia,

en tanto que la mayoría de la serie queda en los de nariz alta y estrecha, como la del cráneo que le acompaña.

El primer carácter natural morfológico de ser mayor el área del primero con 3.405 que el del segundo que queda en 3.009 milímetros cuadrados, a pesar de que la medida fundamental de este triángulo, representada por la línea basionasal, cuya letra *B* es el punto anterior del agujero occipital, y la *N* por el basio, ya definido, excede en 6 milímetros en el cráneo número 4 a pesar de su menor tamaño alcanzando 102 milímetros de longitud y demostrando ello un mayor perfeccionamiento encefálico. Recíprocamente se hace también la demostración de esta superioridad puesto que la línea basioalveolar que representa el predominio digestivo masticatorio, alcanza el gran valor de 92 milímetros, y ambas medidas se condensan en el valor del índice gnático que expresa la relación entre ambas, demostrando la superioridad evolutiva de la calavera número 4 por ser menor este índice que en el cráneo 47 que es el trepanado, que llega a la cifra de 96,8, por lo que queda incluido en los cráneos arcaicos e inferiores.

Los otros dos índices que con los dos lados del triángulo se forman, son: el faciognático o relación de la altura de la cara y profundidad de la misma, que queda en 70,2 y se eleva en el trepanado a 88; por último, el índice faciocraneal o relación entre la cara y el cráneo, sigue demostrando el proceso evolutivo del cráneo número 4 al quedar en la cifra de 64,7 la altura de la cara en centésimas de la base de los hemisferios, excediéndole el cráneo trepanado en 19 unidades centesimales.

De los tres ángulos del triángulo, aparece más destacado, sin que esto sea una verdad anatomofisiológica, el llamado facial, con vertice en el punto alveolar *A*, sustituido actualmente por el situado en el pro-stio en la nomenclatura alemana, con muy escasa diferencia de situación. Este ángulo utilizado por los dibujantes y creado por Campbell, da la verticalidad e inclinación de la cara y ha sido estimado su crecimiento como progreso evidente anatomo-fisiológico y aun estético, lo que ya califica a los dos cráneos cuyos valores son

de 67 grados en el trepanado, y de 10 unidades más en el cráneo número 4. Anotemos que el primero es más bajo que los negroides y paleolíticos de nuestros hombres primitivos, pues rebaja el ángulo en 4 grados.

Para los anatómicos, y aún más, para los antropólogos, son de más valor los otros dos ángulos, fundamentalmente el basilar, cuyo vértice está en el punto *B*, ya definido, y que tiene una abertura de 39° y de 52° , lo que no los incluye dentro de la amplitud de oscilación de los prehistóricos, ya que el trepanado le tiene mayor que los tipos de Cro-Magnon y que los braquicéfalos. El ángulo del número 4 es mayor en 4 grados que los que presentan los tipos levantinos y libioibéricos, precisamente opuestos a los antes citados.

El ángulo intrafacial, que expresa la separación desde el nasio o línea de la cara, y la base del cerebro, no es tan demostrativo de la inferioridad del cráneo trepanado que alcanza un ángulo de 63° , puesto que su compañero de figura solo le supera en 2 grados. Este dato es un poco anómalo y que necesitaría ulteriores estudios, y se halla, aproximadamente, en el valor medio de la serie prehistórica, más bien hacia el lado de las arquiformas primitivas que de las neoformas mejoradas.

Por haber construido y calculado hasta 12 triángulos de esta serie, 6 masculinos y 6 femeninos para un trabajo sobre el triángulo que estudiamos, daremos las características de los valores angulares por ser más generalmente utilizados que los propios índices. El ángulo *facial* nos permite asegurar, que, en general, es de mayor elevación y más genéricamente perfecto que en los dos anteriormente estudiados, y sobre todo que en el trepanado, pues el menor valor de 70, en una mujer, y de 75 en un hombre, así lo indican, pero aún lo hacen más evidentemente los valores superiores que suben a 81 en un hombre.

El ángulo *basilar* demuestra la extensión del cráneo trepanado, que evidentemente podemos estimar como anómalo, pues su valor de 51° es extraordinario, ya que excede en 7 a los que presentan las mujeres y en 10 a los de los otros

hombres de la serie. Esto coincide, con que el aumento de los casos no rebaja más que en un grado el extremo señalado, quedando en 38° el del hombre de ángulo más agudo, y dándose la coincidencia de los valores de las mujeres, demostrando una verdadera homogeneidad.

El ángulo *intrafacial* del que expusimos ya la duda de interpretación de los dos casos estudiados, muy próximos al valor de 62, amplía, como es natural, su oscilación, bajando a 55° en un hombre dolicocefalo alargado, muy alto de cráneo y de nariz estrecha y cara media, y sube a 69° en una mujer braquicefala de cráneo aplastado y de nariz chata, evidentemente opuesta al tipo del hombre, siendo ambos, los extremos de la serie.

No podemos ampliar aquí el trabajo, como sería nuestro deseo, con la comparación de los cráneos actuales de la provincia de Cuenca, limitándonos a consignar las cifras medias de los principales caracteres de ellos.

Las medias de los diámetros del cráneo en los hombres, son: para el anteroposterior, 185 mm., casi en medio de la oscilación, con 181 en Palencia y 194 en Huesca. El transverso máximo alcanza la cifra de 138 mm., mas cerca de los estrechos castellonenses con 134, que de los anchos gallegos de Lugo con 145. El diámetro vertical, o altura basiobregmática es casi equidistante de las aplastadas calaveras de Pontevedra con 126, y de las altas de Tarragona con 138,5, aunque más inclinadas hacia éstas. Por el módulo o semisuma de los tres diámetros que representa aproximadamente la capacidad del cráneo, es el de Cuenca plenamente medio por hallarse con 152,5 entre las reducidas calaveras de Castellón y Logroño, y las grandes cabezas con 155 de Tarragona y Huesca.

Con los anteriores valores absolutos de las medidas se han obtenido los correspondientes índices, de los cuales, el cefálico da a Cuenca un valor de 74,6, es decir, en el límite de la dolicocefalia a la mesocefalia entre los bajos valores provinciales de Huesca con 72,1 y los elevados valores de la braquicefalia de Lugo y Oviedo que alcanzan a 79, lo que confirma

la relación modular longitudinal de 120,5, en el límite de los cráneos cortos a los medios. Los otros dos índices y sus respectivas relaciones modulares dan a los conquenses las características de ser medios de altura por el vértico-longitudinal con 72,5, así como por el vértico-transversal, cuya cifra es de 96,7. Por estos índices se sitúan entre los extremos bajos, guipuzcoanos y coruñeses, y los altos de cabeza, cordobeses y almerienses.

Complétase esta morfología general métrica, porque su relación modular transversal de 91,4, sigue colocándola en la equilibrada posición del centro nacional, separándola de los estrechos cráneos de Córdoba y Huesca y de los anchos de Oviedo y de toda la zona cantábrica.

* * *

LA CUEVA DEL GATO

Por Emeterio Cuadrado

Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas
de Cartagena.

La «Cueva del Gato» es un abrigo formado por unos bancos rocosos que forman un ángulo de 60° con la horizontal (figura 1). Está situado en la Sierra del Roble, al N. de Moratalla (Murcia), de la que dista en línea recta 6 kilómetros y 12,5 por carretera, y dentro de su término municipal. Al iniciarse la construcción de la Pista del Roble por la Mancomunidad de los Canales del Taibilla el abrigo estaba convertido en tenada para albergue de rebaños, y cercada con una débil tapia que fué preciso derruir para la explanación del camino. La contrata encargada de la obra utilizó las tierras que rellenaban la cueva para construir el terraplén contiguo con rasan- te, en el mismo plano actualmente que el suelo de la misma, y entonces a 1,20 m. bajo el nivel inicial. Al vaciar dichas tierras destruyóse el yacimiento parcialmente, y cuando des-

pués, atraído por el lugar, pude comprobar la existencia de restos prehistóricos, era ya tarde desgraciadamente para un estudio detallado del mismo.

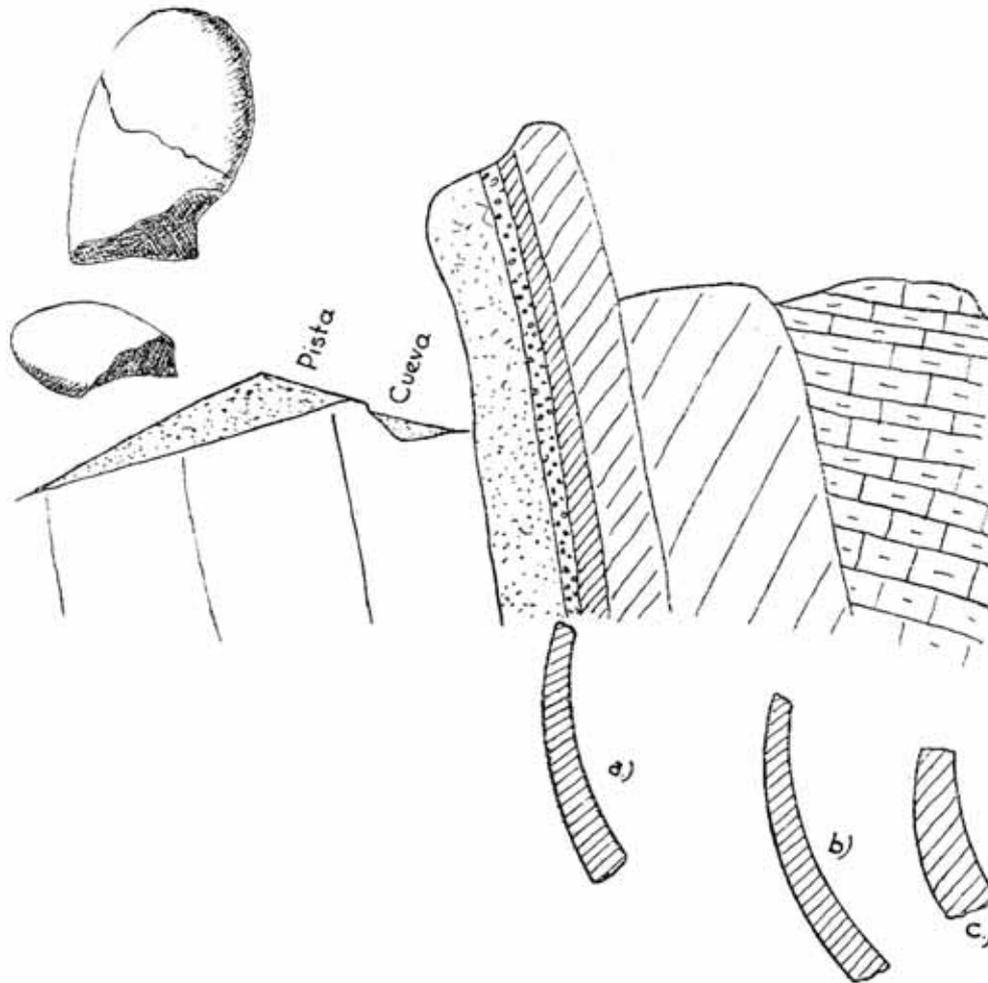


FIG. 1.—SECCIÓN DE LA CUEVA DEL GATO.—CERÁMICA Y ÚTIL DE CUARCITA

La formación geológica del abrigo, se explica por la disgregación y desaparición de los materiales arenisco-margosos blandos eocenos, inferiores a los estratos rocosos que sirven de protección al mismo, constituídos por la sucesión de tres bancos: de arenisca silícea amarilla, de grano fino y de grano grueso, respectivamente, los dos inferiores, con un espesor de

8 a 10 m.; y de caliza el tercero, con unos 2 m. de potencia. Estos bancos eocenos están en contacto inmediato con la potente formación margosa miocena que constituye toda la vertiente Sur de la Sierra del Roble.

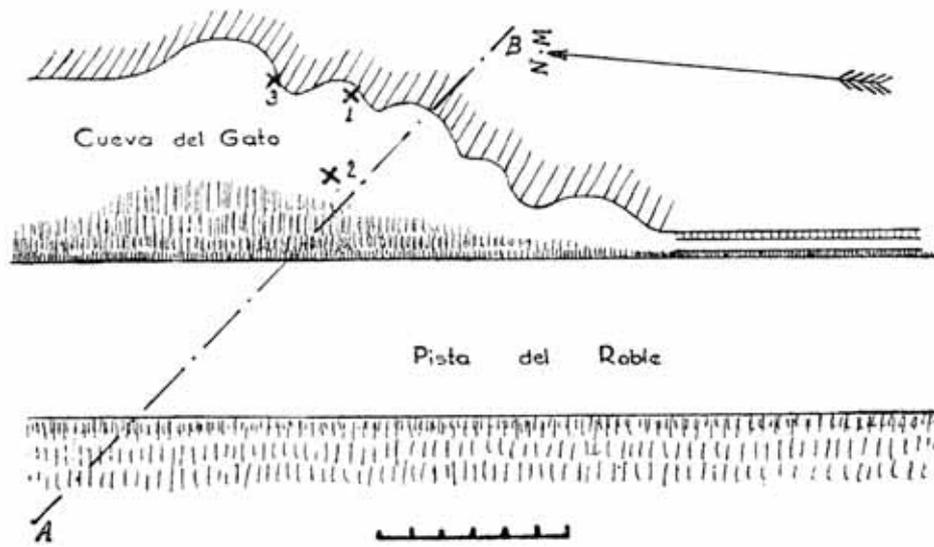


FIG. 2.—PLANTA DE LA CUEVA DEL GATO

La parte vaciada al construir la carretera es de unos 20 m. de longitud y un ancho que varía de 0 a 7 m. por cortarse bancos y camino oblicuamente en un ángulo de unos 25° (figura 2). Un corte del relleno de la cueva junto al paramento de la misma en el punto 1, que puede tomarse por las huellas de las capas en la pared, es el de la (figura 3), donde puede verse una capa de unos 0,80 m. de tierra arenosa procedente de la descomposición de los bancos inferiores de arenisca, y al parecer estéril arqueológicamente. A continuación 0,10 m. de tierra negruzca, 0,10 m. de arena amarilla y 0,20 de tierra arenosa negra con cenizas. Los niveles arqueológicos son los de tierra negra. La separación entre ambas es variable a lo largo del abrigo y la inclinación hacia la tierra desconocida. No obstante, en 2, el nivel de tierras con cenizas está actualmente a 1,60 de la marca superficial del corte estudiado.

A pesar de lo dicho no existe confianza en la estratigrafía estudiada por lo revuelto que está el terreno después del vaciado para utilización de las tierras.

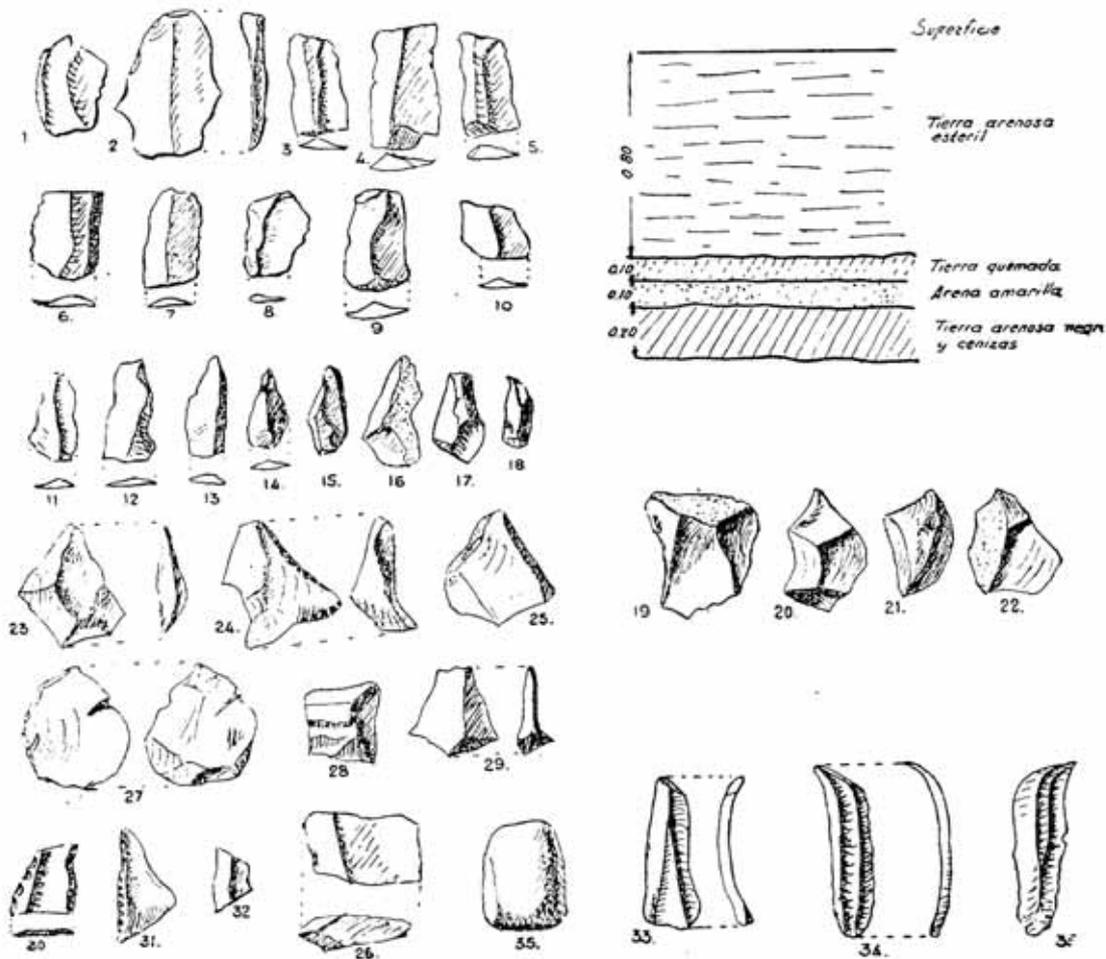


FIG. 3.—MICROLITOS DE LA CUEVA DEL GATO Y CORTE ESTRATIGRÁFICO DE LA MISMA

Se han encontrado materiales pétreos y cerámicos, así como restos óseos de animales, probablemente restos de cocina. El material utilizado para la fabricación de instrumentos pétreos ha sido principalmente el sílex, y solo por excepción otras rocas. Todos ellos pertenecen a la categoría de microlitos, algunos de reducísimo tamaño (figura 3). Solamente los

números 24, 30-32, tienen retoques en sus bordes como veremos más adelante. La serie 1-10, la integran hojitas en su mayoría de sección triangular. El 1 es de sílex grisáceo; negruzco los 4 y 10; ocre rosado los 2 y 6; blanquecinos los 3 y 9. Los números 11-18 pueden considerarse como punzones, aunque algunos además presentan filo, como el 13. Los números 11 y 12 son de color amarillo rosado; blanco marfil el 15; violeta el 17; melado el 16 y negro el 18. Los números 23-25 tienen forma apuntada. La 23 es de color gris claro; amarillento el 25 y melado oscuro la 24. Esta última presenta finísimos retoques en la punta y bordes de la derecha, como si se hubiese querido obtener la aleta de una flecha. Tres piezas interesantes son las 30-32. La primera es de sílex rojo, traslúcido, presentando finos retoques en sus dos lados. En el izquierdo quedan a modo de pequeños dientes, y en el derecho se ha producido una muesca para acentuar la punta. El 31 es un triángulo de color gris amarillento, cuyo lado mayor está finamente retocado. Por último, el 32 es un trapecio notablemente pequeño (su base mayor mide 11 mm), de color pardo cuyos dos lados están menudísimamente retocados, obteniéndose agudas puntas en los extremos de la base mayor. La pieza 27 es discoidal, de color negro jaspeado, con retoques en la parte inferior para producir un filo arqueado. El extremo opuesto presenta una punta. Las piezas 28 y 29 no tienen forma determinada. Dos piezas notables son las dos hojas 33 y 34, la primera de sílex blanco y de ágata la segunda. La primera parece tener rota la punta y presenta un perfil arqueado; la segunda conserva muy bien la punta lateral extrema. Ambas presentan filos muy marcados en ambos lados. La última fué encontrada en el talud exterior del terraplén de la carretera, ya fuera del abrigo.

Recogí varios núcleos de sílex. Uno de sílex negro jaspeado, hallado en el primer nivel de tierra negra, junto al paramento en 1 (figura 2); otros dos de sílex, melado el uno y violeta el otro, en la excavación en 2, de la misma figura 2.

Las piezas 19-22, son lajas de cantos de cuarcita, emplea-

das indudablemente con los mismos fines que los microlitos de sílex, probablemente por la mayor facilidad de encontrar este material en el vecino río Moratalla o Alarabe, en el que desemboca el barranco en cuya ladera izquierda se encuentra el abrigo. El 19 parece estar retocado en la muesca que forma su lado izquierdo. Los 20-22, parecen buriles o puntas. La pieza 24 es de pizarra y presenta un filo en su lado izquierdo obtenido achaflanando el borde en ambas caras. La 35 es un canto calizo que presenta señales de uso en su extremo inferior, como para moler colores u otra materia.

Recogimos también dos cantos de cuarcita: uno, al que falta un extremo (figura 1), es negro y con señal de haber estado expuesto al fuego. Está brillante por el uso, principalmente en el borde. El otro, muy roto, presenta dos superficies planas y lustrosas, como de haber servido para pulir.

En la superficie del nivel superior de tierra negra, junto al paramento, encontré los únicos fragmentos cerámicos que aparecieron (figura 1). Los tres parecen pertenecer a formas hemisféricas, principalmente el b). El barro es fino en los dos primeros fragmentos. En ellos es negro, conteniendo seguramente materias carbonosas. Al a) se le ha dado un baño interior y exterior con arcilla que en la cocción tomó un color pardo-rojizo; más claro el segundo. Al b), el baño fué solo exterior y de 1 a 2 mm. de espesor y de color rojizo. El barro del fragmento c) es menos fino, con impurezas de arenillas. No recibió baño, quedando exteriormente de color pardo negrozco, y el interior negro. Los tres fragmentos son lustrosos exteriormente, siendo el b) el más mate.

Los pocos materiales óseos recogidos, aun no clasificados, pertenecen seguramente a restos de cocina. En la capa negra primera encontramos un fragmento de mandíbula inferior con molares, de un óvido probablemente.

ESTUDIO COMPARATIVO

Un estudio comparativo nos hace relacionar los nuestros con los obtenidos por Siret en «El Garcel» (Almería). Las

hojitas de sílex son idénticas. Igual ocurre con las puntas, y en cuanto a las piezas 23 y 25 compruébese su analogía con la 47 de dicho autor, que él considera como posible punta de flecha sin aletas. Así también, nuestra número 24, es análoga a la número 57 en su forma de una sola aleta, si bien el retoque en ésta es solamente en la punta, y el pedúnculo resulta mayor en la nuestra.

Mayores analogías encontramos aún en las piezas 30-32 con las de Garcel y otras estaciones típicas de la misma cultura. Así, la 30, es idéntica en su factura a la número 42 de El Garcel, con idéntica muesca para obtener una punta más aguda. La pieza triangular 31 y la trapecial 32 son idénticas a las de los yacimientos neolíticos del Oranesarado (1), y a los neolíticos de tradición capsiese de Jaatcha (Túnez) (2).

En cuanto a las piezas 33 y 34, y principalmente la última, tienen gran analogía con las procedentes del Sahara y Marruecos, como puede verse comparándola con la reproducida procedente del material recogido por la E. P. S. E. I (Expedición Paleontológica al Sahara Español I) (3) y dirigida por el profesor M. Santa-Olalla. Su factura es completamente idéntica.

CLASIFICACION DEL YACIMIENTO

Como ya hemos indicado, el principal contingente de microlitos, se obtuvo en la cata realizada en el punto 2 (Fig. 2). En cambio la cerámica se obtuvo de los restos de la capa de tierra negra adheridos a los paramentos de la cueva en 1. Compañeros de ella son los microlitos 11,24 y 19 y el núcleo de sílex negro jaspeado, así como la mandíbula de óvido.

El punto 2 está a 1,60 m. de profundidad bajo el nivel primitivo, tomado en el paramento, es decir 0,40 más bajo que el nivel arqueológico de la estratigrafía estudiada, aunque por

(1) Martín Almagro.—Introducción a la Arqueología, pág. 205.

(2) Martín Almagro.—Ibid. pág. 207.

(3) Sáez Martín (Bernardo).—La primera Expedición Paleontológica al Sahara Español.—1944, pág. 18.

insuficiencia de la excavación es difícil relacionarlos. No obstante parece acertado tomar como más reciente el nivel con cerámica, y considerarlo superpuesto al nivel del punto 2.

Con tan escasos datos veamos qué intento de clasificación de esta cultura podemos hacer.

La extraordinaria analogía de nuestros materiales con los del Garcel y Gerundia, nos inclina a atribuir la «Cueva del Gato» a la misma cultura. Siret describe la cerámica típica de esta época como vasijas rojas por fuera y negras la masa, a veces con piedrecitas, pareciendo barnizadas por fuera. Ahora bien, Siret (1), en los muchísimos yacimientos por él explorados en Almería y zona limítrofe de Murcia, observa tres etapas.

La 1.^a, de la edad de la piedra, tiene a su vez dos etapas muy próximas correspondientes según él a la industria de los Kjoekemmoeddings portugueses y a la neolítica. A ellas corresponden respectivamente El Garcel y la Gerundia. Se caracteriza por los útiles de sílex de tipo microlítico imperfectos y vasijas muy toscas, en la primera de dichas estaciones; y hojas de sílex finas y largas y cerámica más perfecta en la segunda. Inhumación en ambas.

La 2.^a, civilización transitoria, se caracteriza por el empleo de los útiles neolíticos, perfeccionamiento de las construcciones e incineración. Este pueblo es más civilizado que el indígena. Su poblado característico es el de Campos.

La 3.^a época es la Argárica, de sobra conocida, en que se vuelve a la inhumación.

Pericot (2) supone el Garcel de las estaciones más antiguas del neolítico final. Dice de él que su «conjunto es de gran primitivismo, reflejándose sobre todo en los tipos de sílex, que aún tienen grandes reminiscencias de paleolítico». Aunque Siret idea esta estación en el neolítico antiguo, Pericot comparte la opinión de Bosch, que la sitúa en el neolítico

(1) Op. cit.

(2) Pericot (Luis).—Historia de España. Tomo I. Epocas primitiva y romana. Instituto Gallach.

final, «si bien afirmando con el primitivismo de las piezas de sílex, la relativa proximidad de los tiempos del epipaleolítico».

Para Martín Almagro (1) la primera cultura neolítica está representada por el pueblo llamado de Almería, que trae una cerámica negruzca y pulida, de formas sencillas, cuencos y tazas, y como instrumento típico la punta de flecha de sílex con pedúnculo y aletas, procedente del Sahara, y escasa en los yacimientos más antiguos. De la primera etapa de estos colonizadores considera los poblados de El Garcel, Tres Cabezos, La Pernerá, etc. Considera como típico de esta etapa las hachas de piedra, pulida a veces, en serpentina, fibrolita, etc.; objetos de adorno, como cuentas de collar, brazaletes de concha, etc. Sus enterramientos eran en pequeñas cistas. Construye poblados en lo alto de cabezos de difícil acceso y los defiende con muros y fosos.

Tanto los elementos de adorno como sus conocimientos constructivos demuestran un grado de cultura en el pueblo almeriense superior al neolítico europeo, aunque de gran antigüedad.

Una de las más recientes clasificaciones de los tiempos prehistóricos es la debida al Prof. Martínez Santa-Olalla (2), que considera el neolítico puro o reciente español del 3500 al 2000 a. J. C. Para él los primeros siglos transcurren bajo la influencia de la industria microlítica tardeno-capsiense. Se observa la influencia del Oriente Mediterráneo y Egipto a través del N. de África y directamente por el mar. Según Santa-Olalla pueden diferenciarse dos culturas en este período. Una hacia el 3000, definida por hachas pulimentadas cilíndricas u ovales, talla del pedernal con tipos relativamente grandes, pero que pueden tener microlitos del complejo tardeno-capsiense, incluso en bastante proporción; industria de hueso, rudimentaria, y cerámica abundantísima, caracterizada por vasos lisos y con decoración profusa y variada. A esta cultura la denomina *hispano-mauritana*.

(1) Martín Almagro.—Introducción a la Arqueología.

(2) Martínez Santa-Olalla.—Esquema Paleontológico de la Península Hispánica.

La otra cultura que se observa en los comienzos de la 2.^a mitad del tercer milenio se caracteriza por la talla rica del pedernal en grandes piezas; cerámicas lisas bien trabajadas y pintadas uniformemente o con motivos de formas aquilladas y geométricas; utensilios cuidados de hueso y hachas de sección rectangular. Se trata de un pueblo agricultor que vive en alturas fortificadas, conoce el metal y tiene sepulcros megalíticos. Esta cultura muestra grandes paralelos con el neolítico sahariano, consecuencia del egipcio, especialmente el badariense. A esta cultura la denomina *ibero-sahariana*. Esta cultura actúa grandemente sobre la anterior y al final del neolítico ocupa toda la península.

En el N. de África debemos considerar, por su proximidad y relaciones con la península, la facies oraniense-mogrebí o iberomauritánica, que constituye el neolítico de tradición capsiese. Su industria es también parecidísima a la de la «Cueva del Gato».

Vemos, pues, que carecemos de elementos típicos que nos permitan la inclusión de la Cueva del Gato en alguna de las culturas más parecidas a la nuestra estudiadas por diversos autores. Nos faltan hachas de piedra pulida, puntas de flechas típicas, instrumentos de hueso y objetos de adornos. Solo disponemos de una industria microlítica y de unos pocos fragmentos de cerámica, poco característicos.

Los microlitos son análogos a los del Garcel y a los del neolítico de tradición capsiese de Argelia y Marruecos. Esto los colocaría en el neolítico final, siguiendo a Pericot y Bosch. Siguiendo a Martín Almagro los incluiríamos en la primera cultura neolítica, o cultura almeriense, y en el neolítico reciente español siguiendo a M. Santa-Olalla en su Esquema Paleontológico, y en el perteneciente a la cultura hispano-mauritana. Ahora bien: la cerámica, en un nivel superior y la lámina con analogía a las del Sahara, que debe proceder del mismo nivel, tal vez fuesen indicios de influencia ya de la cultura ibero-sahariana.

Por tanto debemos fechar nuestro yacimiento con Vaufrey,

que data estos tiempos del 2500 al 2000 a J. C. y con M. Santa-Olalla, que con escasas diferencias acepta análogas fechas.

Insistiendo en la provisionalidad de nuestras conclusiones, que deben modificarse o confirmarse con una excavación metódica de lo que resta del yacimiento, probablemente aún no agotado, debemos señalar el interés de esta estación de la cultura almeriense, que marca un jalón en el N. O. de la provincia de Murcia, en zona donde es desconocida ninguna otra de la misma cultura.

Sr. Martínez Santa-Olalla: «El Sr. Cuadrado nos ha presentado este descubrimiento de la «Cueva del Gato» con la minuciosidad y el método realmente ejemplar que le van haciendo notorio por sus trabajos y publicaciones. Es difícil, por el conjunto de piezas que nos ha presentado en la proyección, decidirse por una clasificación exacta y meticulosa de la «Cueva del Gato». El Sr. Cuadrado ha dejado también la cosa con ciertas dudas, que yo no querría aumentar haciendo toda una serie de preguntas. Únicamente hacer constar que las piezas proyectadas y, sobre todo, lo que dan los perfiles cerámicos permitirían definirla con una cronología en el neolítico final; aunque más bien, cultorológicamente hablando, yo las agruparía no en un hispano-mauritano, sino en un ibero-saharino, aportando finalmente algunas conclusiones que abonan la clasificación que ha hecho el Sr. Cuadrado».

* * *

UN NUEVO ELEMENTO DE LAS RELACIONES MEDITERRÁNEAS

(EL ASA PERFORADA O ASA-PITORRO)

Por Augusto Panyella

De la Universidad de Barcelona

Los tres elementos esenciales de la Arqueología, —aparte del factor etnológico— puede considerarse que son: cultura, relaciones culturales y cronología. En un trabajo nuestro próximo a aparecer, hemos analizado uno de los elementos que entrañan relaciones indiscutibles con otros países, espe-

cialmente con los del ámbito mediterráneo. Parece como si estas influencias fueran precisamente predecesoras o contemporáneas de grandes floraciones culturales que forman los momentos culturales culminantes de nuestra Prehistoria.

Dentro de este mundo de clasificación bastante incierta a ún, limitado por el final del Mesolítico y la cultura megalítica y campaniforme, pueden incluirse elementos como la cerámica cardial, la neolítica pintada y el grupo antiguo poco claro con decoración incisa y en relieves. La filiación mediterránea y norteafricana de estos últimos elementos, en especial durante los momentos iniciales, parece evidente y ello nos viene confirmado por nuestro estudio de las asas perforadas o asas pitorro, que tienen un canal interior por el cual puede pasar el líquido que se vierte por el pitorro o prominencia parecida al de las asas de botón.

El núcleo central hispánico está formado por el ejemplar de Sima Rica (Alhama, Granada), publicado por nosotros; el de la Cueva de los Murciélagos, conocido de antiguo por la obra de Góngora y el de la Cueva Victoria de la Cala (Málaga) publicado en 1941, por Rein. Incierto por estar aún inédito, es el caso de unas asas «verticales con doble orificio», de la Cueva de la Sarsa, citado por Ponsell y que me ha sido ratificado por L. Pericot.

La extensión fuera de la Península de este tipo de asa va desde Canarias a Cerdeña, Sicilia, Apulia, Etruria, La Marche y en tipos tardíos de forma parecida a una palmatoria múltiple, en Malta, Italia y Grecia.

En Cerdeña se encuentra en vasos en forma de (Schnabelkanne), jarra de pico, relacionados con los egeos; el de La Marche es contemporáneo a la cerámica de bandas que llega allí procedente de los Balcanes, de donde también viene, como opinan ahora los Arqueólogos italianos, el asa de botón o apéndice, que luego pasaría a España.

Es por demás curiosa la perduración de asas perforadas o tipos derivados en la cultura etrusca, lo que plantea un problema de relaciones con el occidente prehistórico, que a caso sea resuelto por nuevos hallazgos.

Las relaciones mediterráneas, que podemos extender a Canarias, tienen con estas asas un nuevo elemento de relación.

Señor Martínez Santa-Olalla: «Parece que el comunicante no tiene una información excesivamente completa sobre este tipo tan común y tan típico de eso que es uno de los hechos característicos de la cultura neolítica.

Aparte de en esas localidades, aparecen en muchas localidades más, ya que es muy típico y común a todo este ciclo cultural hispano-mauritano que cada día se defina en manera mucho más perfecta, demostrándose los errores como nos lo ha demostrado el Sr. San Valero en una serie de trabajos sobre este tema.

Este tipo de asas es muy frecuente. Como hecho típico privativo en cerámicas de pueblos pastores se encuentra hasta la línea de los grandes bosques, hasta la línea de selva de África, y luego tiene una difusión bastante amplia, aunque con distinta cronología, en pueblos pastores de Asia».

* * *

SOBRE EL ORIGEN ALMERIENSE DEL VASO CAMPANIFORME

Por Ernesto Jiménez Navarro

Las presentes notas tienen por objeto anticipar el conocimiento de uno de los más interesantes problemas arqueológicos que la excavación de Cueva Ambrosio nos ha planteado.

El yacimiento prehistórico, clásico en nuestra bibliografía científica, se encuentra situado en término municipal de Vélez Blanco (Almería) a unos 18 kilómetros al Norte del poblado y en terreno quebrado y montuoso que, sin embargo, facilita la comunicación con las partes altas de las actuales provincias de Granada, Jaén y Murcia, que desde el paleolítico constituyeron un mundo cultural distinto de la región costera mediterránea, con la cual fueron más escasos los contactos.

Las excavaciones, de un mes de duración, las iniciamos en Septiembre de 1944 con la ayuda del veterano arqueólogo almeriense don Juan Cuadrado Ruiz y formaron parte de las del plan general realizadas por el Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid. El estudio completo de esta primera y hasta ahora única campaña se da a conocer en la correspondiente Memoria de la Comisaría General de Excavaciones, todavía en prensa. No obstante, con motivo del Congreso de Arqueología del Sudeste Español, queremos adelantar ciertos aspectos referentes a su complejo cultural y clasificación, bien entendido que todo ello tiene carácter provisional y precisa de futuras campañas para su completa comprobación. La realizada por nosotros tuvo el inmediato objetivo de desescombrar y limpiar el suelo de la cueva destruyendo los grandes bloques calizos que, desprendidos del techo en época cuaternaria, cubrían la totalidad de los niveles arqueológicos.

En realidad nuestras conclusiones, provisionales según se ha dicho, solamente están basadas en los resultados producidos por la excavación de la pequeña faja o hendidura de unos 50 cm. de anchura que en la parte central extendíase entre un inmenso peñasco desprendido y la pared del fondo de la cueva. Aquí pudimos comprobar que, a pesar de que Cueva Ambrosio se atribuía desde las primeras exploraciones de Henri Breuil a la industria capsense, dió en sus capas superiores un rico conjunto de material perteneciente a la cultura hispanomauritana, semejante y en bastantes aspectos superior al de las tradicionales cuevas andaluzas (de los Murciélagos, de la Mujer, de la Pileta, del Tesoro, etc., etc.). En lo excavado hasta ahora hay absoluta ausencia de metal, los tipos líticos son pobres y comunican a todo el conjunto cierto aire de antigüedad; pero la cerámica, por el contrario, es abundante y de la mayor riqueza decorativa, tanto en el tipo plástico como en el inciso.

Desde los 60 cm. de profundidad hasta la superficie de la cueva apareció el nivel hispanomauritano citado, iniciado en

las capas más profundas con piezas cerámicas lisas de tosco grosor, tamaño pequeño y forma hemisférica, continuando a lo largo de todo el nivel la cerámica lisa de paredes y pastas más finas alternada en completa mezclolanza con la decorada, en proporción total de una cuarta parte a favor de esta última.

Salvo en los fragmentos averdugados, con relieves, es general la impregnación exterior, y en algún caso interior, de las paredes de las vasijas con una capa roja extendida uniformemente en las piezas lisas, en tanto la decorada solo presenta la pintura en las zonas incisas.

De la cerámica decorada queremos resaltar por su gran transcendencia un pequeño trozo en barro negruzco con fino puntillado en su superficie, desarrollado a base de tres zonas paralelas horizontales con iniciación en la inferior de dos líneas verticales, también paralelas, conseguidas igualmente con técnica de puntos. Presenta su superficie fortuitamente recubierta en gran parte por una concreción blanca, yesosa, debajo de la cual es fácil distinguir restos de pintura roja embutida en la incisión.

En conjunto inicia una decoración campaniforme que tiene su paralelo en otros fragmentos, especialmente en los pedazos de borde representados en las figuras 1 y 2. Aparecie-

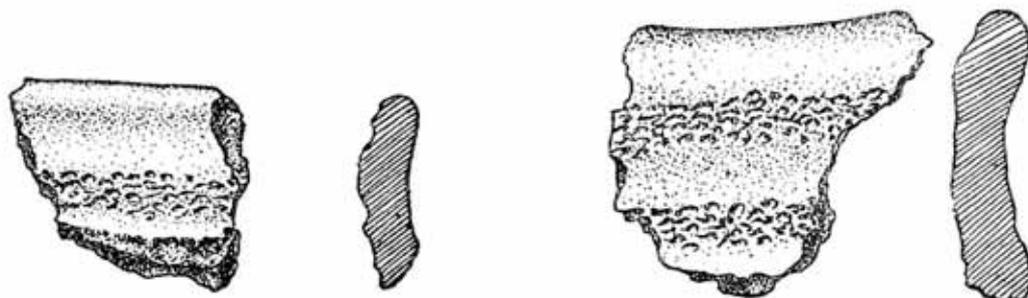


FIGURA 1

FIGURA 2

ron a 40 cm. de profundidad muy cercanos a la pared de la cueva, junto a los mejores fragmentos decorados con relieves e incisiones, formando parte claramente del complejo cultural hispanomauritano general del yacimiento.

Aunque pertenecientes a piezas distintas son ambos de buena calidad cerámica, color terroso amarillento e idéntica decoración de puntos dentro de una serie de franjas horizontales rellenas con polvo rojo de almagra. La aplicación del puntillado hecha en barro tierno y con poco cuidado ha dejado rebabas en la zona de puntos, ocasionando con ello excesivo resalte y tosquedad. Una reconstrucción ideal de las piezas teniendo en cuenta la inflexión del borde proporciona para la figura 1 un pequeño ejemplar con diámetro de boca de 58 mm. y altura de 65, en tanto el fragmento de la fig. 2 parece pertenecer a otro más esbelto y elegante (13 cm. de altura por 11 de anchura) del tipo llamado perfecto, pero con ciertas particularidades que al aumentar su importancia le dan prioridad sobre las piezas conocidas.

En primer lugar no ha sido utilizada la rueda dentada, o instrumento semejante, para la fijación del motivo decorativo; y en segundo lugar presentan impregnada de polvo rojo la parte puntillada, dejando con su color natural las zonas libres de puntos.

Las piezas anteriormente descritas son del mayor interés, y puede decirse que hasta hoy únicas, para resolver el problema de los comienzos del vaso campaniforme, cuyo origen español hay que admitir evidentemente.

Si anteriormente por algunos autores (A. del Castillo), han sido señalados paralelos precampaniformes en formas cerámicas y decorativas de cuevas como las de Gibraltar, aunque admitiendo para la completa formación del tipo cerámico la incorporación de estas formas y motivos a los pueblos de las tierras llanas del Guadalquivir, considerados como verdaderos creadores, es ahora evidente su nacimiento en la llamada Cultura de las Cuevas. El Sr. Bosch Gimpera formuló ya esta opinión en el puro campo de la hipótesis y desde 1940 señaló la región montañosa de Valencia como probable foco originario del vaso campaniforme.

En la actualidad, después de los hallazgos de Cueva Ambrosio, es necesario considerar la zona norte de la provincia

de Almería, concretamente la cueva citada, como lugar de nacimiento de este tipo que, a través de rutas conocidas, alcanzó las tierras llanas de Albacete por Alcaraz, las fuentes del Guadalquivir y las regiones murciana y valenciana por el camino de Caravaca, extendiéndose más tarde por España en actividad más mercantil que guerrera.

La influencia del valle bético sobre la Cultura de las Cuevas, hay que desecharla con referencia al problema campaniforme. Resultaría anómala a base de esta sola manifestación cultural, de la cerámica, (en Cueva Ambrosio faltan totalmente el metal y las puntas de flecha de sílex) y no tendría sentido su impregnación con pintura roja en el caso de unas formas importadas. Hay que suponer por el contrario una influencia de dirección inversa.

En cuanto a la fijación cronológica no es nuestro propósito, teniendo en cuenta que es la casi totalidad de la cueva lo que queda por excavar, entrar en discusión sobre las fechas fundamentales de origen y mucho menos sobre el posterior fenómeno expansivo del vaso campaniforme. No obstante parece evidente su gran antigüedad, punto en el que hay que volver a las viejas escuelas (H. Schmidt, H. Obermaier, Bosch Gimpera, y en general sus discípulos).

El señor Bosch en su trabajo «The types and chronology of West European «beakers» (MAN-XI-1940- pág. 9), distingue dos momentos en la cuestión campaniforme: El primero del 2.500 al 2.200, período de formación y expansión hacia las tierras portuguesas y españolas situadas al Sur del Sistema Orográfico Central; el segundo a partir de 2.200 lo caracteriza por su expansión hacia las tierras bajas de Almería.

En general y como esquema no tenemos inconveniente alguno en admitir las conclusiones últimamente publicadas por el Sr. Bosch, del que discrepamos, a la vista de nuestros hallazgos, en situar el primer momento o período de formación en las sierras levantinas, momento que necesariamente hay que llevar al sudeste peninsular. Incluso la fecha tope de ori-

gen, 2500, dada por él, hay que aumentarla en mayor antigüedad teniendo en cuenta su formación en el círculo de la cultura de las Cuevas Andaluzas.

El Sr. Santa-Olalla hace unas rectificaciones a la ponencia anterior, rectificaciones que van —dice— contra Bosch Gimpera, cuya teoría no es una novedad, ni mucho menos. Desde luego, le parece también injusta esa baja cronología postulada por Schmidt y especialmente propagada por Bosch Gimpera.

«La reducción de fechas que yo había llevado a cabo al postular un final del vaso campaniforme en Europa en el 1700 (a. d. J. C.), está confirmada por una serie de hallazgos, especialmente los realizados en Hungría.»

Seguidamente cita otros hallazgos que confirman su teoría, para terminar diciendo: «Mi esquema creo que está lo suficientemente claro, especialmente porque no se ha aportado ninguna prueba contradictoria.»

*
* * *

LOS ENTERRAMIENTOS PREHISTÓRICOS EN URNAS

Por Eduardo del Val Caturla

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
Madrid.

La práctica de enterrar al muerto o parte de él en vasijas de barro se encuentra más o menos esporádicamente, y entonces asociada a otros tipos de sepelio, en regiones separadas por grandes distancias, y en distintas épocas. Actualmente existe en América del Sur, entre los pueblos Tupi-Guaraní, desde Guatemala hasta la Argentina (1); en la costa oriental de China (2); en Oceanía (3); y en África (4). En época prehistórica el único área donde aparecen enterramientos en urna con alguna frecuencia es la cuenca mediterránea y regiones influenciadas por ella, donde la práctica, en algunos casos,

(1) Thurnwald; Totenkultus. Ebert, Reall. t. XIII, p. 385.

(2) R. Martín; Über Skelettkult und verwandte Vorstellungen. Mitt. Geogr. Ethnogr. Ges. in Zürich, 1920, p. 13.

(3) Lyons; Sepulchral Pottery of Murna, Papua. Man, 1922, N.º 93.

(4) Küsters; Das Grab der Afrikaner. Anthropos, XIV-XV y XVI-XVII, 1919-22.

perdura hasta la época clásica. De ahí su interés para el estudio de la paleontología del sudeste español; pues es bien sabido que es rasgo de los más importantes de la cultura de El Algar. Y aquí notamos el hecho curioso de que quizá las dos únicas regiones donde cabe hablar de los enterramientos en urnas como elemento determinativo se encuentren en los dos extremos de este mar, en el Bronce II hispánico y en las culturas del bronce de Anatolia. Aparte estos dos centros, su aparición es siempre esporádica.

Los más antiguos vestigios los encontramos en Egipto, en la estación de Marmada-Bena Salama, situada en el Delta occidental: la primera cultura con economía neolítica que vemos surgir en esta región y que suele sincronizarse con el Tasiense del Alto Egipto, con una cronología aproximada alrededor del año 4.000 a. J. C. (1).

De época algo posterior, perteneciente a la cultura de Badari, que sigue cronológicamente al Tasiense en el Alto Egipto, también poseemos restos de enterramientos en vasijas aunque en este caso no se trate de urnas grandes, sino de cuencos semiesféricos (2).

En Asia Menor son muy numerosas las estaciones con enterramientos de este tipo: en Siria, Palestina, y sobre todo en Anatolia. Del final de la segunda mitad del tercer milenio existe la estación de Ahlatlibel (3) donde las urnas están emplazadas en los pisos de las casas y aparecen unidas con los enterramientos en cistas. Lo mismo ocurre en la conocida estación de Alisar Hüyük (4) en Anatolia central. Los cadáveres están en cuclillas, sin que predomine una orientación determinada. El orificio del Pithos queda cerrado

(1) v. cuadro sinóptico en Alexander Scharff; Die Bedeutungslosigkeit des sogenannten ältesten Datums der Weltgeschichte, etc., Historische Zeitschrift, t. 161, 1939, p. 32, que reproduce corregidos los puntos de vista que el autor expone en Agyptische Zeitschrift, 71, p. 89 s. s.

(2) G. Brunton y G. Caton Thompson; The Badarian Civilization, London 1928.

(3) K. Bittel; Beiträge zur Kleinasiatischen Archäologie. Archiv für Orientforschung. 1936-37, p. 27, fig. 79.

(4) Idem; p. 59, figs. 276-277.

con una laja de piedra circular. Les acompaña una cerámica negruzca pulimentada, en algunos casos con reborde central, que recuerda a la de El Algar; en otros con una decoración incisa geométrica, de bandas paralelas a base de triángulos y otras figuras, que recuerdan motivos de nuestro Bronce I. Ya Childe ha notado en alguna ocasión la semejanza entre el poblado de Alisar y alguno de la cultura de El Algar. La cultura de Alisar Hüyük está distribuida por la parte central de Anatolia; más o menos contemporánea, pero ocupando una faja paralela a la costa occidental existe la cultura llamada de Yortan (1). Su cronología se infiere de la semejanza de su cerámica (p. e. «Schnabelkannen» con motivos lineares blancos) con las de la clase A y B de Thermi, que corresponden a Troya I y la primera parte de Troya II. Se trata aquí de necrópolis compuestas de urnas y bastante separadas de los poblados. En la de Babakoy (2) las urnas tenían una orientación general de E a O con la boca hacia el Este.

Otra región con frecuentes enterramientos en urna es el mar Egeo con su centro en Creta. Aquí aparecen desde el Minoano Antiguo III en Pakhyammos para enterramientos de niños en cuencos, y en Spoungaras (3); y en el Minoano Medio III se hallan atestiguados en el palacio de Cnossos (4), Gaze, Annapolis, Stavromenos y Mokhlos; en el Minoano Reciente I en Agios Nicolaos, Gurnia y fragmentos en Tourloti; en el Minoano Reciente III en Atispadhais; pero también se encuentran en la época del estilo geométrico y en la época arcaica. En la isla de Melos en Phylakopi (5), parece que las urnas solamente se utilizaron para enterramientos de

(1) Para las culturas prehistóricas anatólicas v. K. Bittel; *Praehistorische Forschung in Kleinasien*. *Istanbul Forschungen*, Vol 6, 1939 y del mismo *Praehistorische Zeitschrift*, XXIII, 1932,

(2) K. Bittel; *Ein Graberfeld der Yortan Kultur bei Babakoy*. *A. O. F.* XIII 1939. p. 4 s. s.

(3) J. Pendlebury; *The Archaeology of Crete*, 1939.

(4) A. Evans; *The Palace of Minos at Knossos*. Londres, 1921, Tom. II, p. 554.

(5) D. Fimmen; *Die Kretisch Mykenische Kultur*, Leipzig 1921, p. 64.

niños dentro de las viviendas. En Grecia aparecen en una serie de localidades como Sexklo, Rahmani, Aphidna, Thorikos, Salamis, Tirinto y sobre todo en las necrópolis interesantísimas de la llanura da Nidri, en la isla de Leucade, que según la teoría de Dorpfeld fué la antigua Itaca (1). Se trata de una colina con sepulturas de cista y más de treinta grandes círculos empedrados con enterramientos en urna y cista. Su cronología la da la cerámica del Heládico antiguo que se encuentra en abundancia.

En Italia conocemos la estación de Borgio-Verezzi (2).

Finalmente en España todo el período que va desde el 1.500 a. J. C. hasta la llegada de las culturas del Bronce Atlántico está bajo el signo de las sepulturas en urna. Ocurren siempre asociadas a cistas en mayor o menor proporción, según el material para las cistas sea asequible o no. En la estación algárica de la Bastida, Totana (Murcia), de la cual pudimos excavar una parte en los veranos de 1944 y 1945, en colaboración con los señores Sopranis y Posac (3), nos fué posible estudiar con detenimiento el modo de enterrar a sus muertos de los pueblos pertenecientes a esta cultura. Al igual que Alisar Hüyük no se trata de una necrópolis sino de enterramientos en el piso de la casa que a veces ha sido ahondado a propósito para dar cabida a las urnas. Cada habitación tiene una cista y varias urnas, entre las que predominan las que contienen esqueletos de niños, aunque otras llegan a grandes tamaños y a veces guardan hasta tres esqueletos adultos. Como en Alisar Hüyük muchas de ellas están resguardadas con piedras y tienen lajas circulares para tapar las bocas. Su forma se parece a las de Babakoy (cultura de Yortan), aunque en ningún caso hemos encontrado asas. De-

(1) v. Ebert; *Reallexikon*, tomo VII, lam. 201 A, p. 286, y Dorpfeld; *Alt-IThaka*, Munich, 1927, con ilustraciones.

(2) Issel; *Caverne Ossifere del Loanese e Finalese*. Bull. Pal. Ital, 1885. p. 97, lam. 9.

(3) *Excavaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre*. La memoria referente a Totana saldrá en breve.

bemos mencionar aquí que, a la vez que urnas y cistas, se siguen utilizando cuevas como lugares de sepulturas, práctica que nunca se extinguió desde el neolítico.

Si nos fijamos en la distribución geográfica de este elemento, veremos que, al igual que muchos otros rasgos pertenecientes al Bronce Mediterráneo (p. e. las sepulturas megalíticas), lo hallamos en las islas del Mediterráneo occidental y oriental y en el continente europeo que bordea el mar por el Norte, pero dejando fuera la costa septentrional de África. Sin embargo al Sur del Sahara volvemos a encontrar este rasgo y es muy probable que esté en relación con los centros mediterráneos que hemos considerado hasta ahora. El enterramiento de niños en vasijas de barro está comprobado, si bien, esporádicamente en la cuenca del Congo, África del Sur y entre los negros niloticos. Los enterramientos de adultos los encontramos en la región del Níger y Camerún septentrional. Desde Nuba a Lobi se emplea como sepelio de reyes, grandes jefes y personajes de las diversas tribus (1). Según Baumann (2), debe considerarse como uno de los muchos elementos Mediterráneos que se han filtrado a través del Sahara, contribuyendo poderosamente a la formación de las culturas sudanesas recientes. La ausencia del rasgo en la costa septentrional de África (excepto Egipto), hace más probable su difusión desde Egipto, quizá en tiempos muy remotos.

La diversidad de centros donde aparecen los enterramientos en urnas, que evidentemente tienen muy escasa o ninguna relación entre sí (con excepción del complejo Mediterráneo, Asia Menor, África), nos deben prevenir contra conclusiones prematuras que nos lleven a pensar que este tipo de sepelio constituye la característica de una determinada época y cultura. La neoetnología viene a demostrar cada vez con mayor insistencia lo inestable de las costumbres de sepelio y cul-

(1) P. M. Küsters; op. cit. p. 923. Véase también M. Griaule; *Les Sao Légendaires*, Gallinard 1943, con ilustraciones.

(2) H. Baumann; *Negerafrika and Nordostafrika*, en H. Bernatzigh; *Die Grosse Volkerkunde*, Berlín, 1939, t. I. p. 278.

to a los muertos, expuestos en mucho mayor grado a influencias exteriores que otros rasgos culturales, como instituciones sociales, formas económicas, etc. Por tanto es difícil considerarlas como rasgo determinativo de un pueblo, y sorprende oír hablar con tanta frecuencia de culturas megalíticas, culturas de túmulos, culturas de campos de urnas, donde el tipo de sepultura es considerado el rasgo más característico que da nombre a la cultura. En la actualidad existen sociedades primitivas, como p. e. la de la pequeña isla de San Cristóbal (1) cuya cultura es bastante homogénea; y que sin embargo muestra por lo menos una veintena de tipos de sepelio totalmente distintos en un espacio reducidísimo. De manera parecida, la información que acerca de la animología de los pueblos nos pueden suministrar los restos de enterramientos en urnas es escasa; pues la forma de sepelio no es sino uno de los componentes del complejo de actos e ideas relacionados con la actitud del hombre frente a la muerte, que es parte tan esencial de toda idea religiosa. Küsters, basándose en sus investigaciones africanas, mantiene que hay una diferencia esencial entre los enterramientos de niños y aquellos de adultos (2). En el primer caso parece tratarse frecuentemente de niños que no han pasado por determinados ritos (así Junod observa que entre los Baronga de Africa del Sur se enterraba en urnas a todos aquellos niños que no habían pasado por la ceremonia llamada «presentación a la luna») o de gemelos. Lo que se quiere, al parecer, es evitar la contaminación del suelo por el cadáver o el renacimiento de los gemelos. En el segundo caso se quiere conservar el cuerpo para ponerlo al servicio del alma. Frecuentemente esto se consigue mediante enterramientos parciales, como en Uganda, donde la mandíbula del rey representa a este como si aún estuviera vivo. En cuanto a la orientación de los cadáveres, tal como existe p. e. en la cultura de Yortan, habrá que rechazar la idea de relacionarla con un

(1) Fox; *The Threshold of The Pacific*, 1924, p. 210 s. s.

(2) P. M. Küsters; *op. cit.* p. 925.

culto solar, pues tan solo en pocos casos la dirección es de Este a Oeste. Según datos recogidos en Oceanía e Indonesia, la orientación de los cadáveres se debe a la creencia que en determinada dirección existe una tierra de los muertos (1), que muy bien puede estar localizada en la tierra, pero apartada de toda región conocida. Esta dirección frecuentemente queda marcada por la posición del sol al salir o al ponerse. En la mayoría de los casos, sin embargo, la orientación es determinada por la dirección de donde vino la tribu en su migración, y donde también suele imaginarse su origen (2). Respecto a esto es interesante notar que en la Bastida de Totana las cistas tenían una orientación general, en la cual la cabeza del cadáver apuntaba hacia el S. O.

Para resumir diremos que la práctica de enterrar en urnas tiene su origen alrededor del año 4000 a. d. J. C., en un área que comprende Egipto, Palestina y quizá Asia Menor. De aquí se difundió por el Egeo y continente griego; y siguiendo el rumbo de la mayoría de los elementos del Bronce Mediterráneo llega a la península hispánica. Otra trayectoria de su difusión se dirige hacia el Sur, donde los enterramientos de niños, más antiguos probablemente, proceden al parecer de Egipto, lo cual explicaría su gran difusión como elemento más primitivo; mientras que los enterramientos de adultos (reyes, personajes, etc.), práctica ya típica de culturas señoriales más avanzadas, podrían tener un origen más reciente, y haber llegado al Sudán a través del Sahara, como quiere Baumann.

Añadiremos aquí que también se han encontrado enterramientos en urnas en Crimea (3) y Transcaucasia (Akhta-

(1) J. H. Rose; *Celestial and Territorial Orientati6n of the Dead*. Journal Anthropological Institute, 1922, p. 127 s. s.

(2) Perry; *The Orientation of the Dead in Indonesia*. Journal Anthropological Institute, 44 (1914), p. 293. Para Africa v. B. Anhermann; *Totenkult and Seelenglauben be: Afrikanischen Volkern*. Zeitschrift für Ethnologie, 1918, p. 89 s. s.

(3) Virchow; *Zeitschrift für Ethnologie*, 1884, p. 430.

la y Hanai-tepeh) (1), en Europa Central (Schassburg) y del Norte (Quistafata en la isla de Schonen) (2), aunque estos son de época más reciente y tan solo casos aislados. Lo mismo ocurre con urnas halladas en el Sur de la India, pero cuya cronología no es conocida.

El señor Cuadrado (D. Juan), dijo que ha tenido la oportunidad de realizar unas excavaciones algo afortunadas, precisamente en la parte contraria de la Sierra Espuña. Una cultura exactamente del Algar también, pero que tiene algunas características completamente distintas en cuanto a los enterramientos. En la Bastida, los enterramientos aparecen tanto en cistas como en urnas; pero los adultos también en urnas de gran tamaño. En cambio, en donde excavé, todas las cistas eran de adultos, y las urnas de niños.

(1) Morgan; *Caucase*, 1889, p. 62.

(2) Alshausen; *Zeitschrift für Ethnologie*, 1893, p. 142.

* * *

SOBRE LA DELIMITACIÓN GEOGRÁFICA DE LA CULTURA DEL ARGAR

Por M. Tarradell

De la Universidad de Barcelona

Más que aportar nada nuevo, vienen estas simples notas más a replantear una cuestión que nada tiene de novedad; pero no creo que sea necesario insistir sobre la necesidad de replantearnos constantemente los problemas que nos presenta una ciencia como la Prehistoria, tan vaga por la misma dificultad de sus investigaciones como por su extraordinaria modernidad.

He elegido un tema que entra de lleno en el ámbito de este Congreso: la cultura del Argar y sus límites. Es general tratar de la cultura del Argar como de algo que ocupa toda la Península y aunque a nadie escapa la densidad y riqueza que

adquiere en el S. E. muy al revés de lo que sucede en el resto de España, por lo menos por los datos que hasta ahora poseemos, es cosa corriente considerar que es solamente una cuestión cuantitativa. A nuestro modo de ver no se ha remarcado lo suficiente que una cultura es algo muy complejo, y que el hecho de hallar cerámica carenada en un dolmen pirenaico, por ejemplo, no presupone que la cultura argárica, en la plena acepción de esta palabra, llegara hasta el Pirineo. Haciendo constantemente la distinción entre la cultura argárica y sus afinidades tipológicas habremos ganado mucho en la aclaración del problema.

Un hecho primordial hay que tener en cuenta: este hecho es que uno de los factores esenciales que dan su personalidad a la cultura argárica es la vida en poblados. La cultura del Argar es una cultura semi-urbana. De tal manera es característica esta modalidad que si consideramos la zona en la que se encuentran los poblados veremos que ésta es exclusivamente la zona en la que los hallazgos nos permiten poder considerar como formando parte de esta cultura.

Ahora bien: encontramos restos argáricos o de influencia argárica en zonas en que no existen poblados. ¿Hasta qué punto podemos considerar por el momento, mientras no tengamos otros datos, a estas regiones como dentro del área de la cultura argárica?

Respecto a este punto hay que considerar:

1.º No está demostrado que la cultura argárica sea la única que en su época ocupa la Península. Aparte de las supervivencias de fenómenos eneolíticos, parece que se van perfilando probables influencias de un bronce europeo, anterior al atlántico, a través de las investigaciones que en las comarcas tarraconenses lleva a cabo de una manera ejemplar el Dr. Vilaseca. Este es un argumento que nos fuerza a una cierta circunspección, y a no considerar argárico todo fenómeno situado cronológicamente en este tiempo si no tenemos una certeza tipológica.

2.º La potencia de la cultura argárica está en la posesión

del metal y en la industria derivada de esta posesión. Focos argáricos importantes son difíciles de comprender en zonas muy alejadas de centros mineros. También este segundo argumento parece oponerse a la idea de una total argarización de la Península en el sentido etnológico y cultural de la palabra.

3.º Es evidente que aunque existiera algún otro foco de cultura y que el dominio argárico no fuese completo, la superioridad de las gentes argáricas respecto a estos otros posibles focos era muy fuerte. Dominando centros metalúrgicos de una importancia capital en la economía de la Europa antigua, el Argar debía tener una verdadera hegemonía material sobre todas las demás tierras hispánicas. Así se explica la aparición de muchos tipos argáricos, no sólo en bronce sino también en cerámica en zonas alejadas de las suyas propias, y una serie de afinidades tipológicas que invadieron toda la Península y que incluso salieron de ella.

Señor del Val: «Habiendo trabajado algo sobre la cultura del Argar, he llegado a unas conclusiones muy parecidas a la del señor Tarradell. Me parece muy interesante la caracterización de la cultura argárica como cultura ciudadana. Este es uno de los elementos, desde el punto de vista sociológico, más importante.

También me parece muy importante el punto de vista de que una cultura no es una cosa tan homogénea como se pueda creer. Que no es un bloque con límites definidos, sino que tiene sus focos, sus zonas de gradación y zonas marginales, en las cuales se va mezclando con otros aires culturales.

Ahora bien: creo que después de ver los interesantes poblados que el señor Sánchez Jiménez nos enseñó ayer, habría que ver si no existen poblados de este tipo en el centro de España. Es decir: que este poblado sería una gradación del centro urbano del Sudeste; pero una gradación que no se debe apenas a mestizaje con otras culturas, sino más bien al alejamiento y la pobreza de estas zonas altas».

Señor Martínez Santa-Olalla: «No se si saco yo una deducción falsa de la comunicación que hemos tenido el gusto de oír, por mala interpretación. Y es que parece presentarse la fase segunda del Bronce medi-

terráneo, la fase argárica, como un hecho nuevo y revolucionario en la economía y la industria españolas.

Creo que es altamente conveniente el plantearse esta cuestión previa y plantearse también el peligro tipológico y que demos a este tan traído y llevado vaso capsiese como algo nuevo y típico de la fase argariense del Bronce mediterráneo.

Parece bastante seguro y claro que a partir del Neolítico final tenemos un complejo cultural ibero-sahariano, en el cual, por mutación española y por una intensificación de cierta influencia mediterránea, no norte-africana, hay un acrecentamiento en la tipología argariense. Toda esa serie de vasos aquillados y carenados no son más que la continuación de la primera fase del Bronce mediterráneo, con una exclusión que ha llegado a ser creciente y absoluta de toda la serie de tipos mediterráneos que llegaron y tuvieron una difusión general por toda la Península y el occidente europeo por nuestro Neolítico español marítimo o que han llegado por vía mediterránea en la primera fase de ese Bronce mediterráneo.

Por tanto, el seguir hablando de esa fase argariense, exclusivamente a base de cerámica, conduciría a un error, puesto que en historia de la cultura, tanto en los primitivos como en los superiores, no existe la cultura «químicamente pura».

Y así, nos encontraríamos que abundando en ese concepto tipológico y en ese mito —que nosotros hemos padecido, especialmente desde el año 1915 hasta el 1930,— yo tendría absoluto derecho a clasificar a ese tremendo mito cultural del vaso campaniforme, que no ha existido jamás, como argariense; puesto que yo les puedo aducir a ustedes, cerámicas procedentes de Ciempozuelos, cerámicas lisas, carenadas —entre ellas un novísimo plato carenado— que podrían tomarse como absolutamente típicas de la fase argariense, que proceden de aquella necrópolis.

Tengamos en cuenta que estamos operando sobre una documentación perfectamente insegura, que científicamente deja mucho que desear. Y lo mismo que se practica en Ciempozuelos la solución de las cerámicas ricamente decoradas, y se tira a la basura todo lo que estaba fragmentado y no tiene decoración, se ha hecho en todas las localidades.

De modo que yo querría insistir en el hecho de que el Argar no representa nada absolutamente nuevo ni en Economía, ni en Sociología, ni en Industria. Representa, nada más, una evolución de la primera fase del Bronce mediterráneo en que hay una depuración progresiva, en que todos los elementos van quedando aislados.

Yo me permito recordar, por vía de ejemplo, un caso: Vilanova, en

Portugal, es una localidad que pertenece a las dos fases; a la primera y a la segunda argarienses del Bronce mediterráneo. En esta localidad vemos, con este carácter de economía agrícola absolutamente completo y desarrollado, con tipología y con cultura ciudadana en pueblos fortificados, esa fase del Argar. Allí no falta un conjunto no tipo argariense, sino un conjunto absolutamente típico de sepulturas en cistas, que son las únicas que han pasado a la localidad, y parece que, además, existían las sepulturas en tinajas.

¿Tenemos absoluto derecho a hablar de una extensión general peninsular de la fase argariense del Bronce mediterráneo, cuando, por ejemplo, en Madrid, tenemos gentes agrícolas que se establecen en el valle del Manzanares y que nos dan, salvo la «copa» —que esto no tiene importancia— todos los tipos cerámicos, absolutamente todos, con una pervivencia extraordinaria en toda la Meseta?

En la provincia de Burgos, en pueblos que tienen una cultura ciudadana y agrícola —y aquí no hemos de olvidar la Etnología y las transmuciones— se da con frecuencia que en muchas regiones que no son aptas para la agricultura, toma un carácter completamente distinto. El ejemplo maravilloso que ayer nos presentaba el Comisario de Albacete al hacernos conocer tres poblados, entre ellos ese tan sorprendente del Bronce mediterráneo lacustre, demuestra, si tenemos en cuenta la gran cantidad de piedras talladas que encontramos, las características de estos poblados reuniendo en miniatura los caracteres de nuestros grandes poblados de Huelva, por ejemplo, de Granada o de Murcia; y contemplando la naturaleza del suelo, que si bien hemos encontrado allí dientes de hoces que hablan de una agricultura —que son precisamente estas gentes del Bronce mediterráneo los que nos la traen— vemos, en cambio, un suelo perfectamente inútil para la agricultura.

El pretender que en el Bronce hubiera en tierras de Albacete una cultura agrícola y ciudadana, al estilo de nuestros valles ricos del Sur, del Levante o de los grandes ríos, es perfectamente absurdo. El Neolítico desconoce, por ejemplo, los abonos; no sabe utilizar las basuras para abonar los campos. Así que la agricultura es punto menos que imposible. Existe, pero es un pueblo posterior el que existe como base económica. Un pueblo posterior pobre, que copia y adquiere elementos de cultura, e incluso vienen gentes de fuera; pero que en manera alguna pueden seguir viviendo como en La Bastida de Totana o en las inmediaciones de Ayamonte.

Estos hechos hay que tenerlos en cuenta para juzgar, por ejemplo, los sepulcros megalíticos. Eso que alguien ha dado en llamar cultura me-

galítica, cuya existencia yo agradecería se me demostrara, tenemos que en su cuna, en el Sudeste español y en todos los puntos adonde llegó en la Península directamente la cultura del Bronce mediterráneo, que tiene megalitos, es como una base agrícola, una cultura matriarcal, tienen metalurgia y, naturalmente, ganadería.

Pues bien: Si nosotros, siguiendo el hilo de esos megalitos, nos vamos, por ejemplo, al Alemtejo, habremos de encontrar allí una cultura tan magnífica como la del valle del Andarax o del valle del Tajo; pero el suelo impide que exista esa cultura floreciente. Y como hay toda una serie de culturas, nos encontramos que la gente se entierra en megalitos, unos megalitos pobres y, en gran parte, tardíos. Allí no existe agricultura. Y si seguimos todavía más el hilo de los megalitos, llegaremos a todo el litoral atlántico y al suelo de esa traída y llevada cultura pirenaica que jamás ha existido, y nos encontraremos que, como es absolutamente imposible el practicar la agricultura en toda esa tierra cantábrica y pirenaica, allí las gentes que se entierran en megalitos son toda una serie de pueblos pastores».

Señor Tarradell: «Solo quiero hacer dos observaciones respecto a los dos puntos de que ha tratado el Profesor Martínez Santa-Olalla. En primer lugar, la primera parte de su disertación me parece que coincide de una manera exacta con lo que yo había dicho. Es decir: que una cultura es algo muy complejo y que yo estoy muy lejos de creer que a base de una simple tipología se puede dar un territorio como perteneciente a una cultura. Hay que pensar que una cultura es algo más que la simple asa de un vaso o de una olla. En cuanto a la segunda parte, o sea a la extensión de la cultura argárica, lo que yo he dicho es que la cultura argárica, tal como se da en la zona del Sudeste, no se extiende en gran parte de España, porque el hecho de que encontremos en la Meseta poblados como los que vimos ayer y como otros que existen, no quiere decir que podamos considerar esa cultura exactamente como la del Sudeste, de lo propiamente argárico, naturalmente por una serie de condiciones de terreno.

Ahora aquí hay que aclarar, a ver si podemos considerar el mundo argárico dividido en dos o tres zonas, según el terreno y la riqueza metálica. Una serie, la de los poblados de El Argar. Otra, la de los poblados casi sin bronce, con una cerámica muy parecida tipológicamente a la cerámica argárica clásica, pero bastante más pobre. Finalmente, una serie todavía más periférica de esa cultura, que puede ser la zona de Cataluña, la zona pirenaica y casi la de todo el Norte de España.

Si bien en Cataluña, por ejemplo, tenemos algunos elementos que se han considerado como argáricos, hay que advertir que se hallan en cuevas y que no son lo suficientemente puros y extensos para que se puedan considerar formando parte de una cultura, por lo menos parecida a la rica cultura argárica del Sudeste.

El señor San Valero dice que se encuentra «francamente satisfecho de que por el señor Tarradell se hable en este sentido de zonas y no de culturas propias», y dice que si algún congresista desea intervenir sobre esta cuestión puede hacerlo.

* * *

ALGUNOS ASPECTOS DEL BRONCE MEDITERRÁNEO

Por Carlos F. Posac

Hace algunos años el investigador don Carlos Alonso del Real publicó un interesante artículo, titulado «Cuando un poeta inventó la Prehistoria». En el opúsculo se refería cómo Lucrecio, muchos siglos antes que nosotros, intuyó lo que habían sido los albores de la historia humana.

Es un hecho innegable que la ciencia, en sus comienzos, es una creación poética. El empirismo de los principios ofrece conclusiones de tan frágiles contornos que es imposible plasmarlas en raciocinios concretos. De ahí surgen las teorías alzadas sobre cimientos de barro que se desmoronan al primer análisis de una crítica imparcial.

La Prehistoria, al desgajarse del árbol de la Ciencia en la pasada centuria, antes de alcanzar una categoría científica irrefutable, tuvo que experimentar en sus balbuceos ese afán creador que caracteriza a la genialidad poética.

Del fárrago disquisitivo de los primeros tiempos; de las áridas y extensas relaciones de objetos exhumados, que no eran otra cosa que catálogos vacíos de contenido científico, la Prehistoria fué evolucionando y, saliéndose de su concepto primitivo, un tanto localista, enlazó con las otras disciplinas afines hasta quedar su etimología rezagada en su constante

avance y perfeccionamiento. Hoy día la palabra que define plenamente los estudios relacionados con el hombre primitivo es la de Paletnología, cuyo uso se ha generalizado ya.

Aquel divagar de que antes veníamos hablando, propio de una ciencia embrionaria, que linda por tanto con la ignorancia, puede aplicarse a estas digresiones, hijas de quien no se atreve a sentar falsa cátedra de docto en un Congreso al que tan relevantes figuras avaloran.

Sirva esta confesión de descargo para quien no tiene otros merecimientos que una profunda simpatía por el Sudeste español, cuyo subsuelo tantas riquezas históricas alberga.

Hace relativamente poco tiempo quien quería dedicarse al estudio del hombre primitivo, partiendo de la bibliografía española, se encontraba con la desagradable sorpresa de que a las sencillas clasificaciones de: chelense, achelense, etc., seguía una secuela de variedades, superposiciones y contradicciones. A medida que los conocimientos se hacían más extensos, el cerebro del futuro investigador se sumía en un caos del que le era imposible sacar ninguna conclusión lógica. Quienes veían la Ciencia como un coto privilegiado en el que nadie podía entrar a dar su sincera y válida opinión, por modesta que fuera, se aferraban a clasificaciones anodinas, que en su tiempo tuvieron valor como hitos provisionales; pero que habían quedado anquilosadas al ir concretándose los conocimientos. Análoga confusión invadía la Edad de los Metales. Su mayor proximidad cronológica multiplicaba las fuentes; pero su misma abundancia embrollaba su estudio.

Los estudios de Bosch Gimpera constituyeron un firme puntal para reconstruir la vida pretérita de la Península.

Las antiguas clasificaciones iban cayendo en el descrédito; pero se necesitaba una pauta para rehacer el método, y ese laudable paso lo dió el célebre «Esquema Paletnológico de la Península Hispánica» de don Julio Martínez Santa-Olalla. En esta síntesis se ponían al día los yacimientos españoles y

se declaraban con sinceridad las lagunas que quedan por dilucidar.

La llamada cultura argárica, cuyo foco principal radica en el S. E. español ha quedado englobado en el «Esquema» en el Bronce Mediterráneo II, denominación más científica y precisa.

Una de las estaciones que podría considerarse como arquetipo de este Bronce Mediterráneo II es el poblado-necrópolis de La Bastida.

Conocido desde hace muchos años, unos falsarios lo desprestigiaron a los ojos de la crítica. Sus tesoros fueron de nuevo exhumados por don Juan Cuadrado, que excavó parte de su inmenso recinto.

A fines del verano de 1944, el seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, que dirige don Julio Martínez Santa-Olalla, continuó las excavaciones. Me cupo la honra de ser uno de los excavadores en compañía del señor Del Val, quien al año siguiente volvió a la tarea juntamente con el señor Sopranis. De esta segunda campaña, muy fructífera, me está vedado hablar, pues por mis deberes militares no he podido asistir a ella.

La comarca de Totana, en que está enclavada La Bastida, es muy interesante por la abundancia de yacimientos. Hasta ahora las excavaciones se han realizado aisladamente. Sería conveniente aunar los esfuerzos para encasillar debidamente cada uno de los descubrimientos y estudiar su continuidad y probables influencias.

Una simple enumeración bastará para comprobar la magnitud del problema:

1.º Cueva de los Blanquizares, con su hacha enmangada. Sus materiales deben ser objeto de revisión a la luz de los nuevos métodos.

2.º Campico del Centeno, donde afloran numerosas piezas de sílex. Su estudio está por hacer.

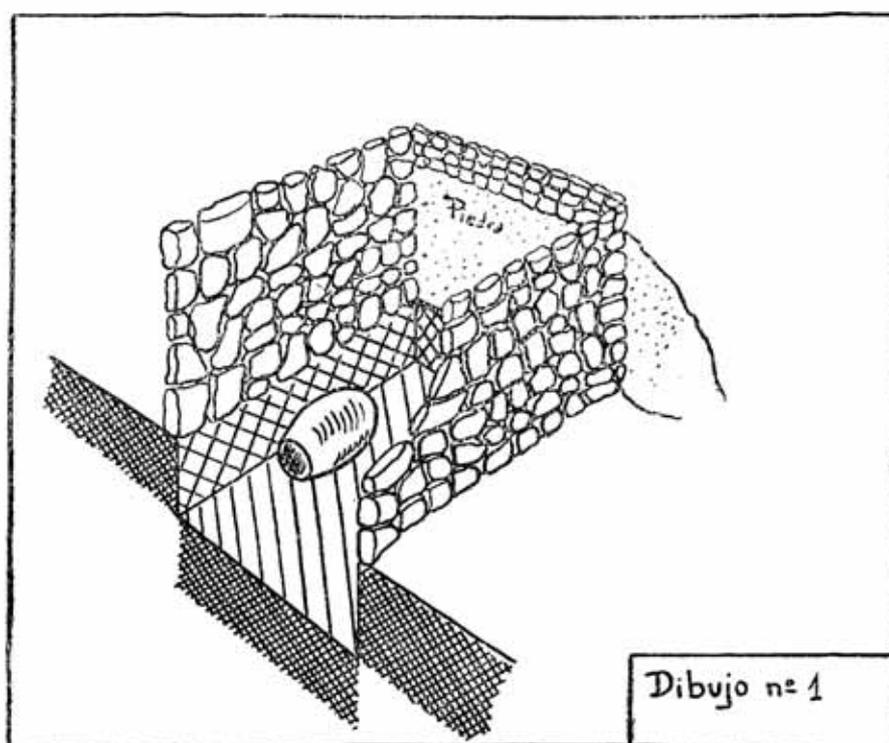
3.º Campico de Lébor, donde han trabajado los señores

Del Val y Sopranis y a quienes corresponde expresar su opinión.

4.º Cabezo de Juan Clímaco, frente a La Bastida, en el que se hallan numerosos fragmentos de cerámica.

5.º Cejo del Pantano, con abundantes piezas de sílex.

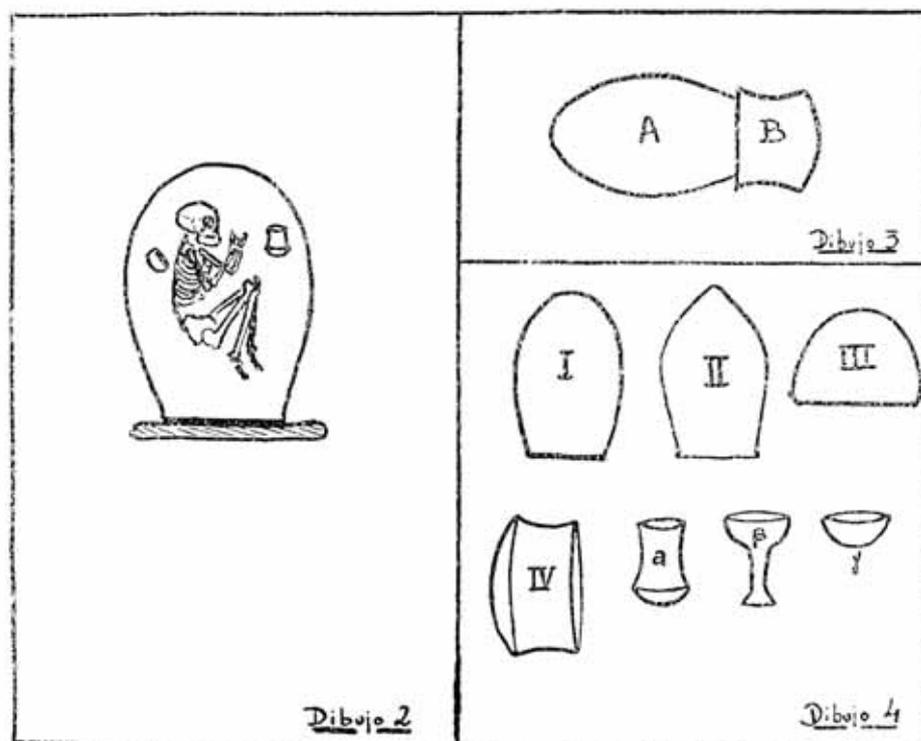
Volviendo de nuevo a La Bastida, su tipología, al menos en la 1.ª etapa de las excavaciones, no difiere de las estaciones que damos en llamar argáricas.



DIBUJO 1.—COMPOSICIÓN DE UNA VIVIENDA, Y EN EL SUBSUELO UNA SEPULTURA

Los enterramientos radican en el subsuelo de las viviendas y son de cista o en vasijas de gran tamaño, predominando este 2.º tipo. Existen las variedades de enterramiento en dos vasijas y vasija conteniendo dos cadáveres. La posición es la fetal. En la falda más accesible del Cabezo se observan fuertes muros defensivos. La planta de las viviendas es rectangular, salvo un pequeño ábside de escaso resalte aparecido

en una de las viviendas. El ajuar de las sepulturas es escaso, salvo en vasijas de ofrendas, que solo faltan en los enterramientos infantiles. Aparecieron algunos aderezos de plata; pero en escaso número. En piedra y hueso salieron algunas cuentas de collar. También se utilizaron conchas perforadas (*cardium*, *cyprea*, *conus*, etc.) El resto del utillaje es el típico de la época: puñales, agujas, hachas de bronce, etc.



DIBUJO 2.—POSICIÓN DEL CADÁVER DENTRO DE LA VASIJA, CON DOS VASIJAS DE OFRENDAS

DIBUJO 3.—ESQUEMA DE UNA SEPULTURA DE DOBLE VASIJA

DIBUJO 4.—PERFILES DE VASIJAS.—LA I, II, III Y IV, MORTUORIAS.—LAS RESTANTES VASIJAS, DE OFRENDAS

El resumen de las excavaciones de Totana contribuirá al esclarecimiento de algunos puntos ambiguos del Bronce Mediterráneo II y dará una de las estaciones mas bien conservadas para los ulteriores estudios de la época.

SOBRE ALGUNAS HACHAS DEL BRONCE MEDITERRANEO EN PORTUGAL

Por el Dr. Eoin Mac Wite

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre

Ha venido siendo costumbre en la bibliografía al estudiar las hachas de la edad del Bronce el atender o fijarse exclusivamente en su tipología evolucionaria, distinguiendo las hachas planas, las de rebordes, de talón, de cubo, etc. Esta norma nos impide ver el problema arqueológico en su realidad que no es el de una plena y total evolución en cada localidad, cuando realmente la verdadera importancia histórica recibe en los problemas que plantea la distribución de cada uno de estos tipos, por ser ello indicación de movimiento de culturas.

El tipo de hachas que ahora vamos a estudiar es el del hacha plana de filo casi semicircular, cuyo origen se encuentra en las hachas de rebordes de Europa Central y Occidental, conclusión que atendiendo a las rutas de su distribución puede hacerse y no es en cambio posible por la norma antigua.

De este tipo hay pocos ejemplares en la Península.

En el Museo Etnológico de Belem hay una de ellos proveniente de Gança (Guimaraes); otra de Aviz y un escondrijo de Barcelós de dos de ellas con un tipo de ligera iniciación de rebordes mas de acuerdo con los tipos argáricos. En el Museo del Instituto Antropológico de Oporto hay un ejemplar, en Chaves y en el Museo Martins Sarmiento hay un ejemplar que procede de Monte de Choiz, Gondomas Guimaraes.

En España se conoce tan solo un ejemplar encontrado en Galicia publicado en el B. M. de Orense 1904.

De los datos apuntados puede afirmarse que su distribución geográfica está plenamente restringida al occidente peninsular y más concretamente a la provincia portuguesa de Entre Douro e Minho y a Galicia.

La familia que forman las hachas de filo semicircular o poco menos, y siempre con rebordes, se extiende por Europa Centro-Occidental; es decir: en las regiones influenciadas por las culturas de Aunjetitz y al Norte y Centro de Italia y en la cultura Ródano de Kieft con el tipo exagerado con la mayor amplitud de curva del filo.

Concretamente en Francia e Inglaterra el tipo presenta menos variaciones en sus proporciones generales con respecto a las que para el Noroeste peninsular hemos encontrado. En Inglaterra gracias a las investigaciones de Piggot la fecha de las hachas de este tipo está fijada con bastante exactitud en torno al de 1700 al 1400 a. J. C. lo que corresponde en líneas generales con los límites cronológicos de la cultura del Argar.

El origen de este tipo de hachas —entre otros tipos de bronce— debido al estado caótico de la Prehistoria francesa en este período, no se puede fijar exactamente aunque quizá quepa buscarlo en la península Armoricana. Como elemento acompañante de estos ejemplares encontramos un buen tipo bretón, de puñal con incisiones, de la cultura de «las sepulturas de puñal» que pertenecen al mismo período y de la cual han encontrado un ejemplar en las Grutas de Alcobaço.

Estas hachas, aunque son del Bronce Mediterráneo II desde el punto de vista cronológico, no tienen nada que ver con la cultura de El Argar. La extensión de la cultura argárica pura no se extiende mucho por el Oeste. Hallazgos de cerámica y de bronce demuestran su infiltración en la Meseta. En las regiones atlántico-occidentales de la Península hay muy poca cerámica y algunos tipos metálicos, especialmente en las provincias centrales de Portugal. En Galicia, en Orense, Obermaier menciona una espada grande del tipo argárico; pero todas estas cosas son poco más que rasgos aislados. No representan una cultura argárica, como no representan cultura de Wessex algunos tipos sueltos que se han encontrado en Irlanda.

La cultura en esta época en las regiones atlánticas de la

Península es una continuación del Bronce I con algunas pocas influencias argáricas y como ahora vemos otras influencias del Norte.

Para subrayar esta diferencia de la cultura o quizá culturas occidentales con la del Argar —el bronce II del Profesor Martínez Santa-Olalla— y la fuerte supervivencia del Bronce I sugerimos el término Bronce I. B para los fenómenos culturales contemporáneos a la cultura argárica Bronce II, pero que tienen poco que ver con esta cultura.

En conclusión: subrayamos la importancia del hacha con filo casi semicircular como las primeras manifestaciones de la integración de la península Hispánica en el mundo puramente europeo en contraste al mundo afro-asiático del Mediterráneo.

El Sr. Martínez Santa-Olalla dice que siente un gran orgullo al ver como lenta, pero seguramente, la Universidad española y nuestros problemas se van abriendo paso, y vienen jóvenes universitarios a conocer «de visu» nuestro patrimonio arqueológico y estudiar nuestros problemas. En cuanto a la ponencia, dijo el señor Santa-Olalla: «Creo que este modo de expresarse puede tener una serie de ventajas grandísimas para clasificaciones y para enunciar en unas formas brevísimas la multiplicidad y la variedad de problemas. Esto mismo que ha hecho el señor Mac White al referirse a esos hallazgos del Bronce mediterráneo, puede emplearse en todas las cosas de nuestra cultura primitiva».

LA CERÁMICA DEL BRONCE ATLÁNTICO EN EL SUDESTE

Por el Prof. Julio Martínez Santa-Olalla

Comisario General de Excavaciones Arqueológicas

En los últimos años, especialmente desde que en el Valle del Manzanares empezamos a descubrir en grandes cantidades una cerámica sumamente rica en su decoración, llevo a cabo una revisión que tiene como punto de origen una auto-rectificación que yo hube de hacer sobre una supuesta cerámica de estilo campaniforme, que resultaba pertenecer a lo atlántico y nada tenía que ver con el Bronce mediterráneo, a que pertenecía esa cerámica campaniforme.

Sobre estas cerámicas, que se han puesto tan en boga que hasta hay quien se irroga la gloria de haber inventado la palabra «cerámica excisa», que se usa en todos los países, se han hecho multitud de conjeturas y fraguado unas teorías sumamente divertidas, dándoles un carácter parcial que en manera alguna tiene el Bronce atlántico para España. Este representa el momento definitivo en que nuestra suerte y nuestra vinculación al Mediterráneo y a ese planeta de África —porque, en realidad, no es otra cosa—, se vuelcan al Centro y Oeste de Europa.

Sobre todo, el gran Bronce atlántico tiene una extraordinaria influencia decisiva, gracias a la cual nosotros poseemos la categoría absoluta de españoles, con todas sus consecuencias, buenas y malas, en la Historia.

La mejor documentación que tenemos de este cambio radical en nuestro devenir histórico es toda la cerámica que en cantidades fabulosas, va apareciendo absolutamente en todas las provincias peninsulares; lo mismo en las mediterráneas que en las del Centro, del Sur, del Norte o del litoral atlántico.

Existe un poco el mito de que estos indo-europeos, estas gentes de filiación étnica sumamente oscura y mezclada, no

alcanzan a ciertas regiones, como por ejemplo a nuestro tan decantado Sudeste; y ello es un verdadero error. El señor Figueras Pacheco, en un momento en que era absolutamente imposible predecir el significado de ciertas cerámicas, ni era fácil clasificarlas con exactitud, puesto que los grandes especialistas lo hacían siempre erróneamente, publicó, con esa fina intuición que le es característica, una cerámica del Campello, en una memoria de la extinguida Junta de Excavaciones y Antigüedades que les voy a presentar en unas proyecciones.

Tienen ustedes a la vista uno de esos ejemplares de las excavaciones del señor Figueras Pacheco, por un lado con una cerámica en relieve, sobre la cual todavía reinan tan divertidos cuentos tipológicos, y una parte de un cuenco tronco-cónico con ondas y con esa inefable técnica de «Boquique», que todavía utilizan ciertos tipologistas, dándole una interpretación no menos pintoresca.

Esta cerámica de litoral alicantino iba acompañada con otros fragmentos sumamente característicos, en que se vé que esa decoración excisa, la decoración de surcos hechos con una espátula o instrumento cortante, da un ajedrezado que, en su aspecto general, recuerda sobre todo los modelos romanos. Estas cerámicas han pasado inadvertidas cuando se ha tratado de esa tan decantada cerámica excisa.

A esa cerámica alicantina hemos de añadir cerámica murciana tronco-cónica, semejante a la de Alicante y también con la decoración de puntos en raya.

Esta cerámica va acompañada en este yacimiento murciano de los alrededores de la Fuensanta por cuencos con una decoración incisa y una serie de oblicuas que se entrecruzan.

Estos son unos documentos harto conocidos ahora por la bibliografía, sobre todo el publicado por el señor Figueras Pacheco, y a ellos hemos podido sumar nosotros, por ejemplo, un documento procedente de Salobreña, en Motril, que representa un ejemplar típico, con decoración de rombos excisos.

Aquí tenemos un paralelo sumamente próximo al ejemplar alicantino y al ejemplar murciano. La misma forma. Y otro ejemplar madrileño, también de nuestros hallazgos. Siempre a base de esas incisiones de puntos.

Estos documentos cerámicos son de los que más valor tienen en Arqueología, puesto que la cerámica de los tiempos primitivos no es objeto en general de comercio. De modo que si en tierras de Murcia, Alicante y Granada existe esta cerámica del Bronce atlántico, no cabe más explicación que la lógica y natural: que todo ese conglomerado de pueblos que desde el final del primer Bronce atlántico, y, sobre todo, en el segundo invaden España, ha llegado lo mismo al Sudeste que a Andalucía y a Portugal.

Estos modestísimos fragmentos viene a demostrar, de una manera irrefutable, que es absolutamente lícito el postular que esas gentes, definidas arqueológicamente como pueblos de los túmulos, con raíz principalmente en Alsacia y Lorena, y que llegan a España principalmente por los pasos occidentales pirenaicos, pero también por los orientales —como lo demuestra la presencia, hoy absolutamente demostrada con ejemplares magníficos, de esa especie de cerámica en Cataluña—, tiene un valor general para toda la Península, y por lo tanto, esos pueblos precélticos, con un componente ilirio y, sobre todo arrastrando un bajo substrato étnico y cultural de toda la zona de las regiones montañosas de Lorena —principalmente Alsacia y toda la región alpina francesa—, han llegado a los últimos y a los más remotos extremos de España. Cosa ésta que, por otro lado, tampoco resulta ni muy nueva ni muy misteriosa.

NUEVOS ELEMENTOS DEL BRONCE ATLÁNTICO EN PORTUGAL

Por J. Sellés Paes de Villas-Bôas
Barcelos (Portugal)

Al buscar materiales, aun inéditos, para completar actualizando el recuento de los hallazgos portugueses y dar cuerpo al deseo del Prof. M. Santa-Olalla en la nota 12 de su «Escondrijo de la edad del bronce atlántico en Huerta de Arriba (Burgos)», tirada aparte del tomo XVII, cuadernos 1-4 de *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, encontré como más curioso y rico el único hallazgo de conjunto en el Museo Regional de Francisco Tavares Proença Jr. en Castelo Branco (provincia de Beira Baixa), de que es Director el distinguidísimo numismata Ten.-Cl. A. Elías García, a quien expresamos nuestro reconocimiento por todas facilidades y tanta gentileza.

No veo señalado en Portugal hallazgo tan notable de conjunto, por los tipos encontrados, y que nos sea posible dar paralelamente por su gran interés con «O esconderijo prehistórico de Porto do Concelho (Mação, Beira Baixa)» del Reverendo Padre Eugenio Jalhay, separata de Broteria, en su XXXVIII volumen, cuaderno 3 de marzo de 1944, el último estudio portugués del bronce.

En su página 16 de la separata y 274 del volumen nos enumera el Ilustrísimo paleontólogo los hallazgos de este tipo que no son vulgares.

Del material del Museo de Castelo Branco daré simple noticia a este II Congreso Arqueológico del S. E. por:

1.º Demostrar la necesidad del recuento pedido por el Prof. M. Santa-Olalla en Portugal.

2.º Probar no estar al presente segura la falta de secuencia en hallazgos de esta edad, que nos indica el último recuento del fallecido Dr. Ruy de Serpa Pinto («Activité minière et métallurgique pendant l'âge du bronze en Portu-

gal» separata del tomo XVIII, año 1933 de Anais da Faculdade de Ciências do Porto).

En su mapa 3 nos indica como que una quiebra en la región que queda dentro de una línea que uniese Penamacor-Abrantes-Río Tajo en la provincia de Beira Baixa.

3.º Que los hallazgos en depósito del Museo de Castelo Branco con el de Porto do Concelho, refuerzan los hechos observados por el Profesor Mendes Corrêa, del paralelismo entre los hallazgos y la riqueza minera del estaño y cobre, componentes del bronce, yacimientos que se encuentran en esa región como se puede ver en el mapa de la figura 1 del trabajo citado.

Otra razón mas fuerte, y ésta de orden moral, me hace limitar esta comunicación a simple noticia: es que según informado por el Director del Museo donde se guardan —que veo confirmado en la revista del Instituto Português de Arqueología, Historia e Etnografía, Ethnos, volumen II.º— saldrá un trabajo del ya muerto Dr. Manuel de Paiva Pessoa con el título «Contribuição para o estudo da idade do bronze na região de Castelo Branco», no se si sobre la totalidad del material del nombrado Museo, si sobre parte del mismo.

De todas maneras una cosa nueva debe traer esta noticia sobre la materia de que se componga el anunciado: su cronología, atendiendo la antigüedad del escrito que debe tener diez años.

Por el autor del trabajo haber muerto sin el gusto de ver publicado el fruto de su labor, por el original aun para publicarse, no me cabe el derecho de aprovecharme de su retraso para hacerlo yo.

Esta noticia será antes como fichas de los hallazgos múltiples del bronce, elementos indispensables en obra de conjunto del recuento, en el estado actual de descubrimientos, del bronce en Portugal, una de las piedras del monumento paletnológico peninsular que urge levantar.

HALLAZGOS DISPERSOS

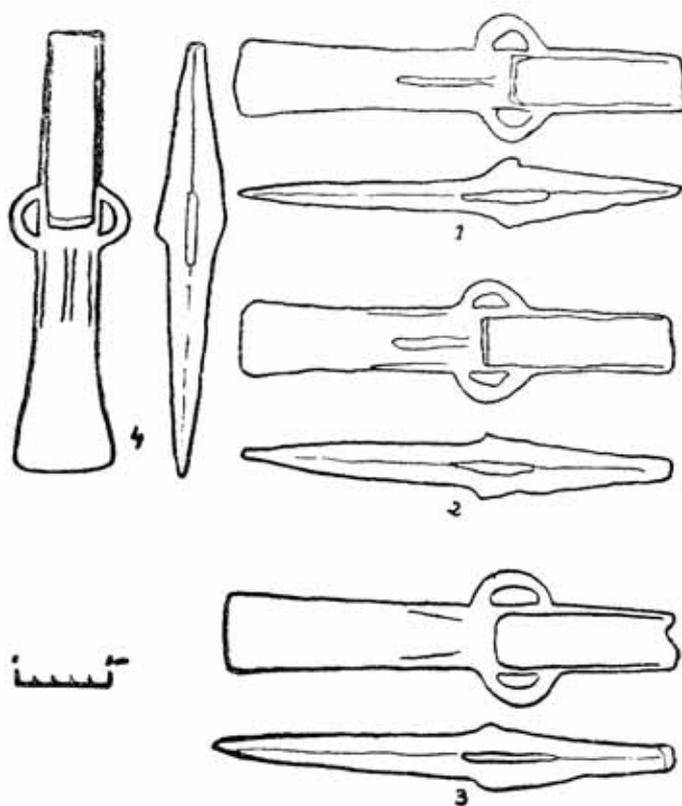
Fig. 1.^a con bosquejos y contornos por cesión del Director del Museo, en I y II.

N.º 1— de Paul—Hacha con dos asas; peso -979,5 gramos; dens. -7,867.

N.º 2— de ?—Lo mismo; peso -988,3; dens. -7,924.

N.º 3— de ?—Lo mismo; peso -1081,5; dens. -8,319.

N.º 4— de ?—Lo mismo; peso -1066,5; dens. -8,235.



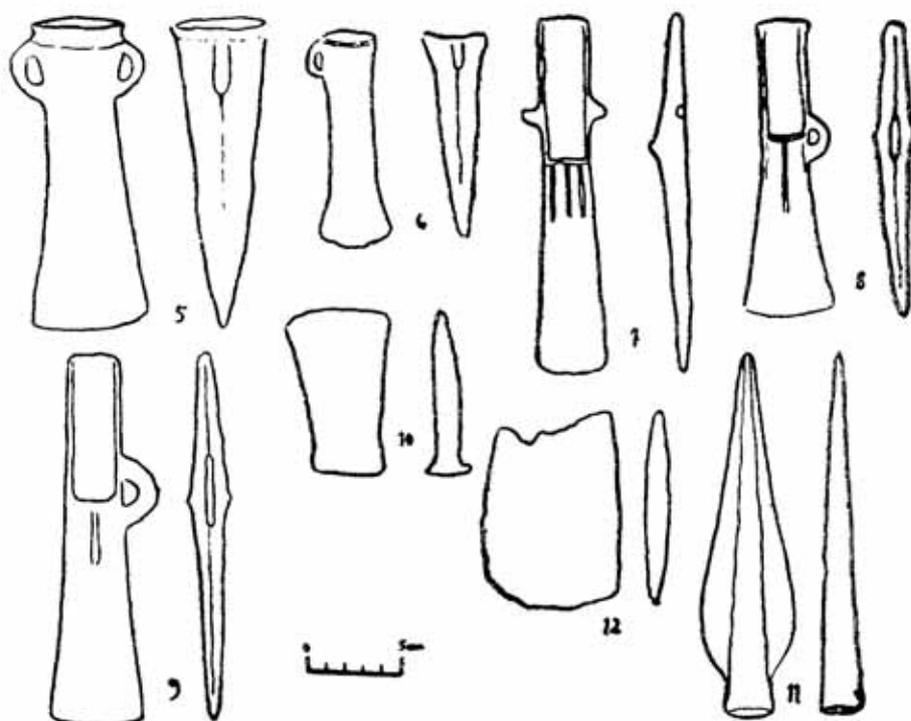
HALLAZGOS DISPERSOS.—I. BOSQUEJOS Y CONTORNOS DE LA FIG. 1.^a

N.º 5— de San Vicente da Beira.—Hacha de cubo con dos asas; peso -999,5; dens. -7,782.

N.º 6— de Sarzedas.—Hacha de cubo con un asa; peso -169,3; dens. -6,967.

N.º 7— de Monforte da Beira.—Hacha con salientes laterales; peso -312,6; dens. -8,056.

N.º 8, 9, 10 y 11— de local indeterminado respectivamente.—2 hachas de talón con un asa; 1 fragmento de talón y punta de lanza; peso -386,8 -521,2 -343,2 -147,8 -487,5; dens. -8,177 -8,198 -8,482 -6,568 -8,434.



HALLAZGOS DISPERSOS.—II. BOSQUEJOS Y CONTORNOS DE LA FIG. 1.^a

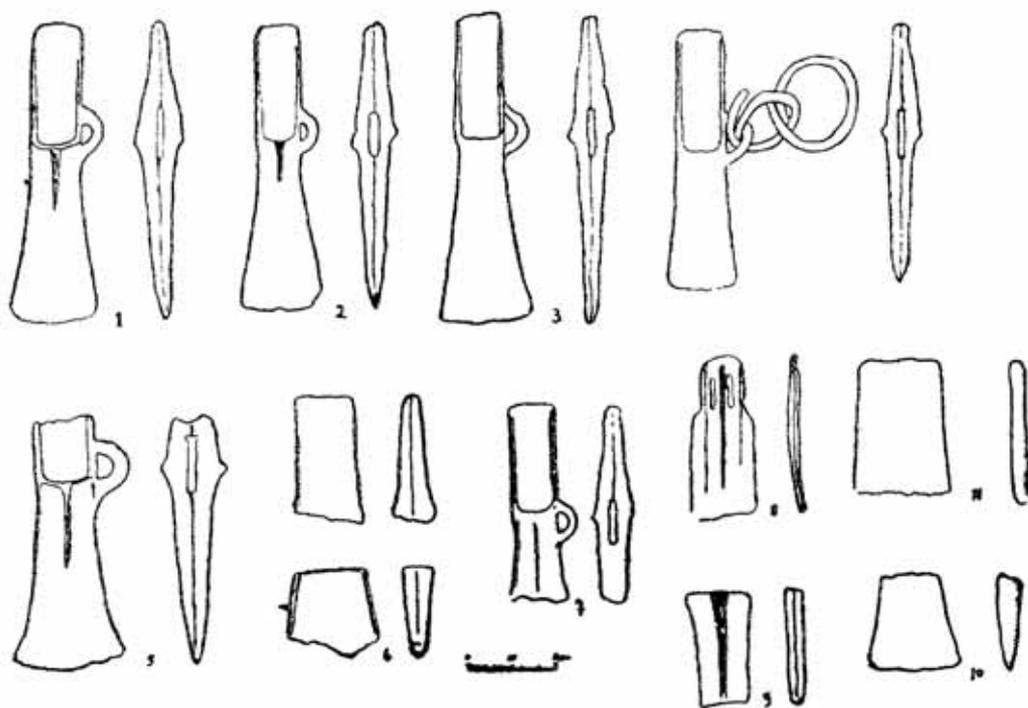
HALLAZGO DE ERVEDAL

Hace diez años poco más —me dice en carta el gentilísimo Director del Museo— en una finca del señor Raúl César Caldeira, llamada «Ervedal», a 28 kms. de Castelo Branco en la carretera de Fundão, se encontraron las piezas que se representan en la figura 2.^a igualmente con bosquejos y contornos en III y IV.

Se trata, según me parece, no de un escondrijo, pero de oficina de fundidor.

No se hallaron moldes; más la gran cantidad de pastillas y carbón parece justificarlo plenamente.

- N.º 1— Hacha de talón de un asa; peso -431,8; dens. -7,602.
 N.º 2— lo mismo que n.º 1; peso -394,6; dens. -8,020.
 N.º 3— lo mismo que n.º 1; peso -373,5; dens. -7,638.
 N.º 4— lo mismo que n.º 1; peso -346,1; dens. -8,030.
 N.º 5— lo mismo que n.º 1, fragmentado; peso -654,6; dens. -7,665.
 N.º 6— fragmentos de hacha ?; peso -221,2 y -145,6; dens. -7,680 y 7,870.
 N.º 7— fragmento de hacha ?; peso -269,3; dens. -8,014.
 N.º 8— fragmento de puñal ?; peso -53,1; dens. -7,426.
 N.º 9— ?; peso -61,65; dens. -8,275.
 N.º 10— fragmento de hacha; peso -126,1; dens. -8,188.



HALLAZGOS DE ERVEDAL.—III. BOSQUEJOS Y CONTORNOS DE LA FIG. 2.^a

- N.º 12— fragmento de talón; peso -176,8; dens. -7,305.
 N.º 13— lo mismo que n.º 12; peso -83,15; dens. -7,956.

N.º 14— fragmento de hacha de cubo (?); peso -69,4; dens. -7,543.

N.º 15— lo mismo que n.º 14; peso -45,55; dens. -7,591.

N.º 16— ?; peso -24,65; dens. -8,287.

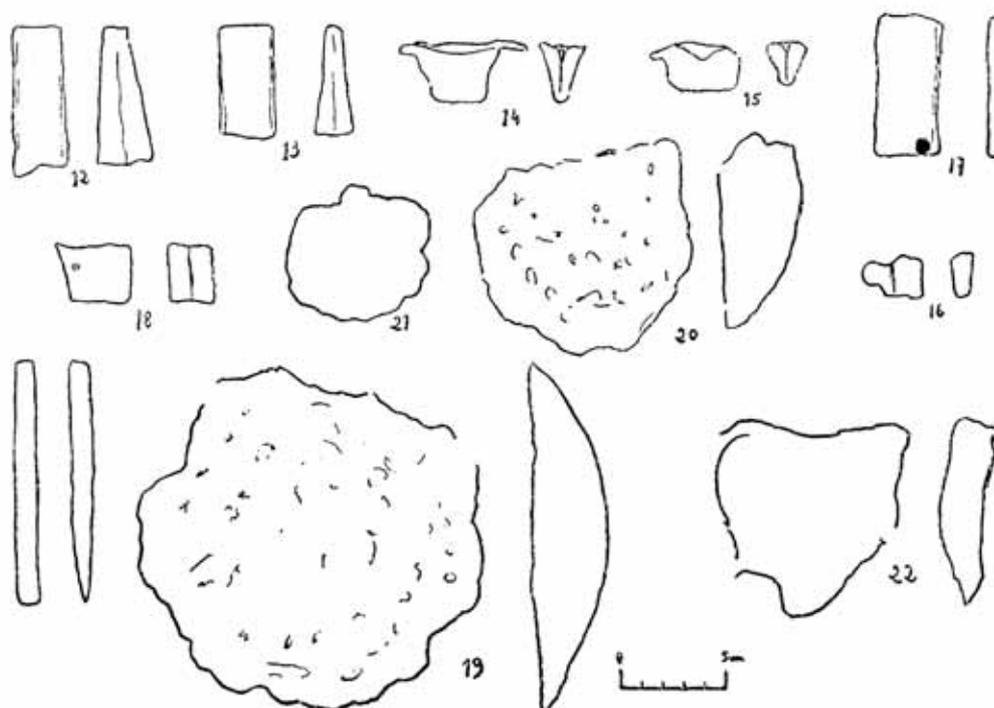
N.º 17— ?; peso -101,45; dens. -7,894.

N.º 18— ?; peso -119,35; dens. 8,259.

N.º 19— Pastilla; peso -137,6; dens. -7,665.

N.º 20— Pastilla; peso -769; dens. -8,285.

Los hallazgos del Museo Regional de Francisco Tavares Proença Jr. en Castelo Branco (provincia de Beira Baixa), encontrados todos en esa región, los debemos cronológicamente clasificar, según los más modernos estudios, en el Bronce Atlántico II.º de nuestra Península (de M. Santa-Olalla), que va de los años 900 hasta el 650 a. C.



HALLAZGOS DE ERVEDAL.—IV. BOSQUEJOS Y CONTORNOS DE LA FIG. 2.^a

De que mucho de este material se pierde, siendo puro acaso o suerte llegarse a conocer, tengo el honor de presentar a

este II Congreso Arqueológico del S. E. en Albacete, por el interés que todo material tiene para el completo estudio paleontológico peninsular:

1.º Que entre los elementos de conocida capacidad arqueológica de los dos países, se combinen sólidas bases, con finalidad de propagar el respecto por todo material.

2.º Que igualmente elementos escogidos hagan para la Península el recuento de materiales y bibliografía de las diferentes edades de la cultura primitiva.

Barcelos (Portugal) A. D. 1946.

El Sr. Martínez Santa-Olalla dice que dado lo general de los problemas a tratar, sería conveniente el llegar a establecer ciertas comisiones entre los congresistas, que, de una manera sistemática y exhaustiva, se dedicasen a la recogida de materiales. Cita a la Srta. Martín Rocha y al señor Mac White, y en general se refiere a «nuestros jóvenes arqueólogos» para que de una manera privada y libre se fueran estableciendo estos inventarios cuya utilidad pone de manifiesto el Sr. Sellés Paes de Villas Boas, que, indudablemente, representa un ensayo interesante en la reconstrucción histórica de nuestro Bronce atlántico.

«Cuando menos —dice a continuación el Sr. Martínez Santa-Olalla—, creo que sería interesante destacar el valor que para nosotros tiene una contribución de un colega portugués, cosa de que estamos muy necesitados, ya que hasta hace pocos años hemos vivido deliberadamente, más por parte lusitana que española, de espaldas. Y hemos tratado de establecer una raya portuguesa que tiene una gran modernidad —a todo tirar, con sus orígenes, un milenario—, la cual hemos pretendido establecer también en la Historia primitiva, cuando ninguna de las fronteras étnicas y culturales responden a nuestras fronteras políticas modernas. Creo que este camino emprendido en los últimos años será altamente beneficioso para el progreso de la Paleontología peninsular».

OS CAMINHOS DO SE. PARA O SO. DA PENINSULA, CAMINHOS PENINSULARES

Por el Prof. Luis Chaves

Conservador del Museo Etnológico de Lisboa

Tem-se afirmado, em razão dos factos considerados, que a Península foi caminho de civilizações entre a Europa e a África e, vice-versa, entre a África e a Europa. Foi, de facto, a faixa oriental a estrada, que serviu funcionalmente êsse trânsito. O que chamaríamos hoje «cabeça de ponte», em vista de tal movimento de culturas, foi sem dúvida o SE, espanhol. Aí chegariam os valores culturais europeus em marcha para o continente africano, e se adaptariam á passagem, tal vez através de uma adaptação própria; aí chegariam também da África os valores transmitidos, que sofreriam pausa e adaptação, antes de se prepagarem. Desta forma, a evolução e a transmissão seriam primeiramente operadas na vasta região peninsular do SE., propagandose em todos os sentidos possíveis, á medida que fôsem atingindo afôrça expansiva necessária.

Esta zona funcionaria como centro de recepção, preparação e emissão de culturas. Cada região, que as recebesse, teria uma capacidade, maior ou menor, de as receber e afeiçoar.

Para SO., O. e NE. irradiariam assim os impulsos de culturas, procedentes dos caminhos africanos. Para o S. caminhariam os de origem europeia, se bem que pudessem também estes mesmos, como se fôsem comprimidos de N. para S., seguir para O. e SO.

Embora em conjunto haja necessidade de atender aos caminhos, que atravessavam os Pireneus as culturas do N. para o S., caminhos divergentes, ao entrarem na Península, para o NO., para NE. e directamente N-S., não são todos da mesma importância para o estudo das culturas de SE. e S. Quando as atingiram, se as atingiram, já tinham sofrido os choques de atenuação e deformação nas zonas intermediárias. Já não aconteceu o mesmo com as culturas africanas, que, ao

entrarem na Península, encontravam logo de chofre uma zona peninsular geográfica, possivelmente etnológica, já disposta a receber e propagar os elementos enviados.

Quanto ao que se refere a Portugal, as influências recebidas no N., como na Galiza, dentro do «ciclo de NO», e as do Centro interior, sem dúvida mais relacionadas com o mesmo NO. do que com o «ciclo central», pertencem aos caminhos peninsulares de N-S., principalmente ao longo do litoral. As do S., junto do Tejo, e dêste rio para baixo, já provêm dos caminhos do S. e SE. A este «ciclo do SO.» ou sub-ciclo SO. do Ocidente ibérico ou «ciclo português» chegaram directamente as fortes influências culturais da zona de SE., que para êle representa un centro de emissão.

Não podemos deixar de considerar que esta acção do SE. é solidária com as influências nativas, peninsulares, que foram capazes de dar carácter e evolução regionais a tipos recebidos aí como centro geográfico e cultural de recepção. E em certo momento, diante dos factos revelados pela arqueologia, não poderemos ainda decidir qual o rumo das influências: de Espanha a África? de África a Espanha? Onde se diferenciaram tipos comuns: cá ou lá?

É possível já determinar hoje, sem hesitação alguma, que o *capsense* tenha tido origem africana e não espanhola? Ou que esteja fora de dúvida a coincidência ou paralelismo, seja por que fôr, de um tipo afim de cultura no SE. peninsular e no NO. africano? A continuidade geográfica, na verdade, tanto explicará um como o outro dos sentidos da propagação desta cultura, que pode muito bem ter-se formado no SE. e de aqui irradiar para o N. onde chocou já com as culturas euro-pirenaicas, e para o S. onde passou á África fora de influências europeias.

Não é êste porém o problema, que me ocupa nesta nota; julgo que o progresso dos estudos arqueológicos, tão bem entregues e continuados em Espanha, e seguidos con interresse científico em Portugal, lhe hão de dar solução. O que me trouxe a estes campos, foi a consideração dos caminhos cul-

turais, que ligaram o SE. e S. da Península ás terras portuguesas, das provincias meridionais.

Uma dessas rotas culturais foi a do *capsense*, que chegou a Portugal. Penso que a não podemos separar do caminho da cultura do vaso *campaniforme*. Se, próximo da foz do Tejo, existem estações com abundantes provas da cultura do vaso campaniforme, e até uma das regiões mais demonstrativas fica entre os estuários do Tejo e do Sado, também á beira do Tejo, mais para montante, os concheiros de Muge manifestam influências do capsense, ainda há pouco uma vez mais afirmadas pelo Rev.º P. Eugénio Jalhay.

As grutas de Palmela, os castros da Rotura e de Chibanes outras estações menores, entre o Sado e o Tejo, no âmbito arqueológico de Setúbal, tão explorado pelo arqueólogo, Marques da Costa, revelam a entrada desta cultura pelas fáceis linhas de penetração, formadas pelos rios. As grutas de Carenque, exploradas pelo Prof. Manuel Heleno, as da Alapraia, cuja exploração antiga foi alargada pela descoberta de novas grutas, pelo P. Jalhay e capitão Afonso do Paço, outras sepulturas e grutas dos Estoris e Cascais, de achado antigo (Cascais) ou moderno (Estoril, S. Pedro), ficam a pequena distância do Tejo (Carenque e Alapraia) ou sobranceiras á costa, na entrada do rio (Estoril e Cascais). Em todas se manifesta o vaso campaniforme e a tipologia do material coevo, concordante. Para outras estações, mais afastadas, nem pode excluir-se a influência dos rios (Tejo ou Sado, os dois na península intermédia), nem a da proximidade da costa.

Mais para o interior, no Alentejo, ainda havemos de contar com os caminhos do Guadiana, paralelos aos do Guadalquivir. E nas estações afastadas dos rios até onde a penetração não pode ter sido efectuada directamente pelos rios, e todavia existem estações com tipologia da cerâmica bem determinada nos modelos campaniformes, só se compreende a apresentação do tipo, quando atendermos ao percurso de caminhos transversais. Poderia logicamente concluir-se que devia ser

assim, mesmo quando os intervalos antre rios mais próximos fôsem pequenos. Se para E. do rio Sado surgem, afastadas de estações ricas e densas de material, junto do rio, outras, cuja cronologia e cuja tipologia concordam, é certo que das mais favorecidas partiram para as outras. Se o mesmo acontece em relação ao Tejo, concluimos igualmente.

Nestas regiões, ainda não estranharíamos a influência do exterior sôbre o interior, por ser notabilíssima a concentração cultural nas margens dos dois grandes estuários. Mais de estranhar é que noutras, mais afastadas em relação a rios interiores e em situação muito longe da foz no mar, se manifeste a cultura do vaso campaniforme. É o que se dá, para citar um estudo recente, na região de Moura (Alentejo) em lugares afastados do Guadiana, dentro do espaço entre este rio e o Guadalquivir. Houvesse embora, o que se terá de averiguar, sinais do caminho desta cultura pelo Guadiana acima, por estações definidas ao longo das suas margens, não pode recusar-se a aceitação de caminhos terrestres, transversais, e nem de outra forma saberíamos compreender a penetração da cultura em locais distantes dos rios.

Os caminhos seguidos pelo vaso campaniforme do SE. e S. de decoração incisa, que foi opulenta em Palmela, foram sem dúvida continuados pela cultura de Almería, com os micrólitos geométricos, e cerâmica incisa, e pela cultura *argárica*, também almeriense, mais costeira, até o Algarve.

Ainda teriam depois a mesma orientação geral os caminhos dos Fenícios, dos Gregos e dos Cartagineses, embora a extensão e profundidade das influências tenha sido menor, e os dos Romanos, que pelo tempo do domínio, pela organização política, pela influência social e artística, mais do que nenhum dos povos mediterrânicos fêz sentir a sua acção.

Os caminhos romanos atravessaram toda a Península. Antes de Augusto e do levantamento da carta geral dos roteiros de Agripa, também não andariam longe dos antigos os caminhos romanos, e até na maior parte aproveitariam, por lhes serem praticáveis, os que encontravam. O traçado ma-

gístral da *Via Domitia*, esquemáticamente alongada junto da costa mediterrânica ou paralela ao litoral, foi feito pelas mesmas razões de ordem prática dos caminhos N.-S., a ligarem o Norte com o Sul á vista do mar. Ela serviu os grandes centros de cultura, especialmente, para o nosso caso, os do E. e S. As transversais, que ligavam estradas de penetração ao longo dos rios e dos vales suaves, levavam ao interior o movimento comercial e cultural, político e militar dos dominadores e dos dominados.

As vias de entrada em Portugal continuaram a ser ao longo da costa, desde a foz do Guadiana ao Sado e ao Tejo, ao longo do Guadiana e do Tejo, com ligações com o Sado, umas sensivelmente em diagonal da Foz do Guadiana á do Tejo, por Beja, outras de través, do Guadiana ao Sado, por Évora. Os tres grandes rios facultavam a corrente e a referência das margens, para as actividades da romanização. Povoações fluviais foram importantes. Povoações de trânsito e de guarnição foram-no também. Povoações ou agregados mineiros entre êles, por maior, *Metallum Vipascense* (Minas de Aljustrel), estavam condicionados pela facilidade nas comunicações.

As diferenças entre umas e outras destas épocas culturais apenas se baseavam nas facultades de transporte, porque os caminhos haviam de ter sido os mesmos, quer por terra, quer por água.

Mendes Correa, *Os Povos Primitivos da Lusitania*, Porto, 1924, pág. 165 e ss., fig. 7, pág. 157 (mapa de distribuição do capsense final) fig. 19, pág. 199 (id. da irradiação da cultura de Almería).

Hugo Obermayer, *El Hombre Fossil*, Madrid, 1916, pág. 326 (roteiro do capsense).

P. Eugénio Jalhay, *Grutas da Alapraia*, em «BROTÉRIA», vol. XXI, Agosto-Setembro de 1935, fig. 9 (mapa das culturas eneolíticas da Península com os roteiros do vaso campaniforme e da cultura de Almería).

Marques da Costa, *Estações prehistóricas dos arredores de Setúbal*, em «O ARCHEOLOGO PORTUGUÊS», a partir do vol. VII, Lisboa, 1902.

Leite de Vasconcellos, *Religiões da Lusitania*, vol. I, Lisboa, 1897, vol. I. págs. 219, e 237.

Manuel Heleno, *Grutas Artificiais do Tojal de Vila-Chã (Carenque)*, comunicação feita ao Congresso Luso-Espanhol de 1932. Lisboa.

P. Eugénio Jalhay, Afonso do Paço e Leonel Ribeiro, *Estação pre-histórica de Montes Claros, Monsanto, (Lisboa)*, em «REVISTA MUNICIPAL», n.º 20-21.

Manuel Heleno, *Comunicações, ainda inéditas, no Instituto Português de Arqueologia, História e Etnografia (Museu Etnológico)*, Lisboa, em 1945.

Fragoso de Lima, Id. *Comunicações (estudos arqueológicos e escavações na região de Moura, a E. do rio Guadiana) em 1945 e 1946.*

* * *

ALMIZARAQUE

LA MAS ANTIGUA EXPLOTACION DE LA PLATA EN ESPAÑA

Por Juan Cuadrado Ruiz

Director del Museo Arqueológico
y Comisario Provincial de Excavaciones de Almería

A un kilómetro escaso de Las Herrerías de Cuevas (Almería), en el centro de un fértil llano que riegan las aguas del Almanzora, a 3 kilómetros del Mediterráneo y a 100 metros de la casa que habitara hasta sus últimos días el sabio arqueólogo, de glorioso recuerdo, don Luis Siret y Cels, se alza el llamado «Cabezo de Almizaraque», frente al de Las Herrerías, a poniente; Sierra Almagrera, hacia el norte y levante; a oriente el Mediterráneo, y el río Almanzora, al sur.

De situación topográfica privilegiada, al final del período Neolítico lo elige por habitación un pueblo venido del Oriente y, que tras probables altercados con los naturales del país, logra imponerse, fija en él su estancia, da comienzo a la explotación de la plata, cuyo aprovechamiento era en absoluto desconocido para los indígenas, y funda aquí una factoría minera cuyos remotos vestigios convierten hoy este yacimiento prehistórico en uno de los más interesantes y de mayor

importancia, no sólo de esta privilegiada zona del Sudeste español, sino de España entera, por múltiples y excepcionales circunstancias y razones.

Las costas de nuestra provincia de Almería, por su especial situación topográfica, fueron algo así como el obligado tope y puerta de entrada a la Península de la cultura ibero-mauritana y de todas las que procedían del Oriente. Fué el Sudeste español —como ha dicho un conocido publicista— la verdadera «boya de amarre» de las primeras civilizaciones. Los ríos Almanzora y Andarax constituían las naturales entradas a la actual Andalucía, máxime si se tiene en cuenta que, hasta los tiempos de la dominación romana, fueron navegables sus amplios y profundos cauces —como las actuales rías norteñas— en trayectos de relativa importancia, constituyendo para aquellas primitivas naves que surcaron el Mediterráneo magníficos puertos de refugio, de insuperable abrigo contra las tormentas.

En el siglo primero de nuestra Era, Pechina, la antigua «Urci», hoy a 3 kilómetros de la costa, estaba aún considerada como puerto de mar, y varios siglos antes subían por el Almanzora las naves fenicias hasta las proximidades de Herrerías y Almizaraque, tras de rendir ofrendas sus tripulantes a cierta deidad femenina en acción de gracias por su feliz arribo a estas costas o implorando su protección, al hacerse de nuevo al mar, para el mejor éxito de sus viajes y para el buen logro de sus empresas. Testigo de estas preces fué el templo que a la aludida deidad protectora alzaron aquellos audaces navegantes a la entrada de la ría, frente al actual paraje de «Los Conteros», sobre la margen izquierda, aguas abajo, del río que mucho tiempo después había de tomar el nombre del árabe Almanzor, y en las proximidades a la conjunción con éste de la rambla que lleva el nombre de Mulé-ria. Al dar comienzo en 1932 los trabajos de replanteo de la carretera que une en la actualidad Villaricos (la primitiva «Bária») con Herrería de Cuevas, vinieron éstos a servir de auxiliares a los estudios arqueológicos del Sudeste, poniendo

al descubierto las ruinas del templo a la repetida deidad, entre las que hallamos, aparte otros objetos y esculturas interesantes, 207 figuras-ofrenda, en barro cocido, representando el busto de la diosa, varias de ellas con primitivas inscripciones en caracteres púnico-fenicios.

Pero dejemos a un lado tiempos proto-históricos, para volver la vista a los anteriores a la colonización fenicia, ya que de esta última han de hablarnos luego Polibio, Artemidoro, Avieno, Herodoto y demás autores de la antigüedad.

A la circunstancia apuntada de ser navegable el precitado río Almanzora en varios kilómetros, se debió, sin duda, el descubrimiento de los primeros filones argentíferos de España y el comienzo de su explotación en el paraje conocido hoy por «El Hoyo de la Roza» de Herrerías, en tiempos anteriores, repetimos, a la Historia escrita.

¿Cómo debió iniciarse el aprovechamiento de los filones argentíferos de «La Roza»? Acaso no sea preciso dar a la fantasía demasiados vuelos —hechas aquí las excavaciones arqueológicas— para intentar descifrar la clave. Los felices descubrimientos de Siret en Almizaraque fijan la época del hallazgo de los ricos criaderos de plata en el pleno Eneolítico, más de 1.000 años antes, por consiguiente, de lo que hasta aquí se creyera.

Por el Almanzora penetraron un día, tal vez en viaje de exploración, o acaso —y es lo más probable— en busca de refugio contra algún fuerte temporal de levante que les sorprendiera en su crucero, bajeles venidos del Oriente. Frente al paraje que eligieran para fondeadero de sus naves, río arriba, llamó la atención de los cultos navegantes la intensa policromía y la especial estructura y situación del «Cabezo de la Roza», con su falla geológica inmensa; y al estudiar cuidadosamente los estratos de ésta, aparecieron a los ojos asombrados de los orientales, previos ensayos iniciales y adecuados del mineral, ricos criaderos argentíferos, vírgenes de explotación hasta aquel momento. El descubrimiento de la plata de España significaba para ellos, como también para la historia de

la minería española, un hecho de importancia excepcional y el primer peldaño de una explotación que había de subsistir ya hasta nuestros días, sin interrupción durante más de cuatro milenios.

A aquellos primitivos descubridores, conscientes de la magnitud del hallazgo y hábiles comerciantes —como años después habían de serlo sus descendientes los fenicios— les interesaba muy mucho no abrir los ojos a los naturales del país y no despertar en ellos la codicia; y al efecto, en vez de ilustrarles en el nuevo arte de la metalurgia, traen del Oriente, por su cuenta, un equipo de verdaderos prácticos y ensayadores (de primitivos ingenieros y químicos, podríamos calificarles), quienes se sitúan en el repetido «Cabezo de Almizaraque» y fundan y dirigen la primera explotación argentífera de que se han descubierto indicios en el suelo español, inaugurando así entonces, tras de ensayar convenientemente la ley de los minerales que han de aprovecharse, y *en época aún prehistórica* —esto es lo interesantísimo del caso— la exportación de los mismos, comercio que, como decíamos, ha de seguir ya, con más o menos intervalos, en el Sudeste español, en siglos sucesivos.

No sería aventurado afirmar que las «Leyendas Heroicas» de los griegos, dentro de lo fabuloso e imaginativo de los relatos, encierran muchas veces en el fondo hechos ciertos y reales, aunque adulterados y desfigurados por la fantasía.

Cuando nos hablan dichas leyendas de la venida a España del mitológico Hércules con los Argonautas y de su triunfo sobre Gerión, ¿no harán referencia, acaso, a alguna de aquellas remotas expediciones mineras a nuestra zona, llevadas a cabo por los orientales, primeros explotadores del subsuelo de nuestro país?...

Los hallazgos de Siret en Almizaraque, con su ajuar de incontestable elocuencia, dan un mentís a teorías y escritos sobre la época del descubrimiento de la plata española, que hasta aquí fueran tenidos punto menos que como artículo de fe.

Fueron, según Posidonio, los fenicios históricos sus descubridores, y en esta idea abundan Plinio, Estrabón y otros quienes nos hablan con gran lujo de detalles de nuestra primitiva minería. (1) Pero Almizaraque, repetimos, ha venido a poner de manifiesto lo erróneo de tal creencia, ya que muchos años antes de la Fenicia histórica, en el período eneolítico, fué ya explotado dicho importantísimo criadero argentífero por pueblos extranjeros, iniciándose entonces en realidad los trabajos mineros en nuestra patria, trabajos que progresivamente habían de adquirir importancia extraordinaria y excepcional. (2)

La codicia de sus riquezas mineras atrae luego al Sudeste español diversas invasiones de que nos habla ya la Historia: fenicios, griegos y cartagineses, trabajan con gran intensidad y resultado espléndido el subsuelo de nuestra comarca y el de la inmediata Cartagena. Plinio nos habla aquí de los «Pozos de Aníbal» («Putei Hannibalis»). Es tal la riqueza argentífera de España, que coinciden todos los autores de la antigüedad en afirmar que no ha sido superada, ni siquiera igualada por ningún otro país del Viejo Mundo. (3) Por ello llegan a confundirse a veces, al tratar del tema, leyenda e historia, hasta el extremo de que, en muchas ocasiones, no sea fácil distinguir dónde termina ésta para dar paso a la fábula.

Los arroyos de plata derretida en el incendio de los bosques ... (4); las áncoras de los bajeles fenicios, que eran aquí fundidas en este rico metal, para completar el cargamento, lanzando al mar las que traían de plomo ... (5); las campanas del Templo de Salomón, fundidas en plata pura de esta zo-

(1) «Hispania», de Schulten, págs. 69 a 73.

(2) Siret. «Les premiers âges du metal dans le Sud-est de l'Espagne», primera obra galardonada con el «Premio Martorell», a raíz de su creación por el filántropo catalán homónimo.

(3) Estrabón, 146.

(4) Posidonio.

(5) Diodoro, V. 35.

na...; los toneles y pesebres de plata elaborados por los Turdetanos ... (1).

Es lo cierto que, historia o leyendas, las referencias más o menos exageradas de nuestros ricos criaderos, excitaron la codicia de todos los extraños, y aseguran los más serios historiadores que el principal objetivo de la conquista de España por los cartagineses, primero, y luego por los romanos, no fué otro que el aprovechamiento de su gran riqueza minera.

Se alza cabezo de Almizaraque en el paraje de la provincia de Almería que apuntamos al principio, siendo las dimensiones del montículo unos 100 metros de longitud por 50 de máxima anchura y 3 a 4 metros su elevación sobre el nivel actual de la planicie, nivel que era más bajo en aquellos tiempos, pues el río Almanzora va rellenando progresivamente con sus tarquines el terreno que fecunda, modificando asimismo, aunque muy paulatinamente, la línea del litoral del Mediterráneo. Tal ocurre, igualmente, con el río Andarax en su desembocadura, y de un modo aun más palpable, pues está demostrado que cada año avanza allí hacia el mar el terreno 3 metros y 50 centímetros por término medio (350 metros cada siglo), siendo ésta la causa del cambio de estructura de la costa de Almería en pocos años relativamente, según apuntábamos más arriba.

Un foso profundo rodeaba el poblado en todo su perímetro y constituía una magnífica defensa contra posibles sorpresas de los indígenas y tal vez contra los ataques de los lobos, muy abundantes hasta el pasado siglo y acaso aun más, entonces, en nuestro país.

De los enterramientos colectivos, situados siempre fuera del recinto, correspondientes a aquellos remotos invasores, aun puede verse, a 200 metros del cabezo, uno magnífico excavado por Siret años antes que el poblado. Es del tipo «megalítico» y —como los de los Millares de Gádor, de la misma época— de cámara circular cubierta por falsa cúpula, con pe-

(1) Estrabón, 151.

queño corredor de entrada y formada ésta por una gran losa, a manera de puerta, colocada verticalmente y en la que habían practicado una abertura de forma oval. Contenía restos de más de 50 individuos, la mayoría carbonizados por la acción de pequeños hogares encendidos debajo de los cadáveres dentro de la misma sepultura. También dió abundante ajuar propio del pleno Eneolítico, siendo de notar, entre otros objetos que nos hablan de comercio de importación, buen número de cuentas de collar de «callais» (fosfato aluminoso verde, variedad de turquesa, que se encuentra en los filones de estaño, dato significativo sobre todo si se tiene en cuenta la carencia absoluta de este producto en los registros mineros de nuestra zona).

Las zanjas abiertas en el lugar de emplazamiento del poblado durante las excavaciones, nos descubrieron capas superpuestas de tierra y piedras, de distinto espesor: 2 a 3 metros, aproximadamente, hasta llegar al terreno virgen, generalmente arenisco, y que en ocasiones sobrepasan esta medida. Fué en parte origen de estas capas la intencionada nivelación del piso por aquellos extranjeros, y en parte proceden de los escombros de techos y muros derruídos. En ellas encontramos, casi siempre entre cenizas y fragmentos de carbón, vasijas de barro de los tipos característicos de la época, lisas la mayor parte y algunas decoradas con dibujos incisos, que recuerdan los de los Millares, entre ellos, algunos de los del «vaso campaniforme»; piedras de molinos de mano, de forma ovalada, y útiles de hueso y pedernal. Los punzones y espátulas de hueso, finamente pulidos, se encuentran en Almizaraque en número extraordinario, como también los colmillos de jabalí, paquidermo que debió abundar en nuestro país en aquellos tiempos, a juzgar por los frecuentes hallazgos de sus restos.

Son asimismo innumerables las conchas perforadas, que utilizaban como adorno; amuletos y colgantes de piedra, de poco tamaño, de trabajo bastante perfecto, e infinidad de hue-

sos, restos de los animales que les servían de alimento, como también trigo carbonizado, habas, etc. (1)

En la parte del cabezo que mira al sur, junto a un gran silo en cuyo fondo apareció el esqueleto de un toro de buen tamaño —hallazgo que nos indujo a hacer conjeturas por su relación con cierto antiguo culto oriental— descubrimos buen número de interesantísimos huesos con dibujos geométricos de hábil factura y cuyo principal motivo decorativo consistía en dos ojos o soles radiados, completando la decoración series de líneas paralelas, rectas o en zig-zags, motivos ornamentales análogos a los de los ídolos portugueses y al encontrado en Conquero (Huelva), grabado sobre un cilindro de piedra. No está aún completamente aclarado si los precitados dibujos incisos de los huesos de referencia fueron grabados o solamente pintados, habiendo sido atacados, en este último caso, por las sales del terreno las superficies del hueso no protegidas por la pintura y dándoles dichas sales con su acción mecánica el aspecto de grabado intencionado que ofrecen.

Es también muy digno de notar otro objeto, al parecer de tocado femenino. Consiste en una placa de hueso artísticamente decorada con dibujos incisos y geométricos, y que acusan en su autor un hábil artífice. Siret conceptuó dicho objeto como un adorno femenino para la cabeza, algo así como una primitiva y original peineta. En todo su contorno presenta una serie de agujeros dispuestos, al parecer, para ser fijada sobre el moño, bien con el mismo cabello de su dueña o con fibras o hilos. Recuerda su perfil el de los pintorescos y artísticos moños llamados «de picaporte» que aun lucen en su tocado las mujeres de algunos pueblos de España, entre

(1) Los incendios, frecuentes en aquellas viviendas de techos de cañas, sogas de esparto y barro, y por tanto, de muy fácil combustión, vinieron a resultar unos poderosos auxiliares de los estudios arqueológicos, ya que, gracias a ellos, se conservaron en sus primitivas formas, aunque carbonizados, cereales y otros productos de la naturaleza o de la industria humana, que dada su condición deleznable, no hubieran podido llegar de otro modo hasta nuestros días.

ellos Mojácar, de idéntica forma a la del objeto que nos ocupa. Algunos han creído ver en éste un idolillo, que recuerda por su forma de 8 los llamados «de Hissarlik», y por su decoración las interesantes placas de pizarra portuguesas, pudiendo conceptuarse el curioso objeto de Almizaraque —como afirma el profesor H. Breuil— como el resultado de la fusión de estos dos tipos.

Por último, en las excavaciones llevadas a cabo en Portugal en una cueva sepulcral eneolítica de la Aldea de Alapraya, cerca de Estoril, y a unos 18 kilómetros de Lisboa, por los arqueólogos portugueses P. Eugenio Jalhay y Afonso do Paço, (1) aparecieron, entre otros muchos objetos, dos sandalias de piedra, de forma y tamaño parecidos al encontrado en Almizaraque (2); pero sin decoración. Como por la gran fragilidad de la substancia de que están hechas no podemos pensar que fuesen destinadas al uso diario, cabe suponer con A. do Paço si se trataría de sandalias votivas, simbólicas del viaje a ultratumba, o de objetos usados en algún ceremonial religioso.....

También aparecieron en algunas capas, entre los escombros de viviendas destruidas en Almizaraque por algún incendio, tejidos de esparto, carbonizados, que con los hallados por Góngora en la «Cueva de los Murciélagos», de Albuñol, (Granada) —y en cuya autenticidad creo firmemente— (3) y en la «Cueva de los Blanquizares de Lébor» por el autor de estas líneas, vienen a echar por tierra otra errónea creencia, muy arraigada antes de estos descubrimientos: la de la pre-

(1) Véase en el tomo 1.º, pág. 213 de la obra «Corona de Estudios», editada por J. Martínez Santa-Olalla, el trabajo «Sandalias de Alapraya», por A. do Paço, de la Academia Portuguesa de la Historia.

(2) Las Sandalias de Alapraya miden 21 centímetros de longitud y el objeto de Almizaraque 29.

(3) En mi trabajo «Excursiones Arqueológicas: De Almería a la Cueva de los Murciélagos en Albuñol (Granada)», dedico unos renglones al recientemente discutido tema de la autenticidad de los objetos de esparto hallados en dicha notable estación prehistórica por D. Manuel de Góngora y Martínez.

tendida importación del esparto a España, ya en plena época histórica, por los cartagineses (1).

Asimismo, abundan en el yacimiento de Almizaraque los tolmos de barro medio calcinados, con huellas perfectamente definidas de las sogas de esparto y de las cañas y los maderos que formaban las techumbres de las casas. También han quedado al descubierto varios silos que servirían para conservar los víveres, los granos principalmente, y acaso fuesen fondos o sótanos de viviendas.

Por último, entre el gran número de instrumentos de piedra que encontramos (pasan de dos mil los descubiertos hasta el día en Almizaraque), abundan las hachas de diorita, fibrolita, etc. pulimentadas; las hojas de sílex, de buen retoque; las puntas de flecha, idem, con aletas y pedúnculo, algunas de muy notable talla, fabricadas «in situ», como lo prueban los desperdicios hallados con gran profusión en diferentes puntos del yacimiento; magníficos ejemplares de puñal, de buen tamaño, también en sílex, con muescas para fijarlos convenientemente al mango o empuñadura; cuentas de collar, de «callais», etc.; una curiosa estatuilla representando una deidad femenina, acéfala, con gran triángulo sexual de cierto carácter asirio por el decorado de éste, y a la que bautizamos con el nombre de «la Venus de Almizaraque», que aunque en arte no iguale, ni con mucho, a la de Milo, la supera, no obstante, en antigüedad. Siret conceptuaba dicha figura como una de las representaciones de la diosa de la maternidad. También aparecieron otros idolillos de piedra, pero en los que la estilización de la figura humana ha llegado al máximo de esquematismo; un centenar de hachas planas, punzones, cinceles, etc. de cobre. Todo el material en resumen, y todos los restos de construcción —salvo unas sepulturas de época visigótica que descubrimos superficialmente en el cabezo al

(1) Estrabón lo creía de importación fenicia, como la palma y el algodón. Plinio y Mela aseguran fueron los cartagineses sus importadores. («Hispania» de Schulten, pág. 62).

iniciarse las excavaciones— pertenecen a la plena época Eneolítica perfectamente definida, y sitúa, por consiguiente, la estación de Almizaraque entre las más importantes de la etapa de transición de la piedra a los metales, de cuya cultura posee la provincia de Almería, como es sabido, varios y muy notables yacimientos, uno de ellos importantísimo, también descubierto y excavado por Siret, estación universalmente conocida y a la que hicimos antes referencia: «Los Millares de Gádor», que debieran llamarse de «Santa Fe», por ser en realidad en el término municipal de esta última población, y no en Gádor, donde radican «Los Millares».

Sorprende, a primera vista, la falta absoluta en el poblado de Almizaraque y en las sepulturas contemporáneas de aquél, de toda clase de objetos de plata, máxime conociendo, como conocían, la elaboración de dicho metal aquellos primeros explotadores de nuestra riqueza minera. A poco que se medite sobre el caso, se comprenderá la verdadera causa de esta aparente anomalía, que no es otra, según apuntamos más arriba, que el decidido propósito de aquellos astutos comerciantes de seguir ocultando a los naturales del país el verdadero valor e importancia del rico metal, que, en la totalidad de su producción, exportaban a su metrópoli.

Ello continuó hasta el período inmediato: el de la invasión de los pueblos importadores del bronce, quienes vienen o nuestro suelo, no como «parásitos», como hicieran los anteriores, sino a quedarse ya aquí definitivamente, conviviendo y acabando por fundirse con los indígenas, tras de seguras luchas en que al fin lograrían dominar por su táctica guerrera y gracias sobre todo a la superior calidad de sus armas de combate.

Cabe pensar si, para captarse los nuevos invasores la confianza y la amistad de los naturales del país, les abrirían a éstos los ojos sobre la verdadera explotación de que estaban siendo víctimas por parte de aquellos desaprensivos navegantes.

A esta época de los comienzos del Bronce en España, lla-

mada de «El Argar», por la estación arquetipo de esta cultura, (1) corresponden los más antiguos objetos de plata encontrados en nuestra nación y que abundan ya en todas las estaciones correspondientes a aquel período —«El Argar», «La Fuente del Alamo», «Gátar», «El Oficio», etc. (Almería); «La Bastida de Totana» (Murcia); Monachil (Granada); etc.— habiéndose hallado en todas ellas, con profusión, sortijas, pendientes, pulseras y hasta alguna diadema del rico metal.

Diversos autores, siguiendo a Bosch Gimpera, conceptúan a las gentes de la cultura del Argar, no como invasores, sino como verdaderos indígenas que, progresivos, llegaron a conocer las ventajas de la aleación del cobre con el estaño, consiguiendo el bronce, metal que por su mayor dureza y resistencia, y por consiguiente, de muy superior utilidad y aplicación representaba un avance marcadísimo en el arte siderúrgico (2).

Don Luis Siret le creía sinceramente equivocado en dicho punto, aunque respetaba su teoría.

Entre las muchas razones que se podrían aducir en contra de la opinión a que arriba aludimos, expondré solo tres:

1.^a La falta absoluta, en nuestra zona, del estaño, —primera materia, como es sabido, con el cobre, para la fabricación del bronce— hizo imposibles aquí los previos ensayos, y por consiguiente, el descubrimiento del nuevo metal, que tuvo necesariamente que ser importado. Creer, por otra parte, que al venir a este país los invasores, trajesen a los indígenas el estaño y los ilustrasen en la elaboración del bronce, siendo aun sus enemigos, parece también algo pueril. Ello hubiese equivalido a dar armas los invasores a sus contrarios los naturales del terreno, en su propio perjuicio.

(1) Se alza «El Argar» sobre la margen izquierda del río de Antas, frente a la población de este nombre, en el Partido Judicial de Vera (Almería), y fué descubierta y estudiada la notable estación por los hermanos Luis y Enrique Siret. (Véase la obra precitada «Les Premiers âges du metal»...)

(2) Debió influir, sin duda, en el ánimo del Sr. Bosch Gimpera la opinión de su Maestro Dr. Hubert Schmidt, quien no había visitado «El Argar»... (V. la Memoria número 8 de la Comisión de Invest. Paleont. y Prehist. de la Junta para ampliación de Estudios e Invest. científicas. Madrid, 1915).

2.^a Las fortificaciones y medidas defensivas, realmente extraordinarias para aquella época, que se observan en las ruinas de las ciudades de la cultura del Argar y el emplazamiento estratégico que daban los argarienses a las mismas, son razones que apoyan y confirman nuestra tesis. Siendo indígenas, siendo —en otras palabras— la gente del Argar los verdaderos y antiguos dueños del país ¿a qué ahora, de pronto y sin ninguna invasión en nuestro suelo de otro pueblo poderoso que atentase contra su integridad, a qué —repito— tanto prevenirse y aislarse «dentro de su misma casa»?... Y esto, además, a raíz de haber descubierto un metal de tan subido valor y resultado para sus armas de guerra, como era el bronce, que había necesariamente de darles manifiesta superioridad sobre sus enemigos....

Y 3.^a El cambio absoluto, radical y brusco que advertimos en todo el ajuar funerario, y podríamos añadir, hasta en las ideas religiosas, contradice igualmente la teoría del señor Bosch y resta fuerza a los argumentos que pudieran aducirse en apoyo de ésta.

Según se ha comprobado de modo que no ha lugar a dudas, los indígenas habían efectuado hasta entonces los enterramientos en dólmenes o panteones colectivos, o en cuevas sepulcrales, pero siempre fuera del recinto de las poblaciones. Las ofrendas a sus muertos revelan cierta delicadeza, cierta «finura aspiritual», cabría decir, a juzgar por el ajuar descubierto en aquellas sepulturas. De pronto, cambia en un todo la decoración. En vez de utilizar panteones colectivos aislados, efectúan los enterramientos bajo el suelo de las mismas viviendas, como temerosos de la profanación de los cadáveres de sus deudos por gentes enemigas que les rodean. Aparecen generalmente los cadáveres replegados dentro de grandes tinajas de barro cocido —por excepción, en la provincia de Almería, en cistas de piedra, destinadas al parecer aquí a sepulturas de jefes, a juzgar por su más importante ajuar funerario—, tinajas que contienen las más de las veces un solo cadáver y excepcionalmente dos, y en este caso, siempre de hom-

bre y de mujer. A las simbólicas y con frecuencia artísticas ofrendas y pequeñas vasijas, muchas de ellas finamente decoradas con dibujos incisos (de los que constituyen una magnífica muestra los del «vaso campaniforme») y hasta con pinturas, en algún caso, (1) —ofrendas con que parecían querer honrar «espiritualmente», digámoslo así, a sus muertos— observamos ahora en la cultura argárica (aparte las sencillas joyas de su uso y aparte también las vasijas siempre lisas, sin ninguna clase de decoración, y las armas de cobre o bronce con que los entierran) la carencia absoluta de aquellas ofrendas de orden simbólico.

Las gentes del Bronce, ofrendan a los cadáveres vasijas con abundante comida, y a veces también, fuera de ellas, grandes trozos de carne, como hemos podido comprobar en las excavaciones de ciudades argáricas de esta zona, donde encontramos en muchas de las sepulturas grandes huesos de buey, «magníficos biftéks», como decía humorísticamente Siret cada vez que aparecían los restos de alguno....

Además de un marcadísimo retroceso en ciertos órdenes, acusa todo lo expuesto un cambio tan brusco, tan completo y tan inexplicable si seguimos la opinión de Bosch Gimpera, que nos impide conceptuar a los argarienses como indígenas descendientes directos de los eneolíticos españoles, y nos hace ver claramente en la cultura del Argar el resultado de una invasión de otra raza distinta, que aquí se sitúa y se impone por la fuerza de las armas, aunque, andando el tiempo, acabará por fundirse con los naturales del país, como en otro lugar dejamos dicho.

Una de las más importantes observaciones hechas al excavar el poblado de Almizaraque, fué la siguiente: Entre las capas superpuestas, de que antes hablamos, con frecuencia se encuentran en los pisos de las casas, y a veces fuera de ellas,

(1) En el Museo Arqueológico Provincial de Almería puede verse un interesante ejemplar con pinturas geométricas en rojo, de líneas en zig-zag, procedente de «la Cueva de los Blanquizares de Lébor», magnífica y rica sepultura colectiva, descubierta por el exponente en término de Totana (Murcia).

unas «eras» o «parvas» con tierras y pequeños fragmentos de minerales procedentes del próximo criadero de Las Herrerías. En estas eras se hacían indudablemente los «demuestres», casi igual que en la actualidad se siguen aun haciendo, y en algunas de ellas hemos encontrado raederas y rastrillos de hueso, labrados al objeto, y que empleaban entonces para remover y mezclar el mineral, como hoy aún se hace de forma idéntica al cabo de cuarenta siglos.

Casi todo el mineral hallado en Almizaraque procede del repetido criadero de Las Herrerías, incluso las piedras que utilizaron para la construcción de las paredes de las primitivas viviendas, y como detalle curioso e interesante, anotaremos una observación de Siret —cultísimo Ingeniero de Minas, como es sabido, a más de gran Arqueólogo— observación que a muchos nos habría pasado sin duda inadvertida: Dichas piedras (mineral de hierro, baritina, etc.) no fueron recogidas superficialmente, sino cortadas en canteras o galerías, y ello lo demuestra el hecho de que conservan vivos sus cantos —cosa que no hubiera ocurrido de estar las piedras expuestas al desgaste de los agentes exteriores— apreciándose aún en muchas de ellas muescas producidas por el sistema de explotación, que es el que los actuales canteros llaman «de cuñeros», por las cuñas —antes de piedra y de madera y ahora metálicas— con que parten y separan los bloques de mineral.

Como —fuera de la plata— no existen en el cabezo de Herrerías otros minerales beneficiables que el hierro y la baritina, y como, por otro lado, carecían éstos de valor para aquellos primitivos explotadores, era, pues, la plata el único producto que aquí ensayaron y exportaron.

Debo consignar un hecho que, al parecer, contradice lo expuesto anteriormente. En las parvas a que se hace referencia, hemos encontrado en ocasiones granzas de minerales de cobre, muchos de ellos medio fundidos y mezclados a veces con los mismos pequeñísimos fragmentos, a los que los mineros denominan «perdigones», de dicho metal. Pero hay que acla-

rar, primero: Que estos minerales no proceden del inmediato cabezo de Las Herrerías, sino de otros criaderos más lejanos, aunque también probablemente, de la cuenca del río Almanzora, y segundo, y esto es lo esencial: Que dichos minerales cobrizos son con frecuencia notablemente argentíferos, según han demostrado los análisis. Esto viene a confirmar, una vez más, que fué la plata la principal mira que en sus exploraciones guió a aquellos orientales.

Al tratar de los objetos que hemos hallado en Almizaraque, dejé de propósito de consignar en la reseña de los mismos dos de gran interés y cuya descripción encajaba más de lleno en esta parte de mi trabajo: las «punterolas» de piedra y los pequeños hornos de fundición.

De las primeras, encontramos algunas, en pedernal, de sección cuadrada, con inequívocas señales de haber sido utilizadas para abrir los cuñeros en las canteras, prueba palpable de lo primitivo y remoto del procedimiento.

Los astutos orientales, tras de captarse la confianza de los indígenas con dádivas y promesas, comerciarían con ellos, adquiriendo aquellos «pedruscos», que a los naturales del país no les servían para nada —y que éstos arrancarían del criadero por los medios y procedimientos entonces a su alcance, como éste de las punterolas del pedernal— a cambio de perfumes, collares y demás baratijas importadas del Oriente y a cambio también de bellas puntas de flecha, talladas en sílex, verdaderas obras de arte, en que eran los tallistas orientales y africanos consumados maestros y que constituirían, sin duda, para los ingenuos naturales del país lindos objetos de altísimo valor y aprecio.

Por último, unas palabras sobre los pequeños hornos de fundición que sirvieron para sus ensayos a los orientales, y de los cuales nos proporcionaron varios ejemplares las excavaciones.

Se componen estos de una solera de tierra refractaria, en forma de crisol alargado; la bóveda la formaban numerosos arcos, también de tierra refractaria yuxtapuestos, con sendos

agujeros en los extremos, y a su lado encontramos unos tubos de barro, que indudablemente debieron servir a los hornos de chimenea. Podemos calificarlos, a la vista de sus características, como verdaderos hornos de reverbero.

Otro detalle que nos muestra el superior nivel cultural de aquellos remotos explotadores de la plata de España y sus conocimientos de la metalurgia es el siguiente, que copio del notable informe que, sobre los trabajos de excavación de Almizaraque y por encargo de la entonces «Junta Superior de Excavaciones» y a ruego de Siret, a quien interesaba muy mucho la opinión de otras personas competentes e imparciales, sobre la importancia excepcional de Almizaraque, emitieron dos verdaderas autoridades en la materia, como lo son, en el aspecto arqueológico, D. Pedro Bosch Gimpera, prehistoriador de renombre universal, y en asuntos mineros, el competentísimo Ingeniero de minas y profesor de la Escuela de Ayudantes facultativos D. Francisco Luxán Zabáy, con cuya antigua amistad también me honro.

El párrafo a que aludo dice así:

..... «La naturaleza de los minerales argentíferos de Las Herrerías es excepcional, pues mientras la casi totalidad de la plata del mundo se presenta acompañando a la galena o sulfuro de plomo y a otros sulfuros de aspecto metálico, la de Herrerías se encuentra en estado de cloruro, sin relación alguna con sulfuros y diseminada con excesiva irregularidad en los diferentes terrenos permeables del criadero, o sea en las arenillas, en las tierras ferruginosas y minerales de hierro, en la baritina terrosa (todos ellos carentes de aspecto metálico) y también en las grietas de las partes duras de las mismas sustancias.

..... De ahí la necesidad de hacer ensayos y tomas de muestras previas, antes de llevarlos a tratamiento metalúrgico»

Todo viene a confirmar las afirmaciones de Siret de que el descubrimiento y el tratamiento de la plata de Herrerías, como también los utensilios y procedimientos empleados en

los ensayos, revelan en aquellos orientales un superior nivel cultural que les permite el empleo de prácticas muy adelantadas en el arte de la metalurgia en una época en que los habitantes de nuestro país se encontraban aún en la etapa final de las edades de la Piedra.

Los hallazgos de Almizaraque —como asegura muy acertadamente el señor Bosch Gimpera— constituyen un testimonio de valor extraordinario para la definición y la cronología de la cultura eneolítica de España y aún de la minería prehistórica de Europa. Las observaciones de Siret, hechas con su proverbial agudeza y percepción, rigor de método y detenido estudio, deben considerarse en un todo acertadas, habiendo sido realmente una fortuna que las excavaciones de Almizaraque se hayan llevado a cabo bajo la dirección del sabio investigador que a más de arqueólogo notable y excavador benemérito de la región Sudeste durante medio siglo, era, repetimos, ilustre Ingeniero de minas, especializado precisamente en el aprovechamiento y explotación del rico criadero argentífero de Las Herrerías, siendo, como arriba quedó dicho, los actuales métodos de explotación (curiosa coincidencia que también se presta a consideraciones) la continuación de los empleados hace unos miles de años y con grandes analogías con aquéllos, como antes hicimos notar al hablar de los «demuestres».

Como decíamos al principio, la excavación de Almizaraque, desgraciadamente, no llegó a terminarse. La muerte sorprendió al Maestro cuando aún faltaba allí mucho por hacer. Pocos días después de su fallecimiento, se recibía en la Delegación de Hacienda de Almería la segunda cantidad que el Estado asignaba para la prosecución de los trabajos. Yo no me atreví a seguirlos, y aquellas pesetas fueron devueltas a Madrid. El libramiento llegaba tarde...

De todos modos, lo excavado hasta el día constituye para arqueólogos y prehistoriadores un libro abierto de magnífica lectura. Siret, aunque no con la pluma, pues no tuvo ya tiempo para ello, «escribió» con lo descubierto en Almizaraque los primeros admirables capítulos. ¿Quién será capaz de escribir los últimos?...

PROTOHISTORIA HISPÁNICA

PROTOHISTORIA HISPÁNICA

FECHA HISTÓRICA DE ESPAÑA QUE PARECE REFLEJAR EL POEMA DE AVIENO «ORA MARITIMA»

Por José Lafuente Vidal

Las fuentes de conocimiento de este trabajo son: en primer lugar Avieno mismo, y en segundo lugar las que se refieren a las luchas de los cartagineses en el Mediterráneo; fuentes éstas que, por sobradamente conocidas, no necesito mencionar.

Empiezo por repetir lo que todos sabemos: Rufo Festo Avieno, geógrafo ilustre de Roma, que vivió a fines del siglo iv de J. C., compuso el poema «Ora Marítima» a base, según él mismo declara y todos los críticos modernos aceptan, de unas descripciones costeras o periplos de autores que fueron anteriores a su época en varios siglos.

Estos relatos descriptivos son de gran interés para nuestra historia de España, porque nos dan a conocer los pueblos que ocupaban las costas de nuestra península en la fecha en que ellos se escribieron y es esta fecha el punto que se discute. La mayoría de los críticos se inclina por los siglos v y vi antes de J. C., y hay quien supone que algunos pasajes del poema pudieran alcanzar al vii con sus referencias.

Por el contrario, yo opino que los periplos inspiradores de Avieno no pueden ser anteriores al siglo iv, y me fundo para ello en los versos que voy a dar como pruebas irrefutables, según creo, de que cuando se escribieron los periplos, la dominación cartaginesa se hallaba en un estado de decadencia y abandono que sólo puede corresponder al dicho siglo.

Versos del poema de Avieno que indica la decadencia de la dominación cartaginesa en la península Hispánica.

Empezando por Gadir (Cádiz) por ser la plaza más importante que los púnicos tuvieron en España en su primera dominación, se lee lo siguiente en los versos 267 y posteriores:

*Gadir his est oppidum:
Nam punicorum lingua conseptum locum
Gadir vocabat; ipsa Tartessus prius
cognómina est; multa et òpulens civitas
aevo vetusto, nunc egena, nunc brevis,
nunc destituta, nunc ruinarum ager est.*

«Aquí (en el golfo Tartessio) está la ciudad de Gadir, pues el idioma púnico llamaba Gadir al lugar amurallado. Es la misma nombrada antes Tartessos, ciudad populosa y opulenta en la etapa anterior; ahora pobre, ahora reducida, ahora abandonada, es ahora un campo de ruinas.»

Creo que no habrá atrevimiento en afirmar en vista de estos versos que cuando se escribió el periplo que los inspiró, el pederío cartaginés en España estaba en decadencia, puesto que la capital en la península se hallaba en ese estado. Y puede asegurarse también que Tartessos había perdido su importancia comercial anterior y que Gadir la había heredado, según se desprende de la confusión de ciudades en el periplo.

Podría objetárseme que este aspecto decadente de Gadir lo menciona Avieno como correspondiente a su época y no a la del periplo, en vista de que a continuación dice:

«Nosotros en estos lugares, excepto el culto de Hércules, no vimos nada que admirar; pero fué tanto en ella (en Gadir) el renombre y tal reputación tuvo en la edad antigua para la fe de las cosas, que Juba, un rey ilustre, prepotente entre todos los que las gentes de Mauritania tenían en aquella ocasión, muy estimado del príncipe Octavio y siempre consagrado al estudio de las letras, aunque separado (de Gadir) por el mar intermedio, se creyó asimismo más ilustre siendo duunviro de esta ciudad.»

Y sin embargo en los pasajes que voy a citar a continua-

ción está de tal manera comprobado que los periplos hablan de la decadencia cartaginesa en España que no cabe duda de que ellos mencionaban la casi ruina de Gadir, y en vista de ello, lo que cabe suponer es que Avieno, sin tener en cuenta las vicisitudes históricas de la ciudad, confunde en su poema la decadencia que menciona el periplo con la que él mismo pudo comprobar en su visita a aquella región; y el esplendor pasado que menciona el periplo, como era natural que Gadir lo tuviese en el primer imperio cartaginés cuando era en España la principal plaza fuerte y comercial de los púnicos, con el esplendor que adquirió en el segundo imperio cartaginés en España y que conservó en los primeros tiempos de la dominación romana.

Los siguientes pasajes confirmarán esta hipótesis:

En los versos 438 y siguientes, dice el poema al describir las costas de Granada y Almería:

*..... porro in isto littore
stetere crebe civitates antea
phoenixque multus habuit hos pridem locos
Inhospitales nunc harenas porrigit
deserat tellus orba cultorum sola
squalent iacentque.*

«Pues en esta costa estuvieron apiñadamente las ciudades antes; y una multitud de fenicios (cartagineses) poseyeron tiempo ha, estos lugares. Ahora la tierra se ha deshabitado y huérfana, desierta de cultivadores, extiende inhospitalarios arenales que yacen áridos.»

Completándose este concepto de abandono en los versos 445 y siguientes, que dicen:

*....., littus hic rursus patet
vacuum incolarum nunc et abjecti soli
porro ante et urbes hic stetere plurimae
populique multi concelebrant locos.*

«Aquí de nuevo se extiende una costa vacía ahora de cul-

tivadores y de suelo miserable, cuando ciertamente se alzaban antes aquí muchas ciudades y populosas poblaciones cubrían los lugares».

Todos sabemos que los escritores griegos y latinos usaban frecuentemente de la palabra *fenicios* para indicar a los cartagineses y de que aquí está empleada en ese sentido no puede dudarse si se considera que los fenicios no poblaron nunca densamente en España las costas en las que tenían algunas colonias; y como también se sabe que los cartagineses se posesionaron de todas las colonias fenicias y estaban ya en España, según el texto del mismo poema, puede suponerse que habrían ocupado las que los fenicios tuvieran en esta costa. La deducción es que los cartagineses habían poblado densamente esta zona y que en la época del periplo la habían abandonado.

Este mismo concepto de despoblación por parte de los púnicos se declara en los versos 459 y siguientes con referencia a la costa meridional alicantina donde también se emplea la palabra *fenicios* por cartagineses. Dicen así:

..... *ista Phoenices prius
loca incolebant, rursus hinc se littoris
fundunt harenae et littus hoc tres insulae
cinxere late; hic terminus quondam stetit
Tartessorum, hic Herna civitas fuit
Gymnetes istos gens locos insederant;
nunc destitutos et diu incolis carens
sibi sonorus Alebus amnis effluit*

«Estos lugares habitaron antes los fenicios (cartagineses); de nuevo desde allí las arenas se asientan en el litoral, y este litoral ciñen en su extensión tres islas. Aquí estuvo en otro tiempo la frontera de los Tartesios, aquí estuvo la ciudad de Herna. Los gimnetas se habían establecido en estos lugares, ahora abandonados, y el sonoro río Alebo (Vinalopó) se desliza tiempo ha, carente de quien lo aproveche».

Una de las excavaciones en la provincia, que yo dirigí, y

ésta en colaboración con el señor Senent, fué en El Molar, cerca de la desembocadura del río Segura. Hallamos una necrópolis de mercenarios púnicos acreditada como tal por el hecho de que en casi todas las sepulturas hubiese armas, a base de dos lanzas, y de que las espadas y puñales que se encontraban con ellas, ofrecían tipos tan varios como el de la Téne, el posthasllástico y el griego, y por los objetos púnicos típicos, en tan gran número que no nos pareció posible que procediesen solamente del comercio ibero-cartaginés.

No he de detenerme en detallar en esta ocasión, lo que ya fué publicado en su día. Basta consultar el «Noticiero del Lunes» de Alicante de 5 de marzo y 2 de abril de 1928 en los que dí cuenta al día de los hallazgos, o la Memoria de Excavaciones número 107 que publicó el Sr. Senent. En estos escritos se prueba que los *fenicios* del poema de Avieno fueron los cartagineses a juzgar por los objetos hallados de que se publicaron las fotografías, y que la necrópolis correspondía sin duda a los siglos v-iv antes de J. C. por los tuestos de vasos griegos pintados, los broches de cinturón, las espadas y otros objetos característicos de dicha fecha.

Menciono ahora otros pasajes del poema que, como los anteriores, confirman la decadencia de la denominación cartaginesa en España en la época de los periplos.

En los versos 309 y siguientes dice:

*..... hinc Erythia est insula
diffusa glebam et viris olim Punici
habuere primo quippe eam cartaginis
prisce coloni*

«Aquí está la isla Erithia de amplio campo, que en otro tiempo tuvieron los púnicos, puesto que fueron colonos cartagineses los que antiguamente la tuvieron primero.»

Y en los versos 113 y siguientes dice:

*Tartesusque in terminos Oestrumnidum
negociandi mos erat; Carthaginis
etiam colonis, et vulgus inter Herculis
agitans Columnas, haec adhibant aequora*

«Era costumbre tartesia negociar en las fronteras de los Ostrumnidos; también la tenían los colonos de Cartago y la gente que vivía entre las Columnas de Hércules, frecuentando estas aguas.»

Y en el 375 y siguientes:

*Ultra has Columnas, propter Europae latet
vicos et urbes incolae Carthaginiis
tenuere quondam; mos at ollis hic erat*

«Más allá de estas Columnas (el estrecho de Gibraltar) por las que Europa se oculta, los colonos cartagineses tuvieron en otro tiempo aldeas y ciudades, pero tenían la costumbre»

Es decir: que repetidamente el poema habla como de cosa pasada en *tiempos anteriores* de colonias, ciudades y prosperidad comercial que el pueblo cartaginés tuvo en España, y por lo tanto el relato geográfico no puede corresponder a tiempos como los siglos VI-V y primera mitad del IV en los que el poderío púnico estaba en pleno auge y su dominación en España les era necesaria y de gran provecho por que de nuestra península obtenían hombres y abastecimientos para sus constantes campañas contra los griegos en Sicilia.

Y no se trate de argumentar que el poema de Avieno es del siglo IV después de J. C. y por lo tanto su autor tenía que hablar en pretérito de la dominación cartaginesa en España, porque, cuando habla de pueblos que en la época de Avieno eran tan pasados como la dominación cartaginesa, pero eran presentes en la época del periplo inspirador o transcrito, Avieno habla en *presente*.

Por ejemplo, entre los muchos versos que pudiera copiar, véase lo que dice en el 195 y siguientes:

*Cempsi atque Saefes arduos collis habent
Ophiusse in agro.....*

«Los Cempsos y Saefes poseen altas colinas en el campo de Ofusa.»

En el 200:

..... *inde Cempsis adiacent
populi Cynetum.....*

«Desde allí el pueblo Cyneta *linda* con los Cempsos.»

En el 300 y siguientes:

..... *gens Etmaneum accolit
atque inde rursus usque Cempсорum sata
Ileates agros efferaci porrigunt
maritima vero Cibiceni possident*

«La gente Etmanea *habita*, y desde allí hasta la tribu de los Cempsos, los feroces Eleates *ocupan* los campos, pero la Marina la *poseen* los Cibilcenos.»

Así constantemente en las descripciones de los pueblos que ocupaban España en la época del periplo y ya no existían por haber desaparecido, refundidos con otros o aniquilados, o por haber cambiado de nombre y no ser reconocidos, en la época de Avieno.

Ahora para confirmar mi tesis de que los siglos vi-v y primera mitad del iv son los de la thalassocracia cartaginesa en el Mediterráneo occidental, y por lo tanto no podían los púnicos dejar su dominación en España, voy a hacer una ligera reseña histórica de las empresas de Cartago en los siglos dichos.

Breve resumen de las empresas cartaginesas en los siglos vi-v-iv a. de J. C. en relación con España.

En el siglo vii no estaban todavía los cartagineses en España según se opina generalmente. Había entonces una colonia fenicia segura que era la de Gadir (Cádiz) y otras probables en la costa meridional; y había colonias griegas de gentes del Egeo, que habiendo venido por el puente de islas Sicilia, Córcega, Cerdeña y Baleares, tocaban a la península en Hemeroscopión (Denia), fundada por ellos, y desde allí,

costeando hacia el N. habían llegado al punto extremo de Rodas (Rosas) y por el S. hasta Mainake, cerca de Málaga.

Para cortar sin duda este camino de islas, los cartagineses se apoderaron de Ibiza en 654 a. de J. C., y cuando los focenses monopolizaron entre los griegos la navegación hacia Occidente, evitaron el escollo púnico de Ibiza, remontando sus líneas de navegación hacia el N. y fundaron a Massalia (Marsella) en el año 600 a. de J. C.

En el siglo VI los cartagineses ocuparon las colonias fenicias de España, seguramente aprovechando la decadencia de la metrópoli de estas, Tiro, que había sufrido los ataques de asirios y babilonios y no podía atender al comercio y defensa de sus colonias, y a su vez la decadencia de Focea, metrópoli de los griegos, a la cual atacó Ciro, obligando a sus habitantes a emigrar a Alalie en Córcega en el año 545, a. de J. C.

Los cartagineses se aliaron con los etruscos y fueron triunfando en todas partes. En la península hicieron de Gadir su plaza de armas y partiendo de la costa meridional obligaron a someterse a tartessos y mastienos; y en el Mediterráneo atacaron a Alalie en 535 y obligaron a los focenses a abandonarla.

Los romanos, quizá atemorizados, firmaron con los cartagineses un primer tratado en 509 a. de J. C. comprometiéndose a no pasar mas allá del Kalon Akroterion, que se supone sea el cabo Farina en Túnez. Lo cual se puede interpretar que marchando como marchaban las expediciones marítimas de exploración en sentido de E. a W., que los romanos no podían llegar hasta España.

Es, pues el siglo VI de gran poderío cartaginés, y era España, como testimonian todos los historiadores antiguos, una abastecedora de Cartago en mercenarios y material. No podían por lo tanto ser las ciudades y dominios púnicos en nuestra península una cosa pasada y desaparecida en esta época, tal como el periplo lo refleja.

El siglo V es el de mayor prosperidad de la thalassocracia púnica. Los cartagineses llevaban muchos mercenarios espa-

ños a sus campañas de Sicilia contra Himera en el 480 a. de J. C. Atacaron también a los massaliotas que propendían a extender su comercio, fundando a Ampurias, y seguramente destruyeron a ésta y a Rosas y otras ciudades más o menos helenizadas de la costa oriental, llegando con su fuerza a la misma costa francesa, puesto que entre sus mercenarios figuraron además de los iberos, los Elysikes (del Golfo de Lyon) y los Ligures (del de Génova).

Fracasaron ante Himera por haberla socorrido Gelón de Siracusa, pero volvieron a la carga en 409, y después de varias victorias firmaron la paz con Dionisio I de Siracusa en 404, quedando en poder de Cartago, Himera, Selinonte y el territorio de los Sicanos, y como tributarias Gela, Acragas y Kamarina.

España en este siglo sufrió la dominación cartaginesa, que la explotó tiránicamente para sus campañas y no pensó por entonces en abandonarla, sino que, lejos de eso, los cartagineses buscaron desde ella nuevas vías marítimas que aumentasen su comercio, y en el año 500 a. de J. C., partieron de Gadir las célebres expediciones de Himilcon y Hannón hacia el N. y S. respectivamente (Europa y Africa) y debió ser poco después cuando desde las Columnas, o sea desde el Estrecho hacia allá, se llenaron las costas hispana y portuguesa actuales de las colonias y pueblos cartagineses a que alude el periplo como desaparecidos en su época. No puede ser por lo tanto el siglo v el siglo del periplo.

En el siglo iv, en 398, vuelve la lucha contra Dionisio I de Siracusa porque aquel tirano que había mejorado su equipo militar, quiso deshacer la paz del 404.

El cartaginés Himilcon combatía con fortuna, cuando una epidemia, que se desarrolló en su ejército, convirtió la victoria en desastre. Es la epidemia, que atribuida al sacrilegio cometido contra los templos de Demeter y Kora, dió lugar a que los cartagineses introdujesen en su religión el culto a estas diosas para desagraviarlas. La Kora es la llamada por los púnicos Tanit, por los iberos Ataecina y por los romanos Pro-

serpina, y su adoración revistió gran esplendor en esta región del SE. cuando la trajeron los mercenarios iberos que habían combatido y residido algún tiempo en Sicilia.

Un nuevo ejército cartaginés, que mandaba Magón firmó la paz con Dionisio en 392, y es de advertir que en este ejército no figuraron mercenarios iberos y que los que quedaron en Sicilia de la guerra anterior habían hecho un pacto de amistad y alianza con Dionisio según el testimonio de Diodoro Sículo (L. XIV n. 75 8-9) lo que indica que Cartago había perdido o iba perdiendo la autoridad despótica que antes tuvo sobre Iberia del Ebro.

El abandono de España por los cartagineses y fecha a la que aparece pertenecer el periplo inspirador de Avieno.

La alianza que los cartagineses tuvieron con los etruscos y que había sido uno de los puntales que sostenían la thalassocracia púnica en el Mediterráneo fué perdiendo valor desde que los romanos y antes que ellos los griegos de Sicilia habían ido aniquilando el poderío etrusco y sobre todo desde que Veyes, la principal ciudad etrusca en Italia, cayó en poder de los romanos en 396.

Hubo, pues, Cartago de ceder ante el poderío romano y procurar su amistad mediante concesiones, y en efecto sabemos por Polibio que hubo un segundo tratado entre Cartago y Roma en el año 348 a. de J. C., en virtud del cual, la prohibición para los romanos de navegar hacia el W., se limitaba a una línea que iba desde Mastia (Cartagena) hasta el Kalon Akroterion (en Túnez), lo que quiere decir que los cartagineses abandonaban a los romanos y griegos toda la costa oriental de nuestra península desde la zona de Mastia hasta los Pirineos.

Que este abandono se realizó lo pudimos comprobar nosotros en las dichas excavaciones de El Molar (cerca de Guardamar) en donde vimos que la necrópolis descubierta había dejado de ser utilizada en la primera mitad del siglo IV.

El desastre cartaginés continuó en 345 cuando queriendo Cartago aprovechar unas guerras civiles en Siracusa entre Dionisio II y Calippo para apoderarse de la ciudad, volvió Magón a atacarla en unión del traidor Hicetas de Leontini y del partido aristocrático siracusano. Pero la ciudad fué socorrida por Timoleón de Corinto, el cual venció a los invasores en el año 341, mandados entonces por Asdrúbal y Hamílcar, y lo hizo en tales términos junto al río Krimissos que desacreditó el poderío militar de sus enemigos y Cartago hubo de aceptar una paz que fijaba los límites de su dominio en el río Halicos y reconocía la independencia de los siciliotas.

En el ejército atacante de Himilcon hubo mercenarios iberos otra vez, pero cuando se reanudó la campaña en aquella isla en 311, contra Ágatocles, ya no figuraron otros mercenarios que los baleáricos, libios y etruscos, pero no iberos, según refiere Diodoro (L. XIX n. 106 2), y de ello deduzco que los cartagineses todavía pudieron reclutar tropas en Iberia por medio de alguna excursión costera después del convenio romano-cartaginés del 348, pero no se atrevieron a repetir estas excursiones tras la derrota de Krimissos.

También contribuirían a aquietarlos y a que no buscasen complicaciones en España contra griegos y romanos amigos de éstos, el convencimiento de que nunca podrían apoderarse de Sicilia teniendo a los romanos a sus puertas, y por otra parte la fundación del Imperio de Alejandro que desde el 336 en que subió al trono de Macedonia, fué de victoria en victoria en la conquista de Persia, llenando al mundo heleno de orgullo y de poder en tales términos que los mismos cartagineses le enviaron una embajada de paz.

Con todos estos datos históricos a la vista, que acreditan la ruina de la thalassocracia cartaginesa en el Mediterráneo, creo que no es aventurado suponer que fué entonces y no antes, cuando los púnicos renunciaron temporalmente a sus empresas en España y hasta desistieron de continuar su dominación en los territorios que menos les interesasen, tanto porque así evitaban complicaciones con iberos y griegos y quizá ro-

manos, como porque ya no precisaban de muchos abastecimientos militares al desistir de sus guerras de conquista en Sicilia.

Es decir: que si los cartagineses abandonaron la costa oriental de España tras su tratado con Roma de 348 y la derrota de Krimissos en 311, la fecha del periplo que manifiesta este abandono debe corresponder próximamente al 340, y si contamos que por la fundación del Imperio de Alejandro dejaron abandonar su comercio en casi toda la costa meridional con la ruina consiguiente de su capital Gadir, el periplo que da cuenta de esta dejación por parte de los púnicos debe ser todavía ocho o diez años posterior.

Fué por entonces seguramente, cuando los massaliotas teniendo conocimiento de que España estaba casi libre de la dominación cartaginesa y viendo quebrantado el poder de los púnicos trataron de rehacer el comercio ibero-focense en toda la costa oriental, reconstruyendo Ampurias, Rosas y Hemeoscopion, y cuando fundaron al S. de la última Alona (Javea o Campello) y Leukon Teijos (la ciudad del Tossal de Manises cerca de Alicante) para tener defensas al S. del Canal de Ibiza que estaba en poder de los cartagineses.

Para conocer mejor la situación de la costa y fundar estas colonias mandarían desde Massalia una o varias expediciones, cuyos marinos dirigentes fueron quizá los autores de los periplos, sin que se pueda señalar actualmente de un modo concreto cuáles de ellos serían entre los varios autores antiguos que menciona el poema, porque de ellos sólo quedan sus nombres y algún que otro verso citado en autores posteriores.

Veamos ahora como final de este trabajo la geografía y etnología de la costa española y especialmente de la región del SE., según los datos que el periplo nos proporciona.

Estado de España en el 340 a. de J. C. Geografía y población.

Encontramos mencionados un gran número de pueblos que luego desaparecieron en el segundo Imperio cartaginés en

España o bajo la dominación romana, sea porque se fusionaran con otros de diferentes nombres o porque fueran aniquilados. Son los Oestrimnidos (v. 98-99) Iernos (v. 111) Draganos (v. 197) y Lígures (v. 132-135); los Cibilcenos (v. 225) se habían mencionado un siglo antes del periplo por Herodoro (1); Etmaneos (v. 300) y los Ileates o Gletes (v. 303) mencionados igualmente por Herodoro.

Cita también el periplo tres tribus célticas: Cempsí, Saefes y Beybraces, y he de hacer notar la coincidencia en este punto con Eforo, que por escribir hacia el 350 a. de J. C. lo considero contemporáneo del periplo, y con Aristóteles de la misma fecha. Eforo (2) y Aristóteles (3) llaman Keltiké a la región ocupada en la península por los celtas que entonces estarían en toda su pujanza desde su invasión hacia el año 600; y de sus tribus Eforo menciona también la de los Beribraces (4).

De los Cempsí eran vecinos según el periplo los Cinetas (v. 201), establecidos en ambas orillas del río Anas (Guadiana) y a los cuales mencionan varios escritores anteriores al periplo como Herodoto y Herodoro (hacia el 420 a. de J. C.) y otros posteriores, como Polibios, Apiano, Strabon, Mela, Plinio y Ptolomeo, lo que demuestra su subsistencia en contra de lo sucedido a los que aludimos antes.

Los Tartesios conservaban en tiempos del periplo su personalidad, de igual modo que el país conservaba la fama de rico en metales, pero el comercio de su capital lo había absorbido Gadir en la primera época de la dominación cartaginesa, según se desprende de la confusión de sus nombres en el periplo (v. 269); y no lo debió recuperar ya Tartessos, a pesar de la decadencia de Gadir porque los cartagineses eran los que comerciaban en las costas meridionales de España.

Hay para el autor del periplo dos Iberias: una la del río Tinto, que parece ser la primitiva, y otra la región del Ebro,

(1) *Fragmenta Historicorum Graecorum* 11-34.

(2) *Fragmenta Historicorum Graecorum* I 234 y sig.

(3) *De Animalia Genera* 38.

(4) *Scimno* 199.

o sea desde el cabo de La Nao hacia el N., la cual es también la Iberia de Hecateo (siglo VI a. de J. C.) Herodoro, Herodoto (del siglo V) y Escimno (siglo IV a. de J. C.). Es decir: que toda la costa de la provincia de Alicante y parte de la de Murcia no merecían entonces el nombre de Iberia porque este nombre no pudo extenderse a ella hasta que en el segundo Imperio cartaginés en España, fundado por Hamílcar en 239 a. de J. C. se realizó la fusión de pueblos peninsulares dominados por los cartagineses al alistarse como mercenarios indistintamente gentes de muchas tribus, y al establecerlos en campamentos o fortificaciones en toda esta costa; y contribuyó así mismo a generalizar el nombre de Iberia, la fama de los Iberos en sus campañas y el que los escritores designasen con ese nombre a toda la península de donde procedían.

Hecateo, que hacia el año 500 a. de J. C. es el primero que habla de Iberia (1) menciona las tribus del S. Tartessios, y Mastienos, que para él son iberos, y las del E. Esdetes, Ilergetes y Misgetas; pero ninguno que habitase en este rincón SE. peninsular. Y hacia el año 230 a. de J. C. es Eratostenes quien designa con el nombre de Iberia a toda la península porque en su época el segundo imperio cartaginés había efectuado ya la fusión de gentes de tribus diferentes mediante el trasiego de mercenarios y se les daba a todos un nombre genérico.

Es mi opinión que los Libio-Fenicios, mencionados en el verso 421 del periplo, son las tropas africanas que los cartagineses dejaron en España en la zona costera de Málaga como tropas de confianza que les guardasen aquella cabeza de puente, cuando ellos se retiraron. Me fundo no sólo en el nombre de Libio-Fenicios bastante expresivo, y en el calificativo de *feroces* que les coloca el periplo, seguramente por sostener de un modo despótico y sanguinario la guarda confiada y la piratería contra los indígenas, sino también en el hecho de que los Libio-Fenicios sean mencionados por Eforo con-

(1) *Fragmenta Historicorum Graecorum* 4 y sig.

temporáneo a mi juicio del periplo y que dejen de serlo al incorporarse al imperio cartaginés de Hamílcar. Eforo dice que eran colonos de Cartago lo que conviene con mi hipótesis. (1)

En toda la descripción de la costa mediterránea que hace el periplo veo pruebas inequívocas de la fecha que le supongo. La desaparición de Mainake, la antigua colonia griega durante el primer imperio cartaginés y su confusión de nombre con Málaga, que asumió su comercio (vs. 428 a 430); la evacuación por los cartagineses de la zona costera de las provincias de Granada y Almería, que antes ocupaban (v. 440), abandonando entonces sus antiguas colonias de Sexi (Almuñécar), Adra, Baria (Villaricos) y otras, que el segundo Imperio hubo de repoblar, uniéndose a gentes que se enriquecían con su comercio y se empobrecían con su ausencia, por lo cual, se punizaron pronta y completamente.

Massiena o Mastia, fortificada por los indígenas o por ellos, debió serles muy adicta, puesto que en el segundo Imperio cartaginés desempeñó un papel preponderante con el nombre de Cartago Nova, que tomó desde que Asdrúbal la eligió por capital; y en ella también estableció Hanníbal a sus leales Bástulo-Fenicios, mencionados por Ptolomeo y Appiano, del siglo II de J. C., gentes tal vez oriundas de la misma ciudad puesto que la raíz *Bast* puede ser derivada de *Mast*.

La región de la provincia de Alicante se hallaba desierta en la época del periplo (vs. 460 y sig.); Elche, de la que se ha supuesto que se opuso a Hamílcar, al fundarse el segundo Imperio, no existía y no pudo hacer lo que se le ha atribuído. Había habido en la desembocadura del Segura una ciudad, llamada Herna, quizá griega en su origen a juzgar por su nombre, pero también había desaparecido al abandonar los cartagineses aquellas regiones de las que se habían hecho dueños. Y no existían ya restos de los gimnetas, pobladores anteriores a la primera dominación cartaginesa, que dejaron

(1) Pseudo Scimno 196 a 198.

tantos vestigios descubiertos después por los arqueólogos, pero que los cartagineses ahuyentaron o exterminaron y por eso no los menciona el periplo, sino como pobladores de otra época anterior.

Igual suerte que los gimnetas debieron correr los habitantes de Hemeroscopeion, cuya plaza estaba abandonada y en parte inundada. Frente a ella menciona el periplo a la isla Gimnesia (v. 467), que según el poema dió nombre a la población indígena de la costa opuesta peninsular, lo que parece dar a entender que los griegos en su navegación por el puente de islas hacia la Península, llamaron Gimnesia a aquella isla porque iban desnudos sus habitantes, y ampliaron el nombre de gimnetas a los habitantes de la Península, porque también lo iban, como se les representa en las pinturas eneolíticas. Las razones que se han opuesto a esta etimología pierden su valor al considerar que los griegos dieron nombres geográficos a lugares y poblaciones por su apariencia externa sin preocuparse del que los pueblos se dieran a sí mismos y a los lugares que habitaban, y han subsistido los nombres griegos por ser sus escritores los que nos los han transmitido.

No se mencionan en el periplo a Rosas ni Ampurias; la primera fundada, según una opinión autorizada, hacia el siglo VIII antes de J. C. y la segunda en 550. Seguramente que ambas, si son ciertas las fechas de fundación que se les atribuye, habían sido destruidas por los cartagineses en algunas de sus excursiones contra Massalia, y si no se las nombra en el periplo como ciudades desaparecidas, puede ser, o porque su situación y desaparición eran sobradamente conocidas en Massalia y sus navegantes no consideraron necesario mencionarlas, o porque no eran entonces ciudades, sino pequeñas factorías comerciales: Ampurias ni siquiera tenía nombre propio, puesto que los griegos llamaban Emporion a cualquier lugar donde se comerciase y se obtuviesen ganancias. Su importancia la adquirieron después de ser reconstruidas entre el primero y el segundo Imperio cartaginés en la península Hispánica.

Más al S. quedaron en pie pocas ciudades, como Sitana, Turis, Tarragona y Barcelona, quizá porque en ellas contrataban mercenarios; pero otras muchas, situadas en el camino que habían de recorrer los cartagineses para acercarse a Massalia, habían desaparecido, tal vez destruídas por ellos porque tales ciudades mostrasen simpatías o alianzas con los griegos o tal vez porque se resistieron a entregar mercenarios o lo que se les pidiese.

El periplo termina enaltecendo a Massalia por la laboriosidad que en otro tiempo, *olim*, tuvieron sus fundadores (v. 711). lo que demuestra una vez más que el periplo es bastante posterior a aquellos trabajos correspondientes al año 600 a. de J. C.

Al llegar a esta colonia griega, que es el término de la descripción de Avieno, pero que muy bien pudiera haber sido el punto de partida de los autores de los periplos que le sirvieron de guía, aunque él invirtiese la dirección del viaje, se propone Avieno transcribir a nombres y situaciones de pueblos de su época los datos geográficos del poema y sin realizar su labor queda cortada la obra.

Conclusiones.

En resumen, mis conclusiones son:

1.º La fecha histórica de España, que parece reflejar el poema de Avieno, es aproximadamente el 340 antes de J. C. cuando los cartagineses, como consecuencia de sus vicisitudes históricas, abandonaron casi enteramente nuestra Península, dejando en ella como cabeza de puente el dominio de una parte de la provincia de Málaga, que custodiaban sus tropas africanas más leales, llamadas en el periplo Libio-fenicios.

2.º Los principales autores en los que se inspiró Avieno, fueron los marinos que envió Massalia como exploradores, en cuanto se tuvo noticia segura de la retirada cartaginesa; y de ahí el que aquellos marinos, que comparaban lo que veían con los datos geográficos que poseían de tiempos anteriores a la invasión cartaginesa, hagan constante referencia a las ciu-

dades y poblaciones que existieron y que los púnicos hicieron desaparecer. Claro es que esto no empece para que Avieno tomase varios datos del cartaginés Himilco y de otros autores antiguos.

3.º Contrastado el abandono cartaginés en la costa oriental, los massaliotas reedificaron las colonias mas importantes que luego tuvieron, como Ampurias, Rosas y Hemeroscopion, fundaron otras como Alona y Leukon Teijos y en ellas o en otras menos notadas se hermanaron con los iberos que regresaban a la costa, tras la retirada cartaginesa.

4.º A toda esta expansión puso término el segundo imperio cartaginés en España que empezó a fundar Hamílcar en 239 a. de J. C.

5.º Debemos, por lo tanto, considerar el poema de Avieno como la mejor fuente histórica para conocer la geografía y etnología de España en el período transcurrido entre la retirada cartaginesa en 340 aproximadamente y la expansión colonial massaliota pocos años después.

Pruebas arqueológicas que confirman en parte estas conclusiones las hemos obtenido en las excavaciones de la provincia de Alicante. Una: en el Molar, cerca de Guardamar, de la que ya he hecho mención y que acredita el dominio en aquella zona de los cartagineses en los siglos v-iv, y su retirada a mediados del último. Otra: en las excavaciones de la colina, denominada Tossal de Manisses a tres kilómetros y medio de Alicante, y en la playa contigua de la Albufereta. En el Tossal descubrimos un trozo de muralla y restos cerámicos griegos del siglo iv, fecha de la fundación de la colonia massaliota, que fué cuna de Lucentum.

En el Tossal y en la necrópolis de la Albufereta, pudimos comprobar que los cartagineses de Asdrúbal rehicieron la ciudad, destruída posiblemente por Hamílcar, y que esta reconstrucción tuvo lugar en el siglo iii a. de J. C. o sea el del segundo imperio cartaginés en España.

LAS EXCAVACIONES DE ALICANTE Y SU TRANSCENDENCIA REGIONAL

Por F. Figueras Pacheco

A. C. de la Real Academia de la Historia

I

AYER Y HOY

Arqueología y arqueólogos.—Falta de orientación.—Penuria de datos.—Horizontes nuevos.—Avance de un trabajo.

Hasta no hace muchos años, al enfrentarse la arqueología regional con los problemas básicos de nuestra cultura antigua, vióse forzada, con frecuencia, a caminar con paso tan lento como inseguro. El estado general de nuestros conocimientos no le permitía ir más deprisa ni la dotaba de medios eficaces para depurar soluciones. La geografía histórica solía escribirse a distancia de los lugares discutidos y no siempre previo el examen de las fuentes clásicas. Los descubrimientos arqueológicos, por lo común, solo eran fruto del acaso y raras veces se documentaban con el registro inmediato de las circunstancias concurrentes. Las excavaciones metódicas eran punto menos que desconocidas entre los cabos de Palos y La Nao, no obstante la abundancia de sus yacimientos y la influencia que, lógicamente, debía atribuirse a la costa sobre los hechos desarrollados tierra adentro.

Dado este precario estado del ambiente, no es de extrañar que hasta los arqueólogos más insígnies vacilasen ante las obras maestras exhumadas en el solar ibérico. Para formar juicio de peso sobre un descubrimiento no basta siempre disponer de un buen gráfico con cuatro explicaciones sucintas sobre el hallazgo, ni siquiera examinar el objeto en la vitrina de un museo, si no se tiene lo que pudiéramos llamar su partida de nacimiento legalizada en forma. El valor científico de las antigüedades no se mide por su precio en el mercado, sino

por las enseñanzas que de ellas se deducen. Hay que saber, no sólo qué son las cosas, sino también qué gentes las hicieron y dónde y cuándo fueron hechas. Estas y otras muchas cuestiones no pueden resolverse ni aún enfocarse con acierto sin una previa orientación discreta y meditada acerca de la geografía y la historia de la comarca en que está sito el yacimiento. Verdad es que el progreso de la Historia se obtiene en buena parte a expensas del arqueológico; pero igualmente es verdad que éste se obtiene también en buena parte a expensas del histórico. Tampoco es posible estudiar con fruto tales cuestiones cuando se carece de datos relativos al conjunto del yacimiento y, sobre todo, a la sucesión y contenido de sus estratos. Con las reliquias del pasado suele suceder lo mismo que con los guarismos: su alcance cambia radicalmente según el lugar que ocupan. Los restos arqueológicos son partes de un todo que no pueden desarticularse impunemente del conjunto a que pertenecen. Así, unas veces por no existir monografías documentadas sobre la geografía e historia antiguas de la localidad, y otras por desconocerse las circunstancias más expresivas del hallazgo, los maestros de nuestra ciencia se vieron obligados, en muchas ocasiones, a desviarse del buen camino aventurando cronologías y períodos por elevación, o atribuyendo a un pueblo lo que él no hizo más que importar de tierra extraña.

En nuestros días el cuadro ha cambiado por completo. Eruditos de prestigio máximo, tanto extranjeros como nacionales, seleccionan y glosan concienzudamente los libros y pasajes antiguos más importantes en relación con nuestro territorio y sus pobladores. La ciencia española mira con atención creciente los problemas relativos a las pristinas culturas del litoral ibérico. Las excavaciones metódicas se multiplican en todas nuestras comarcas, amparadas y costeadas con frecuencia por el Estado, las Provincias y los Municipios. Los hallazgos de monta se suceden en ellas con valor docente cada vez más destacado. Y por último, la literatura profesional florece con una rica serie de publicaciones suscritas por las fir-

mas más autorizadas y dirigidas en proporción muy apreciable a poner en claro los hechos de que fué teatro el Sudeste de España.

En estas condiciones nuestra arqueología puede avanzar ya con paso rápido y firme, rectificando errores, fijando conocimientos y abriendo nuevas rutas a la investigación. La cronología y la étnica comienzan a revelárenos con claridad casi meridiana. La estratigrafía y el contenido de los yacimientos avalan seriamente sus conclusiones. Las fechas asignadas demasiado *a priori* a muchas obras de las bellas artes y de las artes industriales dejan centurias enteras entre las mallas de los tamices que hoy tenemos. Los colonos griegos del litoral levantino siguen mereciendo nuestra gratitud como maestros sapientísimos de los iberos; pero pierden el monopolio que bajo éste y otros aspectos afines les había concedido una crítica, más que benévola, deficientemente documentada. Ahora reivindicán su participación en el acervo común del iberismo, de un lado, los mercenarios con sus idas y venidas por todo el Mediterráneo; y de otro, un pueblo, bastante menos prócer que el heleno, pero que tampoco posó en vano sus plantas en nuestro territorio. Los cartagineses, conquistadores y ocupantes de nuestro litoral, reclaman con justo título, no ya el botín de guerra que nadie les ha negado, sino el reconocimiento de la influencia capitalísima que ejerció su cultura sobre la nuestra en el siglo III precristiano y que hasta la fecha se pretería o se desconocía punto menos que por completo. Las brumas, pues, que velaban el alba de nuestra historia, se disipan rápidamente. Y abiertos todos los horizontes, la arqueología regional puede y debe ya a empezar a escribir con letra clara y trazos vigorosos las páginas más interesantes de la cultura de Iberia.

Entre los trabajos que más han de contribuir a tal objeto figuran, indudablemente, los realizados en la Albufereta y el Tosal de Manises de Alicante a partir del año 1931.

La Memoria de las primeras campañas fué publicada a su tiempo por la Junta Superior del Tesoro Artístico. La de las

últimas pende de publicación en la Comisaría General de Excavaciones. Creyendo que un avance de su contenido puede ser útil a nuestros colegas de las provincias hermanas, redactamos las notas que siguen a guisa de resumen de las observaciones y datos más expresivos. Están inspiradas exclusivamente en el deseo de coadyuvar de algún modo al progreso de la arqueología regional.

II

GÉNESIS DE LAS EXCAVACIONES DE ALICANTE

Meltzer y Chabás.—La sede púnica.—Congreso de Barcelona de 1929.—Pierre Paris.—La Comisión de Monumentos.

Sabíase por Diodoro Sículo que Amilcar Barca, el insigne caudillo cartaginés, había fundado en Iberia una gran ciudad, en la que estableció sus cuarteles generales y con ellos el centro y base de su poder y de sus operaciones militares. Nuestros historiadores, con arreglo a los indicios que cada cual creyó mejores, la situaron en los puntos más distintos de la Península. Ninguno de ellos respondía a las exigencias de una crítica serena.

En el siglo pasado, los estudios de Meltzer en Alemania y de Chabás en España, fijaron el solar de aquella urbe en la moderna Alicante. Creyendo nosotros desde el primer momento que no era otra la verdad, nos dispusimos a laborar con ahínco en su demostración, sosteniendo la tesis de Meltzer y Chabás, ya de palabra, ya por escrito, en cuantas ocasiones se nos presentasen, como lo hicimos a partir de la primera edición de nuestra Geografía provincial. Nos deparó la última de tales ocasiones, el Congreso internacional de Historia de España, celebrado en Barcelona en 1929, al que asistimos honrados con la representación de nuestra Comisión de Monumentos.

Abonaban la reducción indicada, de una parte las conclusiones rigurosamente deducidas de los autores griegos y ro-

manos, Diodoro y Livio principalmente (1); y de otra la etimología de Lucentum, como se llamó Alicante en época romana, nombre compuesto evidentemente, con la voz *Leuken* que apellidó a la ciudad de Amílcar y el sufijo *tum*, indicador de lugar, que le agregaron los latinos. Pero faltaba todavía algo de valor definitivo en nuestro tiempo: el aval arqueológico. El sabio Pierre París, que nos dispensó el honor de contestarnos, no opuso otro reparo a la reducción aludida.

La Comisión se decidió a hacer cuanto fuera preciso para poner en claro los hechos. Se alegaba que en los alrededores de nuestra capital, nunca se había hallado nada de filiación púnica. Pero en ellos se encontraban las ruinas de Lucentum; y de igual modo que bajo este nombre latía el de la fundación de Amílcar, bien podía y hasta debía ser, que bajo los escombros de la ciudad romana, se conservasen los de la cartaginesa. Nuestra Comisión obtuvo del Gobierno la concesión oportuna (21 de Marzo de 1931) y comenzó la excavación de la Albufereta y el Tosal de Manises (1931).

El profesor D. José Lafuente dirigió los trabajos hasta fines de 1933. Desde entonces hasta 1936, el Director de las excavaciones, fué el correspondiente de la Historia que suscribe estas notas.

III

EL TOSAL DE MANISES

Las torres y las murallas.—La vía Popilio.—Dos urbes romanas superpuestas.—La población hispánica.—La ciudad cartaginesa.—Muros y ajuares.—Planos y estratos.

En las raíces orientales de la áspera sierra de San Julián, lindando ya con los últimos grupos de construcciones de la moderna Alicante, se extiende junto a la playa, la partida rural de la Albufereta, nombre debido a la laguna que hubo aquí y que no desapareció por completo hasta nuestros días.

(1) Diodoro Sículo. *Biblioteca Histórica*. Ed. Didot. París 1844, págs. 458 y 459.
Tito Livio. *Historia Romana*. Ed. Le Chevalier. París 1850, pág. 527.

Su vecindad hacía inhabitables muchos campos de nuestra huerta. El lecho de la charca desecada, aún perceptible por las líneas que acusan la depresión del terreno, comienza en la playa misma, a contados pasos de las olas. En el mismo punto, por el lado del Este, se inician las laderas del ya famoso Tosal de Manises. Trátase de un cerro que apenas alcanza los 35 metros de altura, escalonado en plataformas sucesivas que se arquean en semicírculos frente al mar. Desde la playa hasta la cumbre, el Tosal está sembrado de ruinas. De ellas se extrajeron en todo tiempo abundantes materiales de construcción, utilizados en las de los predios próximos. Por desgracia y lo decimos con tanta indignación como tristeza, todavía hoy suben los carros como pueden hasta las excavaciones, para cargar magníficos sillares que desenterró la arqueología, destruyéndose así por falta de la debida tutela, lo que respetaron tantos siglos.

A fines del XVIII, exploró superficialmente estas ruinas el insigne Conde de Lumiares, con el propósito principal de comprobar la existencia de un municipio latino. Conseguido su objeto con máximo fruto para la historia y la arqueología, no pasó adelante. Nuestra Comisión Provincial de Monumentos, no podía detenerse en los escombros someros del Tosal. No aspiraba solo a enriquecer las salas de un museo, reuniendo en ellas las reliquias más o menos valiosas de nuestra cultura bajo la dominación de los romanos. Quería también saber, si bajo éstas se guardaban la de los cartagineses. Había pues, que seguir profundizando.

La campaña del Sr. Lafuente (1931 a 1933), fué fructífera en alto grado. Se descubrieron varios tramos de las murallas que rodeaban la plaza, con alguna de las torres que defendían los puntos estratégicos. Las fortificaciones obedecen a técnicas distintas, desde la más sencilla a base de adobes, hasta la de grandes sillares perfectamente escuadrados. Las murallas suelen acusar tres niveles de construcción o reparación, correspondientes a otras tantas épocas. La más reciente no parece llegar a los tiempos de Augusto, en cuyo siglo, to-

das debieron ya pertenecer a los dominios de la arqueología. Una de las torres angulares, la que llamamos monumental por sus notables proporciones, está hecha con grandes piedras irregulares, desbastadas solo por la cara exterior. Se conserva hasta cerca de cuatro metros de altura. La fábrica de otra de las torres angulares, la que denominamos de las termas por las que hubo en su inmediación, es más costosa y perfecta, pues consta de grandes y buenos sillares de cantería acabadamente escuadrados. Ante estas fortificaciones unas veces y otras, en puntos no relacionados con ellas, se observaron vestigios de murallas aún más antiguas.

Tales descubrimientos eran importantes, no ya por revelar la existencia de una plaza fuerte, sino porque probaban que lo fué con anterioridad al romanismo. Los restos hallados junto a la base de las fortificaciones, primero por su lado exterior y después por el interior, probaron cumplidamente la antigüedad de las primeras murallas. Importantes también en grado sumo fueron los resultados obtenidos respecto a la cronología de la cerámica ibérica. Todos los ejemplares decorados con figuras de hombres y animales, aparecieron en las capas someras de la excavación, juntamente con los mejores barrotes del romanismo. El hecho que como ya veremos, se repitió luego dentro del recinto murado, es de singular transcendencia científica. Estos interesantes restos de nuestro arte antiguo, como todos los hallazgos realizados en el yacimiento, se conservan en el Museo de Alicante y han sido dados a conocer gráficamente en diversidad de libros y revistas.

Confiada al que suscribe la dirección de los trabajos, resolvimos excavar desde luego el interior de la urbe, continuando a la vez, aunque solo de modo secundario, la exploración de las murallas. Sumadas las descubiertas entonces a las que ya se había desenterrado, todas al mediodía de la población, obtúvose una considerable línea fortificada, constituida por cuatro tramos, en cuyos dos ángulos salientes se levantaron sendas torres frente al mar. La muralla más robusta, destruída ya en tiempos del Imperio, es la del tramo

cuarto, con espesor que excede de los cuatro metros. El de los restantes, no suele pasar de dos. El área que nos señalamos para excavar el recinto fué una ancha faja a lo largo del tercer tramo con dirección aproximada de sudeste a noroeste. Veamos a grandes rasgos los resultados.

En las tierras laborables solo aparecieron, por regla general, vestigios dispersos de viviendas paupérrimas a base de piedra y barro, huellas probables de una humilde aldea medieval. La cerámica antigua afloraba no obstante por todas partes. Los muros de mediana y buena fábrica se hicieron esperar poco. En unos puntos quedaron al descubierto a los primeros golpes de la azada; en otros, por excepción, fué preciso profundizar cerca de dos metros. Pronto se definió una calle. Entraba en la ciudad cruzando los cimientos de la muralla del tramo cuarto, desarrollándose luego paralelamente a la del tercero con dirección aproximada de sudeste a noroeste. Tal vía marcó el eje definitivo de nuestros trabajos. Le dimos el nombre de Popilio, por ser el del patricio que figuraba en la inscripción de uno de los más importantes edificios descubiertos. Los numeramos todos con arreglo a las medianiles apreciables, para poder consignar los datos de situación en las papeletas de los hallazgos. Así aparecen en nuestros planos las unidades exploradas en dicha vía, con los números 1 al 15 correspondientes a la acera izquierda y 2 a 18 a la derecha. Las casas de la primera llegaron hasta la mencionada muralla del tercer tramo, y aún parece ser que la rebasaron en ocasiones.

En algunos puntos las paredes de las fachadas obedecían a distintas técnicas, según trozos y secciones, habiéndose empleado en ellas magníficos sillares unas veces, otras buenos sillarejos y otras mampostería ordinaria hasta la fábrica más pobre. La anomalía quedó pronto aclarada. El suelo primitivo de la colina, a partir del comienzo de la calle, desciende notablemente en el desarrollo de la misma para elevarse de nuevo a la conclusión de lo explorado. Apenas se profundizó la excavación donde la roca no estaba cerca de la superficie,

apareció un nuevo nivel de construcción, en el que bajo las primeras paredes descubiertas surgieron otras de mejor fábrica, separadas de las superiores en algunos puntos por vetas de tierra perfectamente apreciables y utilizadas en otros, para servir de cimiento o base a las construcciones someras. Las líneas de las fachadas coincidían generalmente en los dos estratos. Las de los muros medianeros y divisorias interiores, cambiaban por completo. Tratábase pues de dos distintas poblaciones. Donde las ruinas eran más profundas, los constructores de la más reciente, utilizaron los restos de la anterior como cimiento de sus casas. Donde afloraban las paredes por estar en el suelo primitivo más cerca de la superficie, se limitaron a reconstruirlas. De aquí la variedad de técnicas de una misma obra en las paredes de suelo delgado y la variedad de obras en las de suelo profundo.

Los edificios de la ciudad inferior son generalmente de buena fábrica. Abundan la cantería y los sillarejos bien labrados de tamaño parecido al de los que se usan actualmente. Los sillares de grandes dimensiones no son raros; a veces, pasan de los dos metros. Los pavimentos son variadísimos: hay hormigones, opus signinum, enlosados de ladrillos y tesselas, aparte los vestigios de mármoles y jaspes. Se conservan grandes aljibes de cemento, algunos en muy buen estado. La técnica constructiva de la ciudad superior es bastante más pobre. Cuando opera con materiales ricos es porque aprovecha los de las ruinas preexistentes. El ajuar hallado en estos dos estratos pertenece de lleno a los tiempos imperiales, presentando objetos más o menos valiosos e interesantes según el nivel de procedencia. La numismática corresponde a los primeros siglos del cristianismo, con ejemplares frecuentes de Augusto o Adriano. En el estrato inferior, marfiles, hueso, vidrios, hierros y bronces y magníficos vasos cerámicos ibéricos y romanos. Halláronse también trozos de esculturas de mármol y de molduras y otras piezas de la misma materia. Algunas piedras bellamente labradas son restos de arquitectura monumental. Se descubrieron dos inscripciones latinas y una griega, ésta en el fondo de un aljibe.

El ajuar de la ciudad superior es pobre y relativamente escaso, en general barros y formas decadentes. Los vasos de verdadero interés pertenecen a la más antigua de ambas poblaciones. Dato importantísimo: la cerámica decorada con figuras de hombres y animales, apareció juntamente con las más hermosas piezas de terra sigillata. A los efectos de la cronología coinciden estos hechos con los hallazgos del Sr. Lafuente en las primeras campañas.

La vía Popilio que sirvió a las dos urbes de referencia, entra en el recinto cruzando un trozo arrasado de la muralla del tramo cuarto. Las ruinas de los edificios impares, esto es, de la acera izquierda, pisan y salvan en varios puntos las fortificaciones del tercer tramo. En aquellas épocas, por lo tanto, las murallas que no habían desaparecido, eran ya absolutamente inútiles. Desembocan en la calle que nos ocupa tres afluentes: dos por la derecha y una por la izquierda. A lo largo de la última discurre, para desaguar en los extramuros, una soberbia cloaca de cantería, obra del primer período del Imperio. La exploración de estos niveles de construcción nos permitieron deducir provechosas conclusiones, no siendo la de menor alcance la relativa a la existencia indudable de dos ciudades romanas que florecieron sucesivamente, a partir de los últimos momentos de la República. Sin embargo, lo que más interesaba a la arqueología y a la historia regionales aún no podía dilucidarse. Era preciso profundizar más todavía.

La excavación de varias parcelas vino a confirmar muy pronto y aún a superar todas nuestras sospechas. Bajo la más antigua de las dos ciudades indicadas, aparecieron otros dos niveles de construcción, obedeciendo a líneas generales comunes entre sí, pero diferentes de las de los planos ya explorados. El más profundo de los nuevos estratos, surcado por muros de variedad de gruesos, nos ofreció un ajuar bien distinto al descubierto hasta entonces. Lo constituían principalmente vidrios policromos, barros campanienses, ollas panzudas, silbatos o goznes de hueso, fragmentos de terracotas, cerámica ibé-

rica con decoración geométrica y multitud de ánforas de diversas formas, extrañas a las típicas del romanismo. Las encontramos cilíndricas, abellotadas, fusiformes y bicónicas. La semejanza del material encontrado en este estrato con el de la necrópolis de que luego hablaremos, es evidente en todos los objetos que por su naturaleza y dimensiones podían conservarse en ambos sitios. Todos estos ajuares son imputables por completo a los tiempos de la cultura cartaginesa, ya por ser obra de la misma, ya por haberse producido bajo la influencia y dominio de los púnicos. La existencia de la urbe prerromana que habíamos confiado hallar en los niveles inferiores del Tosal, quedaba plenamente evidenciada.

Pero la población a que nos referimos, no apareció en todos sitios inmediatamente debajo de la más antigua ciudad romana. En muchos puntos y de manera incuestionable en algunos, se interponía entre uno y otro estrato otra serie de construcciones, siguiendo líneas enteramente distintas de las superiores pero, coincidentes con frecuencia con las del centro púnico. Los ajuares participaban no pocas veces de las dos culturas. ¿Cuál era el significado de este horizonte intermedio?

El descubrimiento de un almacén de provisiones, situado sin el menor género de dudas en tal estrato, nos permitió comprender y comprobar bien el significado en cuestión. En el almacén de que hablamos y colocadas a veces unas junto a otras en contacto de sus muros, aparecieron ánforas de todos los tipos, lo mismo de los cartagineses que de los romanos. En conjunto toneladas de restos, con bastantes ejemplares indemnes o por lo menos restaurables. En cantidad mucho menor halláronse otros objetos de las dos civilizaciones. La realidad de un nivel común a ambas era indudable. Lo era también su distinción del romano y del cartaginés. Sus muros se definían y aislaban con toda claridad en un horizonte inferior a las ciudades imperiales y superior al de la púnica. La explicación es clara. Batida la cartaginesa por las legiones de Roma, tardó poco en reedificarse o se reedificó inmediatamen-

te. Las menos damnificadas, se repararon; las restantes, se reconstruyeron sobre sus propias ruinas. Los dominadores africanos fueron vencidos y expulsados; pero su cultura, que era ya en gran parte la de los naturales del país, perduró bastante tiempo. Sumada a la del nuevo conquistador fué la del pueblo que se erigió sobre los escombros del centro púnico.

Bajo los restos de éste, aún encontramos otros, imputables probablemente a una colonia griega, en relación con otros hallazgos realizados en las inmediaciones. Por último, sobre la roca del fondo, aparecieron útiles prehistóricos. El yacimiento argárico de la vecina sierra de S. Julián, da fe de haber estado habitada la comarca en aquellas antiquísimas edades.

Caminando ahora en sentido contrario al de las excavaciones, se obtiene el siguiente proceso de la vida humana en el Tosal. Primero, población prehistórica. Segundo, probable colonia griega. Tercero, centro cartaginés. Cuarto, urbe hispánica. Quinto, ciudad de Augusto. Sexto, segunda ciudad imperial. Séptimo, posible aldea de los tiempos medios. Exceptuadas la segunda y la última, todas son de una realidad abrumadora.

A la Memoria de nuestras excavaciones, acompañan cuatro gráficos en colores representando las obras que descubrimos en cada una de las ciudades superpuestas. Completa y resume todos estos gráficos otro de conjunto en el que aparecen reunidos los planos de las cuatro urbes, cada uno de ellos con el mismo color de su respectivo ejemplar especial. Cuando coinciden por estar superpuestos los muros de varias ciudades, las líneas comunes se iluminan con el color resultante de la combinación de los integrantes. Así, por ejemplo, cuando las paredes de la población a que se asignó el amarillo, descansan sobre las de la que lleva el azul, el color utilizado es el verde. De este modo pueden verse los muros coincidentes como por transparencia.

IV

«LA NECRÓPOLIS»

Las piras.—Situación, continente y contenido.—Tablas.—Clases de hogueras.—Ritos y ajuares.—Deducciones.—Resumen gráfico.

Este yacimiento arqueológico, aunque hubiera sido el único descubierto en la Albufereta, habría tenido siempre gran utilidad para el estudio de la región. Pero el hecho de hallarse al pie de la colina fortificada y ser luminoso complemento de una de la urbes que la poblaron, la dotan de interés verdaderamente excepcional. La cultura, étnica y época de que nos habla, son precisamente como luego veremos, las de mayor importancia en nuestras investigaciones.

Está situada la necrópolis en la orilla oriental de la Albufera, a contados pasos del mar y en las raíces mismas del famoso Tosal de Manises. Extendíanse sobre ella dos capas de ruinas romanas en relación con las ciudades de la misma época que vimos en el cerro. Entre tales ruinas, quedaban todavía algunas del templo atribuido a Mercurio, que exploró Lumiares a fines del siglo XVIII. El espesor de estos estratos va disminuyendo a medida que se acercan al antiguo borde de la laguna, hasta desaparecer generalmente en la faja inmediata al agua.

El descubrimiento del campo de hogueras hízose durante la campaña del Sr. Lafuente, en cuyos libros y folletos pueden verse los resultados obtenidos entonces. Cuando se nombró Director al que suscribe, nos vimos obligados a luchar con toda clase de dificultades. El terreno de dominio público parecía agotado. Los propietarios colindantes se oponían a la continuación de las excavaciones. La nueva y amplísima carretera de la Huerta acababa de ocupar una de las mejores parcelas explorables. Las barracas de los bañistas entorpecían el trabajo en varias direcciones. Igualmente lo entorpecían las tierras removidas y su obligado amontonamiento en las cercanías. El lodo de la laguna primitiva, señalaba un límite

infranqueable. Por último, la necesidad de conservar el paso de carruajes entre la charca y la colina, para llegar desde la playa a los predios próximos, impedía excavar una larga faja que después nos dió cosecha arqueológica abundantísima. Sería penoso y superfluo en estas páginas explicar como pudimos vencer tantos obstáculos.

Suspendiendo las excavaciones y reanudándolas a medida que lo consentían las circunstancias, llegamos a explorar, con muchas soluciones de continuidad, en los años 1934 y 1935, un total de 170 fosas, muchas de las cuales se abrieron en un estrato, profundo casi siempre, que hasta entonces se había juzgado estéril. Para no tener que lamentar algún día irremediables omisiones, comenzamos trazándonos el cuadro general de los datos que deberíamos recoger en la exploración de cada pira. Al efecto, los clasificamos en tres grupos: situación, continente y contenido. En el primero, había que consignar: la orientación, el lugar correspondiente del plano, el número de orden del horizonte en que apareciese la hoguera y la condición característica del estrato en que se abriese. Respecto al segundo grupo debíamos registrar la técnica constructiva, la forma de la excavación, las dimensiones de la misma y las particularidades de las paredes, piso y cubierta, ajenas a la construcción. En cuanto al contenido, todo el que se hallase en cada fosa, debía registrarse cuidadosamente en nuestras notas, numerando objeto por objeto y detallando en lo posible, tanto el estado en que se descubriera como el lugar y orden de su aparición dentro de su enterramiento. Nos permitimos creer que el cuadro bosquejado es suficiente para reunir los datos mas interesantes de la exploración de una necropolis. Las graves dificultades antes aludidas nos impidieron levantar un plano de conjunto. Lo suplimos con diseños parciales de los grupos de sepulturas, exploradas aisladamente, con frecuentes soluciones de continuidad en el tiempo y en el espacio. En tales diseños registramos, sin embargo, las particularidades planimétricas que mas podían interesarnos, y entre ellas, la posición de cada enterramiento respecto

a los contíguos o a los mas próximos. Sin mas alteración que la indicada cumplimos nuestros propósitos, reuniendo en los tres grupos todos los datos que habíamos juzgado básicos.

Los mas dignos de mencionarse con relación al primero son los que siguen: orientación aproximada de E. a O. (la cabeza a poniente). Tres horizontes de enterramientos, con número muy variable de fosas en cada uno, de suerte que unas veces se hicieron tres excavaciones en la misma vertical; otras, dos; y otras, una sola, que es lo común. Observamos la existencia de dos estratos, uno de tierra ordinaria, y otro de tierra roja, por lo cual les llamamos estrato ordinario y estrato rojo. El último es el que anteriormente se había creído estéril, por ser generalmente muy profundo, extendiéndose en ocasiones al mismo nivel del lodo de la charca primitiva.

El continente, esto es la fosa, adopta por regla general la forma de un paralelepípedo de base rectangular. Por excepción se encuentran plantas circulares o de otra especie. Las que se dan son muy pequeñas. Las dimensiones más frecuentes son las indispensables para recibir el cuerpo extendido de un adulto. Algunas unidades son casi cuadradas. Para el estudio del yacimiento tuvimos en cuenta la relación de los ejes (ancho y largo). La técnica es muy sencilla, reduciéndose a excavar un hoyo de la forma deseada. Por excepción se encuentran enterramientos con vestigios de obras especiales. Uno de ellos ofreció un pequeño monumento de mampostería encerrando la urna cineraria. Nos fué muy útil para el estudio de los ritos. Muchas fosas presentan el suelo endurecido a trozos, constituyendo grandes manchas como de betunes. Salvo casos rarísimos y discutibles todos los hoyos se cubrieron con la propia tierra de la excavación. A veces, también raras, se aprecian vestigios de pequeños muros de adobes dividiendo las unidades contiguas.

El contenido es lo más interesante. Lo constituyen cenizas, carbones, piedras, adobes, huesos, urnas cinerarias y ajuar integrados por gran variedad de objetos. Las cenizas y carbones pueden considerarse como comunes a todas las uni-

dades. Los restantes elementos del contenido varían bastante según la fosa de que se trate: bien urnas cinerarias y otros muchos objetos, bien carencia de una u otras cosas.

En conjunto el ajuar del yacimiento es copioso, rico y de gran valor científico. Lo integran, principalmente, vasos ibéricos, helenísticos y púnicos; armas de varios géneros, falcatas sobre todo; pequeñas joyas de oro y otros metales; vidrios policromos, sobresaliendo un soberbio collar con algunas cuentas hasta del tamaño de un huevo de paloma; placas de cinturón con curiosas labores; braseros púnicos como los de Carmona, Aliseda, Ibiza y el Molar; una talla en marfil del dios egipcio Horus; un alto-relieve policromado con una figura femenina y otra de varón; algunas representaciones en barro cocido de distintas divinidades y numerosísimos bustos de Tanit, diosa infernal de los cartagineses. Hay que destacar dos hechos importantes: primero, carencia de material romano. Los restos imputables a esta civilización proceden de las ruinas de la misma que se extienden sobre la necrópolis; segundo, limitación de la decoración ibérica, a temas puramente geométricos, si bien muy ricos y variados. Las pinturas de hombres y animales no aparecieron en ninguno de los enterramientos que pudieron explorarse con las garantías necesarias. Ambos hechos son de transcendencia.

Numeradas las 170 fosas con la indicación de todas sus características de situación, continente y contenido, y numerados también los objetos descubiertos en cada una de ellas, procedimos a formar los correspondientes cuadros de estudio, trazando así más de medio centenar de tablas en las que se clasifican y registran todas las características de referencia. Semejante labor fué larga, delicada y penosísima, de un lado por ascender a muchos miles las notas que hubimos de clasificar; y de otro, por la necesidad de comprobar varias veces uno por uno los datos de cada tabla y su correspondencia con los resúmenes parciales y totales de la clasificación. Gracias a tal trabajo, al que atendimos muchas veces mientras las bombas y los cañones tronaban en torno nuestro, pudimos

inducir, con arreglo a métodos austeramente científicos, la condición y el significado de la necrópolis y de las gentes que la llenaron.

Analizando coincidencias y discrepancias y procurando apreciar unas y otras en su justo valor, nos fué dado fijar entre otros los hechos siguientes: **Primero:** la necrópolis es de incineración. Si se halló algún resto de otra índole, no pertenecía al yacimiento. Todas las unidades pues, fueron hogueras. **Segundo:** los horizontes o capas de enterramientos varían de uno a tres, dominando los puntos en que sólo existe uno. **Tercero:** los estratos en que se abrieron las fosas son dos, el ordinario y el rojo; éste es el más antiguo. **Cuarto:** apesar de la variedad de horizontes y de estratos no hay más que un nivel arqueológico propiamente dicho, o si se quiere expresión más acertada, una sola necrópolis, sin más cambios apreciables que los anejos a la transformación de costumbres sufrida, sin solución de continuidad, en el transcurso de las contadas décadas que duró la necrópolis. **Quinto:** unas unidades fueron ustrinos, esto es, incineraciones de cadáveres; en otras, no se efectuaron cremaciones humanas, sino solamente ritos funerales. Hay pues, dos especies de piras: ustrinos y hogueras de rito. **Sexto:** los restos de los incinerados en los ustrinos, ya se depositaron en urnas cinerarias, ya se abandonaron en la fosa donde ardió la pira. Las hogueras de rito se destinaron bien al *silicernium* o banquete fúnebre, bien a la provision de alimentos para la otra vida. La última solución es la más probable. El estudio de las tablas de referencia nos permitió igualmente distinguir las incineraciones de varón, de las femeninas y de las de niños; y dentro de las primeras, diferenciar las de guerreros de las otras profesiones. Asimismo nos permitió reconstruir con escaso riesgo de equivocarnos, los más interesantes ritos y ceremonias. Cuestiones todas que desarrollamos y exponemss con extensión en la Memoria de nuestras excavaciones pendiente de publicación en la Comisaría General. Acompaña a aquélla un cuadro en el que combinando signos y colores, se resumen

pira por pira, todas las particularidades del yacimiento, cuadro que permitirá a los arqueólogos estudiar por sí mismos la necrópolis, mostrándoles reunidas todas sus características en un solo gráfico fácil de dominar.

V

«LA COLINA Y LA PLAYA»

Correspondencia de los estratos.—Cuatro ciudades superpuestas.—Etnica.—Cronología.—El período Bárcida.

Relacionemos ahora las observaciones de los dos yacimientos. Cada uno de ellos completará y confirmará la calificación del otro.

Prescidiendo de los vestigios de los estratos extremos, vimos, al ocuparnos del Tosal, que florecieron en él cuatro ciudades sucesivas: la cartaginesa, la hispánica, la de Augusto y la segunda del Imperio. Cuatro culturas pues, más o menos separadas o más o menos ligadas entre sí. La excavación de la playa nos revela que en ella ocurrió lo mismo. Los escombros romanos que cubren casi toda la necrópolis y se extienden por sus inmediaciones, aparecen generalmente mezclados y confundidos por las remociones de tierras, explanaciones, exploraciones, etc., que sufrieron estos parajes en el transcurso de los siglos. A pesar de ello, pudimos comprobar con toda claridad la existencia de dos capas del romanismo. En la inferior, magnífica cantería, mármoles y jaspes, monedas de los primeros emperadores, cerámica y otros restos de buena época. En la superior, obras más pobres y más escasas, numismática avanzada y barrores decadentes. El reconocimiento de algunos muros disipó toda duda. Su fábrica era ordinaria, pero en su construcción se habían empleado materiales ricos procedentes de obras anteriores. Avalando el hecho, apareció utilizada como una de tantas piedras en el interior de una pared, una columnita recogida sin duda entre los escombros de un monumento preexistente.

Tanto de la ciudad de Augusto como de la segunda de los tiempos imperiales, quedaron testimonios en la playa sobre la necrópolis y sus cercanías. Igualmente quedaron de la urbe hispánica al pie de la colina. A tal cultura pertenece la factoría comercial que el Sr. Lafuente excavó al pie del cerro. A la ciudad cartaginesa corresponden de lleno las fosas excavadas entre la orilla de la Albufera y la del mar, bajo las ruinas de la época romana. Las cuatro civilizaciones se repiten, pues, junto al lecho de la laguna desecada.

ETNICA.—El carácter romano de las dos culturas superiores, tanto en el Tosal como en la playa, no se presta a reparo alguno. No podría decirse lo mismo del que hemos asignado a los dos estratos infrapuestos, si no se insistiera un poco en el examen y explicación de los hechos.

Bajo la capa más profunda de condición latina pueden estar los restos de muy distintos pueblos. Dado el territorio en que nos hallamos, los casos más destacables son los tres siguientes: Primero, población netamente ibérica. Segundo, población griega o helenizada. Tercero, población cartaginesa, más o menos participante de otros elementos.

Que la nuestra, no fué netamente ibérica o indígena, si se la quiere llamar así, es cosa que se deduce con claridad de los descubrimientos del Tosal y sus inmediaciones. En contacto con las fortificaciones hay numerosos restos de objetos exóticos que no sería discreto imputar exclusivamente a efectos del comercio. Unos son de filiación helénica; otros de púnica; otros aún no están definitivamente clasificados. Lo mismo puede decirse respecto a los vestigios de murallas anteriores a las que forman el círculo de las fortificaciones inmediatamente prerromanas. En varios puntos de las cercanías se han hallado vasos o trozos griegos de buena época y terracotas afines a las de Ibiza. Una de las lápidas encontradas ofrecía una inscripción griega. Los vasos de forma y barro púnicos son abundantísimos en el estrato de la ciudad inferior. Varios nombres de los que figuran en inscripciones latinas co-

responden a familias griegas. Un pequeño ídolo labrado en caliza y descubierto en el fondo de una parcela de la vía Popilio obedece a la misma técnica, y quizá también, a la misma serie de dioses o de héroes a que pertenece la talla del Horus ya citada. Las monedas púnicas tampoco son ajenas a los hallazgos de la necrópolis, ya en el solar de las casas, ya en el área de la calle bajo el pavimento de las épocas romanas. Respecto a la necrópolis baste recordar la sucinta enumeración que quedó hecha del material descubierto. No es aventurado, pues, afirmar que las legiones de Roma no encontraron aquí una población puramente ibérica.

Pero ¿era griega? Como hemos visto, lo son muchas de sus reliquias. Lo es también la etimología del nombre Lucuntun, que llevó el municipio latino. La misma filiación puede atribuirse a varios de los productos de las artes industriales y de las bellas artes, que se conservaban entre las cenizas de la necrópolis. Apesar de todo la ciudad que precedió inmediatamente a la llegada de los romanos, no era griega. Probablemente lo había sido en tiempos anteriores, pero en éstos se hallaba ya sojuzgada y sustituida por otros ocupantes y otra urbe.

El material más expresivo de los estratos inferiores del Tosal y, sobre todo, el de la necrópolis a que corresponde este estrato, prueban cumplidamente que los dominadores en cuestión fueron los cartagineses. Los griegos, pueblo de insuperable genio creador, no tenían por qué recurrir a la importación de productos industriales o artísticos de otras gentes. Los cartagineses, por el contrario, moviéndose en un plano cultural muy inferior, sí que tenían por qué recurrir a esa importación y la ponían en práctica allí donde pudiera proporcionarles una ganancia apreciable. Por eso mientras el hallazgo de un producto griego puede revelar la existencia de un mediador cartaginés, el hallazgo de un producto cartaginés no revela, mientras no se pruebe lo contrario, la existencia de un mediador griego. Cuando en un mismo depósito se conservan reliquias de las dos artes, puede asegurarse, con es-

casísimo riesgo de error, que no fueron los helenos quienes mandaban en el lugar. Los bustos de Tanit, los braseros tipo Carmona, los vidrios policromos y otros interesantes objetos del ajuar funerario, pesan bastante en la balanza para inclinarla inevitablemente en favor de los púnicos. Si alguna duda cupiese, la anularía en absoluto el descubrimiento de las monedas cartaginesas que se encontraron dentro y fuera de las fosas. Las primeras, dado su estado de oxidación, sólo pudieron identificarse en casos aislados. De las restantes consérvese en el Museo una colección con el cabiro y el toro típico de la numismática ebusitana.

Con lo dicho la étnica del centro hispánico, queda implícitamente determinada: Cartago que se iba y Roma que llegaba. Son sus exponentes: en el Tosal, las últimas ruinas sepultadas bajo las de Augusto; al pie del cerro, la factoría que exploró el Sr. Lafuente; y en la necrópolis, acaso las fosas más tardías si alguno de sus restos fuera imputable a la civilización del pueblo rey. Todo sin olvidar la tónica constante del iberismo, nota común a las cuatro ciudades estudiadas.

CRONOLOGÍA.—El límite cronológico reciente de la ciudad púnica está impuesto por la carencia de material romano en los estratos inferiores del Tosal y en las unidades normales que exploramos nosotros en la necrópolis. El remoto no puede ir más allá de la llegada de los cartagineses, puesto que sus ajuares caracterizan los estratos y enterramientos aludidos.

Ahora bien: los púnicos ocuparon Iberia en dos períodos. El primero comenzó hacia fines del siglo vi, bien con la invasión de Cádiz, bien por vía Baleares, si se confirmasen nuestras sospechas relativas a las inmediaciones del cabo de la Nao. (1). Para el seno Ilicitano, donde están nuestros yacimientos, tal etapa concluye a mediados del siglo iv, en que, a

(1) Véase nuestro: *Panorama Arqueológico de Javea*. Madrid 1945.

consecuencia del segundo tratado con Roma, los libifénices hubieron de retirarse al Sur de Mastia, Cartagena. El segundo período se inicia con el arribo a Iberia de las huestes de Amílcar, (336 a. de J. C.) y termina con la derrota y supresión de su poder al extinguirse el siglo III precristiano. ¿A cuál de las dos épocas corresponden nuestros cartagineses?

Entre los objetos más abundantes y expresivos de nuestras piras funerales, se encuentran los bustos de Tanit. Esta diosa no es más que la Kora o Proserpina de los mitos greco-romanos, incorporada al culto púnico con aquel nombre. Pero tal incorporación no se hizo hasta el siglo IV, en que habiéndose atribuído los males de Cartago a su conducta con los dioses de Sicilia, pusieron a Proserpina en los altares africanos como desagravio a los desmanes anteriores. Entre la adopción de la divinidad y la retirada al Sur de Mastia, no queda tiempo para que el nuevo culto apenas iniciado en la metrópoli pudiera extenderse a los dominios coloniales y arraigarse en ellos, como sucede en nuestra Albufereta, donde presidió los ritos de innumerables sepulturas.

Por otra parte, el almacén de provisiones de la vía Popilio que mencionamos páginas antes, nos muestra, no como restos de estratos diferentes mezclados y revueltos al azar, sino como reunidos y utilizados por unas mismas gentes, en un mismo tiempo y en mismo espacio, el ajuar de los latinos y el de los cartagineses. Y claro está, semejante coexistencia solo pudo darse tratándose del segundo período, puesto que el primero, cuando los Escipiones pisaron nuestro territorio no era ya mas que un recuerdo histórico. La numismática de los dos yacimientos (acrópolis y playa), responde de lleno a tal afirmación. Los cartagineses pues del Tosal y la necrópolis de Alicante fueron los que ocuparon Iberia en el último tercio precristiano.

Fijada la cronología de la población cartaginesa, se deduce con claridad la imputable a la hispánica. Comienza con la expulsión de los Bárcidas y subsiste durante algún tiempo antes de romanizarse el territorio, terminando (según el Sr. La-

fuelle) el año 195 en que fué destruída la urbe por Catón. La erigida en tiempos de Augusto o poco antes, no fué destruída (según el mismo autor) hasta Marco Aurelio (170), construyéndose años después sobre sus ruinas y con sus ruinas, la segunda urbe imperial, cuyo término se esfuma ya en los últimos siglos de la Edad Antigua.

V I

«EL FOCO CULTURAL DEL SENO ILICITANO»

Los bustos de Tanit.—La evolución de los ritos.—Anforas cartaginesas.—Los vasos bitroncocónicos.—Las pinturas ibéricas.—Las artes bellas y las industriales.

Una interpretación serena de los textos griegos y latinos. La topografía de nuestro litoral y la etimología de Lucentun, habían hecho que los investigadores situasen la Akra Leuka de Amílcar en la moderna Alicante. Solo faltaba el aval de la arqueología. Sin restos púnicos que rubricasen el fallo, era aventurado tenerlo por definitivo. Las excavaciones de la Albufereta y el Tosal, han venido a disipar toda duda. El material descubierto en la colina y la necrópolis, prueban bien, la existencia aquí de una población cartaginesa en el último tercio del siglo III a. de C. Es precisamente el período de la ocupación de los Bárcidas. Las murallas que rodean la acrópolis, demuestran, además, que la ciudad fué plaza fuerte, como nos consta lo fué la sede de Amílcar. Hoy nadie pone ya en tela de juicio la identidad de Akra Leuka y Alicante.

La transcendencia de estos hechos no puede ser mayor. Emplazado el centro militar de Amílcar en la medianía del seno Ilicitano, toda la costa al norte de cabo Palos y las comarcas interiores relacionadas con ella, quedaron desde luego sometidas a la influencia, cuando no a la espada, de los invasores africanos. La formidable base naval de Cartagena no estaba aún en manos de los conquistadores. Cartago Nova aparece en la Historia años mas tarde. Quiere esto decir que la ocu-

pación y conquista de la región, con seguridad al norte de Mastia y probablemente también al sur, comenzó apoyándose en la fortaleza y sede del primer Bárcida.

Cuando llegaron sus huestes, nuestras playas estaban helénizadas. La antigua Himeroscopia y las restantes colonias griegas que pudiera haber en las inmediaciones de La Nao, habían desaparecido hacía ya mucho tiempo, quizá en pleno siglo VI, como resultado de una penetración del territorio por vía balear a raíz de la batalla de Alalia. Pero a mediados del siglo IV, aprovechando la retirada de los púnicos que se deduce del segundo tratado con Roma, se reconstruye Himeroscopia y se fundan otras colonias a lo largo del seno Ilicitano. Una de ellas, según todas las probabilidades, estuvo en el Tosal de Manises o sus inmediaciones. Así lo hacen pensar los vestigios de murallas griegas que se descubren en la acrópolis; los restos, más o menos definidos, de construcciones y ajuares infrapuestos a los púnicos en el recinto de la misma; y la cerámica del siglo IV, hallada en sus cercanías. Más elocuente aún es el testimonio del propio nombre de Akra Leuka, que es griego y fué dado por Amílcar a su ciudad en atención al que ya llevaba el lugar, como se colige claramente del texto de Sículo. La étnica del Tosal no constituía caso único. Desde la boca del Tader hasta Dianio la costa estaba sembrada de factorías helénicas. Todas ellas, excluida a lo sumo la nuestra, debieron entregarse voluntariamente al ejército invasor, cuya fuerza, dada la debilidad de estas pequeñas colonias, las habría aplastado en caso de resistencia.

Reunidos y conectados los hechos aludidos, vinieron a integrar una nueva fase de la cultura del S. E. perfectamente definible, tanto bajo el aspecto étnico como el cronológico. Gentes que la produjeron: los iberos, los griegos y los cartagineses. Época: el último tercio del siglo III precristiano. En la acción de este nuevo y espléndido foco cultural está, sin duda, la clave de los más interesantes problemas arqueológicos de la región. De hoy en adelante la realidad de la fa-

se ha de permitirnos calificar nuestros yacimientos sobre premisas firmes, claras y fecundas. Los escombros y estratos de la Albufereta, presentándonos ordenada y distintamente las civilizaciones que se sucedieron aquí, nos revelan lo que ocurrió en la costa del Sudeste y muchas leguas tierra adentro, respecto a los artífices de nuestras antigüedades y los períodos en que se labraron o se trajeron a nuestro suelo.

No podemos ni debemos detallar en estas páginas todas las enseñanzas que bajo el aspecto indicado se derivan de las excavaciones de Alicante. En nuestra memoria oficial ofrecemos las conclusiones de conjunto; y en las distintas monografías que preparamos daremos el desarrollo debido a multitud de puntos especiales. Aquí sólo, a guisa de guión, las observaciones y deducciones más salientes.

Los bustos de Tanit hallados en las playas y tierras imputables al radio de Akra Leuka, son testimonio incuestionable de la cultura cartaginesa del Sudeste, iniciada en el último tercio del siglo III y continuada más o menos tiempo en la subsiguiente época hispánica. Tales imágenes presiden la incineración de los muertos, como si a ellas se encomendase la entrada de las almas en la otra vida. Los bustos de las hogueras no fueron nunca rotos intencionadamente. Las representaciones de Tanit no son exclusivas de la Albufereta. Se han hallado también en Elche, en el Campello, en Benidorm y en otros puntos de la región; recientemente en las inmediaciones de Murcia. El probable santuario de Benidorm, la frecuencia de ejemplares en nuestra necrópolis y su aparición en otros sitios, revelan que los dioses de Cartago tuvieron culto extenso e intenso en nuestro territorio, bien por la densidad de la población púnica, bien por haberse incorporado sus divinidades a la religión de los iberos, que es la interpretación más verosímil. En uno y otro caso se destaca la influencia notable de los invasores. Donde se encuentra un busto de Tanit, la filiación y data del yacimiento o del estrato, son diáfanos. Ni van más allá de la llegada de los Bárcidas, ni son ajenos a la influencia de su ambiente.

La necrópolis de Alicante, comparada con la del Molar, próxima al Tader, acusa una marcada decadencia en el rito de incineración. En el Molar, los restos del incinerado, se recogen cuidadosamente y se depositan en urnas, que se cierran con sus propias tapaderas y se cubren con concheros para preservarlas de profanaciones. En la Albufereta, estos y otros ritos, bien faltan por completo, bien se dan de modo deficiente. Ambas necrópolis, aunque en proporciones distintas, son ibero-púnicas, pero de diversos períodos. La del Segura se inicia hacia principios del v; la nuestra, a fines del III. Los bustos de Tanit, que abundan en la última, faltan absolutamente en la primera. Utilidad de la comparación: el acopio de datos valiosísimos para reconstruir el proceso funeral ibero-púnico, distinguiendo a la vez la parte que se debe al factor étnico, de la imputable al cronológico.

Las grandes ánforas cilíndricas o de obús, de que se han hallado ejemplares en Murcia y algunos otros lugares (1), aparecen aquí en cantidad considerable en los estratos inferiores del Tosal. A veces se apoyan en la sección más antigua del paramento interior de las murallas. Es el nivel del acervo púnico más definido de la colina. Estos hechos prueban que el origen de tales ánforas no es posterior a la cultura de los Bárcidas. Probablemente tampoco es más antiguo, dada su falta en yacimientos anteriores.

En el Tosal y la necrópolis, sobre todo en la última, descubrimos multitud de vasos ibéricos copiados fielmente, aunque no siempre con igual acierto de modelos exóticos. Entre ellos figuran ejemplares, a veces tan pequeños como fusayolas, cuya nota dominante consiste en estar formados por dos troncos de cono unidos por sus bases mayores. Tales modelos son de factura perfecta y fino barro gris. Aunque carecen del característico barniz negro campaniense, los suponemos de esta clase de cerámica por la frecuencia con que se ajustan a

(1) Véase el interesante trabajo de A. Fernández Avilés: *Anforas púnicas del Museo Arqueológico de Murcia*.

sus tipos más corrientes. Ahora bien: los barros del país (urnas, jarritos, esencieros, fusayolas), regidos por un patrón general bitroncocónico, son abundantísimos en la necrópolis. Sospechamos que el origen de la forma esquemática común a todos ellos se debe exclusiva o casi exclusivamente a los vasos citados de factura perfecta, barro gris sin barnizar y doble tronco de cono. A nuestros colegas regionales, comparando material de yacimientos y museos, corresponde rectificar o confirmar y generalizar esta sospecha.

Veníase creyendo que las pinturas de hombres y animales de nuestros vasos, databan de los primeros tiempos del iberismo. En la Albufereta se ha evidenciado lo contrario. Lo hicimos constar, entre otras ocasiones, en nuestra Memoria de 1939, en nuestras notas de *Atlantis* de 1940 y en la comunicación que dirigimos a la Real Academia de la Historia en 1943. Las voces de protesta que se levantaron entonces fueron serenándose a medida que se repetían los hechos en otros yacimientos. En los nuestros, la decoración de figuras no se da hasta el pleno romanismo. (Estratos superiores del Tosal). En la necrópolis, testimonio fehaciente de la época Bárcida, los temas no pasan nunca de lo geométrico: círculos, sectores, eses, cayados, cabelleras, etc. Quizá este conjunto de motivos sea el característico del período prerromano. En siglos anteriores, mera decoración de líneas circundantes o carencia absoluta de decorado; en tiempos posteriores, todas las modalidades de las pinturas vivientes. Dos yacimientos, entre otros de nuestras playas, avalan la afirmación: El Molar y Elche. El Molar con la reducción de sus dibujos a las dichas líneas circundantes, en los primeros momentos de la segunda Edad del Hierro. Y Elche, con sus copiosas figuras de hombres y animales, en los niveles de plena romanización. Dada la falta de sigillata en los poblados más expresivos, Martín Almagro, con ecuanimidad digna de encomio, no considera «prudente entregarse a la nueva moda de exagerar» la modernidad (1). Dicho

1) Martín Almagro. Museo de Barcelona. Memoria en la de Museos Provinciales de 1943. Madrid 1944, pág. 60.

esto a renglón seguido de haberse opuesto a la cronología de Bosch Gimpera, es una prueba máxima de imparcialidad. Generalizar consecuencias sin hechos bastantes que lo justifiquen, nunca será discreto. Pero en el Tosal de Manises, la decoración ibérica de hombres y animales se encuentra en las mismas capas que los ejemplares más bellos de terra sigillata.

Mientras se ignoró la existencia de la gran sede púnica del seno Ilicitano, los arqueólogos carecieron de orientación que guiase sus investigaciones encauzándolas por los caminos más lógicos. De aquí la variedad de juicios y a veces los errores sobre muchas de nuestras obras. Descubierta el foco cultural de Alicante, la filiación y fecha de los hallazgos se nos viene a la mano en la mayoría de los casos. En la producción de las bellas artes y de las artes industriales intervinieron: los griegos de las colonias establecidas el iv, como maestros; los iberos de la región, como discípulos más o menos aventajados, y los cartagineses de Amílcar, bien imponiendo los nuevos gustos a los artistas y artífices locales, bien importando las obras de los talleres exóticos en que se labraron. No se olvide a este efecto, que las aportaciones de los mercenarios, tan doctamente estudiados por García Bellido, debieron alcanzar su rendimiento máximo precisamente al ocupar nuestra playa, fijando en ella su capital y sus cuarteles, las huestes del primer Bárcida. La fusión de todos estos elementos cristaliza en un acervo cultural tan variado como brillante, que bien puede tenerse por típico del S. E. Lo preparó el greco-iberismo del siglo iv y lo llevó a su cima la ocupación cartaginesa del iii. En adelante pues, no será ocioso juzgar nuestras antigüedades, comenzando por exponerlas a la luz de estos hechos.

Tales son, en resumen, las consecuencias mas trascendentales para la Arqueología y la Historia de la región que se deducen austeramente de la plaza fuerte y la necrópolis de nuestra Albufereta.

BIBLIOGRAFIA

- Cabré Aguiló, Juan.—Un alto-relieve hispánico de la necrópolis de la Albufereta. Alicante. *Las Ciencias*, núm. 2, Madrid 1935.
- Castillo, A. del.—Crítica necesaria. Tres trabajos y tres opiniones diversas sobre la cronología de la cerámica ibérica. *Ampurias* III (1941) págs. 151 y sigts.
- Fernández Avilés, A.—Anforas púnicas del Museo Arqueológico de Murcia. Madrid 1934, pág. 11.
- Fletcher, Domingo.—Sobre la cronología de la cerámica ibérica. *Archivo Español de Arqueología* núm. 50. Madrid 1943, pág. 109.
- García Bellido, Antonio.—Fenicios y Cartagineses en Occidente. Madrid 1942. (Acra Leuca y el Tosal de Manises en las págs. 63, 130 y 291).
- Carcía Bellido, Antonio.—Problemas de arqueología ibérica. *Saitabi*, número 12. Valencia 1944.
- Lafuente Vidal, José.—Alicante en la antigüedad. Alicante 1932.
- Lafuente Vidal, José.—Excavaciones de la Albufereta de Alicante. (Antigua Lucentum). Madrid 1934.
- Lafuente Vidal, José.—Un alto-relieve en la necrópolis de la Albufereta. (Alicante). *Las Ciencias*, núm. 4, Madrid 1935.
- Lafuente Vidal, José.—Algunos datos concretos de la provincia de Alicante sobre el problema cronológico de la cerámica ibérica. Madrid 1944.
- Lumieres, Conde de.—Lucentum oy la ciudad de Alicante Edición facsimil. Alicante 1908.
- Vidal, Gonzalo.—Lucentum de Alicante. *Saitabi* núm. 12. Valencia 1944.
- Figuera Pacheco, Francisco.—Geografía de la provincia de Alicante. Barcelona 1914, págs. 359 a 470.
- Figuera Pacheco, Francisco.—Ensayos de Geografía antigua. Akra Leuka. La ciudad de Amílcar. Alicante 1932.
- Figuera Pacheco, Francisco.—Los problemas geográfico-históricos de la Albufereta de Alicante. (*Anales de cultura Valenciana*, núm. 17). Valencia 1933.
- Figuera Pacheco, Francisco.—El alto-relieve de la Albufereta de Alicante. (*Las Ciencias*. Año III, núm. 2). Madrid 1936.
- Figuera Pacheco, Francisco.—Arqueología levantina. Las excavaciones de Alicante. (*Anales de cultura Valenciana*, núm. 25). Valencia 1936.

- Figueras Pacheco, Francisco.—Excavaciones de la Albufereta de Alicante, 1939. (Memoria de las efectuadas de 1934 a 1936, pendiente de publicación en la Comisaría General de Excavaciones).
- Figueras Pacheco, Francisco.—Datos para la cronología de la cerámica ibérica. (Atlantis. Tomo XV. 1936-1940). Madrid 1940.
- Figueras Pacheco, Francisco.—Las antiguas ciudades del Tosal de Manises. Alicante 1943. (Inédito en la Real Academia de la Historia).
- Figueras Pacheco, Francisco.—Las piras funerales de la Albufereta de Alicante. Excavaciones en la necrópolis ibero-púnica. (Saitabi números 7-8). Valencia 1943.
- Figueras Pacheco, Francisco.—El nuevo escudo de la ciudad de Alicante. Valencia 1944.

* * *

ALGUNOS RESTOS DEL ANTIGUO CULTO A LA DIOSA RELIGIOSO-FUNERARIA

Por José Belda Domínguez, Pbro.

A. C. de la Real Academia de la Historia
y Director del Museo Arqueológico de Alicante.

Dos consecutivas campañas de excavaciones arqueológicas, que, el dicente, llevó a cabo durante los años de 1927-29, en una cueva sepulcral sita en el llamado «Morro de la Barsella» (Torremanzanas-Alicante), tributaron unos 30 esqueletos humanos, no todos completos, que aparecieron en dos estratos arqueológicos correspondientes a las fases del eneolítico, media y final, respectivamente (1).

De entre el copioso material funerario, allí logrado, merecen especial mención, a mi propósito, 11 pequeñas y esquemáticas efigies femeniles, de dos tamaños, todas labradas en placa de hueso. La mayor parte ostentan cabezas más o menos triangular, como denotándola coronada por diadema que abre hacia arriba, sin faltar otras de cabeza que tiende a redondeada.

(1) Excavaciones en el Monte de la «Barsella». Por su concesionario don José Belda Domínguez, Pbro. Memorias núms. 100 y 112, publicadas por la extinguida Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

También salieron, en esta necrópolis de inhumación, algunos cilíndricos colgantes, de hueso, que se interpretaron símbolos fálicos.

Por aquel entonces, el cementerio, asimismo eneolítico, de Blanquizaes de Lebor (Murcia), alumbró otras figurillas de hueso, similares a las indicadas de Torremanzanas (1).

Y no solamente en esta nuestra región de S. E., sino en otras muchas partes, buen número de necrópolis prehistóricas han dado a conocer elementales efigies de mujer, algunas muy estilizadas, tales como las que se denominan idolillos de *doble hacha*, cuya especial configuración recuerda la del busto humano.

En 1932, mis excavaciones en la necrópolis protohistórica de la Albufereta (Alicante) desenterraron, por primera vez, efigies femeniles de barro cocido, que, por lo común, afectan la forma de busto, con simbólicos atavíos de tipo preferentemente vegetal, relacionadas, al parecer, con antiguos cultos a la fecundidad efectiva, o en potencia, según se tratará.

Estas funerarias efigies de mujer evocaron el recuerdo de los idolillos, también femeniles, de las necrópolis antehistóricas, cuyas imprecisas formas (estilizadas) podían ilustrar aquéllas.

En los tiempos protohistóricos, la veneración a este número biológico tenía una triple expresión iconográfica; representaciones de cuerpo entero, bustos o cabezas, y figuras de medio cuerpo.

En nuestra región y sus contornos existen claros testimonios de tal veneración en santuarios y necrópolis.

Santuarios.

Sus restos arqueológicos yacen unas veces, en cuevas, tales como la de's Cuyeran (Ibiza) y la de Almanzora (Almería). En la primera, aparecieron restos de víctimas humanas

(1) Memoria de las Excavaciones en Blanquizaes del Lebor por su descubridor don Juan Cuadrado, quien la presentó al IV Congreso Internacional de Arqueología, celebrado en Barcelona.

incineradas, y, entre otros efectivos, 600 figuras, casi todas coronadas, de medio cuerpo; más otras, fragmentarias del mismo tipo, en número de 1.000 (1); siendo, en cambio, escasos los bustos femeniles, tan corrientes en el S. E. hispánico, de los cuales ha tributado más de 100 la Cueva de Almanzora.

Otros santuarios estaban al aire libre, como por ejemplo, el de la Serreta (Alcoy) muy celebrado por sus pequeñas cabezas en *terracotta*, cuyo número asciende a varias centenas, aparte otras representaciones de cuerpo entero. En muchos de estos ejemplares adviértese el gran influjo que la cultura ibérica, ejerce en este yacimiento algo retirado al interior peninsular.

En la Cala de Benidorm, hay un montículo cónico, que, inmediato a una factoría colonial, yace a los pies del poblado ibérico Tosal de Polop. En su ladera del N. descubrí siete bustos muy similares a los de la Albufereta; y un centenar de fragmentos de idéntica filiación, aparte otros que dejan entrever ejemplares de medio cuerpo, cual los de la «Cueva de's Cuyeram», y, acaso también, algunos de cuerpo entero.

El Santuario que los colonizadores griegos de Hemeroscopión erigieron en honor a Diana, presupone, sin duda, allí establecido, el culto regional a esta diosa de la Vida, venerada por aquellos navegantes bajo la advocación de la insigne Cazadora.

Necrópolis.

Las hay hondas y en contacto con remansos marítimo-fluviales, cual la de la Albufereta (que expone el siguiente capítulo) y otras en las márgenes de los ríos, por ejemplo, la del cementerio Viejo de Elche (2), inmediata al Vinalopó.

(1) Antonio García Bellido. «Fenicios y Carthagineses, en España», Madrid. Cap. VII. El Santuario de Tanit en la «Cueva de's Cuyeram».

(2) *Illicis*, pág. 207 = Año 1879. Por Ibarra y Manzoni, Aureliano. Reprodúcese en correctísimo grabado un busto femenil con los atributos de Demeter o Ceres, descubierto en el seno de una urna cineraria, con dotación de armas; siendo muy de creer que esta olla osiferaria formara parte de una necrópolis, cuyo emplazamiento próximo al cementerio Viejo de Elche supone tradición ininterrumpida del yacimiento funerario ibero-púnico, seguramente, allí situado.

Las necrópolis protohistóricas de altura suelen ocupar lomas, como la del «Puig dels Molíns» y la del «Cabecico del Tesoro», en Ibiza y Murcia, respectivamente. La necrópolis del «Puig dels Molíns», por lo general, inhuma sus muertos en púnicos hipogeos a los que dota de ricos ajuares en que figuran representaciones humanas, ordinariamente, de cuerpo entero.

La del «Cabecico del Tesoro» incinera los cadáveres y prefiere los bustos a las efigies de cuerpo entero.

Es de notar a este respecto, que la necrópolis, también de incineración, del Molar, sita en la desembocadura del Vina-lopó, tributó un solo trozo de figura, al parecer, de cuerpo entero. Esta gran pobreza en el arte figurativo, acaso pueda explicarla la condición céltica de dicho cementerio.

En algunas viviendas de poblados hispánicos, tales como, Ilici (1); Tosal de Manises (2); Tosal de Polop y cierta factoría neopúnica de la Albufereta, (3) también han aparecido bustos de mujer coronada, en un todo iguales a los descubiertos en la necrópolis alicantina.

En suma. El culto a la diosa de la Vitalidad es, sin duda, de raíz prehistórica y de complejo simbolismo, con un área de expansión seguramente muy extensa.

Aun ateniéndonos a nuestra comarca, son muchas y variadas las perspectivas que ofrece aquel númen femenino en relación, ya con el fuego sagrado de los santuarios y el de los cementerios (cuyo ámbito invade, no obstante su vital significado), ya con el agua y la agricultura; no diciendo menos, sus poliformes representaciones, cuya presencia en distintos estratos arqueológicos, llega a vincular, de algún modo, al neolítico comarcal, de baja época, con la cultura púnico-ebusitana, a su vez, enlazada directamente, con el S. E. hispánico.

Ahora bien, como quiera que tan dilatado horizonte rebasa los límites, tan reducidos, del presente trabajo, cíñese éste,

(1) Según manifestaciones de testigos presenciales.

(2 y 3) Hallazgos del dicente.

por lo pronto, a solo la exposición del cementerio de la Albufereta y la de sus bustos coronados, cerrando este abance con un breve capítulo de síntesis interpretativa en que la conclusión suele ceder el paso a la hipótesis, siempre más o menos fundamentada en testimonios arqueológicos.

I

LA NECRÓPOLIS DE LA ALBUFERETA (1)

Sin perjuicio de que en monografía ulterior dedique especial atención a este notable yacimiento ibero-púnico, propongo la siguiente reseña del mismo por considerarla indispensable precedente de las materias a tratar, más adelante.

El antiguo cementerio de la Albufereta radica en el arranque del Cabo de las Huertas (lado del O), escasamente a cuatro kilómetros de Alicante, debiendo su denominativo al de una ría, hoy desecada, en cuya orilla de la izquierda hállase, aquél, emplazado.

El perímetro superficial de esta necrópolis se parece al de la cubierta de una nave. Acaso su configuración resulte simbólica (barca funeraria?) si se tiene en cuenta que su artificial piso penetra en el remanso de dicha ría.

El eje mayor, orientado de N. a S., mide casi cien metros, alcanzando unos cuarenta el menor, esto es, un área poco mayor de dos mil metros cuadrados.

Las excavaciones practicadas en este funerario yacimiento han agotado sus posibilidades arqueológicas. En total, ascienden a 325 las sepulturas (mas o menos conservadas) allí descubiertas (2); todas del rito de incineración y relacionadas con tres capas necrológicas que seguidamente se exponen.

(1) Cuantos hechos arqueológicos se formulan en el presente Capítulo los he transcrito de mi «Diario de Excavaciones en el Tosal de Manises y la Albufereta» que redacté, durante cuatro campañas consecutivas de trabajos oficiales; no existiendo otro Dietario arqueológico que se refiera a tales excavaciones alicantinas.

(2) En el flanco del O., o sea, el bañado antiguamente por las aguas de la Albufereta, noté residuos de numerosas incineraciones casi borradas por el oleaje de las grandes mareas o por las avenidas de la rambla que formó este remanso marítimo-fluvial.

Estrato inferior.

Este nivel más antiguo va estructurado por tres secciones: una básica, de arcilla negruzca, muy endurecida, sobre todo en la superficie; otra, de arena roja, (transportada del vecino monte de San Julián), a la que va sobrepuesta una tercera cubierta, arcilloso-amarillenta, que cobija los enterramientos. Así las monedas como las cerámicas (italogriega, campaniana e ibero-púnica) halladas en este principal y hondo estrato, asígnanle casi dos siglos de existencia. El grupo de sepulturas más antiguas, por cierto no muy numeroso, puede datarse allá por la primera mitad del siglo IV antes de J. C.; otras, jalonan el III antes de J. C., llegando las más recientes al siglo II antes de J. C.

Los enterramientos de fines del siglo II y los de comienzos del III son los más numerosos.

Esta capa profunda debió utilizarse, desde un principio, en toda su área de expansión, por cuanto que suelen alternarse las sepulturas del siglo IV con las del III y II.

En total, se han logrado allí poco más de doscientas incineraciones. Cada siete u ocho de las mismas salía una, dotada de olla osiferaria, sita generalmente al O. del *ustrinum* (cabecera). En este lugar, practicábanse, algunas veces, determinados actos ceremoniales, pasando entonces la urna a los pies o lados de la cista crematoria, nunca a su interior.

La incineración humana efectuábase en el interior de zanjas, orientadas de E. a O. (no siempre con exactitud) e invariablemente excavadas en la sección de la arena roja. Las proporciones de estos lechos funerarios variaban bastante, pero puede asignarse el siguiente promedio: longitud 1,65 mt.; anchura 0,75 mt.; profundidad 30 centímetros.

La pira funeraria se construía con ramas de pino, rara vez de encina, apoyadas sobre dos o cuatro trozos de adobe cocidos al sol. En determinados casos formábase con estos toscos bardos un estrecho banco.

El cadáver, dotado de su atuendo personal, quedaba ten-

dido sobre este acervo de ramas (1), siempre con la cabeza al O.

En ciertas cremaciones, prescindíase del combustible leñoso, practicándose la incineración a base de solo ingredientes inflamables (pez o resinas) que, al finalizar la ustión daban polvos blancos, sin cenizas negras o muy escasas; las del vestido.

Los restos humanos, una vez carbonizados, quedaban definitivamente depositados en la fosa, con excepción del puñado que de los mismos se introducía, de vez en vez, en la urna cineraria.

Constituía el postrer acto funerario la unión del sacrificado; a cuyo fin derramábase sobre las ascuas de la pira un denso líquido que endurecía una parte del fondo del *bustuarium*, si aquél penetraba mucho en la sección de las cenizas y carbones. Cuando había olla osiferaria era objeto, las más veces, de tal unción, sobre la tapadera.

Sepulturas yuxtapuestas.

Parece que determinadas zanjas crematorias guardaban cierta relación entre sí, ante el reiterado hecho de su mutua yuxtaposición, ya en sentido paralelo, ya longitudinalmente. Las paralelas suelen ser de tamaño similar; pero si están valladas por muro de adobes, distancianse algo una de la otra. En las yuxtapuestas, a lo largo, una de ellas, generalmente la del O., es de tamaño relativamente pequeño y configuración cuadrada o en óvalo, siendo menos frecuente las que afectan la forma de lancha.

El cadáver, al ser quemado en tales hornillos (que denomino fosas *tubulares*), yacía, por necesidad, de pie o en *cuchillas*.

Ninguna de estas diminutas fosas, al parecer de condición accesoria, manifestó huesos infantiles, pero sí de guerrero pertrechado de sus armas; cuando menos, acompañan objetos metálicos no relacionados con la defensa personal.

(1) No era corriente en la Albufereta el uso del féretro cuyos restos aparecieron en solo dos sepulturas.

Enterramientos entre sí superpuestos.

De cuando en cuando, en el seno de una misma cista ustoria, había dos cremaciones humanas situadas a diversa altura, entre las cuales mediaba una capa de tierra. En otros casos, la sepultura de arriba cubría la fosa, pero en plano algo superior a la misma; siendo más frecuentes las superpuestas, pero no coincidentes, esto es, aquellas que ascendían escalonadas de E. a O. en número de dos, tres o hasta cinco.

Se repetía el hecho de que junto a una sola fosa crematoria hubiera dos urnas cinerarias, una mayor que la otra, y sitas en distinto plano; de las cuales una o ambas las encontré profanadas, casi siempre; es decir, rotas, invertidas (con la tapadera abajo) sin huesos humanos, o bien, lanzadas al *ustrinum*; en éste los restos esqueléticos parecían pertenecer a una sola persona.

Es de notar que determinados radios de la necrópolis hallábanse totalmente ocupados por cremaciones de guerrero, de las que no había una sola en otras zonas.

En el ajuar de armas figuraban, de ordinario, una o dos de las siguientes: *espada-falcata*, *soliferreum* y punta de lanza; más la fíbula *hispánica*, invariablemente ubicada junto a los huesos de la calavera.

Es de notar en algunas de estas sepulturas de guerrero, la presencia de huesos pueriles entremezclados con los de aquél; dándose también el caso de que residuos esqueléticos de niños ocuparan fosas grandes, sin huesos de persona físicamente desarrollada.

Siendo así que las llamas de la *pira* consumían casi por completo a los esqueletos infantiles muy tiernos, cabe que pasaran inadvertidas muchas incineraciones de lactantes, asociadas a las de adulto. Las fosas diminutas fueron muy escasas, lo cual robustece la sospecha de que muchos niños eran sacrificados en *bustuarium* de adultos.

Los objetos de vidrio, las tabas y asimismo las fusayolas, como quiera que no salían en incineraciones de guerrero, se

consideraban elementos privativos de los ajuares femeniles. (1)

El ágape.

Cada veintitantas sepulturas, surgía alguna, de persona, al parecer, distinguida. La fosa ustoria era de características comunes, pero en sus proximidades advertíanse las cenizas de una o dos hogueras (rara vez tres), de forma irregular. En estos fuegos rituales no se abrasaban cadáveres. Ciertamente, que incidentalmente, aparecieron algunos residuos esqueléticos, pero de seguro procedentes del *ustrinum* inmediato y con fines ceremoniales.

El ajuar hallado en los restos de estas hogueras exequiales es preferentemente cerámico; tampoco solían faltar uno o dos bustos femeniles y restos de comida. (2)

(1) En la cista crematoria n.º 120, fué sacrificada una mujer que llevaba collar de fusayolas, en número de treinta y nueve, y además otro vítreo de minúsculas y poliformes cuentecillas.

A los pies del *bustuarium*, junto a los residuos óseos de la incinerada, yacía, semicarbonizado, el esqueleto de un gato que se le debió lanzar al fuego funerario, a última hora.

En la sepultura 80, había huesos de perro entremezclados con los humanos.

Cuando la olla osiferaria contenía residuos esqueléticos de animal, éstos no estaban atacados por el fuego.

(2) Predominan en la hoguera del *ágape*; los lacrimatorios, esencieros y platos-tapaderas. Son menos frecuentes: los fragmentos de huevo de avestruz, las lucernas o vasos ritones, campanianos; las monedas, que solo aparecieron en la sepultura número 2, y los trozos de vidrio policromo.

Los residuos de comida suelen ser éstos: lapas, caparazones de gasterópodos terrestres y marítimos; huesos de animal; avellanas, pequeñas almendras, huesos de aceitunas, piñones, etc. Todas estas semillas con la cáscara intacta.

Ciertos lotes de material arqueológico que había en el interior de las fosas (extremo del E.), dada la especial condición de sus ejemplares, debían proceder de estas hogueras del *ágape*, o de ritos de condición parecida. Por el contrario, es de creer que algunas vasijas con adherencias de huesos humanos y otras, muy destrozadas o incompletas, procedieran de sepulturas que se removieron al excavar la fosa crematoria, o bien de ritos exequiales practicados en otro lugar, siendo después arrojadas a la hoguera del *ágape*. Esta denominación, acaso menos propia, la he adoptado provisionalmente para significar la referida solemnidad funeraria, intervenida, según queda dicho, por restos de comida.

La sepultura 127.

La fosa de este enterramiento parece que fué excavada (después de efectuarse la cremación humana) para dar lugar a un hoyo redondeado donde ardió la hoguera de un solemne ágape. En sus cenizas descubrí copiosos objetos: aretes de oro; utensilios de plata y bronce, de formas extrañas; armas de hierro corrientes, que pudieron pertenecer a unos seis o siete guerreros; una arqueta carbonizada, con aplicaciones de hueso o marfil; tres *kylikes* italo-griegos; un no menos elegante plato-tapadera, de igual técnica, que va ornamentado con pictóricas composiciones zoológicas, al estilo asirio; cerámica campaniana de pequeño tamaño; una ollita ibero-púnica, en forma de granada, algunas fusayolas; seis figuras de cuerpo entero, en barro cocido, de tipo ebusitano, cuya ejecución es menos esmerada; una «Casita del alma»; cierto medallón de bronce, con un busto vitreo de Hércules, en el centro; copiosos lacrimatorios ovoides, etc. Son dignos de especial mención tres hornillas de hierro, alineadas, de las cuales la central iba cubierta por un platillo de bronce, sobre el que permanecía un trozo de tela de lana, doblado cuidadosamente y en estado de semicarbonización.

En monografía por separado me ocuparé de este fecundo enterramiento con aneja fosa vertical, cuyas características se apartan de lo corriente o normal en las demás sepulturas de la Albufereta.

La sección funeraria intermedia.

Su material le asigna una antigüedad y duración que oscilan entre el pleno siglo II antes de J. C. y las postrimerías del I antes de J. C.

Esta segunda capa necrológica debió cubrir, en su totalidad, al referido cementerio hondo; pero, cuando fué aquélla explorada hallábase un tanto destruída, y, en alguno de sus sectores, aniquilada; ello debido a los arrastres de las aguas pluviales y no menos a las profundas remociones del suelo que se produjeron al cimentar algunos edificios romanos.

Donde más sufrieron las sepulturas de este nivel fué en el centro de la necrópolis, ocupado por una enorme plataforma rectangular, estructurada por seis tongadas arcillosas, cada una del espesor de un adobe. Este gran estrado que medía treinta y cinco metros de ancho por cuarenta y cinco de largo, elevó la sección sepulcral, a setenta centímetros, quedando, así, más expuesta a las actuaciones de los referidos agentes naturales y humanos que la han destruído, en parte.

Esta sección de enterramientos repite en lo fundamental el rito funerario del nivel profundo. Presenta, no obstante, con el mismo las siguientes discrepancias:

1.^a Una buena parte de las urnas cinerarias, existentes en la referida capa de sepulturas superpuestas, son ejemplares grandes, de forma ovoide, que alojan otra olla donde van directamente envasados los residuos esqueléticos.

2.^a Por doquier afloraban grupos de cilíndricos hoyuelos, todos repletos de tierra negra, en cuyo interior recogí tiestos y otros materiales arqueológicos, también fragmentarios. Las formas y dimensiones de estos cegados pozuelos dieron a entender que se trataba de *impactos* producidos al hundir en el piso troncos, palos y ánforas que se extrajeron, y cuyos huecos llenáronse de la indicada tierra negra. No encontré *in situ* ninguno de los ejemplares que se supone estuvieron allí empotrados.

Aunque la distribución de tales *negativos* no se sometía aparentemente a normas determinadas, observé que algunos de ellos rodeaban, en serie, varias urnas cinerarias y las hogueras de sus respectivos *ágapes*.

3.^a Casi todas las formas cerámicas vigentes en este cementerio intermedio difieren, más o menos, de las que manifiesta la necrópolis de abajo, ocurriendo otro tanto en lo relativo a casi todas las decoraciones pictóricas.

El estudio comparado de estos dos niveles funerarios induce lo siguiente: muchos de los modelos cerámicos de la necrópolis superior deben proceder, por evolución, de otros existentes en el cementerio infrapuesto; ahora bien, como quiera

que las dos precitadas capas arqueológicas distan muy poco entre sí, desde el punto de vista cronológico, no se comprende cómo pudo llegarse a una tan rápida cuanto general alteración de las formas cerámicas inferiores, a menos de suponer que tal evolución se operara paulatinamente en otro lugar, residencia de gentes del mismo tronque étnico o cultural, desde donde se desplazaron a la Albufereta, poco después de haber cesado los enterramientos en la capa honda.

La necrópolis romana.

El cementerio intermedio, que nos ocupa, presentaba, en lo más alto de su corte, unos breves *impactos* funerarios rellenos, como los ya citados, de tierra negruzca; lo cual dió a entender la existencia, en otro tiempo, de una tercera y desaparecida capa de sepulturas, de la que solo perduraban dichas tierras oscuras y los trozos de cerámica romana que éstas contenían. Tales *negativos*, indudablemente, ascendieron mucho más, hasta conectarse con su estrato necrológico, en nuestros días, barrido casi por completo.

Buen número de fragmentos cerámicos descubiertos en los *pozuelos*, que antes se indican, correspondían a ejemplares romanos de alfar común o popular; otros, eran trocitos de finas lucernas verdoso-amarillentas, sin faltar la *terra sigillata* del período de su máximo esplendor, datable, como es sabido, en el siglo de Augusto.

II

LOS BUSTOS FEMENILES DE LA ALBUFERETA

Las excavaciones practicadas en este cementerio, exhumaron unos 50 bustos, de los cuales 20 están muy incompletos (1); todos de barro cocido y coronados por una voluminosa diadema. En torno al semblante ostentan simbólicos atribu-

(1) También se descubrieron, en esta necrópolis, según se dijo, seis figuras de cuerpo entero, entre las cuales, cierta sedente amamanta a su hijo. Hay buen número

tos, de que carece en absoluto otra variedad de ejemplares congéneres, también coronados.

La altura de estas efigies oscila entre 9 y 25 centímetros. Las más antiguas, procedentes del estrato arqueológico hondo, suelen ofrecer pequeño o mediano tamaño, al paso que las de la necrópolis superpuesta son, por lo común, medianas o grandes. Su técnica, más o menos grequizante (con intervención de elementos egipciantes).

Un ejemplar del siglo I antes de J. C., de ojos saltones y faz severa, manifiesta indudable tendencia arcaizante; su plástica ejecución, sin embargo, es inmejorable.

Las efigies antiguas que ofrecen mayor perfección pueden ser obra de griegos; cuando menos, presuponen inspiración en modelos de Grecia, a juzgar por su expresión psicológica; recto perfil fronto-nasal; y elementos del ornato personal.

No se han advertido huellas de moldeado en las superficies de estos pequeños simulacros; a pesar de lo cual, las realizaciones, sin esmero, (harto frecuentes), delatan el procedimiento púnico.

Fué Ibiza, sin duda, la que suministraba este material figurado. En efecto, el litoral alicantino se encuentra sembrado de manufacturas protohistóricas de dicha isla. La necrópolis de la Albufereta y un santuario ubicado sobre una colina có-

de fragmentos, correspondientes a otras tantas, de las que una, tañe determinado instrumento músico, de trazo recto.

Es también de notar, una representación femenil, incompleta, de excelente estilo grequizante, y medio cuerpo, cuyo tamaño es relativamente muy grande; en un todo igual a otra existente en el Museo de Ibiza.

Son tan solo cinco los enterramientos que tributaron tal clase de figuras, cuya presencia en la Albufereta resulta incidental, por cuanto que éstas no suelen manifestarse, según se tratará, en cementerios del rito de incineración al que eran sometidos los púnicos, ibicencos, fallecidos en sus factorías del S. E. hispánico.

Dichas efigies completas, debieron aprovecharlas (en defecto de bustos) los deudos o familiares venidos de Ibiza, con motivo de las exequias; en cuya isla eran escasos los bustos; no relacionados, según se tratará, con el púnico ceremonial de la inhumación que es el predominante en Ibiza, y en las necrópolis cartaginesas, en general. ISIDORO MACABICH.—«PITYUSAS» 1931; pág. 16. Nota, 15.

nica, junto a la Cala de Benidorm (Alicante) (1), ambos excavados por el dicente, manifestaron numerosos bustos de Tanit, según va dicho, con asociación de otras figurillas muy corrientes en los cementerios cartagineses ibicencos. Además, tanto la Albufereta, como la Cala, tienen, aneja, una factoría ibero-ebusitana.

Indudablemente, Ibiza, atendía, en todos los órdenes, a las necesidades de los establecimientos coloniales, que tenía en las fronterizas costas de Iberia.

Estas simbólicas *terracottas* aparecieron en los siguientes puntos de la Albufereta: al pie de la urna cineraria (en dos sepulturas), formando parte del lote funerario allí depositado; en el interior de una ánfora osiferaria (amorcillada) donde el busto fué hallado totalmente encubierto de pez o resina, que, sin duda, recibió con motivo de su unción capital; otro, colgante de un collar, de grandeza desmesurada, al que integran gruesas, o muy alargadas cuentas de vidrio polícromo, entre las cuales figura, también, un idolillo de Horus, en marfil; de vez en vez, yacían restos de busto, inmediatos al extremo O. (cabecera) de la fosa crematoria, cuando allí se practicaba determinado rito exequial, de condición, al parecer, modesta; esta deidad funeraria era más frecuente en el interior de la cista incineratoria, cuidadosamente depositada sobre la sección de las cenizas y carbones, o bien, fragmentaria e incompleta entre estos residuos de la *pira*; manifestándose, no menos reiteradamente, en la hoguera del *ágape*, cuando ésta va dotada del copioso acervo cerámico, de que antes se trató.

TANIT LA POTENTE.—Hace unos tres lustros, en la fecunda Cueva De's Cuyeram, apareció una plaquita de bronce con dos inscripciones cartaginesas, de diferente época, una en cada cara. La neopúnica ha sido traducida por el Dr. Littmann.

(1) «Benidorm y su contorno Arqueológico» Alicante 1944. Por J. Belda Domínguez, Pbro.—Memoria presentada al XVIII Congreso de la Asociación Española, para el Progreso de las Ciencias, celebrado en Córdoba, a primeros de Octubre de 1944.

Es de interpretación, aún dudosa, la cuarta y última de sus líneas. La parte descifrada, dice así:

MANDO HACER Y GRABAR ESTA FIGURA (?) ABD-ESMUN, EL HIJO DE AZAR BA'AL, EL SACERDOTE, PARA NUESTRA SEÑORA, PARA TANIT LA POTENTE.

En el otro texto (algo más antiguo), solo ha podido captarse el término *Tanit*. (1)

Valioso testimonio de la veneración, antaño, tributada a esta púnica deidad, en el referido santuario rupestre. Las numerosas figuras, casi todas de medio cuerpo, allí exhumadas, representan, sin duda, a dicho numen: sino en su aspecto *fructífero*, seguramente en el *florido* que tanto reflejan, las rosetas, lotos y los *necem* o pendientes circulares. A la inversa de la Albufereta, no contenía dicho antro ebusitano efigies femeniles engalanadas con simbólicos frutos, o emblemas de la maternidad efectiva.

En la antes referida inscripción, el significado mitológico del vocablo *Tanit* queda, seguramente, restringido a la *fecundidad en potencia* de dicha deidad cartaginesa, juzgando por las indicadas características de sus imágenes, tan copiosas, salidas de Cuyeram. No obstante ello, en el presente trabajo, concédese al referido término una amplia significación, de contenido mitológico equivalente al de *Demeter*, incluidos todos sus subtipos que personifican Flora, Ceres, Kora, etc. ...

Tanit-Ceres.

Este maternal modelo es el más frecuente en la Albufereta. Sus principales elementos figurativos son éstos:

EL CANISTER.—En forma de achatado cestillo o gran plato cuyo significado ritual es el de ofrenda. Las canéforas llevábanlo, también, sobre la cabeza en las fiestas y procesiones de Ceres y Baco, repleto de plantas, flores, uvas y otros frutos. El *Canister* o *Canistrum* de las efigies descubier-

(1) Notable documento (ejemplar único en España, entre los de su género) adquirido por el Museo Arqueológico de Alicante, en cuya vitrina 47 se halla expuesto.

tas en la Albufereta va perforado, en el fondo, por una rejilla de cinco agujeros (rara vez seis o siete) en los que se introducirían tallos espigados de gramíneas, y, quizá también, ramitas con frutos, cuya lozanía podíase prolongar, depositando agua en el interior de la figura, cuando, ésta, lleva cerrada la base de sustentación. Vistoso penacho evocador de viejas prácticas femeniles, sobre todo, en sazones de gran pompa.

El kálathos.—Diadema troncocónica, asimismo llamada *modius*, que, acoplado a la cabeza de Tanit, es sostén del *canistrum*. En la generalidad de los bustos descubiertos en la Albufereta, aquél, aparece rebajado por motivos de estética ornamental.

En estas efigies arboriformes, el *modius* representa, según se tratará, la *copa* del árbol *fructífero*, siendo, por ello prenda de uso femenino. Ya en tiempos históricos, el *kálathos* es utilizado como insignia de gran distinción por algunos dioses, y aún, por mortales de condición varonil (sombrero de copa). Improcedencia que seguramente enraiza en los tiempos de la hegemonía matriarcal.

EL TOCADO.—El aderezo del cabello es egipciante. Dividido, éste, por la raya, en doble banda, llega a cubrir las dos orejas, y, al descender, forma dos trenzas que tocan en los hombros. Hay ejemplares en los cuales no queda expresada con claridad la condición de tales trenzas, semejando, mejor, las cintas verticales de las ínfulas; por cierto, no visibles sobre la frente, donde quizá las encubra la báquica corona de yedra, que, como las Cistóforas, ostentan todos estos bustos *fructíferos*. En algunos, la tirilla pendiente es doble, como significando trenza, superpuesta a los indicados colgantes de las ínfulas.

Superiormente, el cabello queda ajustado por la *vitta*, cinta, ya sencilla, ya doble, que le ciñe, a manera de elemental diadema. Es aquella muy visible sobre la frente.

ATRIBUTOS DEL CONTORNO FACIAL.—En el óvalo de la cara, apréciase un semblante, por lo común, no muy nutrido, con perfil fronto-nasal, en línea recta; hoyuelo en el mentón; ex-

presión grequizante (quizá griega, en algunos ejemplares); mirada estática y sereno contiente, de maternidad aun lozana.

En el *kálathos*, esto es, entre el *canister* y la frente, se destacan dos espigas de trigo, declinadas hacia fuera, a modo de cuernos, cuyos arranques enlazan con sendos y enfrentados bustos (*prótomos*) de ave, generalmente crestada, en actitud natatoria y de cortejo al grupo central de tres frutos. Ingenioso conjunto fito-zoomórfico, que puede simbolizar el agua dulce o fecundante.

Sobre cada sien, va un grupo, también triple, de frutos cuyo tamaño viene a ser el de la cereza, atendida la proporcionalidad que rige en dichas figuras (1). Cerca de estos dos ex-céntricos grupos, hay una especie de cinta como doblada, que se corresponde, verticalmente, con las trenzas o extremos de las ínfulas.

Las orejas de Tanit-Ceres van siempre ornamentadas con pendientes, en racimo, de cinco uvas.

La mitad posterior de todos estos bustos es lisa, perforándola, en su promedio, un agujero circular, también existente en la Dama de Elche que lo tiene ovalado.

LA BASE DE SUSTENTACIÓN.—En la iniciación del pecho, déjense ver algunos pliegues del manto, figurando, en el centro, un ovalado escarabeo o medallón, en forma de tal. Cabe suponerle broche, habiendo en cuenta la fíbula *hispanica* que, en tal punto, lleva la Dama de Elche.

En unas tres cuartas partes de estos bustos, la base del cuello, va cerrada por tabique cóncavo que da lugar a una pequeña oquedad similar a la del *canister*, pero nunca perforada por rejilla. Es de creer que tal dispositivo sirviera para copa de líquidos, invirtiendo la figura cuando a ello se la destinaba.

(1) Los bustos de Tanit, en la necrópolis intermedia de la Albufereta, son todos de buen tamaño, según queda indicado, y ostentan, en vez de tres, cinco grupos de estos esféricos frutos, igualmente existentes en una efigie congénere, con grandes atributos báquicos en el *kálathos*, que logré descubrir en el montículo cónico de la indicada Cala de Benidorm.

RESTOS DE POLICROMÍA.—En estos vestigios de pintura, nótese dos colores; el verdoso (con tendencia al azulado, algunas veces) y el rojo. Este último presenta las siguientes tonalidades: carmín, marrón y almagra intenso.

No se observa norma rígida en la distribución de estos coloridos; no obstante, suelen ir de carmín, los labios, las esferillas de los frutos y los adornos que decoran al *canister*, esto es, dentellados, o trazos verticales.

Están de marrón: los pendientes, el cabello y las cejas. El decorador púnico quiso dorar, por medio del rojo amarillento, los pequeños racimos de uvas que penden de las orejas de esta diva, para significar, así, su áurea condición; pero, al reaccionar la pintura a través de los siglos, ha dado la tonalidad marrón que hoy se aprecia. Como quiera que el tocado aparece teñido del mismo tono, adviértese la rubia o áurea cabellera de Tanit-Ceres, la de las mieses doradas.

El color achocolatado encubría las cejas; señalaba la *niña* de los ojos y, a veces, la iniciación del manto, que, también suele estar de carmín.

Así el verde, como el azul, resultan muy fugaces, perseverando, de los mismos, leves restos en la corona de hojas, bustos de ave y en ciertos sectores del *canister*.

Tanit, exornada de frutos, es emblema de la maternidad efectiva. Isis, con su hijo en brazos, supone, sin duda, un equivalente mitológico de aquella deidad púnica.

Tanit-Flora.

Este subtipo de Ceres conviene con el anterior modelo en la mayor parte de sus elementos figurativos. Discrepa, sin embargo, en lo siguiente: Los frutos de Ceres quedan sustituidos, en Flora, por rosetas; las dos que lleva en las orejas sostienen largos y sendos colgantes, de sección vertical parecida a la de una punta de lanza ibérica; el *canister* y la base de sustentación, por lo regular, son más o menos ovalados.

Tanit-Flora representa, sin duda, la virginidad o primave-

ra de la vida humana (maternidad en potencia), a juzgar por sus emblemas; la flor y el huevo.

Algunas de estas efigies presentan, en la cara y cuello, ciertos motivos ornamentales, pintados, de rojo; posibles reproducciones del tatuaje.

Bustos de Tanit, sin atributos.

Los ejemplares que comprende esta variedad suelen ser pequeños y no frecuentes.

Sus características: pendientes circulares (*necem*) de barro; óvalo en la oquedad del *canistrum* y base del cuello; carencia de trenzas o ínfulas sobre los hombros, y asimismo de toda representación vegetal.

Son eventuales en estas efigies: el *canister* (sin faltar nunca el *kalathos*); la rejilla de cinco orificios, el agujero del sector occipital; el manto y su fíbula.

Algunos ejemplares de dichas figuras de Tanit suelen presentar un semblante bien nutrido que respira infantilidad.

Uno de tales bustos, de muy reducidas proporciones, yacía en un minúsculo *bustuarium* infantil.

Todas estas *terracottas*, carentes de símbolos, y, personal ornamentación pueden representar, mejor que a Venus, a Kora, la hija de Ceres, cuya desnudez cabe interpretar como impudencia pueril; al paso que los ejemplares, con manto y fíbula, quizá, digan relación a este mismo *numen*, en su pubertad.

En este grupo de *terracottas*, con el cabello más o menos suelto, y faltas de frutos en las orejas y el *kálathos*, como también de caídas laterales del cabello, y sin ínfulas, son de notar algunos ejemplares de tocado solícitamente atendido, sobre el cual surgen, a veces, los dos rectos cuernos de Ceres (que acaso no sean espigas), o bien, algún otro atributo nada corriente. Tales bustos pueden simbolizar a la madre, sin el hijo en brazos: una evocación de la diosa Hathor, la solitaria madre de los sepulcros egipcios, que frecuentemente lleva cuernos de vaca y corona sumamente rebajada.

Por lo visto, al hijo muerto podía representarle su desolada madre viva.

Tanit y el fuego.

En la Albufereta, los bustos femeniles, que nos ocupan, no se utilizaron según parece, como braseros rituales (*thymiateria*). Ninguno de aquellos presenta indicios de cremación especial en el interior del *canister*. Este cestillo ceremonial, destinado a guardar las ofrendas vegetales o los instrumentos del culto a Ceres y Baco (deidades vitales) excluía el uso del fuego aniquilador. Tanit, la fecunda, era incompatible con la ardiente Vesta; no pudiendo, por lo mismo, alojar sobre su cabeza al voraz elemento, allí depositado, como en su sede ritual. Ahora bien, no cabe negar relación, siquiera incidental, de Ceres con el fuego, por cuanto que sus bustos aparecen abrasados en las cenizas del *ustrinum* o el *ágape* y en otros crematorios funerarios, según se trató; pero tal concomitancia con las llamas no implicaba consorcio, sino antítesis; las efigies de Tanit, eran, sin duda, lanzadas al fuego, mas no para avivarlo, tenida en cuenta su incombustibilidad cerámica, sino para contradecir sus deletéreos efectos, avalando así, la resurrección del muerto.

Los braseros, incensarios o pebeteros corresponden a los santuarios mejor que a las necrópolis de incineración (1) donde los braseros remoniales son las incandescentes fosas crematorias, más no estos *vitales* bustos de Tanit. (2).

Entre las efigies incompletas libradas por la necrópolis de Alicante hay una que consta de solo tres fragmentos, aislados, en uno de los cuales (el frontal) aparecen dos mechones de cabello, atados, que ascienden ondulantes a manera de fla-

(1) En la Albufereta, solo apareció un brasero de bronce, y restos probables de otro ejemplar análogo.

(2) El hornillo árabe repite, ciertamente, la forma acampanada del busto, pero se ha de tener en cuenta que dicho utensilio no es de uso funerario, sino doméstico, careciendo de todo emblema relativo a la fecundidad: una representación, sin duda, del árbol combustible o *infructífero*.

mígeras *faces*; símbolo de la luz, que autoriza la sospecha de que tal ejemplar se utilizara para lámpara funeraria, con 5 mechones introducidos en los orificios del *canister*, y cuya llama se alimentaría con algún ingrediente combustible, depositado en la cavidad interna de la figura; supuesto, en un todo compatible con el significado de Tanit. La luz, sabido es, que constituye una de las condiciones esenciales de vida.

Es de notar, al indicado respecto, que cierto ejemplar de Tanit-Ceres procedente del santuario, al aire libre, de la Cala de Benidorm, ofrecía en la oquedad del *canistrum* evidentes manchones de oxidación ígnea; lo cual cabe atribuir a su aprovechamiento para lámpara.

En los ajuares funerarios del cementerio alicantino, eran bastante frecuentes los ritones campanianos: elegantes lucernarios; casi todos (cuando menos los coronados) llevan rejilla de orificios (*canister*) y mechero lateral, por lo común, en forma de cabeza de león.

PROBABLE DESDOBLAMIENTO DE LOS BUSTOS DE TANIT.—Estas efigies púnico-grequizantes, asimilan, según se trató, a *Demeter* en sus diversos aspectos.

Resulta indudable el contenido mitológico de estas *terracottas*, según el común sentir de los arqueólogos modernos, confirmado por la ya indicada inscripción cartaginesa salida de la Cueva de's Cuyeram. Es, sin embargo, digno de atención el hecho de que este numen botánico lleve el *canistrum* que tanto caracterizaba a las Canéforas cuando transportaban sobre su cabeza las ofrendas destinadas a Ceres y Baco; impropio por ende de toda divinidad.

Surgió en consecuencia la sospecha de si tales bustos representaban a mujeres fallecidas y plasmadas en forma de Oferentes, con los predicamentos mitológicos de Tanit; pero tal supuesto quedó descartado, en absoluto, ante el reiterado hallazgo de estas figuras femeniles en sepulturas con ajuar de armas.

Al efecto, pues, de armonizar dichas incongruencias, recurrí a la hipótesis, atribuyendo a estas representaciones feme-

niles el culto *pasivo*, esto es, la imagen de Tanit, en cuanto era objeto de la pública veneración; y, al propio tiempo, el culto *activo* o humano, simbolizado por el *canistrum* de las Canéforas.

El triple modelo iconográfico, (florado, fructífero y el carente de atributos) puede guardar relación, más o menos probable, con la advocación que prefirió el familiar oferente, o bien con el estado personal de fallecido a saber: adolescente, púber, padre o madre de familia.

Cabe también en lo posible, que los diversos modelos de Tanit variaran, con las estaciones del año, o se refirieran a funerarias actuaciones de posibles Vestales del fuego sagrado de las necrópolis, esto es Oferentes de oficio, a quienes las indicadas representaciones femeniles pueden simbolizar; y al mismo tiempo a dicha deidad cartaginesa, en sus diversos aspectos mitológicos.

SIMBOLISMOS EN LAS URNAS CINERARIAS.—Así como las figuras de cuerpo entero, las sintetiza su busto o sector capital, de igual suerte queda éste resumido en las formas de ciertas ollas osiferarias que reproducen al *kálathos* y al *canister*; pero a la inversa de como lo hace el busto de Tanit; o sea, desarrollando mucho al primero y reduciendo en gran manera al superpuesto canastillo ritual.

La especial morfología de estos *kálathos* (urnas cinerarias) es la que define o concreta a dicha deidad funeraria, en sus diversas fases, expresadas en forma de capullo (?) flor, fruto, huevo, etc.

En la Albufereta es muy frecuente la urna cineraria de cuerpo redondeado (*kálathos*) y boca estrangulada, (*canister*), (1) cerámica morfología que evoca al también cilíndrico cofrecillo místico o *cista* de Ceres y Baco a quienes impetrábanse

(1) Este tipo de alfar, existente en la capa necrológica honda de la Albufereta, reaparece en la segunda o intermedia, pero evolucionado a *sombrero de copa* cuyo *canister* queda reducido al pequeño reborde de la boca, que, cuando es plano, va decorado por idénticos motivos pictóricos que ostentan las cabezas de Tanit en torno a dicho cestillo ritual: dentellados, trazos rectos, uñas, etc.

los vitales elementos del pan y el vino, siendo las Cistóforas a quienes competía transportar la antes indicada *cista mystica* (1), según se trató.

Las vasijas cinerarias de sección floral o campaniforme, (2) copian más o menos esquemática la flor de granado, en los comienzos de su fecundación.

Las ollas, destinadas a guardar restos esqueléticos, de tendencia al esférico, son, de seguro, plásticas reproducciones cartaginesas de la granada (*malum púnicum*) (3), admirablemente plasmada en una urna cineraria de barro rojo que manifestó el enterramiento 140.

Entre el copioso material de la gran sepultura 127, inventarié una miniada manufactura, en barro cocido, que copia también admirablemente dicho fruto. Llevábala en la mano, una de las seis figuras de cuerpo entero que aparecieron en dicho enterramiento.

Según se dijo, en los vasos osiferarios, alcanza gran tamaño la parte representativa del *kálatos*, que constituye, cuando menos, las tres o cuatro quintas partes inferiores del utensilio funerario; lo cual da a entender, que el difunto incinerado yacía permanentemente en Tanit figurada por dicha diadema. No obstante ello, en el enterramiento 81, la urna que alojaba los restos esqueléticos, iba sobre un plato campaniano, como denotando una suprema ofrenda: el cadáver del sacrificado en la *pira*.

En este grupo cerámico, la *pátera* infrapuesta parecía ac-

(1) Anthony Rich. Dictionnaire des Antiquités Romaines et Grecques. Paris. 1861. Traducción de M. Chéruel. Vocablo *Cista*, página 159.

(2) El prehistórico *vaso campaniforme*, es igualmente un facsímil de la flor de granado, cuyos apuntados pétalos suelen ir señalados, en derredor de la boca, por una línea quebrada.

(3) Estas urnas granatiformes, yacen, todas, en lo profundo del nivel inferior de la necrópolis alicantina referible a la 1.^a mitad, quizá no avanzada, del siglo IV antes de J. C., según se trató.

La presencia de tales ejemplares, en las sepulturas, constituía su mejor data, por cierto avalada, en muchos casos, por otros elementos cronológicos de los ajuares funerarios, adjuntos.

tuar de oferente *canister*, y el sobrepuesto *sombrero de copa*, probablemente, de *cista mystica*. Ante este hecho arqueológico, cabe el supuesto de que posibles Cistóforas (Vestales, quizá también, del fuego funerario) se coronaran de yedra para transportar a la Albufereta los vasos cilíndricos o ligeramente troncocónicos, allí tan frecuentes, que contenían cuantos enseres ceremoniales precisara para la incineración cadavérica los cultos báquicos y de Ceres. Una vez practicada aquélla, utilizaríanse las referidas *cistas*, no ya como *cofrecillo mystico*, sino para urna osiferaria, en honor del dios del vino o de la botánica Tanit, la diva de sienes también ceñidas por la yedra.

* * *

DOS FIGURITAS DE BARRO DEL POBLADO IBÉRICO DE SERRA DE L'ESPASA, DE CAPSANES, PROVINCIA DE TARRAGONA

Por Salvador Vilaseca

Comisario Provincial de Excavaciones de Tarragona

La sierra de la Espasa se eleva a unos 200 m. al N. del pueblo de Capsanes, del que solo la separa la línea del f. c. de M. Z. A. Está constituida por calizas triásicas cuyos estratos buzan fuertemente al SE.; tiene unos dos km. de longitud en la dirección NE.-SO., y su altura sobre el mar es de 350 m. Habitada por tribus prehistóricas del Paleolítico superior y el Eneolítico, fué asiento de un poblado ibérico que ocupó principalmente la parte meridional y occidental de la sierra, junto al riachuelo Pradell, tributario del Ciurana, afluente del Ebro. La distancia de Capsanes al gran río es de diez km.

Gracias a la intensidad de las labores agrícolas que ha sufrido desde antiguo, y a la nivelación de sus laderas en bancales, aprovechándose acaso para la construcción de márgenes las piedras procedentes de sus derruidas edificaciones, éstas han desaparecido por completo y no se han hallado en la Se-

rra de l'Espasa otros restos que los objetos que se guardan en el Museo Municipal de Reus, un magnífico brazalete áureo serpentiforme que nosotros adquirimos de un labrador y algunos fragmentos de cerámica pintada del Museo Arqueológico de Barcelana. El núcleo principal del rico conjunto de hallazgos del Museo de Reus, lo formó nuestro malogrado amigo y aficionado local don Abdón Barceló: vasos a mano y a torno, algunos de tradición hallstática por su forma de urnas bicónicas, vasos grises a torno, campanienses con grafitos ibéricos, morteros de barro, dos vasos cilíndricos con filete de La Tène III, cerámica pintada con motivos florales y geométricos, pondus, fusaiolas, ungüentarios, ánforas y tinajas, glandes y ponderales de plomo, objetos de bronce y hierro, molinos giratorios a mano, etc., cuya edad debe fecharse entre los siglos III-I antes de J. C. (1).

Forman parte de la serie de hallazgos custodiados en el Museo de Reus dos figuritas de barro, de las que vamos a ocuparnos, separándolas del conjunto del material arqueológico recogido en la sierra y que por constituir dos paralelos bastante exactos de tipos alcoyanos del santuario de la Serreta del gran foco ibérico levantino, hemos escogido como tema de esta comunicación al II Congreso Arqueológico del SE.

La primera figurita está perfectamente conservada y se reduce a un cilindro macizo de barro, acampanado en la base de sustentación, que está deprimida formando concavidad. La parte superior está aplanada y ensanchada dando lugar a un

(1) Se refieren a esta localidad las publicaciones siguientes: F. Noguera i de Miguel: Capsanes i els seus contorns (Butll. del C. Exc. de Cat., núm. 19. Barcelona, 1886); P. Bosch Gimpera, El problema de la cerámica ibérica (Com. de I. P. y P., núm. 7, pág. 26); A. Barceló, Capsanes (El Llamp. a. VII, 145. Gandesa, 1927); Luisa Odena y Florentí, Sobre dos portalucernas ibéricas de Capsanes, prov. de Tarragona, del Museo Municipal de Reus (Ampurias, IV, p. 228).

En la misma sierra y sus alrededores se han hallado monedas de distintas épocas, estudiadas por F. Mateu y Llopis en Hallazgos monetarios (Ampurias, V), siendo las fechas extremas la del reinado de Tiberio (14-35 de J. C.), por un as imperial de Tarraco de Augusto y Tiberio y la de 312 antes de J. C., de un didracma campaniense, suberado o forrado de plata, con el bronce al descubierto. Es interesante la aparición de un semis de Ebusus (Vives, lám. LXXX, n.º 9, variante).

borde saliente en los lados y parte posterior. Los brazos consisten en dos muñones cónicos horizontales. La cara está modelada mediante un pellizco dado en el barro tierno, con el que se destacó la nariz; la boca está obtenida con una depresión en la parte inferior de la misma. Dos disquitos o pastillas del mismo barro pegadas a los lados forman los ojos. Esta figurilla parece, como hemos dicho, maciza, y está atravesada en dos direcciones: de arriba abajo, desde la cabeza a la nuca y transversalmente, de uno a otro extremo de los brazos. Tales perforaciones no tienen nada que ver con los «trous d'évent» de las terracochas huecas, y quizá servirían para suspender o llevar suspendida la estatuilla o acaso para introducir en ellas plumas, ramos u otros adornos. El barro de esta figura es muy fino y de color rojizo claro. Mide 74 mm. de altura. 33 mm. de base y 48 mm. de brazada.

La segunda esculturita, seguramente femenina, está muy deteriorada, conservándose únicamente la porción correspondiente al tronco, en el que se observan los senos, redondeados y algo prominentes, y los brazos, de los que sólo queda completo el izquierdo, doblado hacia adelante y ensanchado en el extremo para formar la mano, que se apoya en la cintura. Por bajo de ésta, se ensancha en amplia falda, de la que sólo se conserva la parte más superior. Esta escultura es maciza hasta la cintura, viéndose en la parte inferior o hueca que fué modelada al torno. El barro es muy fino, de color rojizo hacia la superficie y gris en el interior, por efecto gradual de la cochura. Mide este torso 52 mm. de altura; el diámetro de la cintura es de 21 mm.

Ambas terracottas, de las que no sabemos se hayan hallado coincidencias en Cataluña, las tienen muy parecidas en la serie de 300 fragmentos de figuritas en barro, sin duda votivas, encontradas en el santuario contestano de La Serreta (1).

(1) Ricardo Moltó.—Descubrimiento arqueológico de la región de Levante. El Santuario ibérico de la Serreta, Alcoy (coleccionismo, X, 118, 1922). Camilo Visedo Moltó: Excavaciones en el monte «La Serreta», próximo a Alcoy, Alicante (Junta Sup. de E. y A., Mem. núm. 41, 6.ª de 1920-21). Camilo Visedo: Prehistoria valenciana, 1929.

La primera corresponde al tipo segundo de la lám. III, fig. 2, de la Memoria de don Camilo Visado Moltó, cuyo rostro es idéntico a la del exvoto de Capsanes, pero que carece de brazos y base acampanada. La segunda pertenece al grupo de ejemplares 1 y 2, de la lám. IV y 3 de la X de la citada Memoria, y quizá ostentaría el tocado típico de las damas ibéricas levantinas. Nuestras estatuítas corresponden, respectivamente, a las dos series, con seguridad sincrónicas, de La Serreta, denominadas por Visado de arte «exótico, rudimentario y caricaturesco» y de «arte verdaderamente culto y bello».

Algunas figuritas similares se han hallado más al S., en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro, de Verdolay (Murcia) (1), en Carmona, en un túmulo de Bencarrón, con vasitos votivos cartagineses, cuya data puede fijarse algo después del año 500 antes de J. C. (2) y en Cádiz (3). La de Cádiz, de la que se ignoran las circunstancias del hallazgo, tiene los brazos en cruz y los ojos hechos con pastillas pegadas, como la de Capsanes. También han aparecido figurillas de barro, de modelado más perfecto, en la necrópolis de la Albufereta (4).

Cronológicamente, pertenecen estas figuritas a dos épocas, correspondiendo a la primera, más antigua, los ex-votos fenicios de la Illa Plana, cuyo arte primitivo y tosco y su parentesco con otros barros similares del oriente mediterráneo (Siria y Chipre) estudiado por P. Bosch Gimpera (5), inducen, según García Bellido, a suponerlas poco posteriores al año

(1) Gratiniano Nieto.—Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia, (Bol. de Sem. de Est. de A. y A. Tomo VI, Valladolid, 1939-40).

(2) Jorge Bonsor.—Los dioses de los Alcores (Mem. Soc. Esp. de A., E. y P., 1924), y La véritable origine de Carmona et les découvertes archéologiques des Alcores (Rev. Archéol., 1927, figs. 7, 8 y 9).

(3) C. Pemán.—El pasaje tartésico de Avieno. Madrid, 1941.

(4) J. Lafuente Vidal.—Excavaciones en la Albufereta de Alicante. (Mem. de la J. S. de E. y A. núm. 126, Madrid 1934).

(5) Ver los trabajos de P. Bosch Gimpera.—Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental (Rev. de Occidente, VI, núm. XL, 1928) y Etnología ibérica, Barcelona, 1932, cap. XI.

654, fecha que la tradición ha conservado para el primer asiento de los fenicios en Ibiza, aunque otras —las que llevan sobre su cabeza una lámpara de dos o más picos— no pueden fecharse con anterioridad a los siglos VI o V. Las dos estatuillas de la necrópolis de Carmona, de tipo algo distinto, pueden pertenecer asimismo al siglo VI, a juzgar por las plaquitas de marfil grabadas halladas en la misma necrópolis. (1)

También, según García Bellido, es muy posible que las figuritas de la Illa Plana procedan, por evolución, de ciertos *oinochoai* púnicos de Puig d'es Molins, que presentan pintados sendos ojos a ambos lados del pico. En las excavaciones oficiales que con Luis Brull y J. de C. Serra-Ráfols, hemos practicado (1942-43) en el poblado de Castellet de Banyoles, de Tivisa (Tarragona), cuya memoria será publicada en breve, hemos hallado *oinochoai* con ojos pintados y otros de barro gris sin pintar que los tienen figurados en relieve.

Tanto Visedo como el profesor García Bellido (2) han insistido sobre el estrecho parentesco que, al menos morfológicamente, une estas manifestaciones plásticas del arte ibérico, sobre todo las que componen el primer grupo, de técnica ruda e infantil, modeladas a pellizcos, a las terracottas púnicas de la Illa Plana, de Ibiza (3). La figurita de Capsanes, del tipo ornitomorfo o de «cara de buho», con la nariz pellizcada, los ojos de disquitos y la base acampanada, pertenece a la misma serie, de técnica burda y grotesca, de la isla ibicense. Otras relaciones culturales de arte plástico, fenicias o cartaginesas de tradición fenicia, como las Tanit de Benidorm, Albufereta y Cabecico del Tesoro, se revelan entre el SE. peninsular e Ibiza (San Rafael).

(1) A. García y Bellido.—De escultura ibérica (A. E. de A., núm. 52, 1943).

(2) Camilo Visedo.—Algunas supervivencias mediterráneas halladas en la Serreta de Alcoy (Homenaje a Mérida, vol. II, 1934). A. García y Bellido: Fenicios y Cartagineses en Occidente, Madrid, 1942; y De escultura ibérica.

(3) Carlos Román.—Antigüedades ebusitanas. Barcelona, 1915. lám. III y sgtes. Antonio Vives: Estudio de arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza. Madrid, 1917.

Por el material arqueológico acompañante, recogido en el mismo vertedero en que fueron halladas (escasa cerámica ibérica y abundante *terra sigillata*, lucernas romanas, vidrios y monedas imperiales que van desde Augusto hasta Constantino, faltando en absoluto la cerámica negra campaniense y la griega pintada) cree García Bellido que el Santuario de la Serrera vivió «desde el comienzo de la Era o algo más hasta el Bajo Imperio, siendo quizá su momento de auge el siglo II y III». De la misma opinión es Pericot, según el cual es difícil postular para este hallazgo una edad plenamente ibérica, ya que en el lugar del Santuario, del que quedaban sólo algunos sillares, se encontraron restos romanos, incluso bastante avanzados de nuestra era (1). El carácter popular de estas figuritas explicaría su pervivencia a través del milenio que separa en el tiempo los ex-votos orientales de los alcoyanos, y es seguro que el elemento fenicio fué su vehículo de expansión mediterránea.

En cuanto a la data de las figurillas de Capsanes, no dudaríamos en fijarla hacia el siglo II antes de J. C., fundándonos en la falta absoluta de materiales arqueológicos de época romana y en la abundancia y uniformidad de la cerámica y otros objetos ibéricos, helenísticos, etc., que han surgido en Serra de l'Espasa.

(1) Luis Pericot.—Historia de España. Epocas primitiva y romana. 2.^a ed. Gallach, Barcelona, 1942.

« M E C A »

UNA CIUDAD RUPESTRE, IBÉRICA (1)

Por el Dr. Adolfo Schulten

Prof. de la Universidad de Erlangen

La localidad de que se ocupa este artículo está situada en la provincia de Albacete, en la parte Sur de la meseta central, de Castilla la Nueva, a una altitud de 950 m. sobre el nivel del mar. Pero al estar con su lado oriental hacia la costa, tiene inviernos más suaves y veranos menos calurosos que la meseta interior. Por esto la meseta de Castilla la Nueva no comprende políticamente a la provincia de Albacete, sino ésta se engloba en el reino de Murcia, de cuyas dos provincias, la una —Murcia— forma parte de la llanura y la otra —Albacete— de la meseta. También durante la antigüedad parece haber pertenecido esta región a una tribu costera, a los Bastetanos y no a los Carpetanos que habitaban en el interior. Como la Mancha que le limita al Oeste, Albacete es llano como una mesa y totalmente desprovisto de árboles, excepto los frutales, olivo y vid, por lo que se distingue esta parte Sur de la meseta septentrional.

La provincia de Albacete es una de las que tienen menos densidad de población de España, con una cifra de 16 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que la de Murcia, con cincuenta, es de las más pobladas. La capital, Albacete, (15.000 hab.) es la única ciudad importante; también es escaso el número de los pueblos y villorrios. La razón de esto es la pobreza del suelo al que a causa del gran calor y sequedad falta el agua y solamente en las proximidades de las corrientes compensan los cultivos. Algo semejante debió suceder en la antigüedad, porque, efectivamente, hay referencias de muy pocas ciudades y aun las no nombradas y conocidas solo por sus restos, son escasas y pequeñas. Una de éstas, y con seguridad la más notable, es el objeto del siguiente estudio.

(1) Traducción de Conde Posadowsky y Antonio Beltrán, corregida por el autor.

Después de doce horas de viaje lentísimo, se detiene el tren en la estación final de nuestro recorrido, Alpera. Es la una de la madrugada y por las desnudas llanuras sopla el viento Norte —el cierzo— nuestro antiguo y molesto compañero de Numancia. Estamos a fines de abril, pero en la meseta castellana se nota tanto frío como en el Norte de Europa, sobre todo cuando se viene como nosotros de Andalucía, donde ya nos sentíamos como en verano. Así nos encontramos temblando de frío ante el pequeño edificio de la estación de Alpera; la tartana que hace el servicio de la población que está a media hora de distancia, ya se ha marchado hace mucho tiempo, pues el tren ha llegado con dos horas de retraso. Pero un buen hombre se compadece de nosotros y carga con nuestro equipaje. Con pasos acelerados, sacudidos por el viento, avanzamos hacia adelante. En el horizonte, cautiva la mirada una roca de formas extrañas: es Meca, el objetivo de nuestro viaje. El pueblo de Alpera reposa en profundo sueño. Resuenan fuertemente los golpes de nuestro acompañante en la puerta de la fonda. Por fin alguien se acerca desde dentro, aparece una cara hosca y a nuestra petición de hospedaje se nos contesta que todo está completo. «¡Vamos a la posada. Es tan buena como la fonda!» nos consuela nuestro guía. Conocemos las posadas españolas y estamos preparados para todo. Pero ya la primera impresión nos causa una agradable sorpresa; ciertamente que en el zaguán están los carros de costumbre y los muleteros durmiendo en el suelo; pero la posada está limpia y en el primer piso se nos señala a cada uno un cuarto con cama limpia y... hasta lavabo y cómoda. A la mañana siente nos despierta el sol radiante y nos encontramos en el pasillo, asombrados de haber dormido excelentemente y sin chinches. ¡Un buen principio! En la posada hay vida desde hace mucho rato, y por la escalera sube una oronda figura de cara alegre y ojos pícarescos; es el posadero, que está impaciente por ver a los huéspedes que llegaron durante la noche. Cuando oye que uno de nosotros es un General alemán se cuadra, saluda militarmente y remeda algunas ma-

niobras. Ha sido soldado y manifiesta mímicamente su simpatía por esta profesión. ¡Oh Juan, posadero de Alpera, alegre Fígaro o Sancho Panza, tus huéspedes nórdicos, acaso los primeros que tu hospitalaria casa ha recibido, te recuerdan agradecidos. Llor a tí y a tu excelente esposa, gloria a tu buena cocina y ante todo a tu generoso vino que nos ha confortado durante el trabajo en el castillo rupestre, bajo el sol y el viento!

Es domingo, pero no hay descanso para nosotros; estamos ansiosos por ver la ciudad rupestre de la que tantas maravillas hemos oído. Después de algún tiempo, hemos encontrado un guía y porteador que nos lleve los instrumentos. Medio pueblo se agolpa para ver los preparativos; admiran el taquímetro y las miras. Juan tiene para todo un competente comentario. La posadera empaqueta las provisiones de boca, mucho pan blanco como la nieve, rojos chorizos, jamón, naranjas y un gran odre de vino blanco. El sol brilla en el azul del cielo, la fuente de delante de la posada murmura y los pájaros cantan alegres, tanto, que es un placer caminar en la fresca mañana. Por las calles, se apiñan unas chicas extraordinariamente guapas; al parecer es una hermosa raza, no tan enjuta como la de Castilla la Vieja, sino más parecida al tipo andaluz y valenciano. Se camina primero por huertas y viñas y después por la llanura parda. Meca nos saluda desde la lejanía. Es una meseta cortada, agudamente hacia un lado, se parece a un acorazado. Después de una hora de camino, empieza a subir el terreno, grandes masas de rocas yacen por los contornos y el precipicio del monte se yergue delante de nosotros; media hora más y llegamos al pie del despeñadero que parece inaccesible. Allí brota de la roca un manantial, con el agua cuidadosamente encauzada, un alivio para hombres y bestias. Bebemos y hacemos acopio de agua para el caluroso día que nos espera arriba. Se sube sobre peñascos cada vez más escarpados; una pared vertical parece que va a impedir la prosecución de la marcha; pero ya los antiguos iberos habían excavado aquí una escalera, y otra moderna

facilita una cómoda subida. Por fin llegamos arriba. A donde quiera que se dirija la mirada, se advierten blancas rocas de cal y entre ellas numerosos enebros cuyo obscuro verdor anima el rígido paisaje rocoso. Al principio no se ve más que una salvaje naturaleza, pero pronto se observan entre piedras y arbustos las huellas del hombre. Allí donde el sendero por donde hemos ascendido alcanza la altura, empieza una calle cavada en la roca, de 2 metros de anchura, y muestra claramente en varios lugares dos ranuras separadas entre sí 80 centímetros, que son huellas de ruedas de carro. Y no son huellas marcadas poco a poco, sino con distancia completamente regular y a la misma anchura y profundidad son cavadas artificialmente en la ruda roca, verdaderos rieles, modelo de las modernas vías de ferrocarril. De su distancia inferimos que los carros de los habitantes de Meca tenían una anchura de vía de 80 cm. Pronto se advierten entre las piedras sueltas firmes hileras, muros de casas rectangulares, las habitaciones de los antiguos iberos. No faltan los tiestos que indican al arqueólogo el tiempo de la población y que son para él preferibles al oro y la plata. Son todos piezas ibéricas de la conocida cerámica de color pardo claro, con pinturas negras, círculos concéntricos, líneas onduladas paralelas y otros adornos geométricos; pero también motivos de plantas y animales de cierto sentido artístico, correspondientes a la cerámica ibérica del E. y el S. Entre los cacharros no se encuentra ni uno solo romano o árabe. Tampoco aparece lo prehistórico. Nos hallamos claramente en presencia de una ciudad ibérica.

«Alto o Monte de Meca» se llama el castillo de rocas y lleva también el nombre de Meca el cortijo que yace a sus pies, al que pertenece como dehesa; de modo que el monte se llama así por el cortijo o tal vez el cortijo por el monte. El nombre «Alto de Meca» se encuentra en otro lugar, pues así se llama también el cerro de 173 m. que está sobre el cabo de Trafalgar. La etimología y el significado de la palabra «Meca» son oscuros y no parece tener nada de común con el árabe Mekka; el nombre no debe ser ibérico, sino que más bien

proviene de la Edad Media. El monte forma, actualmente, el límite entre los antiguos reinos de Murcia y Valencia y quizá ha tenido antes este mismo carácter e importancia, como monte fronterizo.

El antiguo nombre de la ciudad rupestre se ha perdido y también toda noticia de sus habitantes y su historia. Inferimos de sus monumentos que fué construída por los iberos en los siglos v o iv antes de J. C., que pueden haber pertenecido a la tribu de los Bastetanos. La planta de la ciudad, la técnica de construcción de los muros y la cerámica, muestran la misma influencia de la cultura griega difundida por la costa oriental, que encontramos otras veces en esta región, no muy alejada de la costa ya que ésta es la comarca en donde han sido halladas las maravillosas esculturas ibéricas que denotan claramente la influencia de los modelos griegos, cuya muestra más famosa es la «Dama de Elche». El «Cerro de los Santos», donde se han encontrado muchas de tales esculturas, no está lejos de Meca; y cerca también está Balazote, el punto del hallazgo de una esfinge ibérica, y Bocairente, donde apareció un león. Las dos esculturas son de estilo oriental, recibido a través de los focenses. La ciudad antigua tendría, probablemente, mucha importancia como baluarte de toda la región, a causa de su firmeza, aunque el número de sus habitantes no debió ascender a más de diez mil. Un intenso tráfico se deduce de sus caminos cavados en la roca. Meca fué destruída, bien por los cartagineses, que avanzaron hasta esta región, o por los romanos. Desde entonces no parece haber sido habitada de nuevo, pues faltan monumentos posteriores. Del hallazgo esporádico de monedas sueltas romanas, no se puede deducir la existencia de una ciudad contemporánea, como tampoco de las monedas modernas. Visitantes fugaces habrá tenido la ciudad rupestre en todos los tiempos: pastores, cazadores y otros quienes querrían ver la galería excavada en las rocas y las cisternas. Desde entonces, está Meca desierta y solitaria: algún tiempo cultivada por el arado, sirve ahora solamente como pastizal. Para los arqueólogos es

conocida Meca desde el siglo XVIII y en tiempos modernos no han faltado excavaciones más o menos superficiales. Una investigación científica no ha sido realizada por nadie.

La ciudad rupestre de Meca es un auténtico refugio ibérico. A los iberos les gustaban estos nidos de águila, que correspondían a su inclinación al apartamiento e individualismo, rasgo fundamental del carácter ibérico, y en ellos podían defenderse con éxito contra el enemigo. Semejantes al castillo de Meca son Bilbilis, la patria de Marcial, que se enseñoorea de una roca escarpada del valle del Jalón; Olérdola, el baluarte de la llanura del Panadés, en Cataluña; San Julián, un alto monte en el Miño, rodeado de una muralla circular, al parecer el último refugio de los callaicos en su guerra de independencia contra Roma.

El primer día fué dedicado a la orientación; recorrimos la planicie por sus ejes. Se extiende ochocientos metros exactamente de Este a Oeste y tiene en su parte más ancha 300 metros; tanto en el Este como en el Oeste se estrecha. La única entrada llana está en el Este donde la meseta se une con el monte vecino por una cresta de diez metros escasos de anchura. Este lugar apropiado para un ataque está cerrado por un muro de tres metros de anchura. Las piedras que forman el muro son sillares de estilo griego, artísticamente labrados y dan a conocer que la fortificación ha sido construída todo lo más pronto en el siglo V. Aparte de esta estrecha entrada, tiene la ciudad rupestre dos más que, sin embargo, son escarpadas y de fácil defensa. En los dos extremos, la parte Norte tiene una depresión en forma de teatro, que permite la subida; uno al N. O. arriba de la fuente y el otro al N. E. en la galería que describo más abajo. Por todas las demás partes pendientes verticales de 30 a 40 m. de altura, completamente inexpugnables, la rodean. El muro del Este se encuentra en el sitio más alto de una cumbre, en la que la meseta se eleva diez metros, formando una acrópolis natural. No es fácil determinar si esta cima estaba murada por los demás lados también o solamente fortificada por escarpamientos naturales de la ro-

ca. Una acrópolis análoga se encuentra en el lado occidental, pues también aquí se eleva el alto diez metros sobre la parte media. También aquí se conserva una fuerte muralla de la que todavía se ven varias torres. Las dos cumbres tienen una altura de 1,050 m., mientras el centro de la meseta, más bajo, tiene 1,040 m. En ambos baluartes podrían refugiarse los últimos defensores, cuando el resto de la ciudad estuviese en manos del enemigo. En ellos pudo haberse realizado la ardiente y enconada defensa, tan conocida en tantos asedios de ciudades ibéricas, por ejemplo en Sagunto.

Mientras yo me ocupaba del estudio de la fortificación, el General estudiaba la topografía de Meca y preparaba sus instrumentos para el levantamiento que había de empezar al día siguiente. El plano de la ciudad había de ser trazado en escala de 1:1000; para reproducir todas las particularidades, tanto del terreno como de los restos antiguos. Para ello eran necesarios ocho días de buen tiempo; por esto nos deseamos un cielo favorable, pues el plan de viaje no nos permite prolongarlo más. Pero el primer día, con su espléndido sol, nos da buen ánimo.

Entre la multitud de impresiones interesantes hemos olvidado que el sol ha pasado del cenit y el estómago nos avisa de que ha llegado la hora del almuerzo. Lo tomamos en una plataforma junto a la pendiente del Sur, con maravilloso panorama frente a nosotros, sobre el abismo y la llanura con su gran soledad. Con esto terminamos nuestro trabajo del primer día y bajamos hacia la fuente y el pueblo hospitalario. En el camino encontramos un grupo, el maestro, el juez y otras notabilidades. La mayoría de ellos no han estado nunca en Meca y escuchan asombrados las cosas maravillosas que les contamos hay allí arriba. La tarde deja todavía tiempo para un paseo por los alrededores del pueblo, que lucen con el adorno de la primavera y nos recuerdan nuestra patria verde. Por todas partes hay verdes arbustos y copiosas corrientes de agua; es un paraíso de los ruiseñores que por doquier cantan sus dulces canciones.

La mañana siguiente estamos preparados para la marcha antes de las seis; la posadera ha preparado unos pasteles, que a pesar de cierto saborcillo a aceite rancio nos parecen excelentes. Hace de nuevo un sol magnífico; antes de que se deje sentir, estamos arriba. Primero sopla un fuerte viento, pero afortunadamente amaína pronto, pues nada molesta más al topógrafo en su trabajo, que el viento, que sacude los jalones y dificulta el exacto enfoque y levantamiento. El taquímetro del General, al que debemos ya muchos mapas exactos de regiones históricas de España, está colocado en una de las cumbres; detrás de él está el General con su pequeño sombrero de fieltro que por una pluma de águila ha recibido un adorno español. Yo me paseo con el portamiras y le señalo los puntos en donde debe colocarse. Cada punto se señala por un montón de piedras para ser reconocido por el topógrafo, desde lejos. Cuando abandonamos Meca y estaba terminado el mapa se veían por todas partes estos hitos de piedras; cabeceando deben haber mirado más tarde los pastores estos extraños monumentos de «los alemanes». Cuando fueron tomados suficientes puntos, empezó a enfocar el General punto tras punto y a anotarlos. Cuando se terminó esta tarea, iba por el terreno con el cartón en donde estaban señalados los puntos y señalaba, apoyado en los puntos medidos, la conformación del terreno por curvas de nivel, dibujando al mismo tiempo los detalles del terreno, muros, etc. Mi tarea consistía en examinar los restos antiguos y medirlos detalladamente.

La ciudad antigua cubre toda la planicie y tiene una extensión de 15 Ha. aproximadamente. Asombrados vemos los muros de las casas aun elevarse sobre el suelo, así que es posible fijarlos en el plano sin excavación, ya que en dos mil años desde la destrucción, apenas se ha formado tierra vegetal. Lo mismo ha sucedido en Numancia, donde los muros de los campamentos romanos en parte aun se elevan a un metro sobre el suelo. Como la muralla antes citada, denota también la planta de la ciudad influencia griega; no es, como

se pudiera esperar, de trazado irregular, sino que tiene el sistema regular de calles cruzándose en ángulo recto propios de las ciudades griegas, como se encuentra en Emporion, en el golfo de Rosas, y también en Numancia. La ejecución de este trazado no ha sido perfecto en sus detalles, y tanto las calles como las casas se permiten alguna desviación de la línea recta. Se reconoce como línea principal una calle larga, que abarca la extensión de la meseta, de Este a Oeste, como el «decumanus» romano Solo tiene de dos a tres metros de anchura (diez pies); las calles de las ciudades antiguas son estrechas, como las del oriente y de las ciudades árabes de España. Las casas se componen a menudo de habitaciones de 4 x 4 m. y parece tener de N. a S. una anchura de 18 m. Pero averiguar la planta exacta de las casas es empresa imposible sin excavaciones, pues hasta en esta altura pedregosa, lejana y difícilmente accesible, se ha cultivado el suelo, como por todas partes en Castilla, incluso donde apenas no compensan los trabajos agrícolas. Mientras en algunos sitios se conservan largas filas de muros, en otros faltan completamente y en su lugar se encuentran montones redondos de piedras arrancadas y apiladas («brocales»), odiosas al arqueólogo como señal de destrucción. Pero una buena excavación daría seguramente el plano total de Meca. Como en la mayoría de las demás ciudades ibéricas, las piedras están labradas en muy raras ocasiones y sin otra argamasa que un poco de barro apelmazado. Una singularidad de Meca son los muchos aposentos subterráneos cavados en la roca. Se cuentan más de doscientos de estos hoyos. Son de dos a tres metros de profundidad y de cuatro por cuatro metros de anchura, como las habitaciones de las casas, y de longitud distinta; uno en el Sur llega hasta los treinta metros. Son en parte viviendas subterráneas como se conoce por las hornacinas, bancos, escaleras, etc. que se advierten en sus muros y por los agujeros destinados a sostener las vigas; pero otros parecen ser cisternas para recoger el agua de las lluvias. En tiempos de asedio la ciudad rupestre disponía solamente de cisternas, porque la

única fuente está fuera del poblado, al pie del monte. Es difícil de distinguir lo que era cisterna y lo que era sótano; seguramente eran cisternas las cavidades en que desembocaban canales. Se encuentran viviendas subterráneas en todos los países con clima frío, incluso entre los germanos, y quien ha pasado un invierno en la meseta castellana comprende que los antiguos..... se cobijaran contra el frío debajo de tierra; y más que del frío del viento del Norte, la plaga terrible de estas llanuras. Vivir subterráneamente es una costumbre africana e ibérica muy antigua. Hubo en la antigua España pueblos enteros trogloditas, como en África y los hay actualmente todavía, y precisamente en esta región, y como en Alpera mismo pudimos visitar tales viviendas subterráneas. Recuerdan en su disposición, con pasillo central y cuartos laterales, las prehistóricas tumbas de cúpula. En el lugar donde la subida oriental alcanza la ciudad, es decir en la puerta de la ciudad, se encuentran, junto a un sótano-vivienda, cavados en la roca, diez pesebres; esto parece haber sido una posada ibérica. A menudo se encuentran hoyos redondos que pueden haber servido como artesas de lavar.

El almuerzo fué tomado esta vez a la sombra de grandes enebros, pues el sol quemaba extraordinariamente. Estas comidas en los altos de Meca me serán inolvidables; eran exquisitas como merecido descanso después del duro trabajo, y aun más por el encanto del lugar, la gran soledad y el silencio profundo, que solo de vez en cuando interrumpía el grito de un ave de rapiña; por el paisaje de la amplia llanura con su siempre cambiante juego de colores y los azules montes de la lejanía, en parte alargadas montañas y otras aisladas cumbres que se levantan como islas del mar de la llanura. Con su soledad, su amplitud y las formas caprichosas de las sierras del horizonte, con los efectos chillones de luz, tiene el paisaje de Meca, como toda la Meseta, un carácter severo, pero grandioso, que conviene al pueblo indómito y amante de su libertad que defendía su patria en estos desiertos. En Italia solo la campiña de Roma y los alrededores de las ciudades grie-

gas del golfo de Tarento, tienen este rasgo heroico; en España se encuentra por todas partes. España es el país de los paisajes grandiosos. Le falta, prescindiendo de la costa levantina, que tiene carácter mediterráneo, la riqueza de las hermosas particularidades de naturaleza y cultura, que nos encanta en el Mediterráneo, pero en cambio tiene sus amplias llanuras, sus sierras majestuosas y sus horizontes ilimitados.

Hacia la caída de la tarde recibimos la primera visita; ya se anunció desde lejos por su sonido cada vez más perceptible y claro: es un rebaño de vacas que escalaron el monte por el único lugar accesible para ellas, al N. E. Los pastores ya se habían enterado de nuestra presencia; nos contaron cosas maravillosas de las cuevas en las rocas y de sus habitantes encantados y estaban firmemente convencidos de que habíamos venido para extraer los tesoros enterrados en la ciudad. Según su opinión, estaban marcados en nuestros papeles los lugares y la plancheta era la varilla mágica para sacar al exterior lo escondido. Nombraron todas las cosas por los «moros» o árabes. A la gran gruta sobre el acceso, cerca de la fuente, se llama «Cueva del Rey Moro», por que una «reina de los moros» había señalado el camino a unos niños extraviados. En general los moros viven como buenos duendes en la memoria del pueblo, aquí como en otras partes, como si fuera un recuerdo del florecimiento del país durante la dominación árabe. Yo les pregunté si se encontraban monedas u otros restos antiguos; aunque habían oído hablar de ello no conservaban nada. Quizá en Meca no haya habido monedas ibéricas, pues éstas solo fueron acuñadas desde época romana, hacia el 200 antes de J. C. Por algunos céntimos me recoge un muchacho gran cantidad de tiestos pintados; estas gentes tienen ojos de lince. El General preguntó por animales y plantas y sobre ésto nos dieron extrañas opiniones populares ¡Con qué rapidez pasó el día! Pero se veían ya desarrollarse en los cartones los esbozos de la ciudad rupestre; ya se había medido y examinado varias casas y cisternas.

El día tercero fuimos menos favorecidos por el tiempo que

los anteriores. Aunque el sol brilló, sopló al mismo tiempo el viento Norte, nuestro peor enemigo. En el camino se notaba de manera desagradable y en la altura apenas se podía resistir. Repetidamente teníamos que guarecernos detrás de un enebro para respirar y frotarnos las manos heladas. Lo peor tocó al pobre General; cuantas veces me acercaba a él oía fuertes expresiones bávaras, pues el instrumento no quería permanecer fijo y el portamiras tenía que hacer gran esfuerzo para sujetar verticalmente el jalón. Yo me ocupaba ahora de examinar el acceso del Este, el lugar del castillo más fácilmente accesible después de la salida mencionada antes. Para su defensa se había levantado aquí también un muro transversal que, siguiendo la curva de nivel 1,020 m. en ligera curva atraviesa la hondonada. Detrás de ella se encuentra una espaciosa terraza para los defensores y detrás de ésta la roca está escarpada verticalmente. Mientras en el acceso occidental, la carretera solo llega hasta media altura, se ha cavado en el Este, en la roca, un corte de 2 m. de ancho y unos 5 m. de profundidad, superando la carretera con una curva de 200 m. de longitud la diferencia de nivel que asciende a 20 m., mediante una ascensión de 1:10, creando de esta forma una cómoda rampa ¡Realmente, una obra admirable! Uno se asombra del justo trazado de la curva y la igualdad del declive; y este trabajo hercúleo fué ejecutado sin otros medios que instrumentos de hierro. Los hombres que crearon esta obra deben haber tenido una gran práctica en los trabajos mineros. En efecto, sabemos que los iberos y especialmente los habitantes de esta región eran maestros en el arte de las minas. Realmente la galería de Meca merece la misma admiración que el acueducto romano de Segovia y la audaz construcción del puente de Alcántara. Si algún día llegamos a tener una descripción científica de la antigua técnica de ingeniería, merecerá esta obra de desconocidos ingenieros ibéricos, un puesto de honor. La carretera desemboca más abajo de la acrópolis oriental y se continúa después por la calle principal. Actualmente la galería está plagada de enebros y a menudo se encuentran di-

ficultades para penetrar a través del duro ramaje. Los árboles están arraigados en las grietas de las rocas y se afanan por salir desde lo profundo hacia la claridad solar. Causa asombro que los habitantes de Meca hayan hecho tan inmenso trabajo para crear una subida para los carros. Esto presupone un potente desarrollo de carretería, como lo encontramos en los vecinos galos, de los que los romanos tomaron los términos de las distintas clases de carros. Probablemente los iberos tomaron modelo de los galos; hoy día se hace en la meseta española el transporte de las mercancías más por mulos que por carros; pero antiguamente debió ser distinto. De aquí resulta otra conclusión. Los iberos deben haber tenido una red de carreteras bastante desarrollada; así que los caminos romanos de la Península se fundaron en parte en otros ibéricos. No se puede contar, verdaderamente, con carreteras largas, pues esto contradice el apartamiento peculiar de los grupos ibéricos. Esta galería es la mayor curiosidad de la ciudad rupestre, que es Meca en doble sentido; por su situación y por las muchas obras ejecutadas en la roca. En más pequeña escala se encuentra esto en otras ciudades ibéricas: por ejemplo en Termantia, provincia de Soria, donde hay también una rampa cavada en la piedra; pero hasta ahora no es conocido ningún otro lugar en que hayan sido ejecutadas tantas y tan grandes obras rupestres. Pero las cisternas y la galería no son las únicas obras cavadas en la roca que ofrece Meca. A cada paso se encuentra labrada la dura piedra, sea para crear una explanada para una casa o para otros fines. Especialmente el lado Sur dirigida hacia el sol, ofrece tales trabajos. Aquí se ha alisado, entre otras cosas, una terraza natural y se ha logrado crear una plataforma larga y bastante ancha en la que no faltan bancos de reposo. Aquí se habrán tumbado al sol en el invierno los antiguo iberos, que buscarían el sol, tanto como sus descendientes. En las laderas de la roca de Meca, hay numerosas cuevas; la mayor es la «Cueva del Rey moro», situada encima de la subida occidental. España es el país de las cuevas, porque está cubierta por una capa de terreno diluvial, en

cuyas capas horizontales se han originado por un fenómeno de erosión y corrosión. Estas cuevas eran las viviendas de los más antiguos habitantes paleolíticos del país y por esta razón es tan rica España en pinturas parietales. También las hay en esta región; a una hora de Alpera se encuentra una gruta con representaciones muy bien conservadas de hombres y de animales. En las cuevas de Meca no parece haber existido estas pinturas; tampoco en la gran «Cueva del Rey moro». Desgraciadamente no pudimos visitar esta cueva porque la estrecha entrada se había derrumbado. Actualmente las grutas son un refugio de los pastores que por esta razón las conocen a fondo y son los mejores guías para buscar cuevas y pinturas rupestres. Tuvimos hoy también una visita; esta vez es un rebaño de ovejas que pronto se extendieron por toda la meseta y compusieron una bonita escena.

Trabajamos aun tres días más en Meca; el séptimo día se había terminado el plano. El tiempo se mantuvo bueno hasta el último día, aunque las nubes habían amenazado; entonces estalló la tormenta y los últimos puntos topográficos al pie del monte, hubieron de ser medidos bajo la lluvia; pero fueron los últimos. En la última comida, para la que nos habíamos refugiado en una de las cuevas, pude felicitar al General por la terminación de su obra; en siete días había ejecutado un plano excelente de la ciudad rupestre, lo mismo en exactitud que en belleza.

La última noche nos sentamos para cenar verdaderamente aliviados; después se extendió el plano sobre la mesa y pronto se reunieron alrededor de la mesa un grupo de personas del pueblo. Algunos conocían a fondo la roca y no es pequeño elogio para la claridad del plano el que hasta esta gente sencilla reconociera en él los distintos lugares. Después íbamos a embalar cuidadosamente el mapa y el equipaje, y por última vez se llegó al lecho. Antes de la salida del sol nos despertó el posadero; para él como para nosotros, la despedida fué difícil; nosotros no olvidaremos nunca a Alpera con sus simpáticos habitantes y ellos recordarán a menudo a los

dos alemanes que aquí realizaron un trabajo desinteresado por la Ciencia.

Cuando llegamos a la estación, castañeteando de frío como a la llegada, salió el sol detrás de la roca de Meca. ¡Adiós Meca! El tren nos llevó pasando por Játiva, el antiguo Saetabis, hacia la bendita costa oriental y en pocas horas fuimos trasladados desde la meseta fría y desnuda a la huerta exuberante de Valencia.

Por el plano del General Lammerer, que reproduce con gran exactitud, lo mismo el terreno que los restos antiguos, se ha creado una base para la investigación arqueológica de Meca. Una excavación sería de grandes resultados, pues daría el plano completo de la ciudad antigua, el fin principal de cada excavación científica, pero además numerosos hallazgos que son de esperar sobre todo en las cisternas. Tal vez puedan esperarse los medios del Sr. Zuazo, un buen aficionado de Madrid, que se interesa vivamente por Meca y ha publicado dos escritos sobre la antigua ciudad.

Ojala sea Meca investigada por un verdadero arqueólogo experto en excavaciones, y se ahorren diletantismos que desgraciadamente en muchas partes de la Península han producido daños extraordinarios.

* * *

SOBRE UN BAJO RELIEVE QUE FIGURA EN EL MUSEO DE ARTE DE ALCOY

Por Camilo Visedo

Entre los objetos recientemente adquiridos en este Museo Municipal de Alcoy, tenemos que destacar el que figura con el número 80 de entrada, un bajo relieve que revela un gran arcaísmo, el cual describimos a continuación.

Se trata de una piedra caliza labrada, con un peso sin estar completa de 17 kilos. Su forma aparece rectangular por

dos de sus lados, y en ligera curvatura por la parte superior, faltando bastante de la inferior por rotura de la misma. Mide 37 centímetros de altura, 36 y 1/2 de ancha por un espesor desigual que oscila entre 9 y 10 centímetros.

La composición se desarrolla al parecer dentro de un marco, cuyos relieves están muy rebajados por el desgaste, distinguiéndose en el centro la silueta de una figura de frente, borradas las facciones de la cara por la erosión que no ha dejado ninguna huella, así como la rotura inferior impide el saber si está de pie o en otra posición. A los lados se ven dos cuadrúpedos de perfil, uno de ellos desaparecido que con las patas anteriores abiertas y las inferiores recogidas, se acercan a la figura, que tiene abiertos los brazos en actitud de acariciarlos y tratando de contenerlos. El dibujo es tosco y rudimentario, pero expresivo.

Procede del sitio llamado el Pichocól, en término de Balónes, estación y probable necrópolis ibérica sin excavar, y estaba conservada en una casa de labranza de dicho pueblo. Del mismo lugar tenemos que mencionar aquí algunos restos escultóricos de bichos, inéditos, ingresados hace tiempo en el Museo de la Excma. Diputación de Valencia.

Es lo cierto que este interesante resto fué adquirido para este Museo Municipal de Alcoy, y con gusto lo damos a conocer en estas páginas por su novedad en esta región alcoyana, y relación al propio tiempo, con otro similar procedente de Sagunto, encontrado hace tiempo y descrito por Martínez Aloy, de la siguiente forma:

«Es una pieza labrada de piedra común que pesa, poco más o menos, 150 kilogramos, afecta por tres de sus lados forma rectangular y curvilínea por el superior, mide 53 centímetros de altura, 51 de longitud y 21 de espesor, y en una de sus caras ostenta un bajo relieve muy débil que con dificultad se somete a la reproducción fotográfica. Encerrada la composición dentro de una faja de 35 milímetros que, a manera de marco, bordea la superficie de la piedra, distínguese un hombre desnudo, en pie, de frente, entre dos cuadrúpedos

puestos de perfil y levantados sobre sus patas traseras. El hombre toca con sus manos las cabezas de ambos animales».

Dice a continuación: «Trátase de un dibujo bárbaro, tosco y rudimentario, que puede ser producto de una civilización muy primitiva, y puede ser también la torpe obra de un artista muy rudo».

Después, apoyándose en una descripción que sobre la historia del profeta Daniel dice el abate Martigny, pregunta, si este monolito de Sagunto, no podría ser un testimonio cristiano; pero no insiste y espera de la crítica el poder dilucidarlo con perfecto conocimiento.

El señor Sánchez Sivera en la «Diócesis Valentina» se ocupa igualmente del mismo asunto, inclinándose, sin afirmarlo en absoluto, a ser cosa de los orígenes del cristianismo y a parangonearla, más con la mencionada historia del profeta Daniel, que con las divinidades paganas.

El doctísimo Hubner, según menciona Martínez Aloy, que lo conocía por un grabado de Lumières, no tuvo inconveniente en admitir este bajo relieve de Sagunto, como una huella del politeísmo ibero, interpretando aquellas figuras por la de Anaitis con los leones, deidad precursora, al parecer, de Diana, que adoraron los lidios los medos y los persas.

Mr. Albertini, también mencionado por el repetido señor Martínez Aloy, a presencia del original, dice textualmente «Esta hipótesis debe ser abandonada. La representación es indígena, y resulta inexplicable. Tal vez haya sido influenciada en cierto modo por los monumentos figurados que se relacionan con el culto de Epona, bajo cuya tutela ponían los griegos sus caballerías y establos».

Menéndez y Pelayo, al tratar de los cultos indígenas, menciona éste de Epona basado en un epígrafe de Sigüenza y añade: «Epona es divinidad galo-clásica, de la cual habla Juvenal en su sátira VIII, v. 156-157, etc., etc., cuya imagen está pintada en los hediondos pesebres».

Desde luego que a la vista de estos dos bajos relieves descritos, se observa alguna diferencia en su composición, espe-

cialmente en la actitud de los cuadrúpedos. El de Pichocol los representa en una actitud más airosa, con cuello erguido y patas anteriores abiertas y elevadas como acariciando a la figura central, así como las posteriores se acercan también a la misma. En cambio el de Sagunto lo representa, si vale la expresión, en una actitud más humillante, pero sin poder negar la idea de una misma representación simbólica en los dos.

El hecho de que aparezca esta representación de Epona en estas estaciones levantinas, demuestra la divulgación que tuvo este culto indígena, importado al parecer por los romanos de la época imperial, tal vez por los soldados de países celtas y adoptado por el pueblo ibero, tan amante del caballo como lo prueba al adornar la cerámica y en algún bronce.

Llama la atención, no obstante en estos relieves, el no representar propiamente a la diosa, y sí a una figura de mancebo ?, anacronismo este, que solo puede explicarse a nuestro juicio, al degenerar en una interpretación simbólica por manos de gente ruda y bárbara.

Por último nos hace pensar, si esta estela pudiera haber llevado alguna inscripción en lo que falta de la piedra, detalle que sería de importancia, y esto nos induce a realizar una inspección detenida en el sitio de su hallazgo.

BIBLIOGRAFIA

Martínez Aloy.—«Geografía general del Reino de Valencia», tom. I, «Religión», pág. 208.

M. Menéndez y Pelayo.—«Historia de los Heterodoxos Españoles», tom. I, Prolegómenos, 2.^a edición, año 1911.

Salomón Reinach.—«Epona la déesse gauloise des chevaux».

Huillard Brehólles.—«Notes sur une pierre sculpté qui paraí représenter la déesse Epona».

A. Ballesteros.—«Historia de España», pág. 174.

NOTAS PARA EL ESTUDIO DE LA ESCULTURA IBÉRICA DEL SUDESTE

*Por María Victoria Martín-Rocha
y Ana María Elorrieta Lacy*

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
(Madrid)

A partir de la primera mitad del siglo VI, los griegos establecen numerosas colonias en puntos estratégicos de la costa mediterránea. La cerámica ha dejado abundantes pruebas de un comercio activísimo entre griegos e indígenas, y tanto en las zonas Sur y Sureste de España como en las Baleares, aparecen bronceos arcaicos que demuestran de manera definitiva la existencia de una corriente comercial que desde Grecia entra en la Península pasando por las Baleares.

Se ha estudiado y exagerado mucho el problema de las influencias y paralelismos entre la escultura ibérica y el arcaísmo griego. Kühn llega a defender una prioridad e influencia ibérica sobre lo griego, fundándose en las analogías de la talla en hueso y madera. Como ésta se transforma en una industria típicamente nacional, piensa en un arraigo profundo de la técnica que tuvo que ser creada por el artista ibero, y no reflejo de influencias extrañas. Pura teoría sin la menor base científica, pues los documentos arqueológicos prueban lo contrario.

Los hallazgos de una colección de exvotos, cuyo conjunto ofrece una unidad y constituyen una industria francamente determinada de indudable relación con lo griego arcaico, han hecho conceder una importancia extraordinaria al papel que éste ha tenido en su desarrollo.

Es evidente que tanto el exvoto del M. Arqueológico Nacional como el exvoto y figuras del Cerro de los Santos, por su carácter y técnica especiales, son réplica de modelos en madera. Sánchez Jiménez hace notar la existencia de la escultura en madera en el hierro ibérico.

El exvoto del Museo Arqueológico Nacional es una figurita de mujer de unos 15 cms. de altura, con un largo manto que le cubre la cabeza y baja hasta los pies desnudos, de manera similar a la del exvoto del Cerro de los Santos. La dificultad que encuentra el bronzista ibérico al hacer el cabello, le obliga a cubrir la cabeza. La mano derecha, doblada a la altura de la cintura, sujeta el borde del manto, y en la izquierda sostiene una manzana. Detalle que extraña porque no es corriente la representación con un objeto entre las manos.

Encontramos precedentes de esta técnica en el mundo oriental y concretamente en Grecia. En Creta, en la Grecia arcaica y aún posteriormente, hay grandes esculturas en madera, y estilísticamente tenemos su reflejo en copias de bronce.

Pero los griegos no crean en España una gran escultura. Su contacto con el país es superficial, de relación simplemente comercial, y para tratar con los indígenas les bastan cuatro baratijas. Hay que colocarse en la psicología especial de las colonias griegas para comprender lo poco que pudieron influir directamente en el carácter del arte ibero.

El griego no enraizaba en el país, no creaba ciudades con gente selecta que exigiera grandes obras y buenas estatuas. Todas las importaciones griegas son utilitarias o pequeñas cosas sin gran importancia como las de Baleares, que no nos revelan nada en su categoría de baratijas. Hay que llegar a los romanos para encontrar la influencia máxima, donde empieza realmente la escultura ibero-romana. El romano, que ya echa raíces en el país y viene en son de conquista y ocupación con gente organizada, trae la cultura en sus últimas manifestaciones. Entonces es cuando, a través de los romanos y los púnicos llegan las influencias griegas a España: Todavía se seguía practicando en Grecia, aunque en menor escala, la talla en madera, pero se hacen obras de terracota en serie, y no es de suponer que llegara una gran estatua en madera para servir de modelo al artista ibero.

Hay que luchar por eso contra la tendencia a considerarlo todo griego cuando en realidad no es así, y lo que existe es

una influencia a través de púnicos y romanos. Filadelfeus vió en el Esculapio de Ampurias una gran obra fidiaca cuando en realidad es romana y del imperio. Y hay bronce ibéricos de marcada influencia romana como el guerrero de Buñol (Valencia).

Según P. París y Reinach, anteriores a las influencias greco-romanas existía en la cuenca del Mediterráneo una cierta uniformidad en la manera de concebir la representación del tipo humano, así como en los procedimientos técnicos al uso. La misma infantilidad y convenciones se encuentran en los talleres griegos como en los celtas, itálicos y germanos.

«Estos artífices primitivos —dice Lantier— trabajan sobre un fondo de datos comunes y muchas veces donde se ha creído reconocer una técnica o arte extranjero no hay mas que semejanzas. Prueba de ello es la representación común del cuerpo humano bajo forma de envoltura en la que destacan dos cortos apéndices que son los brazos». Para explicar esto en nuestro conjunto de Castellar de Santisteban no hay que buscar el origen en figuras arcaicas de Beocia. Es una forma de representación instintiva natural. También se expliquen quizá muchas analogías por haber trabajado primitivamente en madera iberos y griegos.

Nos sorprende el encontrar resueltos por los griegos arcaicos de manera similar, los problemas del desarrollo de los tipos humanos y sus actitudes. En nuestros conjuntos de exvotos (como el estudiado por Lantier en Castellar) ciertos detalles del traje y procedimientos de técnica nos conducen al arcaísmo griego.

Las estatuas del Cerro de los Santos, con sus brazos pegados al cuerpo, restos de una técnica de talla al desbatar un tronco, la misma concepción del modelado y ordenación de los paños, nos recuerdan a las Kores.

Como en la tradición arcaica, el artista ibero ha evitado en lo posible la representación del desnudo femenino. Se intenta también la transparencia del ropaje que deja adivinar el cuerpo. Estos intentos, que en los griegos llevan a la trans-

parencia fidiaca del ropaje, se pueden comprender colocando al artista delante de un bloque de madera que encierra extraordinarias posibilidades de talla. Solamente en esa evolución que va de la madera a la piedra se llega a esa ductilidad de la piedra en manos del artista. El mismo sentido encontramos toscamente expresado en la mujer de Castellar, que puede ser réplica en bronce de exvoto en madera.

Estrecha analogía existe también entre los Apolos arcaicos y los bronces ibéricos: miembros superiores pegados al cuerpo, cuello casi desaparecido, hombros caídos, rostro oval de rasgos informes. Iguales aparecen en Creta, Grecia y Asia.

Todas estas analogías no obedecen ya a fórmulas técnicas comunes a artistas arcaicos de todos los tiempos y países. No se puede negar un influjo griego asimilado por lo ibero, pero que llega a través de púnicos y romanos. Sobre las corrientes de arte griego se injertaron influencias de carácter oriental, claramente perceptibles en detalles de adorno y en la imitación de las altas mitras estudiadas por Heuzey en figuras fenicias y rodias del siglo vi.

La exageración de algunos detalles de la indumentaria y sobre todo el alto tocado, son esencialmente ibéricos, y dan a nuestras figuras una originalidad que las coloca aparte de cualquier manifestación artística. Esta originalidad, mezclada con las influencias groco-orientales es la que encontramos en nuestras figuras del Cerro y Castellar, que no llegan a ser copias idénticas de nada y en las que el elemento indígena no ha sufrido profundos cambios.

BIBLIOGRAFIA

Albertine.—«Note sur la provenance d'une statuette iberique». (Tomo XXXV, Revista Archivos Bibliotecas y Museos).

Evans.—«Palace of Minos at Knossos» (Tomo 1).

Lantier.—«El santuario ibérico de Castellar de Santisteban».

Heuzey.—«Statues spagnoles de style greco oriental». (En «Les origines orientales de l'art» 1914).

P. París.—«Essai sur les statues spagnoles de style greco-oriental».

El Señor Figueras Pacheco pide la palabra para manifestar su alegría al ver como el elemento humano, hacia el cual la humanidad entera ha rendido siempre pleitesía, empieza, con su belleza, sus penetrantes facultades y su ternura, a enaltecer la Arqueología española; y a continuación dice: «Hay en las influencias griegas dos etapas que, por regla general, no han sido captadas de una manera perfectamente diferenciada por la mayoría de nuestros tratadistas. Se nos ha hablado hasta no hace mucho tiempo de los griegos en las costas de España, pero involucrando períodos, transformando las cosas y determinando concretamente muy pocas veces.

Hay dos períodos perfectamente definidos: Uno, el anterior a la llegada de los púnicos a Cádiz, y otro el posterior a la retirada de aquéllos. En el primero, fuera por la vía Marsella, fuera por el puente de islas del Mediterráneo, hubo una penetración griega en nuestras costas, indiscutible hasta el cabo de la Nao, y acaso teniendo como término Calpe. De allí a las colonias del Norte, la existencia del elemento griego es indiscutible. Desde Calpe al Sur, es asunto que los arqueólogos deben estudiar ahora con el mayor amor, para poder decir, de una manera concluyente, si hubo o no colonias griegas.

En el Norte es seguro que las hubo y hasta fueron anteriores a los fines del siglo VI, y terminaron cuando la batalla de Alalia arrancó a los griegos la hegemonía del Mediterráneo y la dió a los púnicos. Así se explica que en el Poema de Avieno se hable en tiempo pretérito de la Hemeroskopia. En aquel momento pudiera ser que el tipo de la colonización griega estuviese en Calpe o en la Nao.

Ahora bien; ¿Hubo, realmente, colonias al Sur de este punto de Calpe? Ese es el punto a discutir; porque si las hubo, no está de acuerdo con la traducción de la famosa «Ora Marítima», según la cual Argantonio invitó a los griegos. Pero ahora se van comprobando huellas inequívocas de la colonización griega. Nuestro ilustre Martínez Santa-Olalla, no hace mucho, ha encontrado cosas magníficas del siglo VI en las inmediaciones de Benidorm. En el mismo partido judicial se recogieron monedas griegas del VI; pero falta saber todavía si éstas son directamente importadas de Grecia o productos de los primeros púnicos que hubo por aquí; porque seguramente no fueron los de Cádiz, sino los que, probablemente, llegaron a establecerse por la vía del cabo de la Nao.

Pero todos estos griegos desaparecen de nuestras costas, quedando todo ello en manos de los dominadores fenicios, unos viniendo desde el Sur, y los otros bajando desde el Norte. La costa entera queda en manos de

las colonias cartaginesas. Hasta que llega el segundo tratado con Roma, a mediados del IV, y bien porque se especificara de una manera concreta o que, por resultancia natural de las cosas, a los cartagineses no interesase nada en lo que no pudieran comerciar, éstos se retiran al Sur del promontorio de Saturno, y entonces es cuando viene, de una manera segura, absolutamente cierta, la repoblación de las colonias griegas al Norte del cabo de la Nao, y cuando surgen las colonias verdaderamente levantinas, al Sur de dicho cabo.

Y vuelve a helenizarse el territorio. De manera que hay una colonización y una helenización discutibles al Sur del cabo de la Nao, que cuando se acerca al siglo IV, antes de J. C. se convierte en un hecho positivo e indiscutible.

Y estos griegos son, realmente, los maestros, por lo menos los maestros inmediatos, los más cercanos, y, por lo tanto, los que más pudieron influir en sus ideas. Y surge una civilización helenizada, porque, contra lo que generalmente se ha supuesto, las colonias griegas no fueron como se cree. Unas hicieron como de metrópoli, y otras derivaban de aquéllas. Y basta recorrer la costa para darse cuenta de que el territorio estuvo helenizado hasta que vino la invasión de los barcias, y entonces nuestras colonias, unas repobladas y otras aparecidas en ese período, no considerándose en condiciones de oponerse al paso de los elefantes africanos, hicieron lo que debían hacer: pactar o entregarse sin condiciones. Seguramente el Levante se entregó voluntariamente, y pidieron, en cambio, la aportación de los púnicos.

En ese trozo surge una civilización especial, que la clave de muchos de los problemas arqueológicos sobre los cuales más se habla y se concreta poco, y es la civilización esplendente y magnífica de nuestro Sudeste, civilización en la cual tomaron parte, de un lado, los griegos como maestros, los iberos como discípulos y los púnicos como dueños del país, imponiendo sus costumbres, sus gustos, trayendo las cosas de oriente y dando un sello especial de poderío y de fuerza a esa zona. La mayor parte de las obras que se descubren deben atribuirse a fines del siglo III, debidas al resultado de la influencia púnica.

En cuanto a la dualidad de caracteres que se observa en muchas de nuestras obras, la explicación es sencillísima. Hay en arte muchas etapas que no son ya precisamente de una época u otra, este estilo o aquel, sino que son fruto de un aprendizaje naturalmente oscilante».

Señor Santa-Olalla: «La brillante y apasionada intervención que hemos tenido el gusto de oír, podría interpretarse tal vez como una rectifi-

cación a las conclusiones que nos presentan las señoritas que han leído su trabajo. Y, por si a alguien se le pudiera presentar esta contradicción que parece ha fluctuado en torno al bronce del Museo de Albacete, quiero yo precisar el alcance y la base real de lo expresado por estas señoritas en su comunicación.

Es absolutamente indiscutible que las cosas griegas eran «pacotilla», aunque, naturalmente, cuando la pacotilla de los mercaderes griegos procedía de las tierras helénicas, tenía una categoría inconmensurable de obra maravillosa, llena de ese divino hálito artístico propio de los hefenos, y, por tanto, la pacotilla, con frecuencia, en forma de pequeños broncees, algunas terracotas o maravillosas cerámicas, podía alcanzar las formas astísticas más expresivas; pero es un hecho que todos, absolutamente todos los hallazgos de primera categoría no han ejercido influencia sobre una sola obra española de esa que llamamos «Cultura ibérica», que pueda situarse anterior a un 350 antes de J. C. Por tanto, un maestrazgo de griegos es absolutamente fantástico, en el estado actual de nuestros conocimientos de la Arqueología hispánica.

Este maestrazgo, además, no puede existir; porque una pacotilla que alcanza nada más los límites de nuestras costas, donde vienen esos mercaderes griegos a especular a costa de sus baratijas, no puede en manera alguna —puesto que no penetró, no caló hondo y no es una colonización sino una ocupación— ejercer una influencia que hasta la fecha no podemos demostrar.

Es un grave error interpretar la colonización griega en la misma forma que podemos interpretar una auténtica colonización: la de Roma. Grecia no nos mandó mas que la hez de sus mercachifles. Los mercaderes de Focea, que no pueden comerciar en todos los grandes mercados del Mediterráneo oriental y central, tienen que buscarse clientela y una fuente de riqueza en países alejados; en este caso, en nuestras costas occidentales del Mediterráneo; y venían a eso: a sonsacar a nuestras ingenuas gentes de la Edad del Hierro. No confundamos a los griegos con los romanos. Roma, señora, nos manda a nosotros sus legiones, sus pretores, sus figuras militares y civiles, y un Derecho. Y por eso Roma coloniza y ejerce una influencia y una transformación. Pero hoy por hoy, como afirman las señoritas indicadas, no hay absolutamente ninguna obra que sea influjo de una obra griega de la época de las colonizaciones de nuestra península. Todo el influjo helénico en la gestación de nuestro arte en la Edad de Hierro, es a través de los púnicos. Estos nos traen una serie

enorme de modelos, que penetran como penetran sus redes comerciales y su necesidad militar en el país.

Y entonces es cuando hay un influjo helénico, que no es directo, sino indirecto. Son los púnicos los mediadores.

De modo que quede perfectamente establecido que no hay absolutamente ninguna obra del llamado «arte ibérico» que sea debida a un influjo directo de las colonizaciones griegas en la Península. En todas esas series de bronces y cerámicas perfectamente fechadas, muchas de ellas del siglo VI, —incluso algunas piezas son más antiguas—, no hay la menor copia; no hay el menor remedo de lo helénico en nuestro arte ni en nuestra industria».

*
* * *

EN TORNO A LA VAJILLA ARGENTEA DE ABENGIBRE (ALBACETE)

Por Clarisa Millán García de Cáceres

Bibliotecaria del Seminario de Historia Primitiva
del Hombre. (Madrid)

Hacia 1932 o 1933 aparecía en Abengibre, partido de Casas Ibáñez, en la provincia de Albacete, una vajilla de plata en un antiguo despoblado, sito en el pago del Vallejo de las Viñas.

El hallazgo, como por desgracia ocurre casi siempre, fué casual y la dispersión de las piezas rápida, salvándose de momento un lote, el más interesante y rico que, aparte de otras piezas de menor cuantía, comprendía nueve platos de plata, que, gracias a gestiones particulares y mediante una pequeña indemnización, pasaron a formar parte de las colecciones del Museo Arqueológico de Madrid. El incumplimiento de la Ley de Excavaciones, cosa que solía ser normal, fué causa de que una gran parte de los platos que desaparecieron en los primeros momentos pasasen al Museo, mediante una compra, en que tales piezas fueron pagadas con toda largueza.

Sobre el primer lote de platos salvado, gracias a la intervención particular del Profesor Martínez Santa-Olalla, dió

éste un avance en la revista *Investigación y Progreso* (VIII, pág. 163-167 y 4 figs. Madrid, 1934) bajo el título «Una vajilla ibérica de plata del país de los mastienos». Dado el no haber aparecido hasta la fecha el trabajo definitivo y el haber ingresado nuevas piezas de este tesoro posteriormente en el Museo hasta un total de 16 platos, así como haberse iniciado la revisión de ideas y fechas en nuestra historia primitiva, precisamente a raíz de la publicación de aquel artículo, creemos oportuno el llamar nuevamente la atención sobre este hallazgo, por si hoy, gracias a la existencia de la Comisaría Provincial de Excavaciones de Albacete, que tan ejemplarmente llena su cometido, pudiesen realizarse indagaciones complementarias, que no pudieron practicarse por falta de interés antaño.

Este tesoro, claro exponente de la riqueza del país de los mastienos, está constituido por unas tiras de plata, restos de aros en espiral y por una serie de platos, que pueden agruparse en dos tipos: uno en forma de pátera con un aro que es la base y que como decoración lleva una serie de palmetas hechas a buril, tema de origen mediterráneo y que aquí está tratado con gran acierto. El otro tipo de platos es de base y perfil anguloso, repujados en una sola pieza y decorados con figuras de hombres y animales hechos a buril. Especialmente interesante es la figura de un guerrero, cuya indumentaria es igual a la representada en el vaso de Archena y en la gran urna de Oliva. Los temas animales son asimismo los representados en la cerámica ibérica de buena época.

Habida cuenta de las rectificaciones históricas y cronológicas que en un sistema orgánico y total ha realizado el Profesor J. Martínez Santa-Olalla en su conocido «Esquema paletnológico de la Península Hispánica», (Madrid, 1946, 2.^a edición) y el excelente trabajo de J. San Valero Aparisi, «El tesoro pre-imperial de plata de Drieves (Guadalajara)», publicado por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas en sus *Memorias e Informes*, número 9, Madrid, 1944, corroborador de aquéllas con nuevas razones y argumentos,

podemos sin duda alguna y confirmando los paralelos tipológicos y estilísticos de que queda hecho mérito y con la autoridad confirmadora del Profesor Paul Jacobsthal en su libro «Early Celtic Art», 2 vols. Oxford, 1944, que la vajilla de Abengibre como todas las piezas congéneres de toda la Península Hispánica queda de lleno dentro del segundo hierro, que para esta comarca mastiena es precisamente el hierro ibérico II y seguramente dentro de su fase B, ya que a ello autorizaría el carácter de las inscripciones ibéricas grabadas a buril o a punta de navaja, probablemente con el nombre del propietario de tan ricas piezas, que de haber existido la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas serían gala del Museo albaceteño, modelo para todas las provincias españolas.

Don Pío Beltrán Villagrasa toma la palabra manifestando su discrepancia en relación con la interpretación que de las inscripciones ibéricas de estos platos hace en su comunicación la señorita Millán.

* * *

ORIGENES DE LA REDECILLA FEMENINA DEL HIERRO IBERICO

*Por Pilar Pérez Enciso
y Josefina Marín Bonachera*

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre
(Madrid)

Aunque la redecilla parezca una prenda moderna por el apogeo que ha adquirido en estos últimos años, en realidad no es así, como puede deducirse a la vista de unos cuantos gráficos históricos.

Convencidas de lo anterior, y por haber caído en nuestras manos un trabajo del señor Figueras Pacheco sobre «Datos para la cronología de la cerámica ibérica», en el que aparece una cabeza femenina con redecilla, hemos querido hacer un pequeño estudio sobre este adorno, sin más pretensiones que

la de estimular la curiosidad y fijar la atención, para llevar nuevas aportaciones al conocimiento de la indumentaria.

En un fragmento de cerámica encontrado en el «Tosal de Manises» (Alicante) aparece una figura femenina --tal vez una bailarina, como puede deducirse por la posición de las manos y brazos apreciables en el fragmento—, tocada con una redecilla que recoge el cabello en la parte posterior de la cabeza.

La pintura —cronológicamente situable en el último tercio del siglo II de la Era cristiana— es bastante mala. Por eso, tal vez puede interpretarse el reticulado que cubre el moño como una técnica deficiente, que no rellena todo el espacio. Pero esta explicación no parece lícita, sobre todo si se tiene en cuenta que la redecilla no es adorno nuevo para la Humanidad, de tal modo que, entre los pueblos orientales, es ya usada por los caldeos, como lo demuestran los hallazgos de Ur.

En Europa, durante el Bronce germánico, aparecen redecillas en perfecto estado, pues los terrenos turbosos han conservado los cadáveres y tejidos con completa frescura.

En el Bronce germánico avanzado y en una localidad de Dinamarca (1), se ha encontrado un cadáver de mujer, completamente vestido, que conserva toda la ropa y una magnífica cabellera sujeta con una redecilla, lo que nos habla de su conocimiento y uso en estos pueblos.

Semejantes a la redecilla representada en el Fragmento de «Tosal de Manises», son las que aparecen en la cerámica de Elche, y, en general, en toda la ibérica, aunque en ésta la redecilla se da en tipos masculinos.

Hay que resaltar que si todas las piezas arqueológicas del hierro ibérico del Levante español (Albacete, Cerro de los Santos, Murcia, Despeñaperros, Liria, Cerro de San Miguel, etc., etc.), ofrecen gran interés para el investigador, la cerámica tiene aún mayor valor, ya que, gracias a sus pinturas, hemos podido conocer las características de la época en armas, indumentaria, objetos de adorno y costumbres.

En esta misma época y en pueblos en pleno apogeo, como Roma, y antes en Grecia, sigue usándose la redecilla en el

tocado femenino, bien de malla, bien de tela, como puede verse en los frescos de Pompeya y en algunos bustos romanos.

Aunque todavía inéditas, hay redecillas documentadas en la necrópolis de Castiltierra, con adorno de lentejuelas de oro, lo que nos indica la perduración de este tocado entre los visigodos, como se conocen igualmente en Bizancio.

Continúa en vigor durante la Edad Media, bien sobre una cofia que es la que realmente recoge el pelo, ya directamente sobre la cabellera. En la moda francesa de este período hubo especialistas en la fabricación de estas redecillas de hilo o seda, las que se enriquecen en el Renacimiento con la sustitución del hilo o seda por plata u oro, y piedras preciosas —perlas en la mayoría de los casos— en el cruce de las mallas, muy característico en las pinturas italianas.

En el siglo xvii la encontramos en España, en Cataluña, y, posteriormente, en el xviii, como elemento de los trajes regionales de Valencia, Andalucía, Madrid y en los ya citados de Cataluña.

Es típico el «rebosillo» mallorquín que ofrece, respecto a la redecilla propia, la característica de anudarse en la parte delantera del cuello.

En resumen, pues: si no puede probarse la ininterrumpida continuación de esta moda y uso de la redecilla, sí debe admitirse que las necesidades, iguales en distintos momentos de la historia, llevó a crear y recrear repetidamente esta prenda que hoy tiene nuevo auge.

BIBLIOGRAFIA ESPECIAL

Figueras Pacheco.—«Datos para la cronología de la cerámica ibérica».— Actas y Memorias de la Sociedad Española de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria y Museo Etnológico Nacional. Tomo XV.

Albertini.—«Fouilles d'Elche».—Bulletin Hispanique 1906-1907.

Friedrich Behn.—«Prehistoria e historia primitiva».—Tomo I. de la Historia Universal de Walter Goeth.

- Pierre Lavedan.—«Dictionnaire illustré de la Mythologie et des Antiquités Grecques et Romaines».
- Ernest Hohl.—«El imperio Romano» II tomo de la Historia Universal de Walter Goeth.
- Max Von Boehn.—«La moda».
- Christoph Weiditz.—«Das Trachtenbuch».
- Manuel Rocamora.—«Catálogo de la Colección d'indumentaria». Barcelona, 1933.
- Juan Amades.—«Indumentaria tradicional». Barcelona, 1939.
- Camille Emlart.—«Manuel d'Archeologie Francaise».

* * *

PROBLEMAS DE CERÁMICA

Por Alejandro Ramos Folgues

Comisario Local de Excavaciones
Elche (Alicante)

La Alcudia de Elche, nombre popularizado por el Busto allí encontrado el 4 de agosto de 1897, sigue suministrando datos y materiales que estimamos de gran valor arqueológico.

Si un día fué el Busto, después ha sido la cerámica ibérica pintada en grandes vasijas con figuras aladas y humanas las piezas más destacadas encontradas en las excavaciones que allí practicamos.

Del estudio de los materiales encontrados y sus niveles, tanto en este yacimiento como en otros, se deduce su cronología, problema al que hoy se presta singular atención y que muestra una manifiesta tendencia a ser rectificado por quienes actualmente se ocupan de estas materias.

Aunque el problema en España, y es lógico que así sea, se encauza especialmente al estudio de la llamada cerámica ibérica o hispánica (aunque también se hallen en el Norte de Africa y Mediodía de Francia) prestando especial atención a la decorada, el problema de la cronología se extiende a aquella cerámica importada, cuyo uso fué coetáneo con el de la

indígena. Así, pues, el problema cronológico se nos ofrece también al ocuparnos de la cerámica negra brillante conocida por Campaniense.

Se nos ha dicho reiteradamente, que la cerámica campaniense es del siglo III antes de J. C. Y se nos ha dicho por tales autoridades en la materia que lo aceptamos sin titubeos, hasta el extremo de que al hallar en una excavación tal elemento cerámico ha sido casi lo suficiente, muchas veces, para clasificar del siglo III los yacimientos ibéricos o ibero-púnicos, tan frecuentes en Levante. Mas se ha podido observar, y así se nos ha dicho también, que pudo haber, coetánea a la cerámica importada, una producción indígena, provincial, que imitando a aquélla, pero sin lograr plenamente ni su negro intenso, ni su brillo, pervivió en nuestra península. Se encuentran vasijas que por sus formas y estampillados en su fondo, son análogas a las importadas, pero de factura más deficiente.

En la Alcudia de Elche también hemos encontrado esta cerámica campaniense casi siempre con la cerámica ibérica; los cuencos, tarros de tocador o tinteros, etc... con estampillas en su fondo, en forma de bellota, flores o simples líneas decorativas; pero hace poco hallamos dos fragmentos de fondos de vasija de barro excelente por su finura y cocción e intenso negro brillante, también estampillados; pero esta vez no era el motivo de la estampilla el sello o marca figurada sino el sello del alfarero con el monograma formado con las letras PVAR. P., al igual que en la cerámica llamada terra sigillata.

Aunque la cerámica campaniense se encuentra en este yacimiento en varios niveles, ya con cerámica netamente romana, debido tal vez a pervivencia de la campaniense, lo frecuente es hallarla con la cerámica pintada, y sobre todo, con la ibérica de figuras o sea la más rica en ornamentación. En un compartimiento de los excavados, fueron hallados los dos fragmentos antes mencionados, de los que acompañamos sendos calcos, y con ellos una fusayola, un platito campa-

niense con las siglas VX incisas, tres pondus de barro sin cocer, la parte superior de una anforita con las iniciales MA. pintadas en rojo, a mas de otros varios objetos, entre ellos un fragmento de cerámica ibérica, tal vez con parte de un ala y leyenda latina, en letra cursiva, que el Dr. Pío Beltrán, lee con las reservas naturales, Fulvio.

El hallazgo, considerado por mí de excepcional valor documental, presenta varios problemas de gran interés y que se pueden resumir diciendo: La cerámica campaniense pervive hasta el siglo I, si los fragmentos hallados y que motivan estas líneas, son de cerámica importada; y si son producción provincial nos prueban, posiblemente, a más de su data más cercana, la existencia en Ilici de un taller de cerámica cuyo alfarero utilizaba las estampillas en la misma forma y con el mismo procedimiento que los de la sigillata.

No pretendo, al decir esto, sentar afirmaciones, sino lanzar hipótesis; pero sí plantear el problema del estudio de la cerámica campaniense, tomando en consideración los datos que los nuevos hallazgos presentan y que, seguramente contribuirán a esclarecer la cronología de la cerámica ibérica, a la que tan unida va la campaniense en casi todos los yacimientos de nuestra península.

El señor Martínez Santa-Olalla, dice que le satisface muchísimo que la breve, pero enjundiosa comunicación del Comisario Local de Excavaciones de Elche haya suscitado el interés de los señores congresistas; y habla a continuación de la admirable labor arqueológica realizada por el señor Ramos Folqués, a lo largo de varios años, sin fondos del Estado. Encomia asimismo el trabajo que acaba de leerse por los términos con que lo presenta su autor y por el mismo tema que, como cuantos se refieren a la cerámica de la edad del hierro, sobre todo a la del segundo, y a la de la época romana está descuidado por todos; pero el comunicante hace referencias, abre interrogantes y pone de manifiesto inquietudes en relación con el problema de la llamada cerámica helenística y de la campaniense, problema que, como tantos otros de la evolución de nuestra cerámica antigua, aguarda excavaciones con método riguroso y su publicación exhaustiva para que así podamos conocer la historia de toda la serie de

talleres de esa cerámica helenística y la aportación hispana a esta clase de manufacturas y nuestra intervención en el comercio en el Norte de África.

Enfocando en forma amplia el problema de la cerámica barnizada en negro, habla de sus caracteres y de su expansión por el Mediterráneo y por las valles del Danubio, Rhin y Ródano, y de la tardía aparición de una cerámica en terra sigillata; de la cerámica de Provenza y de otra de reflejos metálicos, ampliamente dispersa por nuestra península y en África. Preconiza la necesidad de establecer tipos y series que nos llevarán a desembocar en el problema de la cerámica ibérica, tan controvertido en nuestros días, en los que se ha llegado a una exagerada reducción de fechas, incluso en la de la cerámica helenística, siendo realmente inefable el ver como se colocan tranquilamente cerámicas helenísticas del siglo IV en el III e incluso en los principios del II.

Dice que sería de desear en los españoles alguna más sensatez al tratar estos problemas, pues de seguir por este plano inclinado de reducción alocada de fechas, llegaremos a la conclusión de que los estudios y resultados a que llegaron, después de cien años, los arqueólogos griegos, franceses, alemanes, italianos, ingleses, etc., no serían mas que desvaríos.

Termina diciendo que las excavaciones en la Alcuía, como todas las que se conducen con sensatez, reclaman cordura en los que se lanzan por aquel plano inclinado.

Señor Cabré: «Me he pasado desde el año 1918 hasta el pasado haciendo excavaciones, y todos estos problemas me afectan directamente. En el lugar que nos ocupa me he encontrado con una cultura ibérica netamente definida. Allí empieza la cerámica ibérica desde principios del II y últimos del III. Y empieza después que finaliza la cultura céltica.

Compañera de esa cerámica pintada ibérica de las últimas fases de la región del Este y del Levante, aparece la cerámica campaniense, que es, como decía el señor Santa-Olalla, de un negro muy opaco, casi sin brillo. En cambio, hay alguna en que sí lo tiene; pero lo que existe en todos los ajuares de todas las casas es la cerámica puramente campaniense, en la cual, con una abundancia extraordinaria, todo se caracteriza porque no tiene brillo. Ahora bien: Si hacemos una trayectoria desde el Levante y el reino de Valencia, entramos hasta el Ebro y después lo hacemos por toda la parte catalana, entonces veremos que va la cerámica campaniense degradándose poco a poco y degenerando de tal manera que pierde todas las características de la célebre cerámica campaniense».

A continuación afirma que «toda cerámica campaniense que no tenga

decoración de palmetas, es puramente indígena, y, por lo tanto, de fabricación regional», y termina haciendo constar que «la cerámica campaniense no es de importación; es de fabricación española, siempre que ostente esos caracteres de ausencia absoluta de palmetas, y, sobre todo, de ese color pardo oscuro. Y si la cerámica campaniense que ha encontrado el señor Ramos Folqués, con ese «estampillado» que, según he podido ver, parece un monograma, no es de importación, si tiene las características debidas, y creo, por lo tanto, que es de muy baja época». Y añadió:

«Ha hecho alusión el señor Martínez Santa-Olalla a la desviación de la importancia de los trabajos de la cerámica ibérica de esta región». Reconoce que ha sido una equivocación lamentable la desviación de los estudios ibéricos del Levante».

El señor Figueras Pacheco dice que ciertas afirmaciones de las que se han hecho, algunas de volumen, exigen unas palabras suyas, que acaso puedan aportar algo. Se suma a las felicitaciones que se han hecho al señor Ramos Folques, y aporta unos datos que ha obtenido en unas excavaciones en la necrópolis de Alicante.

El señor Belda dice que, aunque modestamente, he tenido el honor de presenciar la exhumación de 434 sepulturas en la Albufereta, asistiendo durante cuatro años y tres meses, afirmando a continuación que todo cuanto se ha escrito y se escribe acerca de la Albufereta y del Tossal de Manises se funda en su «Diario de Excavaciones».

El señor Santa-Olalla anuncia que próximamente verá la luz, en las publicaciones de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, un grande y voluminoso tomo del señor Figueras Pacheco, con centenares de gráficos.

DOS YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS EN LA PROVINCIA
DE MURCIA

EL CERRO DE LA ALMAGRA (MULA) Y LA ENCARNACIÓN
(CARAVACA)

Por Gratiliano Nieto Gallo

Secretario del Museo Arqueológico Provincial
de Valladolid

Por haber visto la luz en el Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Facultad de Historia, Universidad de Valladolid, Curso 1943-44, Fasc. XXXVII a XXXIX, tomo XI, págs. 190-196. XI láms., no se publica en la Crónica esta comunicación.

R O M A

ROMA

LOS ARSENALES DE CARTAGENA PÚNICO-ROMANOS

Por Enrique Manera

De la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena

Grecia, Roma y Cartago, fueron pueblos esencialmente marítimos. Sus campañas, sobre todo las de los Púnicos, tuvieron carácter anfibia, teniendo que construir flotas verdaderamente colosales para la época.

Si comparamos estas campañas con las actuales de los americanos en el Pacífico, contemplamos, con asombro, que los Púnicos transportaron, de una vez, hombres y material en mayor cantidad que éstos.

Teniendo en cuenta que el ejército cartaginés era casi completamente mercenario, compuesto de númidas, celtas e iberos, y dadas las dificultades de transporte de la época, hay que reconocerles cualidades logísticas poco comunes.

España tenía especial importancia para ellos por sus minas, sus soldados y los recursos de todas clases que de ella sacaban.

Cartagena era el cerebro de este poderío; cuando cayó en poder de Scipión todo se derrumbó.

Cartagena como centro naval y militar tuvo que tener arsenales donde se construyeran y repararan las naves. Ahora bien: el concepto moderno de esta clase de establecimientos dista mucho de ser igual a los de aquella época, debido a la diferencia esencial entre las galeras movidas a remo, y los grandes barcos de vela o vapor de las últimas centurias. Por tanto, no se pueden buscar en los arsenales antiguos dársenas bien abrigadas, profundas, con muelles de atraque y rodeadas de talleres. Las galeras cartaginesas y griegas se vara-

ban en las playas, siendo arrastradas tierra adentro por medio de rodillos. En cuanto a la construcción, se hacía a la inversa: se las enramaba y armaba en las playas, y después se las botaba una vez terminadas. Aún se siguen construyendo las embarcaciones así en todo el Mediterráneo.

Todo esto sentado, no podemos suponer se encuentren restos de arsenales púnicos en ninguna parte del actual litoral de Cartagena. Para conjeturar algo, hay que empezar por conocer las características del antiguo litoral y buscar en él una larga playa a propósito para ser defendida.

El antiguo puerto de Cartagena, según todos los historiadores greco-romanos, estaba formado por una península en la cual estaba asentada la ciudad, unida a tierra por un istmo; al Norte existía un lago de agua dulce separado del mar por un cordón litoral. Por el Sur estaba la bahía con costa escarpada. La reconstrucción del litoral cartagenero es sumamente difícil debido a la magnitud de los arrastres de las avenidas que cegaron el lago, constituyendo el actual Almarjal, y la gran cantidad de rellenos efectuados con escombros de todas las épocas, lo que hace que los hallazgos no tengan el valor de situar puntos determinados y fijarlos.

En primer lugar, el Almarjal ha debido ser una albufera de agua dulce producida por los mismos fenómenos que las del resto del litoral levantino español. Esto sentado, hay que buscar un largo cordón litoral con una boca de desagüe no permanente abierta. Este cordón tendría sus correspondientes golos con tendencia al ensanchamiento, formando playas. Su trazado pudo ser desde las calles de Santa Florentina y Canales hasta la rambla de Benipila, hacia el puente del barrio de la Concepción. Para atravesar la boca, según Polibio, había un puente, del cual no hay restos, pero sí de otro medioeval. Alrededor de la ciudad, las aguas llegaban hasta la actual murada del mar, en costa escarpada hasta el actual Gobierno militar. Después, por la calle Mayor, formando playa, continuando por ella con los salientes del Cuartel del Rey y parte de Capitanía, golos de las ramblas de Santa Florentina

y calle Honda, con forma indeterminada, hasta el cordón litoral. En la dársena del actual Arsenal, por la parte de las gradas, el agua probablemente llegaría hasta la muralla del Arsenal, debiendo haber existido en su fondo una playa. Al pie del monte Atalaya, hacia el lado de la actual Base de Submarinos, hay vestigios romanos, quizá depósitos o atarazanas.

De la parte de la costa de la ciudad de la laguna, no nos vamos a ocupar, por no ser probable la existencia en ella de lugares a propósito para varaderos.

La parte del istmo que mira al mar ha cambiado mucho debido a los rellenos; el mar debió de llegar en playa hasta el Batel, bordeando desde allí hasta Santa Lucía.

Después de esta somera descripción del litoral, podemos suponer cuáles serían los puntos probables de los Arsenales púnicos. Sin gran temor a equivocarnos podemos situarlos en el actual Arsenal, abstracción hecha de los rellenos, en la siguiente forma: En la playa de la calle Mayor, quizás con algún muellecillo de atraque el puerto que podemos llamar comercial, con los depósitos y lonjas en el actual Gobierno Militar. En el Cuartel del Rey, en donde en la Edad Media hubo unas atarazanas, probablemente en el mismo sitio que los púnicorromanos, debía empezar el verdadero Arsenal, prolongándose por las golas de la calle de Santa Florentina. Otros almacenes y varaderos, debieron existir en la Base de Submarinos. En Santa Lucía, quizás en el Batel, en el mismo sitio en que hoy se construyen embarcaciones.

En fin, los grandes Arsenales de Asdrúbal, descansan debajo de ingentes rellenos, seguramente de más de diez metros, su verdadera ubicación se hace casi imposible.

LOS MONUMENTOS ROMANOS DE CARTAGENA

SEGÚN SUS SERIES DE MONEDAS Y LÁPIDAS LATINAS

Por Antonio Beltrán

Director del Museo Arqueológico Municipal
de Cartagena

De las monedas interesan, entre otras cosas, sus tipos, y más frecuentemente los del reverso que, aunque no siempre, suelen llevar representaciones convencionales, manteniéndose en el anverso la marca de autenticidad, retrato del soberano, cabeza de un dios, etc. La excepción se produce en Cartagena con más claridad que en cualquier otra localidad emisora, teniendo en cuenta el carácter especial de todas estas monedas, tan mal estudiadas siempre.

En relación con los hechos históricos, los tipos monetarios tienen una importancia extraordinaria, por más que haya existido disparidad de criterios al apreciar su valor. Mientras don Antonio Delgado estableció íntima relación entre los símbolos y tipos de las monedas y la ciudad que las acuñaba, suponiendo a aquéllos fruto de las condiciones geográficas y políticas y llegando a interpretar por este medio muchos acontecimientos históricos, don Antonio Vives se opuso a esta teoría afirmando que las monedas antiguas de España son copia de otras, generalmente romanas, que constituyeron sus prototipos, y por lo tanto nada tienen que ver con determinaciones concretas de cada ciudad.

Ninguna de las dos teorías es cierta en su totalidad, poseyendo parte de verdad y resultando muy útil su empleo conjunto. En efecto: muchas monedas cartageneras poseen representaciones indudables de hechos o monumentos locales, mientras que otras son simples imitaciones de piezas romanas, lo cual tiene el inmenso valor de darnos una cronología

inferior. He utilizado ambos sistemas con excelentes resultados. (1).

En cuanto a los límites cronológicos en que se desenvuelve nuestro trabajo, son muy concretos en las monedas y algo más vagos en las piedras.

En efecto: descartadas las acuñaciones púnicas que no fueron realizadas antes del año 230 ni después del 209, fecha de la conquista de Cartagena por Escipión, y no habiendo doctrina segura sobre las supuestas acuñaciones ibéricas, es necesario admitir un *hiatus* (difícil de explicar dada la riqueza argentífera de la comarca) desde la fecha últimamente citada hasta el año 76 aproximadamente. No obstante es muy probable que los romanos acuñasen monedas en la zona de Cartagena antes de las seguras emisiones pompeyanas. Sabemos que Sertorio embarcó para Mauretania en Carthago de España, el año 81, y que en el año 76 fué conquistada la ciudad por P. Memmio, quaestor de Pompeyo, quedando cercado por aquél a su regreso de Africa. La estancia de los pompeyanos en la ciudad motivó la creación de un fuerte partido en su favor que ayudó considerablemente a Cneo Pompeyo hijo, cuando emprendió en España la guerra contra César. Es muy posible que durante el cerco que sufrió Memmio, se reacuñasen piezas corrientes hispánicas, y que de esta forma la más antigua moneda latina cartagenera fuera del año 76. La continuación de la serie latina habría que llevarla al año 46 o 45, fecha del desembarco de Cneo Pompeyo en Cartagena, inmediatamente anterior a la batalla de Munda. Siguen luego las acuñaciones locales de bronce con regularidad hasta el año 39 de Cristo, en el reinado de Calígula.

Es por lo tanto a este período de tiempo correspondiente a los años 76 antes de J. C. a 39 después de J. C. al que se refieren los datos que las monedas aportan.

Los datos de los epígrafes son menos fijos, aunque podemos establecer, en líneas generales, que las lápidas más anti-

(1) Una ordenación cronológica completa de las series monetales cartageneras en: Antonio Beltrán, «Numismática de Cartagena» (tesis doctoral inédita).

guas son de la época reciente de la República y las más modernas de finales del siglo III.

Es de valor la consideración de que, aunque las monedas no dejaron de ser el medio indispensable para el comercio, tuvieron un marcado carácter conmemorativo en Cartagena, acuñándose con ocasión de acontecimientos y solemnidades importantes, remediándose la consiguiente penuria de numérico circulante mediante las monedas metropolitanas o acuñando las series locales en grandes cantidades, lo cual parece justificado por los numerosos cuños y variantes que existen y lo abundantes que son todas ellas y las que, lógicamente, quedan por descubrir.

LA CIUDAD

Es muy posible que fuera representada como lo eran todas las ciudades de la antigüedad, en forma de una matrona, con corona mural y armada de lanza. En esta forma aparece en dos monedas acuñadas en Cartagena por M. Minatio Sabino, que fué praetor de Cneo Pompeio en España y que emitió en los años 46 a 45. En dos de sus denarios, en el reverso, aparecen las representaciones en la forma siguiente: Cneo Pompeio desembarcando en Cartagena y dando una mano a la ciudad, en forma de mujer torreada y armada con lanza, pisando un montón de armas; en el otro, Cneo Pompeio, en pie, recibe un escudo de una mujer arrodillada, mientras un Genio, también derecho, le saluda.

TEMPLOS

El famoso y conocido relato de Polibio (1) nos da algunos datos sobre advocaciones de las colinas que forman el

(1) Polibio X, 9, 8; X, 10, 1; X, 12, 1.—Comentarios a este texto y estudio de la topografía antigua en Beltrán «Topografía de Cartagena romana» (loc. cit.) y Kahrstedt, «Geschichte der Karthager», pág. 508; Cuntz, «Polibios-Studien», 1902; Kromayer, «Schlachtenatlas», Parte romana 3.—Schur, «Scipio», 1927; Brewitz, «Scipio Africanus und die Eroberung von Neukarthago», Hermes 1921, pág. 131. Strachan Davidson, «Selections from Polybius», Oxford, 1888; De Sanctis, «Storia dei Romani»,

perímetro de la ciudad, que eran Asclepios, Hephaistos, Aletes, Kronos y Mercurio fuera de la ciudad, sin que sea necesario suponer que, forzosamente, hubo de elevarse un templo a cada divinidad. Noticias recogidas de Estrabón, sitúan un templo dedicado a Herakles en la isla de Escombreras.

Los autores modernos identifican además dos templos cartagineses en los cerros de Esculapio (Eschmun) y Cronos (Moloch).

Aparte de algunos vestigios monumentales que indudablemente proceden de grandes construcciones religiosas, existen referencias mas o menos concretas en los siguientes documentos:

Una gran lápida de 0,72 m. de largo por 0,36 de ancho y 1 m. de profundidad, conservada en el Museo de Cartagena y hallada en 1896 en el Monte de la Concepción, tiene las letras C. PR... y ES, sin duda, un fragmento del entablamento de un gran edificio, con seguridad un templo. (1)

Se refieren a la construcción de un monumento público, seguramente un templo, dos interesantes lápidas:

Una de ellas puede leerse: M. PVVPIVS. M. L. / SEX. LVCIVS / SEX L. CAP/ M. PROSIVS. ML. / N. TITIVS. L. L. NV / C. VEREIVS M. I.../ ANTIOC. BRVTI / *el*. TERENTI. C. S./ PILEMO. ADLEDI. L. S./ ALEX. TITINI. L. S./ ACERD. SAPO M. S./ MAG. PILAS. III ET / FVNDAMENT EX / CAMENT. FACI / *coeravere*.

Estuvo en el castillo de la Concepción y actualmente se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. En ella se dan los nombres de una serie de albañiles o constructores —maes-

t. III. Schulten, «Cartagena en la Antigüedad», BASE 1945 (traducción del artículo publicado antes en Deutsche Zeitung f. Spanien) y García y Bellido, Investigación y Progreso n.º 9-10 de 1943, ampliando un capítulo de su densa obra «Fenicios y Cartagineses en Occidente».

(1) Las lápidas cartageneras muy estudiadas y publicadas con muchas deficiencias se conservan, fundamentalmente, en el Museo de Cartagena y en el Arqueológico Nacional, aparte de unas cuantas en el de Murcia y empotradas aun en construcciones. Cfs. «Epigrafía de Cartagena» en nuestra cit. tesis doctoral y para las del Museo de Cartagena, nuestro art. en Saitabi n.º 14, pág. 345 ss. y correcciones en números posteriores.

tros, libertos y siervos— que intervinieron en la construcción de una obra. Aunque Rada creyó que podrían ser las pilas-tras y fundamentos del puerto, es más fácil que se trate de un templo, ya que las líneas 12 a 15 pueden interpretarse: *MAGÍSTRÍ PILAS III ET FVMDAMENTVM EX CAEMENTO FACIENDUM COE-RAVERE.*

Muy semejante es otra, desaparecida, que tiene la particularidad epigráfica de que las líneas dan la vuelta por la cara izquierda del bloque: *HEISCE M/ AGISTRIS/ COIRARVNT/ C. POPLICI* etc. La lista incluye maestros, ingenuos, libertinos y siervos.

Relacionada con la fundación de un templo o la erección de un ara está la moneda acuñada por los duunviros quinquennales *M. POSTVMÍUS ALBINUS* y *L. PORCIUS CAPITO*, teniendo la misma descripción el *As* y el *Semis*. En el reverso está la cabeza laureada de Augusto y en el reverso, con los nombres de los duunviros, un sacerdote en pie, llevando en la cabeza un *apex* muy alto, cuya punta divide la leyenda; lleva el traje sacerdotal, en la mano derecha un símpulo y en la izquierda un ramo de olivo. Es indudable que el citado sacerdote está representado en la ceremonia de erección de un templo o ara, sin poder concretar cual. Como se señala para esta moneda una fecha aproximada al año 2 de J. C. no pudo ser el de Augusto, ya que solo a partir del año 15 comenzaron a construirse los dedicados a este emperador en la Tarraconense. Con todas las reservas puede ser puesta la moneda en relación con el Ara augústea, que fué erigida en Roma el año 1. Se conoce efectivamente una ara cartagenera, que hallada en el Monte Sacro, ha pasado al Museo de Barcelona, después de muchas incidencias. Dicho hermoso monumento tenía relieves en los cuatro lados representando la Paz, detrás dos cornucopias y pátera, y a los lados serpiente arrollada a una rama de olivo y timón (1). No puede referirse la moneda en cuestión a un «ara pacis» a causa de los quinquennales que figuran en ella.

(1) Puede verse reproducción de este magnífico ejemplar en Pericot, «Historia de España» I.

TEMPLO DE LA SALUD O DE ESCULAPIO.—Los autores clásicos y especialmente Polibio, situán en el actual Cerro de la Concepción un templo bajo la advocación de Asclepios. Indudablemente, como sucedió en otros sitios, el templo debió ser de la Salud, teniendo un edículo dedicado a Asclepios, dios menor, que acabó por recibir el culto principal. No es fácil suponer el lugar donde pudo estar este templo, aunque solo en una de las tres explanadas que existen en la cumbre, en el solar de la llamada Casa de los Cuatro Santos y en el de la Catedral Vieja, pudo edificarse.

Los testimonios arqueológicos coinciden repetidas veces en exhibir la *serpiente*, símbolo de la Salud o Esculapio, como muy propio de la Ciudad; de forma que es seguro que se trata de un culto local, más estimado que los demás.

Una de las referencias más antiguas la tenemos en un As de M. Eppio, de la familia Eppia, personaje pompeyano que acuñó sus monedas en España y seguramente en Cartagena. Este As, de tipos acostumbrados, lleva en el anverso, entre las dos caras de Jano, un altar con la serpiente.

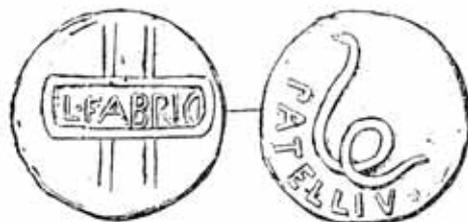
También en las piezas pompeyanas, ésta de la misma familia Pompeya, existe una serie de denarios que se supone fabricada en la Bética, el año 44.

En la leyenda del anverso se lee SEX. MAGN. PIVS. IMP. SAL., de la que nos interesa la última abreviatura. Existe sobre ella una enconada discusión, ya que es interpretada de muy diversas formas: una antigua y desacreditada opinión la suplía *SALduba* (Zaragoza) y ha sido resucitada por Lanfranchi y Hill. Babelón y Rolland se inclinaron por la prudente lectura *IMPERATOR SALUTATUS*. Finalmente Cohen estimó más probable que significase *SALUS*, en cuyo caso sería una directa referencia al culto cartagenero de la Salud. No obstante, sería injusto no reconocer que la opinión de Babelón es de mucha fuerza. (1).

(1) Lanfranchi, Riv. Ital. de Num. t. XV, 1912, pág. 511-516.—Hill, «Notes on the Coinage of Hispania Citeriór», New-York 1931.—Babelón, Familia Pompeya 19.—Rolland, Monnaies de la Republique Romaine, n.º 740 a y b.

Las monedas de bronce acuñadas por L. Fabricius y P. Atellius, fueron atribuídas durante mucho tiempo a la Cyrenaica, precisamente por la aparición de una serpiente en el reverso, ya que en Cyrene había un templo de Esculapio y una famosa academia de medicina; pero al notarse ahora que todas las monedas conocidas están reacuñadas sobre piezas españolas, se ha restituído a Cartagena donde debió ser emitida antes del desembarco de Pompeyo en la ciudad, tal vez durante el asedio de Memmio por Sertorio.

No cabe la menor duda, que la serpiente que ocupa todo el reverso es una referencia al culto local, escogido como símbolo representativo de la Ciudad. (Fig. 1).



(FIG. 1)

Serie latina de Cartagena; n.º 1. Magistrados L. Fabric (ius) y P. Atelliu (s).—A). Cartela con L. FABRIC atravesada por otra perpendicularmente, sin rótulo.—R) Serpiente; debajo P. ATELLIV. Todas las piezas están acuñadas sobres ases ibéricos.

La misma serpiente aparece en el rarísimo quadrans acuñado por Helvius Pollio y Postumius Albinus, como *II VIROS* quinquennales, del que solo conozco un ejemplar, conservado en el Museo Británico. Tiene esta pieza, en el reverso, una serpiente enroscada, sobre *HEL POLL/II Q* en dos líneas. Esta moneda es del año 46 o 45, inmediatamente posterior a la ci-

tada antes, y supone, por lo tanto, una perpetuación del símbolo cartagenero. (Fig. 2).



(FIG. 2)

Serie latina n.º 4.—Magistrados Hel (vius) Pollio y (Postumius) Albinus. Quadrans.—A). Serpiente enroscada y debajo, en dos líneas HEL. POLL. / II. QV.—R) En dos líneas: ALBINUS / II QV.—Tanto el anverso como el reverso dentro de gráfila. Vives CXXX, 14, del British Museum (ejemplar único).

Todavía puede encontrarse el mismo símbolo en la famosa ara del Monte Sacro (Museo de Barcelona), apareciendo aquí rodeando una rama de olivo, como atributo de prosperidad, en una feliz alianza de los principios religiosos con el bienestar económico, derivados de la Paz, a quien el monumento está dedicado.

Pero donde más clara encontramos la alusión al culto que habría de practicarse en el templo de la Salud, es en los Ases y Semises acuñados por los magistrados quinquennales Cn. Atellius Flaccus y Cn. Pompeius Flaccus. Tienen estas monedas en el anverso el rótulo C. CAESAR. AVG. GERMANIC. IMP. P. M, TR, P. COS. y la cabeza laureada de Calígula mirando a derecha. Y en el reverso CN. ATEL. FLAC. CN. POM. FLAC. II. VIR.

QVINC y una cabeza femenina, a cuyo lado se leen las siglas SAL-AVG. (Fig. 3).



(FIG. 3)

Serie latina n.º 43.—Magistrados Cn. Atell(ius) Flac(cus) y Cn. Pom(peius) Flaccus.—A). C. CAESAR, AVG. GERMANIC. IMP. P. M. TR. P. COS. Cabeza laureada de Calígula a dra.—R), CN. ATEL. FLAC. CN. POM. FLAC. II. VIR. QVINC. Cabeza de la Salud a dra. A los lados SAL-AVG. As.—Las siglas V(rbis) I(uliae) N(ovae) C(arthaginis) se refieren a la Ciudad. La V no es Victrix como se ha leído comunmente (cfs. nuestro art.º, «Los nombres de Cartagena en la Edad Antigua», Archivo de Prehistoria Levantina 1945).

Don Antonio Agustín apuntó ya que la cabeza del reverso correspondía a la Salud. Olvidando esto, los autores del siglo XVIII supusieron que correspondía a Cesonia, última esposa de Calígula; pero Flórez puso las cosas en su sitio, haciendo ver que ello no era posible y que la moneda se refería a los votos dedicados a la Salud durante la gravísima enfermedad que padeció el citado emperador al principio de su reinado (año 39). No obstante los autores siguen repitiendo que la cabeza es de Cesonia. (1).

Estas piezas son las últimas de la serie latina acuñada en Cartagena, debiendo ser su emisión muy dilatada a juzgar

(1) Antonio Agustín, «Diálogo II: La culebra se dá a Esculapio y a la Salud». Flórez, «Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España», Madrid 1757-1773, lám. XVII, 7.—Referencias a la serpiente en Suetonio cap. XLIV Strong, «Roma antica», ed. italiana, Bergamo 1929, p. 149.

por las variantes de cuño y de arte. Se da por lo tanto el hecho curioso de que la serpiente, símbolo del culto local y por extensión de la ciudad, aparece en la primera y en la última moneda de la serie municipal. Aunque Strong asegura que las serpientes (por lo menos en Carthago de África) son genios tutelares de Augusto y de Livia, en Cartagena son muy anteriores a Augusto.

TEMPLO DE AUGUSTO.—Acerca de esta edificación tenemos los datos más precisos, procedentes de una moneda (semis) acuñada por los duunviros quinquenales M. Postumius Albinus y P. Turullio. Nos interesa exclusivamente el anverso, que tiene el nombre del quinquenal citado en primer lugar y templo tetrastilo, con gradas y el nombre de Augusto en el arquitrabe. Se nota un remate a modo de acrotera y muy confusamente las puertas, sin que puedan precisarse otros detalles. (Fig. 4).



(FIG. 4)

Serie latina n.º 32.—Magistrados M. Postu(mius) Albinus, II vir quinquenal por segunda vez y P. Turullio.—Semis.—A). M. POSTV. ALBINUS.—II. VIR. QVINQ. ITER. Templo tetrastilo sobre tres gradas, con el nombre AVGVSTO en el arquitrave. A los lados V. I. N. K. (la F es incorrección del dibujante). El rev. en la fig. 5.

Esta moneda se acuñó, por lo tanto, para conmemorar la inauguración del templo dedicado al divino Augusto. Durante su vida, el culto se limitó a un «Ara Romæ et Augusti», más después de su muerte todas las ciudades elevaron sus «templa Augusti», comenzando en Hispania, en la Tarra-

conense en el año 15 y hacia la misma fecha en la Narbonense. Por lo tanto la fecha de la moneda y la del templo deben ser muy pocos posteriores.

No es difícil que este templo se elevase en el Cerro de la Concepción, pero no puede ser afirmado con seguridad.

TEMPLOS DE OTRAS DIVINIDADES.—Las lápidas nos conservan memoria de otras divinidades invocadas en Cartagena. Así el *Genio del Castillo*, seguramente del Arx o Monte Molinete, del cual se conserva una lápida dedicada por C. Voconius Phoebus (siglo I) (Museo de Cartagena) y tal vez más antigua la erigida por L. Baebius y otros tres dedicantes al «Genius opidi», ya que se refieren al genio de la fortaleza y no al de colonia, como se haría, probablemente, si fuera posterior al año 43 o 42 en que Carthago Nova fué convertida en colonia por Octavio (lápida en paradero desconocido).

Hércules Gaditano, famoso dios de entronque púnico, tuvo, por lo menos, una lápida hallada en el siglo XVIII, en la muralla vieja, y perdida luego.

En el Mus. Arqueológico Nacional se conserva un epígrafe dedicado a la *Victoria de Augusto*, tal vez la de las Guerras Cántabras, o sea posterior al año 23.

Con todo género de reservas podremos referirnos a un culto de *Liber*, según una lápida que estimo indudablemente ajena a las cartageneras e incluso falsa.

En el Museo de Cartagena se conserva una hermosa columna con epígrafe, dedicada a los *Lares de Augusto y a Mercurio*, erigida por los pescadores y los vendedores de pescado, de su dinero, en tiempo del duunviro quinquenal, C. Laetilius Apalus que fué magistrado monetario con el rey Ptolomeo. Debe ser del año 10 al 12. Es casi seguro que no formase parte de otra construcción y que la columna no fuese sino un voto de esta corporación de pescadores y pescaderos con recursos propios.

No menos importante es un tablero de altar dedicado a los *dioses Lares*, encontrado en la Sierra con una de las dos columnas que se alojaban en sendos huecos; el dedicante es

Sexto Numisio, quien se encargó de que se hicieran las estatuas y el ara dedicadas a dichos Lares, para cuyas estatuillas existen dos pequeños huecos circulares.

EDIFICIOS PÚBLICOS Y PRIVADOS CIVILES

Tal vez la construcción que más maravilló a los antiguos fuesen las *Murallas*, de cuya altura y fortaleza se hacían lenguas. Aun teniendo en cuenta que los romanos exagerarían de intento la inexpugnabilidad de la plaza para ponderar la hazaña de sus fuerzas y el que su situación sobre los montes en casi todo el perímetro de la ciudad les haría aumentar aparentemente su altura, indudablemente debieron ser altas y fuertes.

En varias lápidas se conservan menciones a las murallas. Cn. Cornelio Cinna, hijo de Lucio, de la tribu Galería, duntiro de la ciudad, se preocupó de la reconstrucción de muros de distinta extensión; por lo menos de uno de unos 90 pies (Museo de Cartagena) y de otro de 102 (Mus. Arq. Nacional).

Las murallas tuvieron dos puertas, por lo menos, y probablemente solo dos, pues solamente dos accesos cómodos tenía por tierra la ciudad, por donde entraban la vía procedente de Tarragona (al Este) y la de Castulo por Lorca (al Oeste). De una de ellas, sin poder afirmar cual, pero seguramente la oriental, nos conserva el nombre una lápida del Museo de Cartagena, en la que Marco Cornelio Marcello, hijo de Marco, de la tribu Galería, dejó memoria de haber construido un muro de 157 pies de largo, 146 entre la puerta *Topilla* o *Popilla* y la torre próxima, y 11 más allá de ésta. La misma lápida nos documenta de que, como era presumible, las murallas, aprovechando los accidentes naturales, elevan torres en los puntos salientes estratégicos.

Se refiere a las fortificaciones y a la puerta, a la par que presenta una visión general de la ciudad una importante lápida bizantina, de finales del siglo VI, que es de los mejores objetos conservados en el Museo de Cartagena. La traducción nos dice, «Quien quiera que seas, admirarás los altos remates

de las torres y la entrada de la ciudad afirmada sobre doble puerta y a derecha e izquierda dos pórticos de doble arco, sobre los que está colocada una bóveda curvo-convexa. Mandó hacer esto el patricio Comenciolo... etc.» Se refiere, por lo tanto, esencialmente, a la puerta principal de la ciudad que no es aventurado suponer por el Este.

Hay una noticia muy poco digna de crédito y sin base firme sobre el *Teatro*, pero que por estar fundada en una lápida queremos señalar. Se trata del soberbio epígrafe de L. Aemilio Recto, nombrado ciudadano de honor de varias ciudades, entre ellas de Cartagena, y cuya última línea dice: «En honor de la edilidad mandó hacer esta obra en su testamento». Aparte de una serie muy interesante de problemas que esta lápida plantea, y que no hacen ahora al caso, está el de interpretar el monumento a que se refiere, cosa que no nos atrevemos a hacer, aunque nos inclinaríamos al Circo. Ferrarino asegura que estaba en el teatro, sin decir de dónde toma su información. Es raro que ningún otro autor recoja esta posibilidad, lo que nos lleva a pensar que tal vez se trate de una equivocación y se refiera al circo o como decían los escritores locales del siglo XVI en adelante, «el anfiteatro».

En cambio son muy claras las referencias al mencionado *Circo*, del cual, además, se conservan las ruinas bajo la actual Plaza de Toros y muchas citas literarias, aunque es necesario advertir que todas proceden de uno o dos autores y que por lo tanto no tienen valor separado y coincidente.

En los semises acuñados por Marco Postumio Albino y P. Turullio, ya citados, que tienen en el anverso el templo de Augusto, aparece en el reverso una cuadríga dirigiéndose hacia un vexillo, figurando las siglas iniciales del nombre de la ciudad. La fecha de esta moneda es próxima al año 15. Este tipo recuerda las fiestas públicas instituidas en honor de Augusto y los juegos augustales; esto es prueba concluyente de

que el edificio es circo y no anfiteatro como suelen repetir los autores locales. (Fig. 5).



(FIG. 5)

Reverso de la fig. 4. Cuadriga al paso a dra. dirigiéndose hacia un vexillo; arriba P. TVRVLIO.—VR. I. N. K. Debajo II. VIR. QVINQ.—Las siglas VR de esta moneda, en el nombre de la ciudad y una lápida de Tarragona son las bases fundamentales para la lectura VRBS en vez de VICTRIX (Cfs. op. cit.).

También existe una directa alusión al circo cartagenero en la lápida, hoy en paradero desconocido, dedicada por L. Baebius, L. Catinus, L. Taurius y Ser. Aefolamius al «genio opidi» rememorando el que estos hicieron en su honor «columnam, pompam, ludosque» (coiraverunt). Claro está que es posible que estos juegos no se realizasen precisamente en el mismo edificio cuyos restos se acusan en el llano de Antiguones, puesto que ignoramos su antigüedad y además sabemos la afición a los espectáculos circenses de los naturales del país, comprobados en los funerales que en honor de los Escipiones celebró Publio Cornelio Escipión, su hijo y sobrino, que se celebrarían en el foro o plaza pública. Una lápida perdida hace referencia a un «Circum gestator», tal vez «situlari».

De importancia extraordinaria debieron ser en época romana, como lo ha sido hasta hace poco tiempo, el problema de abastecimiento de aguas, para el cual existirían varios *acueductos*, uno de los cuales conducía aguas que nacían al N. O. de la población, que es aludido por los autores del siglo XVI y posteriores.

Hay una moneda que interpretamos ahora por primera vez como referente a una obra hidráulica. (Fig. 6). Fué acuñada por Q. Varius Hiberus y C. Lucius. P. f., duunviros quinquennales. Con los nombres de los magistrados municipales, tiene en el reverso una cabeza arrojando un chorro de agua por la boca. Antonio Agustín interpretó dicha cabeza como representación del río Ebro y llevó la moneda a Celsa; no fué ésto más que una corazonada del sabio arzobispo de Tarragona, por suponer la cabeza tipo parlante en relación con Hiberus. La representación corresponde, sin ningún géne-



(FIG. 6)

Serie latina n.º 22.—Magistrados (Q. Varius) Hiberus y C. Luci. Semis.—A) HIBERVS. II. V. QVINQ. Cabeza desnuda a dra. echando agua por la boca.—R) C. LVCI. P. F. II. V. QVIN. Campo vacío.

ro de dudas, a un curso de agua, siendo corriente en otras monedas, como las de Emérita que tienen la cabeza de un viejo con una ánfora puesta en la boca, que según Delgado representa al río Guadiana; otras tienen una cabeza femenil lanzando un chorrito de agua por la boca, lo que relaciona el mismo autor con la construcción de alguno de los acueductos cuyos restos quedan en los alrededores de Mérida. Teniendo en cuenta, además, que los ríos se representan en las monedas por un anciano tendido y junto a él niños figurando los afluentes, podría muy bien suceder que esta pieza cartagenera fuese conmemoración de alguna de la numerosas obras hidráulicas de la ciudad, entre el año 19 al 12, aproximadamente, realizada durante el lustro de Hiberus y Lucilio.

En relación con el acueducto que, concretamente, llevaba

a Cartagena el agua de la fuente de Cubas, al N. O. entre los actuales barrios de San Antonio Abad y los Dolores, existe una lápida en el Museo, (Fig. 7), que Cascales afirma haber visto en su tiempo, a fines del siglo XVI, en la obra hidráulica a que nos referimos. Del texto, muy incompleto, no puede deducirse una nota muy segura y su relación con el acueducto dependerá de la fidelidad de la noticia de Cascales; dice:



(FIG. 7)

Fragmento de inscripción roto por sus dos extremos, de 1,26x0,40.—Huebner 3421, Lumières 15, Simancas 202; Villamarzo 53, Add. de Huebner II,128 «in museo sed bipartita» y Vernet, Bull. des Ant. de France 1879, p. 133. Beltrán, Epígrafes conmemorativos 3 Museo de Cartagena, Inv.º n.º 291.

...INVS Q. PRO. *praetor aedilis*... ...*for*NICES. COLA. ANTE. AEDEM. *Ex pequnia*. O sea: un *propraetor* edil que realizó a su costa la obra de hornos? y de filtros ante el templo. El conjunto podría referirse a unas *termas*, que indudablemente hubo en Cartagena, aunque en la parte de Santa Lucía y que son citadas con encomio por los autores árabes; pero los «filtros» pudieron ser del acueducto, pues hay que tener en cuenta que las aguas de la fuente de Cubas, actualmente seca pero utilizada hasta hace poco tiempo, con señales de haber tenido mucho caudal, eran muy saladas aunque sanas.

En cuanto a *monumentos públicos* destinados al ornato de la población, tenemos pocas referencias y casi todas procedentes de lápidas. Así una del Museo de Cartagena nos habla de un *pórtico* construído por dos personajes; otra, parte

de la cual se conserva también en el mismo Museo, nos deja memoria de que el Liberto C. Plotius Princeps, antiguo esclavo de Cissilius, hizo a su costa un sótano y un pórtico en una casa de vecindad (*insulae*) que había comprado. En el Museo Arqueológico Nacional (n.º 16.522) hay otro epígrafe según el cual un miembro de la familia Iulia cuidó de hacer, entre otras cosas, el pavimento y el acceso de un edificio (*accensus... l. pavement*).

Debieron ser muy numerosas en la ciudad las *estatuas* o simplemente las *lápidas honorarias*, destinadas al mismo tiempo que a hermostrar las plazas a recordar el nombre de individuos beneméritos de la colonia.

A) DIOSES.

Una de las monedas más antiguas entre las latinas de Cartagena, que no lleva nombres de magistrados, aunque sí las iniciales de la ciudad C(olonia) V(rbs) I(ulia) N(ova), acuñada inmediatamente después de la dominación pompeyana, lleva en su reverso la representación de *Venus*, en pie, sobre cipo, con la mano extendida y en ella una paloma. Este reverso fué señalado ya en la forma que hemos dicho por Sestini y puede referirse a la erección de un monumento que honrase a *Venus* como patrona de la familia Iulia, que gozaría de gran predicamento después de la derrota pompeyana.

Noticia de una estatua levantada en honor de la *Concordia de los Decuriones*, procede de un sospechoso epígrafe que da Lumières entre los perdidos. Dice: L. Aemilius. Senex. heres. sine/deductione xx vel tributorum/ ex ccl. libris, argenti. fecit; y Fernández Guerra lo interpretó diciendo que L. Aemilio dejó doscientas cincuenta libras de plata para una estatua a la Concordia de los decuriones, y que el epígrafe anuncia que su heredero L. Aemilio el Viejo lo hizo con 250 libras de plata, sin deducción del vigésimo o de los tributos. No puedo afirmar la falsedad de esta lápida, pero sí en absoluto que nada tiene que ver con la de Lucio Aemilio Recto del Museo Arqueológico Nacional o de Caravaca.

B) REYES.

Fueron varios los reyes y emperadores que gozaron de magistraturas honorarias en Cartagena, siendo unos nombrados patronos de la Colonia, en Roma y otros duunviros quinquennales, ejerciendo estos últimos sus funciones por medio de un praefecto. De algunos se conserva memoria por las monedas, y de otros también por las lápidas, alguna de las cuales pudo llevar estatua.

Por orden cronológico, tenemos la inscripción, seguramente pedestal por su forma y dimensiones, dedicada al rey IUBA de Mauritania, duunviro quinquennal y patrono de la Colonia (Museo de Cartagena) (años 1 al 10); otra a TIBERIO, saludado con el nombre de Ti. Claudio Neroni. Ti. f., también como Patrono de la Colonia y correspondiente a la época anterior a ser adoptado por Claudio (Museo Arqueológico Nacional; años -29 a -12, seguramente del -16); otra inscripción corresponde a ANTONINO PIO, en su IV consulado, o sea desde el año 145 al 161 (destruída); finalmente, el Museo de Cartagena conserva una lápida del siglo III dedicada a IULIA MAMEA, madre de Alejandro Severo (235, desde el 222).

C) PERSONAJES DIVERSOS.

C. Appouleius M. f., dedicada por el Convento Jurídico Carthaginense.

M. Baebius Corinthus, Sevir Augustal (Museo de Cartagena).

M. Brosius Samp(ius?) M. f. En columnita (Museo de Cartagena).

M. Calpurnius Bibulus, como dedicante de un monumento (M. Arq. Nac.)

L. Magius Sabellus, Cn. f. de la tribu Fabia, aedil y duunviro (M. Cart^a).

L. Numisius Laetus, Cn. f. de la Tribu Sergia, duunviro, duunviro quinquennal, flamen de los Augustos, pontífice, prefecto de la Cohorte de los Musulamios y flamen provincial

por segunda vez (bis) de la Hispania Citerior. El monumento, muy rico, de mármol de varios colores, le fué erigido por decreto de los decuriones y apareció, «in situ», en los cimientos del Gran Hotel de Cartagena, en cuyo Museo se conserva. Corresponde a los años 117 a 138.

Octavia Lucana, lápida que formaba por sí sola un monumento, dedicado por M. Fulvio Gillo Scribonio (Museo de Cartagena).

M. Servilio Sulpicio Víctor Crispo Considiano, hijo de Quinto, de la tribu Aniense, importante personaje de orden equestre (desaparecida).

P. Silius, legado, propraetor y patrono de la Colonia. Dedicado por los Colonos (Museo de Cartagena).

M. Valerius Vindicaanus, M. f. de la tribu Quirina. Este personaje tuvo una estatua como flamen del convento Carthaginense, decretada por este organismo. La inscripción que servía de base fué destrozada en 1894 para meterla en los cimientos del edificio de Obras del Puerto de Cartagena, habiéndose negado a recogerla, pocos días antes, la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Hay, finalmente, en el Museo de Cartagena, un monumento hecho después de la muerte en honor de un personaje que fué duunviro quinquenal y «que vivió y murió por la causa de la república».

Aunque con menos posibilidades de interpretación, es necesario citar, finalmente los *monumentos funerarios*, de los que tantas lápidas quedan en los Museos o se han perdido. Sabemos el carácter monumental de algunas tumbas como la Torre Ciega que se conserva en pie todavía y tenemos noticias de haber otras diez construcciones análogas en los alrededores, de las cuales recientemente he encontrado dos emplazamientos; así como también hubo otra u otras en la salida de la vía de Lorca, en el Barrio de la Concepción. (1).

(1) Acerca de la Torre Ciega existe una copiosa bibliografía local; cfs. Antonio Beltrán, «La llamada Torre Ciega», Valencia 1943.

En resumen: las monedas y lápidas nos dan los únicos testimonios seguros, juntamente con los pocos restos conservados, de los monumentos antiguos que embellecieron la opulenta ciudad de Carthago Nova. (1).

(1) Los autores clásicos cartageneros tantas veces citados en estas notas son: Ms. «Antigüedades de Cartagena», de la Bib. Nacional; Ms. «Observaciones sobre las antigüedades de Cartagena», seguramente obra de Nicolás Montanaro, escritos ambos en el primer cuarto del siglo XVIII.—Cascales, «Discurso de la ciudad de Cartagena», Valencia 1598.—Hermosino y Parrilla, «Fragmentos eclesiásticos y seculares del Obispado de Cartagena», Ms. de la R. A. de la H.^a—Jerónimo Hurtado, «Descripción de Cartagena y su puerto», Ms. de la R. A. de la H.^a—Lozano, «Bastitania y Contestania en el reino de Murcia».—Conde de Lumiares, «Inscripciones de Carthago Nova», 1796.—P. Soler, «Cartagena ilustrada», Murcia 1777.—Vargas Ponce, papeles en la R. A. de la H.^a.

* * *

RESTOS DE UNA NECRÓPOLIS ROMANA EN ALCOY

Por Camilo Visedo

Director del Museo Municipal de Alcoy

Por consecuencia de los desmontes realizados en la zona de ensanche de la población de Alcoy, conocida por la «Huerta Mayor», separada de la misma y hoy unida por el magnífico puente de cemento armado, llamado de San Jorge, para salvar el barranco por donde circula el río Barchell, tropezaron los obreros, al abrir las calles, con algunos enterramientos, dando noticia de los hallazgos, aunque no desde el primer momento, lo que fué motivo para personarse en el lugar y poder estudiar «de visu» las características de los mismos sin perder detalle, a la par que retirando el material, que hoy ya está depositado parte en nuestro Museo Municipal.

Apesar del tiempo transcurrido, (primeros de Enero de 1928), el material figura todavía inédito, y en estas notas lo damos a conocer por tener cierta importancia y ensancha el horizonte de la vida pretérita alcoyana después del Iberismo.

En el primer hallazgo, que nosotros no pudimos ver por ignorarlo, salieron grandes trozos de teja plana con otros fragmentos; algunos de ellas constituían, según versión del contratista, el lecho de los enterramientos. De junto a uno de los esqueletos y a la altura de la cabeza, se encontró un vaso completo de vidrio, liso, color verdoso, cuyas medidas son: altura doce cm. por diez de diámetro. Así como también barros ibéricos ya de época decadente. La profundidad a que se hallaba podemos fijarla en 1,50 metros.

De otro enterramiento se destrozó un pequeño cacharro de cerámica rojiza sin adorno alguno pictórico, con dos asas, el cual no se pudo completar.

En sucesivas aperturas de calles iban apareciendo trozos de tégula, bocas de dolium, ladrillos redondos, y alguno que otro resto de muros robustos en piedra caliza del país, así como alguna dovela de arco, pero sin delimitar claramente ningún edificio o construcción determinada. Cerámica sigillata ornada con relieves y vidrios con pátina nacarada.

La tierra que cubría estos restos era de dos clases, la superior apta para el cultivo, de 1 a 1,50 metros de espesor, solo contenía algún fragmento de cerámica morisca y actual; y la capa inferior, arcillosa, donde reposaban los enterramientos y restos de época romana.

Pero el hallazgo de más interés tuvo lugar en Octubre de 1929, donde aparecieron dos grandes piedras labradas con figuras, que aunque mutiladas, se aprecia el trabajo de un artista hábil y experimentado.

Se trata de dos piezas, que sin duda formaron parte de algún monumento funerario; una de ellas, que parece parte de un friso o frontispicio, ostenta en altorrelieve la figura de una mujer hasta la cintura, pecho al descubierto, con la cabellera suelta recogiénola con una de las manos que levanta para sujetarla, la izquierda en este caso, por faltar la continuación de la piedra; a uno de los ángulos se aprecia otra figura mutilada, y entre las dos una taja ancha vertical de diez centíme-

tros. Tiene las siguientes medidas: altura 46 cm., largo 61, espesor de 20 a 22. Piedra calizo-arenisca.

La otra pieza de mayores dimensiones, contiene una destacada figura de mujer que cubre su cabeza con un velo que le cae sobre los hombros, dejando al descubierto parte del escote, y vistiendo una fina prenda rayada donde realzan los pechos, terminada con estrecha franja por la cintura; los brazos cubiertos por el vestido aparecen caídos en actitud de recogimiento.

En la parte superior y en posición horizontal que comprende todo el largo de la piedra, se adivinan los restos de una figura yacente, dejando ver una de las manos entre las telas. Por debajo hay dos hendiduras verticales sin duda para la sujeción o enganche del monumento.

Las dimensiones de esta piedra son las siguientes: altura 56 cm., largo 1,41, espesor 28. La misma clase de piedra.

A la vista de estos restos tan patentes y de los hallazgos de época romanizada que han salido, poco hay que insistir sobre la existencia de una necrópolis de esta edad, la cual sería de cierta importancia en esta zona alcoyana y que la edificación de casas ha sepultado en gran parte.

También la acusan los enterramientos formados con tejas planas (tégula) a dos vertientes con otras curvas (imbrex) cubriendo el vértice. Uno de los esqueletos llevaba un cantarito blancuzco medio volcado en su parte derecha y exactamente por encima del hombro, cuya ornamentación consiste en un estriado concéntrico y el cual tiene 15 cm. de altura.

Otras sepulturas de mujer, tenían como ajuar funerario cuentas de collar de vidrio verdoso, una de pasta negra o mineral con dibujo en zig-zag, dos aretes de plata, y otros con diminutas cuentas de vidrio estriadas. Las cuentas de collar de vidrio de forma discoidal aplanada, recuerdan formas de la Tene III.

Igualmente se hallaron unas figuritas de barro cocido cubiertas con manto largo, como si se tratara de una decadencia de las de la Serreta, todo lo cual, nos hace suponer con algún

fundamento, que se trata de gente indígena que ocupa el valle en época avanzada de la romanización, después de abandonar las alturas.

La orientación de los enterramientos guardaba cierto paralelismo, cabeza al Oeste y pies al Este, en posición supina, con la cabeza vuelta a la izquierda, conservándose algunos cráneos para su medición, los cuales acusan los siguientes índices cefálicos respectivamente: 80-84-82'18- 73'36-74'48-78'57 y 81'87.

Otros enterramientos dispuestos en losas y sobrepuestos a los anteriores con cierto revoltijo, no tenían ningún ajuar funerario y creemos fueran posteriores.

Como curiosidad digna de anotarse, es la de llevar uno de los esqueletos sobre la parte media del cuerpo, una pequeña punta de flecha de pedernal, objeto que bien pudiera tratarse de algún amuleto o talismán.

Estamos pues, como decimos, en presencia de un pueblo ibero-romano que habita el llano, abandonando su cultura propia tan espléndidamente desarrollada en períodos anteriores y teniendo que acatar por fuerza las nuevas corrientes del pueblo invasor.

La vida en la «Serreta» se extingue en el primer siglo; pero el Santuario perdura hasta tiempos del Emperador Graciano, última moneda encontrada, quedando los despojos que hoy el azadón descubre en busca de lo desconocido.

El hallazgo tiene su interés para seguir la evolución de esta gente ibera, y una cronología segura del primer morador de la hoya donde se asienta Alcoy, atribuido siempre a los moros. Posteriormente va perdiendo el sello propio fundiéndose en la amalgama de invasiones que tienen lugar.

De la época visigótica no podemos hablar hasta el presente, por razón de que hallazgos típicos de ésta no hemos podido ver, faltando por consiguiente el eslabón que nos une a la civilización musulmana.

DESCUBRIMIENTO DE UN HORNO ROMANO EN VALL DE UXÓ

Por José Alcina Franch

Del Laboratorio de Arqueología de la Universidad
de Valencia

En la primavera de 1943 y en el terreno denominado «La Torrassa», a unos doscientos metros de la carretera que va de Vall de Uxó a Villavieja (partido judicial de Nules, Castellón), fué hallado de un modo casual el horno alfarero romano que es objeto de esta comunicación (1).

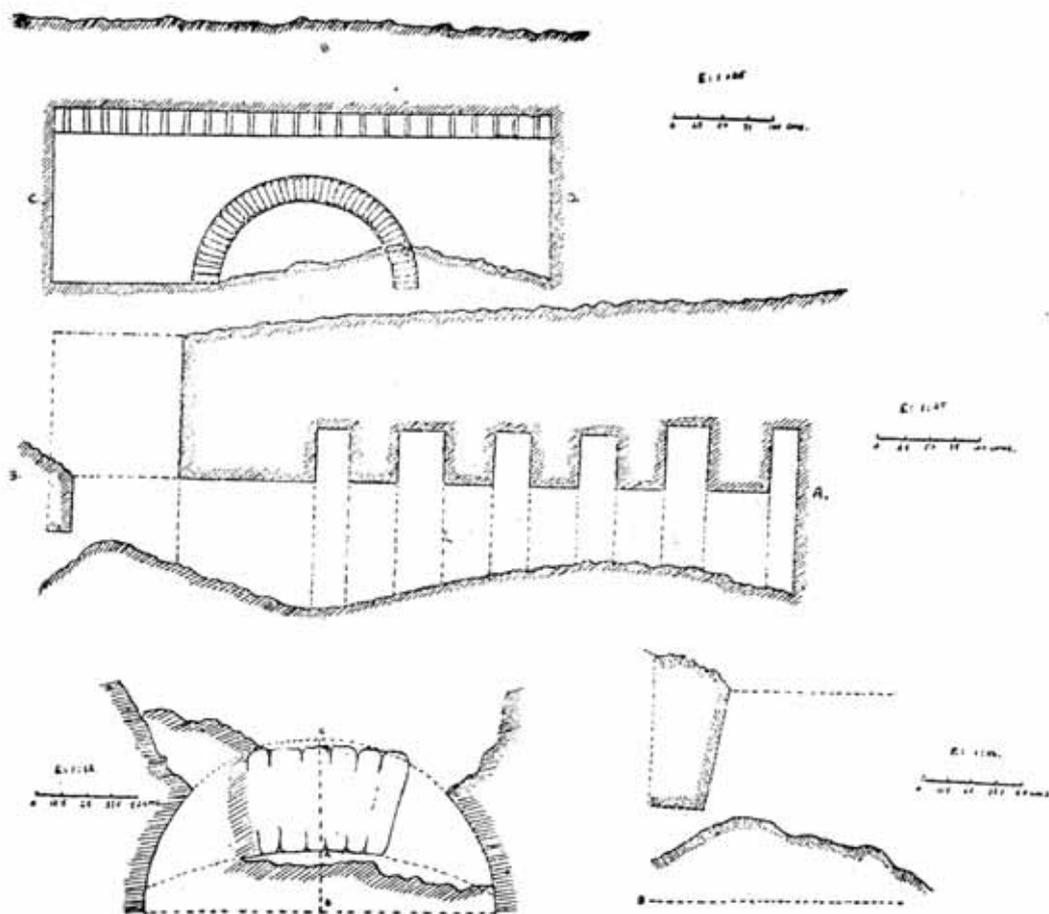
Se halla «La Torrassa» a unos tres kilómetros al NE. de Vall de Uxó. Tras un pequeño monte, al cual bordea la carretera que va del mencionado pueblo a Villavieja, se extiende una amplia llanura, que llega hasta la costa mediterránea, cuyo terreno, de huerta, está dedicado principalmente al cultivo de la naranja. En un campo de esta zona, sembrado de alfalfa, y junto a un pequeño barranco, es donde, en la fecha señalada, un jornalero al servicio del dueño de este terreno, apodado «el Romano», estando labrando encajó la reja de su arado en la construcción del horno, y lleno de curiosidad escarvó un poco, descubriendo muy pronto, una gran oscuridad.

El horno en cuestión es una construcción realizada con ladrillos de arcilla roja, muy toscos y de gran tamaño (30x45x7 cms.) de planta aproximadamente rectangular, desde cuyos muros avanzan grandes pilares que soportan arcos de medio punto.

La luz de estos arcos varía desde 165 cms. hasta 180, siendo su grosor de unos 50 cms. Desde la boca del horno hasta el fondo se suceden, en primer lugar, cinco arcos unidos for-

(1) Enterado el Alcalde de Vall de Uxó de este hallazgo, lo puso en conocimiento del Gobernador Civil de la provincia, don José Andino, quien amablemente se lo transmitió a don Manuel Ballesteros-Gaibrois, Director del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia. Por encargo de este Laboratorio realizó las primeras investigaciones don Francisco Esteve Gálvez, y por último, el firmante de la presente comunicación fué encargado por dicho Laboratorio para la conclusión de su estudio.

mando una bóveda de medio cañón continua, tras los cuales aparecen otros cinco arcos, éstos ya separados por los huecos que indicábamos anteriormente. La profundidad de éstos, es decir, la distancia que va desde el arranque de los arcos has-



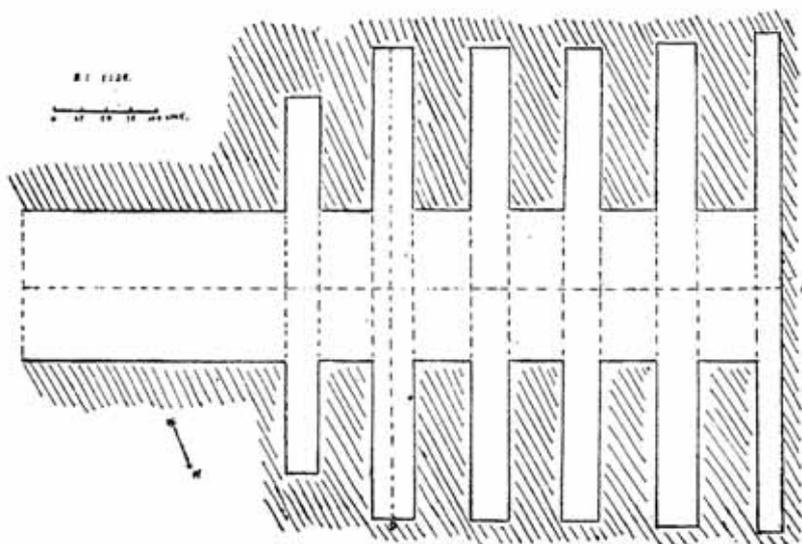
Corte transversal C-D.—Corte longitudinal B-A.—El arco de la boca del horno comparado con uno de los arcos interiores (estado actual).—Corte de la boca.

ta el muro general de la construcción, es variada, siendo en unos de 160 y en otros de 170 y aun 178 cms.

El verdadero suelo de la construcción no se conoce aún, pues no se han realizado excavaciones que lo permitan, y actualmente una masa arcillosa rojiza se extiende formando pequeños montículos por toda la base del horno.

La profundidad total de éste es de 7,70 metros y su anchura aproximada de 4,95, siendo su altura, claro es que relativa por la causa antes mencionada, de un metro hasta el final de los muros que se apoyan en los arcos.

Entre estos muros, y en su parte superior se observan una serie no continua de ladrillos apoyados transversalmente sobre los mismos y que bien pudieran ser una hilada de aqué-



Planta del horno romano

llos puesta allí para su cocción y abandonada en el mismo momento en que se dejara de usar el horno.

La conservación actual es, en general, excelente, pues aparte de dos orificios con su correspondiente desprendimiento de tierra y cascotes en los inter-arcos penúltimo y último, sólo hay que lamentar el derrumbamiento de la primera mitad de la bóveda de entrada y la destrucción casi completa del arco que formaba la boca del horno.

Por si no hubiese bastantes pruebas para certificar el uso alfarero que se dió a este horno, por el tipo de la construcción y otros detalles, a unos 20 metros del mismo pasa, como hemos indicado ya, un pequeño barranco y en él se ha descu-

bierto un gran montón de cascotes de cerámica. Por ello sabemos a su vez que los vasos que se cocían en este horno eran de tipo burdo y grosero como se puede observar en las piezas halladas, pero sobre todo que el material que con más intensidad se fabricaba era el de ladrillos para construcción.

Por esto, y por la hilada de ladrillos que señalábamos en la parte superior del horno, podemos suponer que éste estuviese destinado a la fabricación casi exclusiva de los mismos, aunque alguna vez se fabricasen también diversos tipos de cerámica.

La cronología del monumento, aunque no con precisión, se puede fijar en época romana con toda seguridad, pues la tipología y técnica de la cerámica encontrada no deja lugar a dudas.

Los hornos romanos hasta ahora conocidos, muestran generalmente, planta circular y están destinados a la cocción de vasos. Darenberg y Saglio (1) señalan algunos hornos de éste tipo en Heiligenberg (cerca de Estrasburgo) y en Field-Castor (Northamptonshire; Inglaterra) y Pelayo Clairac y Saenz (2) anota la existencia de un grupo de hornos de distintos tipos en Rheinzabern (en la orilla derecha del Rin, cerca de Estrasburgo también). En realidad, y apesar de que los mismos hornos que usualmente se dedicasen a la fabricación de vasos, en algunas ocasiones se empleasen para la de ladrillos, es indudable que por el diverso grado de exactitud y finura necesarios para una y otra fabricación, debieron existir hornos especialmente dedicados a la cocción de ladrillos. Ante uno de este tipo nos encontramos actualmente y por eso, sin duda, es por lo que las proporciones del mismo son tan extraordinarias si las comparamos con los hornos ya conocidos, cuyo diámetro solía ser de dos a dos metros y medio como máximo.

El método de cocción empleado en este horno, es curioso

(1) «Dictionnaire des antiquités grecques et romaines». — París 1896.

(2) «Diccionario general de Arquitectura e Ingeniería». — Madrid 1884.

señarlo, es casi exactamente igual al que se sigue en las modernas fábricas. Constituía el verdadero horno, el hogar donde se encendía la leña, lo que actualmente se puede ver, es decir, la serie de arcos de medio punto con los muros que en ellos se apoyan; sobre estos muros se colocaban los ladrillos de canto, en hiladas sucesivas, hasta un límite indeterminado, pues no existe bóveda ni cubierta alguna superior que resguarde de los agentes atmosféricos al *laboratorio*. Encendido el fuego, el calor saldría por los inter-arcos y comunicándose de ladrillo a ladrillo los cocería todos, desde la hilada inferior hasta la superior.

Señor Santa-Olalla: «Únicamente quiero hacer pública mi satisfacción al ver como en la Universidad de Valencia ha surgido un grupo juvenil y lleno de ánimos y de deseos de trabajar, con resultados ya positivos y verdaderamente notables. Esto es tanto mas meritorio, cuanto en este Congreso debiera haber muchísimas representaciones de todas las Universidades españolas».

El señor San Valero se complace en las palabras del señor Martínez Santa-Olalla. Dice que lo importante es descubrir las cosas donde están y no en los libros; el publicarlas y, además, atender a la restauración. O sea: que han hecho un trabajo completo.

El señor Ballesteros agradece al señor Santa-Olalla sus manifestaciones y hace hincapié en que no hay nada de particular en el hecho de que Valencia asista con una juventud universitaria a este Congreso, porque ésta está fructificada por la semilla magnífica que quedó allá sembrada por don Luis Pericot, el Marqués de Lozoya y otros.

El señor Tarradell hace constar que él viene en representación de un grupo de jóvenes que trabajan en Barcelona en pro de la Arqueología.

Señor Martínez Santa-Olalla: «Precisamente Barcelona, más que ninguna Universidad, está obligada a mantener alto su pabellón.»

ACERCA DE UNAS ANCLAS ROMANAS DEL MUSEO DE CARTAGENA

*Por Juan J. Jáuregui Gil Delgado
y Antonio Beltrán Martínez*

De la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA NAVEGACIÓN DURANTE LA PROTOHISTORIA HISPÁNICA

Las cuestiones de náutica referentes a los primeros tiempos históricos de nuestra Península, han sido tratadas con tanta autoridad por historiadores extranjeros y españoles, que resulta ocioso insistir en consideraciones generales sobre este tema. Solamente para enmarcar las sugerencias arqueológicas que pueden plantear las anclas del Museo de Cartagena y para insistir en que el conocido texto de Livio «*Hispani imprudentes maris*» no debe generalizarse a todas las poblaciones costeras de la península, recogeremos diversos hechos que, puestos en relación, permiten establecer conclusiones que quizá no han sido antes puestas de relieve con la debida intensidad y extensión.

Los diversos pueblos que en sucesivas etapas históricas se establecieron y poblaron las costas del mediodía peninsular, poseyeron, por diversas razones un profundo conocimiento de la navegación. Evidentemente el comercio en la ruta del estaño, que tan interesante papel hizo jugar al sudoeste hispano entre las oscuras Cassitérides y el Mediterráneo oriental, necesitó de diestros y arriesgados marinos, aunque el secreto comercial que rodeaba la empresa nos impida conocer detalles sobre el mismo en su época más antigua.

Los hispanos navegaron frecuentemente y muy lejos de sus puertos; concretamente, el Mediterráneo occidental fué surcado con frecuencia por los iberos que actuaron como mercenarios en Sicilia y Norte de África.

Nos referimos, naturalmente a la navegación en mar abierto, puesto que no cabe duda que la fluvial, costera y en lagu-

nas, esteros, albuferas, etc. hubo de ser normal y frecuentísima, pudiéndose encontrar actualmente, sin trabajo, muchas reminiscencias de aquellas navegaciones en las mismas zonas que los clásicos señalaron como de mayor movimiento.

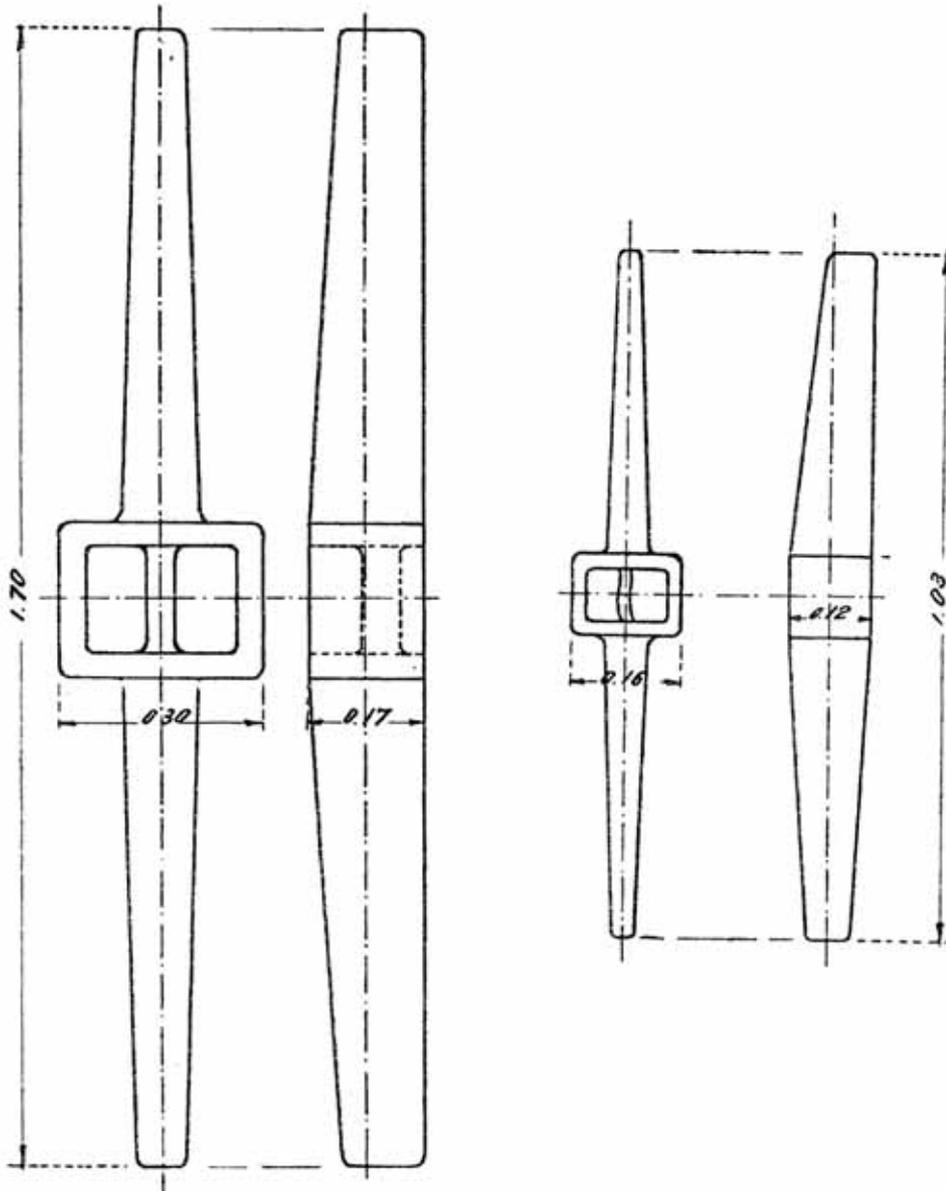
Respecto de las embarcaciones utilizadas por los hispanos, poseemos numerosas referencias literarias, casi ningún resto material y, de muy reciente, excelentes documentos gráficos en las pinturas de vasos de San Miguel de Liria (Valencia). Podemos comprobar que, en lo esencial, responden las barcas ibéricas a las mismas características que las de cualquier pueblo primitivo. De pequeñas dimensiones, utilizaban los remos corrientemente como elemento de propulsión, aunque sin desconocer la vela, como señalaremos al entrar en el detalle de los documentos gráficos.

A nuestro objeto, interesa concretamente, analizar el problema de cada uno de los tipos de nave en relación con las anclas. Se ha de notar que en ninguno de los documentos gráficos conservados, aparece el ancla representada al exterior, a causa de que hasta el siglo xvi no se introduce en la construcción naval el empleo de los escobenes, llevando, por lo tanto, todos los elementos de fondeo en el interior del buque. Por otra parte el pequeño desplazamiento de los antiguos barcos hacía innecesarios los elementos de fondeo. Al aumentar los desplazamientos, es lógico suponer que se perfeccionasen estos elementos de fondeo y que empezasen a emplearse los rezones de madera, que aún utilizan las dornas gallegas y algunos pequeños botes de pesca de estas costas. Al hombre primitivo no pudo serle desconocida la utilización de estos codos de madera, desde el mismo momento que empleó la azada y el arado cuya teoría es idéntica, representando la aparición de las uñas una etapa de progreso del simple peso al ancla propiamente dicha.

LAS ANCLAS DEL MUSEO DE CARTAGENA

En el ángulo formado por la salas vi y vii (general) se hallan colocadas dos anclas de plomo sin desplatar, cuyas ca-

racterísticas fundamentales son las siguientes: Dimensiones 1,70 m. en total, con dos brazos de 0,78 m. cada uno, con un alojamiento central de 0,30 m. de ancho por 0,22 m. de alto,



Anclas romanas del Museo de Cartagena

atravesado por un nervio de 0,16 x 0,04 m.; del ancla mayor. Otra más pequeña y de forma análoga mide 1,03 m. de longitud total, 0,475 m. de longitud de cada brazo, teniendo el alo-

amiento central 0,16 x 0,12 m. con un nervio semejante de 0,08 x 0,016 m.

Los brazos tienen forma de tronco de pirámide rectangular, y como se ve en el dibujo, por uno de sus lados perpendicular a la base. Ambos objetos carecen de marcas, inscripciones o cualquier otro detalle característico.

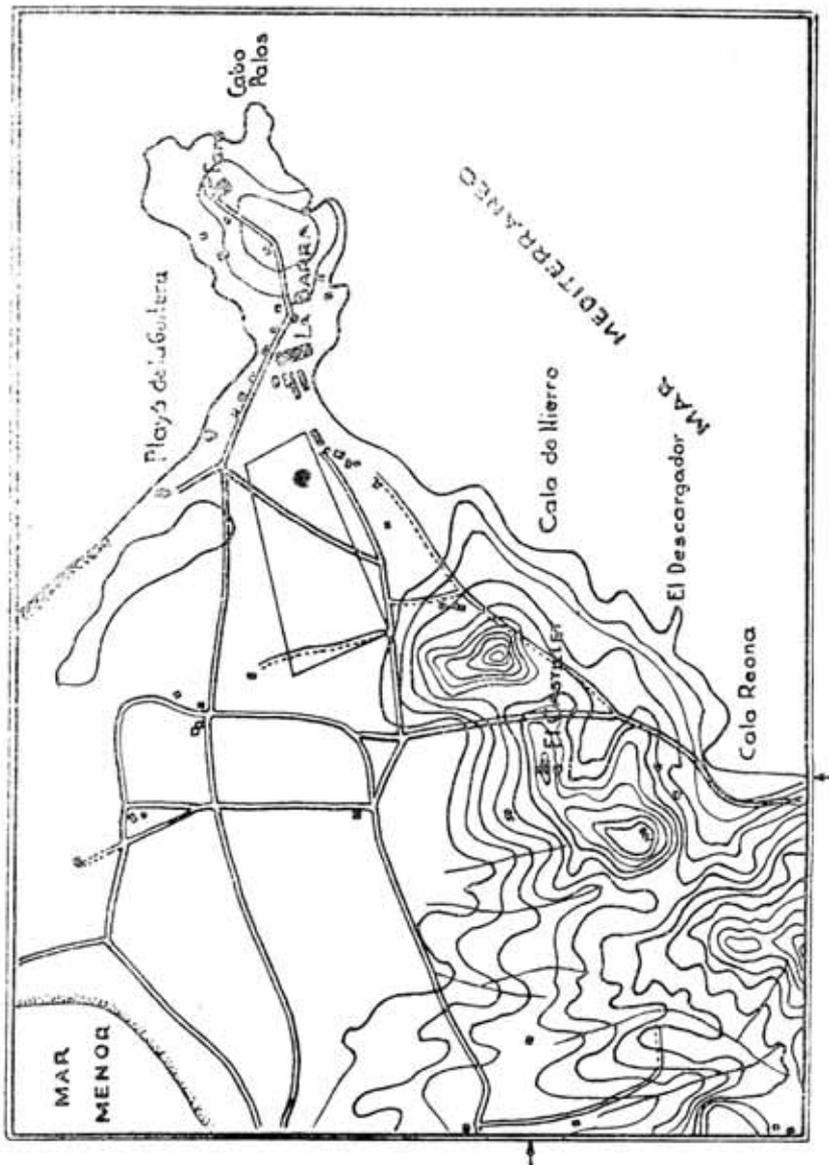
Acerca de su hallazgo, a pesar de que según todas las probabilidades se realizó en 1905, existen noticias contradictorias. Es notable como, en este caso, a pesar de existir una comunicación coetánea a la Real Academia de la Historia, con fotografías y vivir casi todos los que intervinieron en él, a la vuelta de muy pocos años, la noticia arqueológica se ha desvirtuado por una serie de interpretaciones, y realizadas comprobaciones minuciosas nos han producido la triste conclusión de que los datos que las publicaciones coetáneas proporcionan son por lo menos, ligeros y en muchos casos inciertos. ¡Qué sucederá cuando en los hallazgos no intervengan arqueólogos y haya que fiar a la retentiva y buena voluntad de inventores casuales!

La noticia primera es una comunicación de los señores Laymond y Jiménez de Cisneros, Correspondientes de la Real Academia de la Historia, a esta Entidad el día 25 de noviembre de 1905, habiendo evacuado un informe pedido por la Corporación en 26 de octubre del mismo año. (BAH, t. 48, 1906, p. 153).

En ella dan cuenta de que la Sociedad Esponjera del Sur de España extrajo durante sus trabajos unas treinta anclas de todos los tamaños. La mayor de 2,10 m. de longitud con un peso de 712 kg., entre las que poseían inscripción. Con ellas se encontró un ánfora de barro, y según los datos que dió el Director de la Sociedad Esponjera, se extrajeron también lingotes o barras de plomo que no fueron examinados, uno de los cuales adquirió el Sr. Enthoren, que lo remitió al Museo de Londres. Las fotografías de la Memoria fueron tomadas por el Ingeniero de Minas D. Bernardino Rolandi, quien nos ha manifestado que alguna de ellas pasó a la Colección de la

Real Sociedad Económica de Amigos del País, actualmente depositada en globo en el Museo Local.

En el mismo Boletín, páginas más adelante (155 y ss.) hace un estudio del hallazgo el P. Fidel Fita, que asegura que en



Costa del Cabo de Palos donde se han verificado hallazgos de cepos de anclas

el litoral de Cabo de Palos, según es pública voz y fama, existen más de 400 anclas. Nota que casi todas dejan de arquear sus brazos, si no es muy ligeramente al uno y al otro lado

del cuello, vaciado en forma cuadrangular, por donde pasaba la vara de suspensión que debía rematar por ambos extremos en sendas argollas (!!!) del mismo metal o de otro más resistente. Seguía diciendo que los brazos eran parecidos a dos picos desmochados por la punta y opuestos por la base.

Las anclas encontradas son todas de formas análogas o muy parecidas (pequeña variación en el arqueamiento de los brazos) a las del Museo de Cartagena, de buena fundición y de elegante trazado, bien concebido mecánicamente; existe diferencia entre algunas por las inscripciones aparecidas en muy pocas con rótulos griegos. «Júpiter Cassio es el que salva» y «Afrodita es la que salva»; y con rótulos latinos, la estampilla del fabricante L. V. LVPO (Lucio Valerio Lupo), con la arcaica, AGEILI (incompleta) y otra inscripción L. AGEILL.L.LMAXSVMI.

Ninguna de estas inscripciones es concluyente —contra la opinión de Fita— para determinar la fecha aproximada de las anclas.

González Simancas, en el «Catálogo Monumental de la provincia de Murcia», (Ms. inédito, conservado en el Instituto Velázquez de Madrid), asegura entre otras cosas el siguiente peregrino extremo: No son anclas por lo bien conservadas.

Respecto del punto exacto del hallazgo de estas anclas y yacimiento de las otras que se supone sumergidas, los artículos de Laymond y Fita, se limitan a enunciar, vagamente, que fueron extraídas en aguas de Cabo de Palos o en el litoral del dicho Cabo. Por razones, probablemente comerciales, la sociedad se negó a decir el lugar concreto donde fueron sacadas. Simancas, que visitó esta zona, dijo textualmente, en su obra citada «En Cabo de Palos hay un abrigo cerca de la punta y playa del Dentól y no hay otro. La costa desde aquel punto hasta la pequeña península que forma el cabo, no tiene otro abrigo para las embarcaciones que la abierta ensenada del mismo nombre, de poco fondo, como es todo el mar hasta las islas Hormigas, situadas a unos 3 kms. al N. E. de ella y en ese litoral, resguardado de los vientos del

Norte y Oeste, es donde los buzos de la sociedad esponjera encontraron aquellos objetos y donde señalaron la existencia de muchas más».

La opinión de González Simancas no es consistente, pues existen varias ensenadas semejantes a la del Déntol y mucho mejor la de Cala Reona y la propia que abriga el Cabo. Además explorado este litoral se ha llegado a la conclusión de que un recorrido metódico con buzos seguramente nos haría encontrar mayor o menor cantidad de anclas en cualquiera de las ensenadas que van desde Águilas hasta el cabo Roig, sin que sea esto prejuzgar el punto de aparición de las que comentamos. Interrogado al personal que trabajó con las Sociedades esponjeras dimos con Bautista Bohigues, patrón de pesca de Cabo de Palos, que había servido de ayudante a su padre que actuaba como práctico de varias compañías, por lo menos la italiana y griega de esponjeros, hacía los años 1905 y 1920 y que recuerda la extracción de algún *anclote* y lingotes de plomo; en el lugar conocido con el nombre de fondeadero de Córcolas, entre el Cabo de Palos y San Pedro del Pinatar, se hallaron en una sonda de 12 a 14 m., lo que señala un fondeadero muy próximo y semejante al que actualmente se utiliza para la carga de sal, en San Pedro del Pinatar.

Tratando de puntualizar más el sitio donde actuó la que llaman en los artículos de referencia «Sociedad Esponjera del Sur de España», hemos consultado los Archivos de Marina, resultando que no existió ninguna compañía con ese nombre que se dedicase a la pesca de esponjas en el litoral de Alicante, Cartagena y Almería en la época citada. Pudieron ser las organizadas por los Sres. Severino Fabregat (1901) que trabajó al Sur de Cartagena y D. Constantino Pappaiconomos (1902), traspasada luego a D. Alfonso de Sandoval y Bassecourt, Vicepresidente de la «Compañía explotadora de criaderos de Esponjas» (1903). De las concesiones de cada uno de ellos, poco se deduce en concreto, ya que no se especifican los lugares de las costas de Alicante, Cartagena y Almería donde verificaron sus pesquerías.

En el puerto de Cartagena han sido varios los hallazgos navales realizados, aunque por desgracia se hayan perdido en la mayor parte de los casos; lógicamente, serán más ricas en restos de elementos de fondeo las ensenadas y calas del resto del litoral, dada la gran seguridad del puerto cartagenero. No obstante, existe memoria de hallazgos de enorme transcendencia, como el referido por el Deán Martí en sus «Cartas latinas», sobre una nave romana del tiempo de Alejandro Severo, encontrada en 1716, casi completa, embetunada y con monedas adheridas de dicho Emperador, sin clavazón de hierro ni cobre, y que por desgracia fué hecha astillas al poco rato de aparecer. Menos espectacular, pero tan interesante es el citado por Fernández Villamarzo, realizado frente al muelle del Roldán y de la Batería del Presidio, (Boca del Arsenal y actual dársena de botes) consistente en piezas de construcción naval y despojos de buques (quillas, cadenas de hierro y áncoras de plomo con caña de madera) que no se conservan. En la misma boca extrajo la draga vasos de barro aretino, ánforas, cadux, serias y otros objetos además de numerosas monedas y barras de plomo selladas. En un dragado de 1878 (tal vez el mismo) se extrajeron unos treinta galápagos de plomo, procedentes del naufragio de algún barco, romanos, de los cuales, buen número fueron destruídos.

Muchas son las teorías que se han sustentado acerca de estas anclas; pero nosotros nos inclinamos y vamos a tratar de demostrarlo, a que la única solución posible al problema que plantean es la de que son cepos de anclas, de un tipo muy semejante al que se conoce con el nombre de «Almirantazgo».

Don José Martínez Hidalgo (Rev. Gral. de Marina, 1943, p. 771) supone encabado un ástil en uno de cuyos extremos queda lo que nosotros interpretamos como cepo y él como uñas del ancla, y al otro la amarra o cable de fondeo.

Lógico es que la primera idea de fondear, como ya hemos indicado anteriormente, fuese con un peso de una materia cualquiera, la primera y más sencilla una piedra, que quizá algunos horadasen para pasar por ella la amarra de fondeo.